

ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD



**Aleksei
Leontiev**



Colección

SOCIALISMO y **LIBERTAD**

Libro 180

En la tapa: "PIONERA", fotografía de Alexander Rodchenko. URSS. 1930

ACTIVIDAD, CONCIENCIA Y PERSONALIDAD

Aleksei Nikolayevich Leontiev

PRÓLOGO DEL AUTOR

Capítulo I. - LA CIENCIA PSICOLÓGICA

Sobre los fundamentos generales de la psicología

Teoría de la conciencia

Psicología de los procesos cognoscitivos

Capítulo II. - EL REFLEJO PSÍQUICO

Niveles de la investigación del reflejo

El carácter activo del reflejo psíquico

Capítulo III - EL PROBLEMA DE LA ACTIVIDAD EN PSICOLOGÍA

Dos enfoques en psicología: dos esquemas de análisis

Sobre la categoría de actividad objetivada

La actividad objetivada y la psicología

Correlación entre la actividad exterior y la interna

Estructura general de la actividad

Capítulo IV.-ACTIVIDAD Y CONCIENCIA

Génesis de la conciencia

Trama sensorial de la conciencia

El significado como problema de la psicología de la conciencia

El sentido personal

Capítulo V. - ACTIVIDAD Y PERSONALIDAD

La personalidad como objeto de la investigación psicológica

Individuo y personalidad

La actividad como fundamento de la personalidad

Motivos, emociones y personalidad

Formación de la personalidad

Conclusiones

Apéndice. - PROBLEMAS PSICOLÓGICOS DEL CARÁCTER CONCIENTE DEL ESTUDIO

PROLOGO DEL AUTOR

Este pequeño libro teórico ha sido preparado a lo largo de mucho tiempo, pero aún ahora no puedo considerarlo terminado, pues es mucho lo que no ha quedado explicado, sino apenas esbozado en él. ¿Por qué me decidí de todos modos a publicarlo? Lo aclararé de entrada: no precisamente por apego a la teorización.

Las tentativas de penetrar a fondo en los problemas metodológicos de la ciencia psicológica siempre han sido fruto de una necesidad permanente de puntos de referencia teóricos, sin los cuales es inevitable que las investigaciones concretas tengan un alcance limitado.

Hace casi un siglo que la psicología mundial se viene desarrollando en medio de una crisis metodológica. Después de haberse dividido en su momento en humanitario y natural, en descriptivo y explicativo, el sistema de los conocimientos psicológicos sigue presentando nuevas grietas en las cuales parece desaparecer el propio objeto de estudio de la psicología. Se opera una reducción del mismo, encubierta con frecuencia por la necesidad de desarrollar investigaciones interdisciplinarias. En ocasiones llegan a oírse voces que exhortan abiertamente a los “varegos”¹ a irrumpir en la psicología: “*venid y reinad sobre nosotros*”. La paradoja consiste en que, a pesar de todas las dificultades teóricas, se observa hoy en el mundo entero un desarrollo extraordinariamente acelerado de las investigaciones en el terreno de la psicología: es la presión directa de exigencias vitales. En consecuencia, se fue agudizando cada vez más la contradicción entre la enorme cantidad de material fáctico minuciosamente acumulado en laboratorios muy bien equipados y el estado lamentable de su fundamentación teórica y metodológica. El desdén y el escepticismo respecto de una teoría general del psiquismo, la difusión del factorialismo y el cientificismo que son característicos de la psicología actual norteamericana (¡y no sólo de ella!) se han convertido en una barrera que obstaculiza la investigación de los problemas psicológicos fundamentales.

¹ Según algunos estudiosos el término “varegos” se utilizaba para referirse a todos los viajeros del mar, los comerciantes y piratas, independientemente de su origen. El término fue empleado en relación a los vikingos y las tropas eslavas que viajaban entre los centros comerciales importantes de la época y en ocasiones participaban en la guerra. Un término afín en el idioma ruso es *Nemets* (немец), que se aplicó a casi todos los extranjeros de países europeos, pero sobre todo con respecto a los alemanes. En la Rusia actual este término sólo tiene un significado: ‘un alemán’.

No es difícil ver el nexo que existe entre este fenómeno y el desencanto causado por las infundadas pretensiones, que alentaban las corrientes imperantes en Europa occidental y Norteamérica, de realizar en la psicología la revolución teórica largamente esperada. Cuando nació el “behaviorismo” se empezó a hablar de él como de un fósforo arrimado a un barril de pólvora; luego comenzó a creerse que no era el behaviorismo, sino la psicología de la “Gestalt” la que había descubierto el principio general, capaz de sacar a la ciencia psicológica del atolladero al que la llevó el análisis elemental, “atomístico”; por fin, muchísimos se ofuscaron con el freudismo, que supuestamente había encontrado en el inconsciente el punto de apoyo que permite poner a la psicología sobre sus pies e insuflarle verdadera vida. Otras tendencias psicológicas fueron quizá menos ambiciosas, pero les cupo la misma suerte; todas ellas confluyeron en la mescolanza ecléctica que hoy sostienen –cada cual a su manera– los psicólogos que buscan ser reputados de “mentes amplias”.

Totalmente distinto fue el camino que siguió el desarrollo de la ciencia psicológica soviética.

Al pluralismo metodológico, los psicólogos soviéticos opusieron la metodología científica, que permite penetrar en la verdadera naturaleza de la psiquis, de la conciencia del hombre. Se iniciaron búsquedas tenaces para encontrar solución a los principales problemas teóricos de la psicología sobre una base cierta. Simultáneamente se fue desarrollando una labor tendiente a asimilar con sentido crítico –sobre esta base– los hallazgos positivos de la psicología extranjera y se desarrollaron las investigaciones concretas en un vasto conjunto de problemas. Se fueron conformando nuevos enfoques y un nuevo aparato conceptual, que permitió elevar con bastante rapidez la psicología soviética a un nivel científico incomparablemente más elevado del que ocupaba la psicología que gozaba de reconocimiento oficial en la Rusia prerrevolucionaria. Aparecieron en la psicología nuevos nombres: Blonski y Kornílov, más tarde Vigotski, Uzdznadzé, Rubinstein y otros.

Lo más importante es que fue éste el camino de una lucha indeclinable con un claro objetivo, es decir, de la lucha por dominar creadoramente la teoría científica, de la lucha contra las concepciones idealistas y mecanicistas, biologizadoras, que iban apareciendo ya con una, ya con otra fisonomía. Al desarrollar la línea que se contraponía a estas concepciones era preciso evitar el aislamiento científico, y, a la vez, evitar convertirse en una escuela psicológica más, a la par de las otras. Todos comprendimos que la psicología

científica no es una corriente especial ni una escuela, sino una nueva etapa histórica que encarna el inicio de una psicología auténtica y consecuentemente materialista. Comprendimos también otra cosa: que precisamente en el mundo actual la psicología cumple una función ideológica, sirve a los intereses de clase y que no es posible dejar de tener en cuenta esto.

Los problemas metodológicos e ideológicos concentraron la atención de la psicología soviética sobre todo en el primer período de su desarrollo, que se destacó por la publicación de libros tan fundamentales como *Pensamiento y lenguaje* de L. S. Vigotski y *Fundamentos de psicología general* de S. L. Rubinstein. Sin embargo, es preciso reconocer que en los últimos años ha decaído un tanto la atención hacia los problemas metodológicos. Por cierto que esto no significa en absoluto que las cuestiones teóricas hayan pasado a ser menos consideradas o que se trabaje menos sobre ellas. Me refiero a otra cosa: a cierto descuido metodológico en muchas investigaciones psicológicas concretas, incluidas las aplicadas.

Este fenómeno puede explicarse por una serie de circunstancias. Una de ellas es que poco a poco se fue produciendo la ruptura de los nexos internos entre la elaboración de los problemas filosóficos de la psicología y la metodología real de las investigaciones que se efectúan. Se dedican muchos libros voluminosos a los problemas filosóficos de la psicología (así como también a la crítica filosófica de diversas corrientes), pero en esas obras casi no se tratan los aspectos que atañen a las vías concretas de la investigación de los problemas psicológicos. Da la impresión de que se produjera una suerte de escisión: por una parte, la esfera de la problemática filosófico-psicológica, y, por otra parte, la esfera de las cuestiones metodológicas específicamente psicológicas que surgen en la experiencia de las investigaciones concretas. Por supuesto que resulta imprescindible elaborar las cuestiones propiamente filosóficas de uno u otro ámbito del conocimiento científico. Pero la cuestión es otra: elaborar sobre la base de la filosofía científica los problemas específicos de la metodología psicológica como ciencia concreta. Y esto demanda que el pensamiento teórico penetre en su "vida doméstica".

Aclararé mi idea con el ejemplo de uno de los temas más difíciles que se plantean desde hace mucho a las investigaciones psicológicas: se trata de los vínculos entre los procesos psíquicos y los procesos cerebrales, fisiológicos. Difícilmente haya que convencer ahora a los psicólogos de

que la psiquis es una función del cerebro y que los fenómenos y procesos psíquicos deben estudiarse unidos con los fisiológicos. ¿Pero qué significa estudiarlos como una unidad? Esta cuestión resulta archicompleja para la investigación psicológica concreta. Ocurre que ni siquiera una correlación directa entre los procesos psíquicos y los procesos fisiológicos cerebrales resuelve la disyuntiva. Las alternativas teóricas que surgen durante esa aproximación directa son bien conocidas: o bien se da la hipótesis del paralelismo que lleva fatalmente a la concepción de la psiquis como un epifenómeno; o bien es la posición del determinismo fisiológico ingenuo, con la consiguiente reducción de la psicología a la fisiología; o, por último, es la hipótesis dualista de la interacción psicofisiológica, que admite la acción de una psiquis inmaterial sobre los procesos materiales que transcurren en el cerebro. Para el pensamiento metafísico sencillamente no puede existir ninguna otra solución; sólo se modifican los términos que recubren siempre las mismas alternativas.

Al mismo tiempo, el problema psicofisiológico tiene para la psicología un sentido totalmente concreto y en gran medida práctico, porque el psicólogo siempre debe tener en cuenta el funcionamiento de los mecanismos morfofisiológicos. Por ejemplo, no es posible juzgar acerca de los procesos de percepción sin recurrir a los datos de la morfología y la fisiología. No obstante, la imagen de la percepción como realidad *psicológica* no es en modo alguno lo mismo que los procesos cerebrales y sus constelaciones, de las cuales es función esa imagen. Es evidente que en este caso estamos ante diferentes formas del movimiento; pero esto plantea necesariamente el problema posterior de las sustanciales transiciones que vinculan entre sí estas formas de movimiento. Aunque este problema es ante todo metodológico, su solución exige un análisis que penetre –como he dicho– en los resultados acumulados por las investigaciones concretas a nivel psicológico y fisiológico.

Por otro lado, en la esfera de la problemática específicamente psicológica, la atención comenzó a centrarse cada vez más en la minuciosa elaboración de temas concretos, en mejorar el equipamiento técnico del experimento de laboratorio, en perfeccionar el aparato estadístico y en la utilización de lenguajes formales. Es claro que sin esto hoy sencillamente es imposible el progreso en psicología. Pero también es evidente que esto solo no basta. Es preciso que las tareas parciales no eclipsen a las más generales, que los procedimientos de investigación no desplacen a su metodología.

Ocurre que el psicólogo investigador que se ha dedicado a estudiar problemas concretos, continúa tropezando inevitablemente con las dificultades metodológicas fundamentales de la ciencia psicológica. Sólo que se le plantean de un modo velado, dado que la solución de las cuestiones concretas parece no depender de ellos, y exigir únicamente la multiplicación y precisión de los datos empíricos. Surge una ilusoria “desmetodologización” en la esfera de las investigaciones concretas, lo cual acentúa más aún la impresión de que existe una ruptura de los nexos internos entre los fundamentos científicos teóricos generales de la ciencia psicológica y los hechos que ésta estudia. Como consecuencia, en el sistema conceptual psicológico se forma una especie de vacío en el que se introducen al azar concepciones originadas en ideas esencialmente ajenas al método y a la teoría científicos.

A veces, la falta de preocupación teórica metodológica se expresa también en el modo de encarar la solución de algunas tareas psicológicas puramente aplicadas. Se manifiesta sobre todo en intentos de emplear en forma no crítica, a los fines prácticos, recursos metodológicos carentes de fundamentación científica. Al proceder así con frecuencia se especula con la necesidad de vincular más estrechamente la psicología a las tareas actuales que plantea la etapa contemporánea del desarrollo de la sociedad y la revolución científico-técnica. La expresión más evidente de tales intentos es el empleo irreflexivo de los tests psicológicos, importados principalmente de EE.UU. Menciono aquí esto sólo porque el desarrollo de la práctica de los tests pone al desnudo uno de los “mecanismos” que engendran actitudes antimetodológicas en psicología.

Como todos saben, se denomina tests a breves *performances* cuya finalidad consiste en revelar (y a veces también medir) una u otra propiedad o proceso que se ha captado con anterioridad desde un ángulo científico. Cuando, por ejemplo, se llegó a conocer la reacción del tornasol al ácido, apareció el test del “papel de tornasol”, o sea, el cambio de su color pasó a ser el índice más simple de la acidez o alcalinidad del líquido que impregna el papel; el estudio de las particularidades individuales en la percepción del color llevó a crear las conocidas tablas de Stilling, las cuales, según el carácter de la diferenciación de las cifras representadas en ellas, permiten juzgar con bastante seguridad sobre la ausencia o presencia de anomalías cromáticas y la naturaleza de las mismas. Este tipo de tests, que son ampliamente utilizados en los más diversos terrenos del saber, pueden ser denominados “comprensivos” en el sentido de que

se apoyan en una idea medulosa sobre las dependencias que vinculan entre sí los resultados de la prueba con las propiedades, estados o procesos que se estudian. Están subordinados a la ciencia y no sustituyen a las investigaciones profundas.

Esencialmente distinto es el carácter que tienen aquellos tests que sirven como medio para eludir las dificultades cuando se trata de lograr conocimientos psicológicos genuinamente científicos. Un modelo típico son los tests de desarrollo mental. Se basan en el procedimiento siguiente: en primer lugar, se admite que existe cierto “flogisto² psicológico”, la denominada aptitud intelectual; luego se crea una serie de situaciones y tareas entre las cuales se seleccionan aquellas que poseen mayor poder diferenciador y con ellas se integra la “batería de tests”; por último, sobre la base de la elaboración estadística de los resultados arrojados por gran número de experimentos, la cantidad de tareas correctamente resueltas incluidas en esa batería son referidas a la edad, raza o pertenencia social de los investigados. Se toma como unidad un porcentaje fijo de soluciones, empíricamente determinado, y la desviación respecto de él se registra en forma de fracción: ésta es la que expresaría el “coeficiente intelectual” inherente al individuo o grupo dado.

Resulta evidente que la metodología utilizada en la confección de este tipo de tests es inconsistente, pues el único criterio que sirve de base para incluir unas u otras tareas en el test es su *validez*, es decir, el grado de correspondencia entre los resultados de su solución y unas u otras expresiones indirectas de las peculiaridades psicológicas sometidas al test. Es esto lo que ha dado vida a una disciplina psicológica especial: la denominada “testología”. No es difícil advertir que, tras semejante transformación de un procedimiento técnico en una disciplina independiente, se esconde nada menos que el reemplazo de la investigación teórica por un burdo pragmatismo.

¿Quiero decir con esto que es preciso rechazar los tests psicológicos? Por cierto que no. He utilizado el ejemplo de los tests de aptitud, desprestigiados tiempo ha, para remarcar una vez más cuán necesario es el análisis teórico serio, incluso para resolver problemas que, a primera vista, parecieran puramente metodológicos.

² La *teoría del flogisto*, sustancia hipotética que representa la inflamabilidad, es una teoría científica obsoleta según la cual toda sustancia susceptible de sufrir combustión contiene *flogisto*, y el proceso de combustión consiste básicamente en la pérdida de dicha sustancia. Fue postulada por primera vez en 1667 por el alquimista/químico alemán Johann Joachim Becher para explicar el proceso químico de la combustión.

Me he detenido en las dificultades por las que pasa la psicología científica y nada he dicho sobre sus indiscutibles y muy importantes logros. Pero es que la toma de conciencia de estas dificultades ha constituido precisamente el contenido crítico –digámoslo así del presente libro–, aunque no es el único fundamento en el cual se basan las posiciones que aquí se desarrollan. A ellas ha aportado mucho la experiencia positiva lograda en investigaciones psicológicas concretas, tanto las mías propias como las efectuadas por colegas. Tuve presente en todo momento los resultados de esas investigaciones, aunque se las menciona directamente sólo raras veces, a título de breves aclaraciones; en la mayoría de los casos quedaron por completo al margen de la exposición. Esto último se debe a la necesidad de rehuir las largas digresiones para hacer que la concepción del autor sea más accesible y evidente.

Por esta misma causa, el libro tampoco pretende brindar una revisión de la bibliografía científica sobre las cuestiones que trata. Muchos trabajos importantes y conocidos por el lector no se citan en la obra, aunque quedan sobreentendidos. Como esto último puede crear una impresión errónea, debo destacar que, si bien esos trabajos científicos no han sido mencionados, no se debe en absoluto a que, según mi criterio, no merezcan atención. Lo mismo sucede con las fuentes histórico-filosóficas: el lector descubrirá sin esfuerzo argumentos teóricos tras los cuales se oculta el análisis de algunas categorías de la filosofía clásica, que no se mencionan directamente. Todo esto son carencias que se podrían subsanar sólo en un nuevo libro, voluminoso y escrito totalmente de otra manera. Es de lamentar que ahora no tenga yo esa posibilidad.

Casi todos los trabajos teóricos pueden ser leídos de distinto modo, a veces por completo diferente a cómo se lo figura el autor. Por eso, quiero valerme de la posibilidad de hablar en el prólogo sobre lo que, a mi juicio, es lo más importante en las páginas del texto.

Pienso que lo principal en este libro consiste en el intento de comprender psicológicamente las categorías más importantes para estructurar un sistema no contradictorio de la psicología como ciencia concreta acerca del nacimiento, funcionamiento y estructuración del reflejo psíquico de la realidad, el cual mediatiza la vida, de los individuos. Se trata de la categoría de actividad objetivada, la categoría de conciencia del hombre y la categoría de personalidad.

La primera de ellas no sólo es la inicial, sino también la más importante. En la psicología soviética esta tesis es enunciada con mucha frecuencia, pero se la desarrolla de modos esencialmente diferentes. El punto nodal, que forma algo así como la divisoria de aguas entre las diferentes concepciones del lugar que ocupa la categoría de actividad, reside en si se considera la actividad objetivada sólo como una condición del reflejo psíquico y una expresión suya, o, en cambio, se la analiza como un proceso que entraña las contradicciones dinámicas, los desdoblamientos y las transformaciones internas que engendran la psiquis, la que constituye un momento necesario del propio movimiento de la actividad, de su desarrollo. En tanto que la primera de estas posiciones saca a la investigación de la actividad en su forma básica –en forma de práctica– fuera de los marcos de la psicología, la segunda posición, por el contrario, presupone que la actividad, independientemente de su forma, integra el objeto de la ciencia psicológica, aunque por supuesto de un modo completamente distinto a cómo integra el objeto de otras ciencias.

Dicho de otro modo, el análisis psicológico de la actividad –desde el punto de vista de esta segunda posición– consiste no en separar de ella sus elementos psíquicos internos para someterlos a un estudio posterior en forma aislada, sino en introducir en la psicología unidades de análisis tales que impliquen el reflejo psíquico en su inseparabilidad de los aspectos de la actividad humana que lo engendra y que son mediatizados por él. Esta posición, que yo defiendo, exige, no obstante, reestructurar todo el aparato conceptual de la psicología, lo cual en este libro está apenas esbozado y que representa en gran parte una empresa del futuro.

Aún más difícil resulta abarcar en psicología la categoría de conciencia. La teoría general sobre la conciencia, como forma superior, específicamente humana, del psiquismo, que surge en el proceso del trabajo social y que supone el funcionamiento del lenguaje, constituye una premisa fundamental de la psicología del hombre. La tarea de la investigación psicológica reside en lo siguiente: sin limitarse al estudio de los fenómenos y procesos en la superficie de la conciencia, penetrar en su estructura interna. Pero para eso hay que considerar a la conciencia no como un campo que pueda ser contemplado por el sujeto y en el cual se proyectan las imágenes y conceptos de éste, sino como un movimiento interno peculiar, engendrado por el movimiento de la actividad humana.

La dificultad consiste en delimitar la categoría de conciencia como psicológica, y esto significa comprender las transiciones reales que vinculan entre sí la psiquis del individuo concreto y la conciencia social, sus formas. Pero esto no debe efectuarse sin un análisis previo de los “hacedores” de la conciencia individual, cuyo movimiento caracteriza la estructura interna de ésta. Precisamente un capítulo especial del libro está dedicado a exponer la experiencia de ese análisis que se basa en el análisis del movimiento de la actividad. Se sobreentiende que no es a mí a quien corresponde juzgar si esta experiencia es o no exitosa. Sólo quiero llamar la atención del lector sobre el hecho de que el “secreto” psicológico de la conciencia queda oculto para cualquier método, con excepción del que fuera descubierto por el genio de Treveris; éste permite desmitificar la naturaleza de las propiedades suprasensibles de los objetos sociales a los que pertenece también el hombre, como sujeto de la conciencia.

Es probable que las mayores objeciones las puedan suscitar los conceptos que desarrollo sobre la personalidad como objeto de estudio propiamente psicológico. Y pienso que es así porque esas opiniones son decididamente incompatibles con las concepciones metafísicas cultural-antropológicas de la personalidad (así como con las teorías de su doble determinación, por la herencia biológica y por el medio social) que inundan hoy la psicología mundial. Esta incompatibilidad se hace especialmente evidente cuando se examina el problema de la naturaleza de los denominados motores internos de la personalidad y el de los nexos de la personalidad del hombre con sus particularidades somáticas.

Una idea muy difundida sobre la naturaleza de las necesidades e inclinaciones del hombre es que precisamente éstas son las determinantes de la actividad de la personalidad y de su orientación; que, en realidad, la tarea fundamental de la psicología consiste en estudiar cuáles son las necesidades propias del hombre y qué vivencias psíquicas (inclinaciones, deseos, sentimientos) provocan.

Otra idea, a diferencia de la primera, es comprender de qué modo el desarrollo de la propia actividad del hombre, de sus motivos y recursos transforma sus necesidades y crea otras nuevas, como resultado de lo cual se modificaría la jerarquía de las mismas. De acuerdo con ello, la satisfacción de algunas de ellas se reduce al status de las condiciones imprescindibles para la actividad del hombre, para su existencia como personalidad. Es preciso decir que los defensores del primer punto de vista, antropológico, o, mejor dicho, naturalista, esgrimen multitud de

argumentos, incluso algunos que figuradamente podrían llamarse argumentos “del estómago”. Es cierto que llenar el estómago con alimento es una condición ineludible para cualquier actividad objetivada, pero el problema *psicológico* reside en otra cosa: cuál ha de ser esta actividad, cómo transcurrirá su desarrollo y, a la par con él, cómo se logra la transformación de las propias necesidades.

Si he destacado aquí dicho problema, ello se debe a que en él chocan concepciones antagónicas sobre la perspectiva que tiene el estudio de la personalidad. Una de ellas conduce a la formación de una psicología de la personalidad que parte de la primacía, en el sentido amplio de la palabra, del consumo (en el lenguaje de los behavioristas, del “refuerzo”); la otra lleva a estructurar una psicología que parte de la primacía de la actividad en la que el hombre afirma su personalidad humana.

El segundo problema –el de la personalidad del hombre y de sus peculiaridades corporales– se acentúa en relación con la tesis de que la teoría psicológica de la personalidad no puede ser estructurada apoyándose sobre todo en las diferencias de constituciones del hombre. ¿Cómo es posible, en la teoría de la personalidad, pasarse sin las citas habituales a las *constituciones* de Sheldon, a los *factores* de Eysenck y, por último, a los *tipos de actividad nerviosa superior* de Pavlov? Esta consideración también proviene de un error metodológico que depende mucho de que el propio concepto “personalidad” no tiene un significado único. Esta polisemia desaparece, sin embargo, cuando se acepta la conocida tesis de que la personalidad es una *cualidad* especial que el individuo natural adquiere en el sistema de las relaciones sociales. El problema inevitablemente se invierte: las propiedades antropológicas del individuo aparecen no como determinantes de la personalidad o partícipes de su estructura, sino como condiciones genéticamente preestablecidas de la formación de la personalidad y, a la vez, como aquello que determina no sus rasgos psicológicos, sino sólo las formas y modos de manifestación de los mismos.

Por ejemplo, la agresividad, como rasgo de la personalidad, se ha de manifestar, por supuesto, de distinto modo en el colérico que en el flemático, pero explicar la agresividad por la peculiaridad de temperamento es tan absurdo desde el punto de vista científico como buscar la explicación de las guerras en el instinto de lucha propio de los hombres. Por consiguiente, el problema del temperamento, de las características del sistema nervioso, etcétera, no “es expulsado” de la teoría de la

personalidad, sino que aparece en un plano distinto, no tradicional, o sea como la cuestión de la utilización –si podemos expresarnos así– por la personalidad de las propiedades y capacidades individuales innatas. Y éste es un problema muy importante para la caracterología concreta que, como muchos otros, ha quedado sin examinar en este libro.

Las salvedades hechas en este prólogo (y podían ser aún más numerosas) se deben a que el autor ha considerado que su tarea no reside tanto en afirmar unas u otras tesis psicológicas concretas, como en buscar el método para llegar a ellas, el que deriva de la teoría científica sobre la naturaleza del hombre, de su actividad, su conciencia y su personalidad.

Para terminar, me resta decir algunas palabras sobre la estructura del libro. Las ideas que contiene ya fueron expresadas en trabajos publicados anteriormente por el autor y cuya nómina se da en las notas de los capítulos, pero es la primera vez que esas ideas son expuestas en forma sistemática.

El libro se divide en tres partes. La primera está formada por los capítulos I y II, dedicados al análisis del concepto de reflejo y al aporte general científico a la psicología científica. Estos capítulos son una introducción a la parte central de la obra, en la cual se examinan los problemas de la actividad, la conciencia y la personalidad. Un lugar especial le corresponde a la última parte: no es una continuación de los capítulos precedentes, sino uno de los primeros trabajos del autor sobre psicología de la conciencia. Desde la época de su primera edición –que hoy se ha convertido en una rareza– han transcurrido más de veinte años, y mucho de lo que contiene envejeció. No obstante, incluye algunos aspectos psicopedagógicos del problema de la conciencia que no se enfocan para nada en las otras partes del libro, aunque siguen siendo todavía caros a los sentimientos del autor. Esto es lo que lo movió a incluirlos en el libro.

Capítulo I

LA CIENCIA PSICOLÓGICA

1. Sobre los fundamentos generales de la psicología

La doctrina de Marx produjo una revolución en las ciencias sociales: en la filosofía, la economía política, la teoría del socialismo. Es sabido que durante muchos años la psicología quedó aislada de la influencia del marxismo, el que no era admitido en los centros psicológicos científicos oficiales, y con posterioridad a la publicación de las obras básicas de Marx, durante más de medio siglo su nombre casi no fue citado en los trabajos de los psicólogos.

Sólo a comienzos de la década del 20 los científicos de nuestro país plantearon por primera vez la exigencia de que la psicología fuera estructurada conscientemente sobre la base del marxismo.³ Así, pues, fueron precisamente los científicos soviéticos quienes descubrieron a Marx para la ciencia psicológica contemporánea.

En un comienzo se interpretó la tarea de crear la psicología marxista como la de criticar las ideas filosóficas idealistas que habían predominado en la psicología e introducir en ésta algunas tesis de la dialéctica marxista. En este sentido fue significativo el título del nuevo manual de psicología escrito por K. N. Kornílov y publicado en 1926: *Manual de Psicología, expuesta desde el punto de vista del Materialismo Dialéctico*. En este manual, así como en otros trabajos de ese período, aún no se manifestaban muchas ideas y conceptos del marxismo, fundamentales para la psicología, entre ellos el concepto de reflejo. Sin embargo, aunque Kornílov y otros autores de esa época destacaron la tesis acerca de la naturaleza social de la psiquis humana, esta tesis se interpretaba por lo general de un modo acorde con las nociones ingenuas sobre el condicionamiento biosocial de la conducta humana.

Sólo después de los trabajos de L. S. Vigotski (*La Conciencia como Problema de la Psicología de la Conducta*, 1924 y *Pensamiento y Lenguaje*, 1934), y, algo más tarde, de los de S. L. Rubinstein (*Los Problemas de la Psicología en las Obras de C. Marx*, 1934, y *Principios de Psicología General*, 1940), se comenzó a comprender más plenamente la significación del marxismo para la psicología. Se fueron desarrollando

³ Véase K. N. Kornílov, *Psicología moderna y marxismo*, Leningrado, 1923

un enfoque histórico de la psiquis del hombre, la teoría eminentemente psicológica sobre la conciencia como forma superior del reflejo de la realidad, la teoría sobre la actividad y su estructuración. Se operaba así un proceso de reelaboración paulatina de la significación que tienen las obras de los clásicos del marxismo para la ciencia psicológica. Se fue haciendo cada vez más evidente que el marxismo había creado una vasta teoría que revelaba la naturaleza y las leyes generales de la psiquis, de la conciencia; que el aporte hecho por el marxismo a la ciencia psicológica no puede compararse en importancia con los más grandes descubrimientos teóricos realizados en psicología, tanto en el período premarxista de su desarrollo como después de Marx.

Esto se llegó a comprender sólo como resultado de una fecunda labor teórica de muchos psicólogos marxistas soviéticos y no soviéticos.⁴ Pero ni aun en la actualidad se puede afirmar que la psicología haya agotado el acervo de ideas del marxismo leninismo. Es por ello que nos remitimos siempre a las obras de Marx, que brindan la solución a los problemas teóricos más profundos y complejos de la ciencia psicológica.

En la teoría del marxismo aplicada a la psicología tiene una significación decisiva la doctrina sobre la *actividad* humana, sobre su desarrollo y sus formas.

Es sabido que Marx comienza sus célebres tesis sobre Feuerbach indicando que:

“El defecto fundamental de todo el materialismo anterior consiste en que sólo concibe el objeto, la realidad, bajo la forma de objeto, de contemplación, pero no como actividad humana, no de un modo subjetivo.”

Al hablar del carácter contemplativo del viejo materialismo, Marx tiene presente la circunstancia de que consideraba el conocimiento sólo como resultado de la influencia de los objetos sobre el sujeto cognoscente, sobre sus órganos de los sentidos, y no como un producto del desarrollo de su actividad en el mundo objetivo. De este modo, el viejo materialismo separaba el conocimiento, de la actividad sensorial, de los nexos prácticos vitales del hombre con el mundo circundante.

⁴ Uno de los primeros autores no soviéticos que enunció la exigencia de estructurar la psicología sobre una base marxista fue G. Politzer, *Revue de psychologie Concrète*, números 1, 2, 1929..

Cuando Marx introdujo el concepto de actividad en la teoría del conocimiento le asignó un sentido rigurosamente materialista: para él la actividad, en su forma inicial y básica, es la actividad sensorial práctica, durante la cual los hombres se ponen en contacto práctico con los objetos del mundo circundante, experimentan en sí mismos la resistencia de esos objetos y actúan sobre ellos, subordinándose a sus propiedades objetivas. Es ésta la diferencia cardinal que existe entre la doctrina marxista sobre la actividad y la idealista, que admite la actividad sólo en su forma abstracta, especulativa.

El profundo viraje que Marx imprimió a la teoría del conocimiento radica en que la práctica humana fue concebida como base del conocimiento humano, como un proceso en el curso de cuyo desarrollo van surgiendo tareas cognoscitivas, se engendran y desarrollan la percepción y el pensamiento del hombre y que, a la vez, conlleva los criterios de la adecuación y la veracidad de los conocimientos; en la práctica –dice Marx– el hombre debe demostrar la verdad, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento.

Al mencionar estas bien conocidas tesis de Marx es preciso destacar especialmente que ninguna de ellas puede ser tomada en forma aislada, desgajada de la doctrina marxista en su totalidad. Esto se aplica también, en particular, a la tesis sobre el papel de la práctica, tesis que algunos tergiversadores modernos del marxismo intentan interpretar como si fuera expresión y fundamentación de un punto de vista pragmático.

En verdad, el descubrimiento filosófico de Marx no consiste en modo alguno en identificar la práctica con el conocimiento, sino en que el conocimiento no existe al margen del proceso vital, que por su propia naturaleza es un proceso material, práctico. El reflejo de la realidad surge y se desarrolla en el proceso de desarrollo de los vínculos reales de los hombres cognoscentes con el mundo humano que los circundaba, es determinado por esos vínculos y, a su vez, ejerce una influencia inversa sobre el desarrollo de éstos.

“Las premisas de las que partimos –leemos en *‘La Ideología Alemana’*– no tienen nada de arbitrario, no son dogmas de ningún tipo, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida...”

Al mismo tiempo, estas premisas conforman tres etapas básicas necesarias, tres eslabones cuyos nexos dialécticos constituyen un sistema único en su autodesarrollo.

Ya en la propia organización corporal de los individuos está contenida la necesidad de entrar en una relación activa con el mundo exterior; para existir deben actuar, producir los medios que necesitan para su supervivencia. Al influir sobre el mundo exterior lo modifican; con ello se modifican también a sí mismos. Por eso, lo que los hombres son está determinado por su actividad, la que está condicionada por el nivel ya alcanzado en el desarrollo de sus medios y formas de organización.

Sólo durante el curso de esas relaciones se va desarrollando también el reflejo psíquico de la realidad por los hombres. Dicen Marx y Engels en “*La Ideología Alemana*”:

“...Los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material modifican, también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento”.

En otras palabras, el pensamiento y la conciencia son determinados por la existencia real, por la vida de los hombres, y sólo existen como conciencia de *los mismos*, como un producto del desarrollo del mencionado sistema de relaciones objetivas. En su autodesarrollo, este sistema forma diversas infraestructuras, relaciones y procesos que pueden convertirse en tema de estudio de algunas disciplinas científicas. Sin embargo, la exigencia marxista consiste en que sean analizados dentro de este sistema general, y no aisladamente de él. Claro está que tal exigencia alcanza por igual al estudio psicológico de los hombres, a la ciencia psicológica.

La vieja psicología metafísica reconocía sólo a los individuos abstractos, sometidos a la influencia de un medio externo opuesto a ellos y que, por su parte, manifestaban cualidades psíquicas propias: percepción, pensamiento, voluntad, sentimientos. Además, lo mismo da que se conciba al individuo como una máquina de reacción (aunque con una programación muy compleja), o que se le confieran fuerzas espirituales que se manifiestan con autonomía. A semejanza de *San Sancho* –a quien Marx ridiculiza–, que supone ingenuamente que con un golpe del acero hacemos brotar el fuego contenido en la piedra, el psicólogo metafísico cree que el psiquismo surge del sujeto mismo, de su cerebro. Al igual que Sancho, no sospecha que las partículas ígneas no brotan de la piedra, sino del acero, y, lo principal, que el problema se centra en la interacción de la piedra y el

acero que pone incandescentes esas partículas. El psicólogo metafísico tampoco advierte el eslabón principal, es decir, los procesos que mediatizan los vínculos del sujeto con el mundo real, procesos éstos en los que precisamente se opera el reflejo psíquico de la realidad en el sujeto, la transición de lo material a lo ideal. Y estos son los procesos de la actividad del sujeto, que siempre inicialmente es externa y práctica, y luego también adquiere la forma de actividad interior, de actividad de la conciencia.

Es el análisis de la actividad lo que constituye el punto decisivo y el método principal del conocimiento científico del reflejo psíquico, de la conciencia. En el estudio de las formas de la conciencia social es el análisis de la existencia social, de los modos de producción y del sistema de relaciones sociales inherentes a ella; en el estudio del psiquismo individual es el análisis de la actividad de los individuos en condiciones sociales dadas y en las circunstancias concretas que le tocan en suerte a cada uno.

2. Teoría de la Conciencia

Marx puso los cimientos de la teoría psicológica concreta de la conciencia, que abrió perspectivas totalmente nuevas para la ciencia psicológica.

A pesar de que la anterior psicología empírica subjetiva gustaba auto-denominarse ciencia sobre la conciencia, en realidad jamás lo fue. Los fenómenos de la conciencia se estudiaban en el plano netamente descriptivo, desde las posiciones de la epifenomenología y del paralelismo, o bien se excluían totalmente del objeto del saber psicológico científico, como lo exigían los representantes más radicales de la denominada "psicología objetiva".⁵ Empero, no se puede estructurar un sistema coherente de la ciencia psicológica al margen de la teoría científica concreta de la conciencia. Así lo demuestran las crisis teóricas que se producen de continuo en la psicología, a medida que se acumulan los conocimientos psicológicos concretos, cuyo caudal fue incrementándose con rapidez a partir de la segunda mitad del siglo pasado.

El secreto central de la psiquis humana, ante el cual se detuvo la investigación psicológica científica fue la existencia de los fenómenos psíquicos internos, el hecho de la *representatividad* que tiene para el

⁵ J. Watson, "Psychology as the behaviorists views". En *Psychological Review*, 1913, v. 20. Ya anteriormente un grupo de zoopsicólogos planteó la necesidad de desistir totalmente de los conceptos y términos psicológicos (T. Beer, J. v. "Uexüll Vorschläge zu einer objektive Nomenklatur" *Biologisches Zentralblatt*, 1899, Bd. XIX).

sujeto el cuadro del mundo. Es éste el secreto psicológico que no pudo ser develado por la psicología premarxista, y sigue sin haber sido resuelto en la psicología actual que se desarrolla al margen del marxismo.

En psicología, la conciencia aparecía siempre como algo extrapolado, sólo como *condición* del transcurrir de los procesos psíquicos. Tal fue, en particular, la posición de Wundt. La conciencia –escribió– está contenida en los estados psíquicos que encontramos en nosotros, sean cuales fueren esos estados, y por eso no podemos comprender la esencia de la conciencia.

“Todos los intentos de definir la conciencia [...] conducen a una tautología, o bien a definiciones que transcurren en la conciencia de las actividades, las que ya no son conciencia porque la presuponen.”⁶

Ese mismo pensamiento, en una forma más tajante, lo encontramos en Natorp: la conciencia carece de estructura propia, es sólo una condición de la psicología, pero *no su objeto*. Aunque su existencia es un hecho psicológico básico y absolutamente fidedigno, no es pasible de definición y es deducible sólo de sí mismo.⁷

La conciencia es *acualitatioa* porque ella misma es una cualidad, es decir, la cualidad de los fenómenos y procesos psíquicos; esta cualidad se expresa en la representatividad que esos fenómenos y procesos tienen para el sujeto (*Staut*). Esta cualidad no puede ser descubierta: sólo puede ser o no ser.⁸

La idea de la extrapolación de la conciencia está contenida también en la conocida comparación de la conciencia con un escenario en el cual se desenvuelven los acontecimientos de la vida espiritual. Para que estos acontecimientos puedan producirse se necesita un escenario, pero éste no participa en ellos, surge del sujeto mismo, de su cerebro. Al igual que Sancho, no sospecha que las partículas ígneas no brotan de la piedra, sino del acero, y, lo principal, que el problema se centra en la interacción de la piedra y el acero que pene incandescentes esas partículas. El psicólogo metafísico tampoco advierte el eslabón principal, es decir, los procesos que median los vínculos del sujeto con el mundo real, procesos éstos en los que precisamente se opera el reflejo psíquico de la realidad en el

⁶ W. Wundt, *Principios de psicología fisiológica*. Moscú, 1880, pág. 738.

⁷ P. Natorp, *Einleitung in die Psychologie*. Berlín, 1888, S. 14, 112.

⁸ Véase Staut, *Psicología analítica*. Moscú, 1920.

sujeto, la transición de lo material a lo ideal. Y estos son los procesos de la actividad del sujeto, que siempre inicialmente es externa y práctica, y luego también adquiere la forma de actividad interior, de actividad de la conciencia.

Es el análisis de la actividad lo que constituye el punto decisivo y el método principal del conocimiento científico del reflejo psíquico, de la conciencia. En el estudio de las formas de la conciencia social es el análisis de la existencia social, de los modos de producción y del sistema de relaciones sociales inherentes a ella; en el estudio del psiquismo individual es el análisis de la actividad de los individuos en condiciones sociales dadas y en las circunstancias concretas que le tocan en suerte a cada una.

2. Teoría de la Conciencia

Marx puso los cimientos de la teoría psicológica concreta de la conciencia, que abrió perspectivas totalmente nuevas para la ciencia psicológica.

A pesar de que la anterior psicología empírica subjetiva gustaba auto-denominarse ciencia sobre la conciencia, en realidad jamás lo fue. Los fenómenos de la conciencia se estudiaban en el plano netamente descriptivo, desde las posiciones de la epifenomenología y del paralelismo, o bien se excluían totalmente del objeto del saber psicológico científico, como lo exigían los representantes más radicales de la denominada "psicología objetiva".⁹ Empero, no se puede estructurar un sistema coherente de la ciencia psicológica al margen de la teoría científica concreta de la conciencia. Así lo demuestran las crisis teóricas que se producen de continuo en la psicología, a medida que se acumulan, los conocimientos psicológicos concretos, cuyo caudal fue incrementándose con rapidez a partir de la segunda mitad del siglo pasado.

El secreto central de la psiquis humana, ante el cual se detuvo la investigación psicológica científica fue la existencia de los fenómenos psíquicos internos, el hecho de la *representatividad* que tiene para el sujeto el cuadro del mundo. Es éste el secreto psicológico que no pudo ser develado por la psicología premarxista, y sigue sin haber sido resuelto en la psicología actual que se desarrolla al margen del marxismo.

⁹ J. Watson, "Psychology as the behaviorists views". En *Psychological Review*, 1913, v. 20. Ya anteriormente un grupo de zoopsicólogos planteó la necesidad de desistir totalmente de los conceptos y términos psicológicos (T. Beer. J. v. "Uexüll Vorschläge zu einer objektive Nomenklatur" *Biologisches Zentralblatt*, 1899, Bd. XIX).

En psicología, la conciencia aparecía siempre como algo extrapolado, sólo como *condición* del transcurrir de los procesos psíquicos. Tal fue, en particular, la posición de Wundt. La conciencia –escribió– está contenida en los estados psíquicos que encontramos en nosotros, sean cuales fueren esos estados, y por eso no podemos comprender la esencia de la conciencia.

“Todos los intentos de definir la conciencia [...] conducen a una tautología, o bien a definiciones que transcurren en la conciencia de las actividades, las que ya no son conciencia porque la presuponen.”¹⁰

Ese mismo pensamiento, en una forma más tajante, lo encontramos en Natorp: la conciencia carece de estructura propia, es sólo una condición de la psicología, pero no *su objeto*. Aunque su existencia es un hecho psicológico básico y absolutamente fidedigno, no es pasible de definición y es deducible sólo de sí mismo

La conciencia es *acualitativa* porque ella misma es una cualidad, es decir, la cualidad de los fenómenos y procesos psíquicos; esta cualidad se expresa en la representatividad que esos fenómenos y procesos tienen para el sujeto (Staut). Esta cualidad no puede ser descubierta: sólo puede ser o no ser¹¹.

La idea de la extrapolación de la conciencia está contenida también en la conocida comparación de la conciencia con un escenario en el cual se desenvuelven los acontecimientos de la vida espiritual. Para que estos acontecimientos puedan producirse se necesita un escenario, pero éste no participa en ellos.

Así, pues, la conciencia es algo extra psicológico, acualitativo desde el punto de vista psicológico. Aunque esta idea no siempre se expresa abiertamente, está constantemente sobrentendida. Ningún intento anterior de caracterizar psicológicamente la conciencia entra en contradicción con esa idea. Me refiero ante todo a la concepción cuantitativa de la conciencia que en la forma más directa ya enunciara Ledd: la conciencia es aquello que aumenta o disminuye, una parte de lo cual se pierde en el sueño, y que se pierde por completo en el desmayo ¹².

¹⁰ W. Wundt, *Principios de psicología fisiológica*. Moscú, 1880, pág. 738. (Hay versión en español. Ed.)

¹¹ Véase Staut, *Psicología analítica*. Moscú, 1920.

¹² En nuestra literatura psicológica esta idea tiene una expresión original en la experiencia de sistematización de la psicología propuesta por P. P. Blonski (P. P. Blonski,

Es una “luminiscencia” singular, un rayo de luz que se desplaza, o mejor dicho, un proyector, cuyo haz ilumina el campo externo o interior. Su desplazamiento en este campo se expresa en los fenómenos de la atención, los únicos en los cuales la conciencia obtiene su característica psicológica, pero además, sólo cuantitativa y espacial. El “campo de la conciencia” (o, lo que es lo mismo, el “campo de la atención”) puede ser más estrecho, más concentrado, o más amplio, disperso; puede ser más persistente o menos persistente, fluctuante. Pero pese a todo, la descripción del “campo de la conciencia” sigue siendo acualitativa, no estructural. Por consiguiente, también las “leyes de la conciencia” que se formularon tuvieron un carácter puramente formal; tales son las leyes de la relativa claridad de la conciencia, de la continuidad de la conciencia, del fluir de la conciencia.

Se suelen incluir entre las leyes de la conciencia también la *ley de asociación* o las *leyes de la integridad*, de la pregnancia, etc., enunciadas por la *Gestaltpsychologie*, pero esas leyes atañen a los *fenómenos* que tienen lugar en la conciencia y no a la conciencia como forma peculiar de la psiquis, y por eso son igualmente válidas en lo que se refiere a su “campo” y en lo tocante a fenómenos que ocurren al margen de ese “campo”, o sea, tanto a nivel del hombre como a nivel de los animales.

Ocupa una posición un tanto particular la teoría de la conciencia que se remonta a la escuela sociológica francesa (Durkheim, De Roberti, Halbwachs y otros).¹³ Como es sabido, la principal idea de esta escuela, vinculada con el problema psicológico de la conciencia, consiste en que la conciencia individual surge como resultado de la influencia que sobre el hombre ejerce la conciencia de la sociedad, por efecto de la cual su psiquis se *socializa* e intelectualiza; esta socialización e intelectualización de la psiquis del hombre es precisamente su conciencia. Pero también en esta concepción se conserva totalmente el carácter psicológico acualitativo de la conciencia; sólo que ahora la conciencia se presenta como un plano en el cual se proyectan nociones, conceptos, que constituyen el contenido de la conciencia social. Con esto la conciencia se identifica con la ciencia: conciencia, es decir “*conciencia*”, producto de la comunicación de las conciencias.

Ensayos psicológicos, Moscú, 1927. [En ruso.]

¹³ Véase S. L. Rubinstein, *El desarrollo de la psicología. Principios y métodos*. Montevideo, Ed. Pueblos Unidos, 1963, págs. 412-440.

Otra dirección que siguieron los intentos de caracterizar en forma psicológica la conciencia consistió en presentarla como condición de la unificación de la vida psíquica interior.

La unión de funciones, capacidades y propiedades psíquicas: eso es precisamente la conciencia; por ello –escribió Lipps– es a la vez también *autoconciencia*¹⁴. James expresó esta idea con la mayor sencillez en una carta a K. Stumpf: la conciencia es “el amo general de las funciones psíquicas!”. Pero justamente en el ejemplo de James se ve con claridad meridiana que esta interpretación de la conciencia encuadra totalmente en la teoría sobre su carácter acualitativo e indefinido. Fue James quien dijo de sí mismo:

“Hace ya veinte años que dudo de la existencia de lo existente denominado conciencia [...]. Me parece que ha llegado el momento de que todos renuncian abiertamente a ello”.¹⁵

Ni la introspección experimental de los adeptos de la escuela de Wurzburg, ni la fenomenología de Husserl y los existencialistas pudieron penetrar en la *estructura* de la conciencia. Por el contrario, al entender por conciencia el contenido fenoménico de ésta, con sus relaciones internas, ideales, ellos insisten en la “depsicologización”, si se puede decir así, de esas relaciones internas. La psicología de la conciencia se diluye por completo en la fenomenología. Es curioso señalar que los autores que se plantearon como fin penetrar “tras” la conciencia y que desarrollaron la teoría sobre la esfera inconciente de la psiquis, mantuvieron esa misma interpretación de la conciencia, o sea, como “organización coherente de los procesos psíquicos” (Freud). Al igual que otros representantes de la psicología profunda, Freud lleva el problema de la conciencia más allá de la esfera de lo psicológico propiamente dicho, pues la instancia principal que representa la conciencia –el “super-yo”– es en realidad metapsíquica.

En rigor, la posición metafísica en el enfoque de la conciencia tampoco pudo conducir a la psicología a ninguna otra interpretación de ella. Aunque la idea del desarrollo se infiltró también en el pensamiento psicológico premarxista –sobre todo en el período posterior a Spencer– no llegó a abarcar la solución del problema sobre la naturaleza de la psiquis humana, por lo cual ésta continuó siendo considerada como algo preexistente y que

¹⁴ Véase G. Lipps, *Los métodos de la psicología*. Informe presentado en el V Congreso Internacional de Psicología, 1905.

¹⁵ W. James, “¿Existe la conciencia?” *Nuevas ideas en psicología*. Rec. núm. 4, Moscú, 1910.

sólo “se rellena” con nuevos contenidos. Fueron precisamente estas posiciones metafísicas las que resultaron destruidas por la concepción materialista dialéctica, que abrió perspectivas totalmente nuevas a la psicología de la conciencia.

La tesis inicial del marxismo sobre la conciencia consiste en que ésta es una forma cualitativamente particular de la psiquis. Aunque la conciencia tiene también una larga prehistoria en la evolución del mundo animal, en el hombre aparece por primera vez en el proceso en que se fueron estableciendo el trabajo y las relaciones sociales. Desde el comienzo –afirman Marx y Engels en *La Ideología Alemana*– la conciencia es un producto social.

La tesis marxista sobre la necesidad y sobre la función real de la conciencia excluye por entero la posibilidad de considerar en psicología los fenómenos de la conciencia sólo como epifenómenos que acompañan los procesos cerebrales y la actividad que ellos realizan. Al mismo tiempo, es cierto que la psicología no puede simplemente postular el carácter activo de la conciencia. La tarea de la ciencia psicológica consiste en explicar científicamente el papel activo de la conciencia, y esto es posible sólo a condición de que se modifique de modo radical el enfoque del problema y, sobre todo, a condición de que se abandone esa idea antropológica limitada sobre la conciencia, que obliga a buscar la explicación de ésta en los procesos que se desenvuelven en el cerebro del individuo bajo la influencia de los estímulos que actúan sobre él, o sea, una concepción que inevitablemente hace regresar la psicología a las posiciones del paralelismo.

La verdadera explicación de la conciencia no se halla en estos procesos, sino en las condiciones y modos sociales de esa actividad que crea su necesidad, o sea, en la actividad laboral. Esta actividad se caracteriza porque se produce su cosificación, su “extinción” –según expresión de Marx– en el producto.

“Lo que en el trabajador era actividad [*Unruhe*] –escribe Marx en *El Capital*– aparece ahora, en el producto, como una propiedad en reposo [*ruhende Eigenschaft*], como existencia”.

Durante el proceso de producción –leemos más adelante–, el trabajo pasa sin cesar de la forma de la actividad a la forma de la existencia, de la forma del movimiento a la forma de la objetivación.

En este proceso se produce también la objetivación de aquellas nociones que impulsan, orientan y regulan la actividad del sujeto. En el producto ellos adquieren una forma nueva de existencia, como objetos externos son percibidos sensorialmente. Ahora, en su forma externa, cristalizada o exotérica, ellas mismas se convierten en objetos del reflejo. La concordancia con las nociones iniciales es el proceso de su aprehensión por el sujeto, es decir, un proceso como resultado del cual esas nociones adquieren en su cabeza su duplicación, su existencia ideal.

Sin embargo, esta descripción del proceso de aprehensión es incompleta. Para que este proceso pueda realizarse el objeto debe aparecer ante el hombre como habiendo reproducido el contenido psíquico de la actividad, es decir, en su faceta ideal. Empero, la delimitación de esta última no se puede comprender haciendo abstracción de los vínculos sociales –en los cuales necesariamente entran los que participan en el trabajo–, de la comunicación entre ellos. Al entablar comunicación entre ellos, los hombres producen también el lenguaje, que sirve para denominar el objeto, los medios y el proceso del trabajo. Los actos de denominación no son más que actos de delimitación de la faceta ideal de los objetos, en tanto que la apropiación del lenguaje por los individuos es la apropiación de lo que ellos han denominado en forma de su aprehensión.

“...El lenguaje –observan Marx y Engels en la obra citada– es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por lo tanto, comienza a existir también para mí mismo...”

Sin embargo, no se puede interpretar de ningún modo esta tesis en el sentido de que la conciencia es engendrada por el lenguaje:

“éste no es su demiurgo, sino la forma de su existencia. Además, las palabras, los signos lingüísticos, no son simplemente reemplazantes de las cosas, sus substitutos convencionales. Tras los significados de las palabras se oculta la práctica social, la actividad transformada psíquicos” (Freud). Al igual que otros representantes de la psicología profunda, Freud lleva el problema de la conciencia más allá de la esfera de lo psicológico propiamente dicho, pues la instancia principal que representa la conciencia –el “súper-yo”– es en realidad metapsíquica.

En rigor, la posición metafísica en el enfoque de la conciencia tampoco pudo conducir a la psicología a ninguna otra interpretación de ella. Aunque la idea del desarrollo se infiltró también en el pensamiento psicológico

premarxista –sobre todo en el período posterior a Spencer– no llegó a abarcar la solución del problema sobre la naturaleza de la psiquis humana, por lo cual ésta continuó siendo considerada como algo preexistente y que sólo “se rellena” con nuevos contenidos. Fueron precisamente estas posiciones metafísicas las que resultaron destruidas por la concepción materialista dialéctica, que abrió perspectivas totalmente nuevas a la psicología de la conciencia.

La tesis inicial del marxismo sobre la conciencia consiste en que ésta es una forma cualitativamente particular de la psiquis. Aunque la conciencia tiene también una larga prehistoria en la evolución del mundo animal, en el hombre aparece por primera vez en el proceso en que se fueron estableciendo el trabajo y las relaciones sociales. Desde el comienzo –afirman Marx y Engels en *La Ideología Alemana*– la conciencia es un producto social.

La tesis marxista sobre la necesidad y sobre la función real de la conciencia excluye por entero la posibilidad de considerar en psicología los fenómenos de la conciencia sólo como epifenómenos que acompañan los procesos cerebrales y la actividad que ellos realizan. Al mismo tiempo, es cierto que la psicología no puede simplemente postular el carácter activo de la conciencia. La tarea de la ciencia psicológica consiste en explicar científicamente el papel activo de la conciencia, y esto es posible sólo a condición de que se modifique de modo radical el enfoque del problema y, sobre todo, a condición de que se abandone esa idea antropológica limitada sobre la conciencia, que obliga a buscar la explicación de ésta en los procesos que se desenvuelven en el cerebro del individuo bajo la influencia de los estímulos que actúan sobre él, o sea, una concepción que inevitablemente hace regresar la psicología a las posiciones del paralelismo.

La verdadera explicación de la conciencia no se halla en estos procesos, sino en las condiciones y modos sociales de esa actividad que crea su necesidad, o sea, en la actividad laboral. Esta actividad se caracteriza porque se produce su cosificación, su “extinción” –según expresión de Marx– en el producto.

“Lo que en el trabajador era actividad [*Unruhe*] –escribe Marx en *El Capital*– aparece ahora, en el producto, como una propiedad en reposo [*ruhende Eigenschaft*], como existencia”.

Durante el proceso de producción –leemos más adelante–, el trabajo pasa sin cesar de la forma de la actividad a la forma de la existencia, de la forma del movimiento a la forma de la objetivación.

En este proceso se produce también la objetivación de aquellas nociones que impulsan, orientan y regulan la actividad del sujeto. En su producto ellas adquieren una forma nueva de existencia, como objetos externos que son percibidos sensorialmente. Ahora, en su forma externa, exteriorizada o exotérica, ellas mismas se convierten en objetos del reflejo. La concordancia con las nociones iniciales es el proceso de su aprehensión por el sujeto, es decir, un proceso como resultado del cual esas nociones adquieren en su cabeza su duplicación, su existencia ideal.

Sin embargo, esta descripción del proceso de aprehensión es incompleta. Para que este proceso pueda realizarse el objeto debe aparecer ante el hombre como habiendo reproducido el contenido psíquico de la actividad, es decir, en su faceta ideal. Empero, la delimitación de esta última no se puede comprender haciendo abstracción de los vínculos sociales –en los cuales necesariamente entran los que participan en el trabajo–, de la comunicación entre ellos. Al entablar comunicación entre ellos, los hombres producen también el lenguaje, que sirve para denominar el objeto, los medios y el proceso del trabajo. Los actos de denominación no son más que actos de delimitación de la faceta ideal de los objetos, en tanto que la apropiación del lenguaje por los individuos es la apropiación de lo que ellos han denominado en forma de su aprehensión.

“...El lenguaje –observan Marx y Engels en la obra citada– es la conciencia práctica, la conciencia real, que existe también para los otros hombres y que, por lo tanto, comienza a existir también para mí mismo...”

Sin embargo, no se puede interpretar de ningún modo esta tesis en el sentido de que la conciencia es engendrada por el lenguaje: éste no es su demiurgo, sino la forma de su existencia. Además, las palabras, los signos lingüísticos, no son simplemente reemplazantes de las cosas, sus substitutos convencionales. Tras los significados de las palabras se oculta la práctica social, la actividad trasformada y cristalizada en ellos, y es sólo en el proceso de esa actividad donde se va revelando al hombre la realidad objetiva.

Claro está que el desarrollo de la conciencia en cada hombre no repite el proceso histórico-social de producción de la conciencia. Pero el reflejo conciente del mundo no surge en él como resultado de la proyección directa en su cerebro de las representaciones y conceptos que elaboraran las generaciones precedentes. Su conciencia es también un producto de su actividad en el mundo objetivo. Es en esta actividad, que se realiza por intermedio de la comunicación con otros hombres, donde tiene lugar el proceso de apropiación (*Aneignung*) por el hombre de las riquezas espirituales acumuladas por el género humano (*Menschengattung*) y que están encarnadas en la forma objetiva sensorial (véase *La Ideología Alemana*. Además, la propia existencia objetivada de la actividad humana (en los “*Manuscritos*” Marx dice, de la industria, aclarando que toda actividad humana fue hasta ahora trabajo, es decir, industria) aparece como “exposición a los sentidos de la *psicología* humana”.

Así, el descubrimiento de Marx, radical para la teoría psicológica, consiste en que la conciencia no es la manifestación de alguna capacidad mística del cerebro humano de irradiar la “luz de la conciencia” bajo la influencia de las cosas que actúan sobre él —estímulos—, sino un producto de esas relaciones especiales, es decir sociales, que entablan los hombres, relaciones que se realizan sólo por medio de su cerebro, de sus órganos de los sentidos y de sus órganos de acción. En los procesos engendrados por estas relaciones es donde se conciben los objetos como imágenes subjetivas de los mismos en la mente humana, como conciencia.

Junto con la teoría de la conciencia, Marx elaboró también los principios de la historia científica de la conciencia de los hombres, cuya importancia para la ciencia psicológica difícilmente puede sobreestimarse.

A pesar de que la psicología dispone de gran cantidad de materiales sobre el desarrollo histórico del pensamiento, de la memoria y de otros procesos psíquicos, que fueron compilados en lo fundamental por historiadores de la cultura y etnógrafos, no ha logrado dar solución todavía al problema central: el de las etapas históricas de formación de la conciencia.

Marx y Engels no sólo crearon un método general de investigación histórica de la conciencia; también descubrieron los cambios fundamentales que sufre la conciencia del hombre en el curso de desarrollo de la sociedad. Nos referimos, en primer término, a la etapa de formación primaria de la conciencia y del lenguaje y a la etapa de transformación de la conciencia en una forma universal específicamente humana de la

psiquis, cuando el reflejo, en forma de conciencia, abarca todo el conjunto de fenómenos del mundo que circunda al hombre, su propia actividad y a él mismo (véase “*La Ideología Alemana*”). Tiene trascendental significación la doctrina de Marx sobre los cambios que sufre la conciencia en el desarrollo de la división social del trabajo, cuando la masa fundamental de productores están separados de los medios de producción y la actividad teórica, aislada de la práctica. La alienación económica engendrada por el desarrollo de la propiedad privada conduce también a la alienación, a la desintegración de la conciencia de los hombres. Esta alienación se expresa en que surge una inadecuación entre el sentido que adquiere para el hombre su actividad y el producto de ésta, y su significación objetiva. Esta desintegración de la conciencia sólo desaparece con la desaparición de las relaciones de propiedad privada que la originan, con el paso de la sociedad de clases a la sociedad comunista:

“...El comunismo –escribió Marx en los *Manuscritos*– se sabe una reintegración o retorno del hombre a sí mismo, la superación de la autoenajenación humana...”

Estas tesis teóricas de Marx adquieren en nuestra época una particular actualidad. Sirven de orientación a la ciencia psicológica para encarar los más complejos problemas del cambio que se opera en la conciencia del hombre en la sociedad socialista, comunista, para dar solución a las tareas psicológicas concretas que hoy se plantean no sólo en la esfera de la educación de la joven generación, sino también en el ámbito de la organización del trabajo, de la comunicación y en otras áreas donde se manifiesta la personalidad humana.

3. Psicología de los procesos cognoscitivos

La doctrina marxista sobre la naturaleza de la conciencia ha creado una teoría general de la psiquis humana. Al mismo tiempo, encontró expresión concreta en la solución teórica de problemas tan importantes como el de la percepción y el pensamiento, a cada uno de los cuales Marx aportó ideas que son básicas para la psicología científica. Esas ideas se anticiparon en muchos años a la orientación principal de su desarrollo en el ámbito del estudio psicológico de la percepción y de la actividad pensante del hombre.

El marxismo considera la percepción, o sea el reflejo sensorial directo de la actividad, como una etapa y también como forma básica del conocimiento, que alcanza un alto grado de perfeccionamiento en el proceso del desarrollo histórico del hombre.

Es cierto que las posibilidades perceptivas están condicionadas por la estructura de los órganos de los sentidos del hombre, de sus capacidades sensoriales o –expresándonos en el lenguaje de las primeras obras de Marx– de sus fuerzas esenciales correspondientes. Sin embargo, para que en el cerebro del hombre se forme la imagen táctil, visual o auditiva del objeto es necesario que entre el hombre y ese objeto se establezca un *relación* activa. Es de esos procesos realizadores de esa relación de los que depende la adecuación y el grado de complejidad de la imagen. Por lo tanto, para explicar científicamente el surgimiento y las particularidades de la imagen sensorial subjetiva no basta con estudiar, por un lado, la estructura y funcionamiento de los órganos de los sentidos y, por el otro, la naturaleza física de las influencias que el objeto ejerce sobre ellos. Es necesario penetrar también en la actividad del sujeto, que mediatiza sus vínculos con el mundo objetivo.

Era totalmente distinto el enfoque contemplativo sensualista de la percepción que predominaba en la psicología premarxista. Este enfoque encontró su expresión en la tesis –aparentemente clara– que formularan los psicólogos sensualistas: para que en la conciencia del hombre surja la imagen del objeto es suficiente tener ese objeto ante los ojos.

Conociendo, por una parte, al hombre con sus particularidades morfo-fisiológicas, y por la otra, el mundo de las cosas que lo enfrenta, la investigación psicológica de la percepción se encontró con dificultades teóricas insolubles. En particular no se podía explicar lo más importante: la adecuación de la imagen subjetiva a la realidad objetiva. Por eso la psicología de la percepción en los hechos resultó no estar en condiciones de ir más allá de una interpretación encuadrada en el idealismo fisiológico y en la teoría de los jeroglíficos, y tuvo que apelar a conceptos tales como la capacidad de estructuración, de formación de la “Gestalt”. Además, de todos modos, muchos hechos del área de la percepción seguían sin ser explicados. Por ejemplo, entre ellos se incluye uno primordial: que los efectos que provoca la acción de los objetos externos en nuestros órganos, los percibimos no como estados propios, sino como algo que se encuentra fuera de nosotros; éste es un hecho que, dicho sea de paso, fue utilizado por Marx para esclarecer uno de los aspectos de la

transformación de las relaciones humanas en la conciencia de los hombres en relaciones de cosas que se encuentran fuera de ellos.

Sólo bajo la presión de hechos cada vez más numerosos, acumulados especialmente en los últimos años, postgestaltianos”, por decirlo así, los esfuerzos de los investigadores se orientaron hacia el estudio de la actividad del sujeto en cuyo proceso se forman las imágenes de la percepción. Aparecieron inúmeros trabajos dedicados a la investigación de la génesis de la estructura y composición de las acciones perceptivas, es decir, táctiles, visuales y, por último, auditivas. Por lo tanto, se necesitó todo un siglo para que la psicología dejara de encarar la percepción como resultado de la influencia unilateral de cosas exteriores sobre el sujeto pasivo, que contempla el mundo, y para que en ella comenzara a configurarse un nuevo enfoque de los procesos perceptivos.

Es cierto que también dentro de este nuevo enfoque continúan chocando entre sí líneas filosóficas antagónicas: la del materialismo y la del idealismo. La primera exige que se conciba la actividad perceptiva como un proceso incluido en los vínculos vitales, prácticos, del hombre con la realidad objetiva, como un proceso en el cual lo material sólo “se traduce” –según expresión de Marx– en lo ideal. La segunda línea, la idealista, encara esta actividad perceptiva como si fuera la que construye el mundo de las cosas.

A lo expuesto debemos agregar que los datos contenidos en modernas investigaciones experimentales de las acciones y operaciones perceptivas por sí solos no dan aún solución teórica al problema de la percepción humana. Su significación real sólo se puede comprender en el contexto más amplio de la teoría sobre la unidad del sujeto y el objeto, sobre la naturaleza histórico-social de los vínculos del hombre con el mundo objetivo.

Aunque la actividad perceptiva es singular, en el sentido de que en sus formas desarrolladas no está vinculada directamente con la influencia práctica que el hombre ejerce sobre el objeto y tiene como producto una imagen subjetiva del objeto (es decir, un producto ideal), es de todos modos una actividad auténticamente objetivada que se subordina a su objeto como cristalización de la totalidad de la práctica *social* humana.

“El ojo –dice Marx en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*– se ha convertido en ojo *humano*, así como su *objeto* se ha hecho objeto social *humano*, objeto que fluye del hombre para el hombre. Los *sentidos* se han hecho, por consiguiente, directamente *teorizantes* en su práctica”.

Y más adelante:

“La *formación* de los cinco sentidos, es el trabajo de toda la historia del mundo hasta nuestros días”.

Las tesis citadas se refieren directamente al hombre social, al hombre como ser genérico, y a su actividad genérica, es decir, al proceso histórico-social.

Pero un individuo no existe, como hombre, al margen de la sociedad. Se convierte en hombre sólo como resultado del proceso por el cual se apropia de la realidad humana. La actividad de percepción es precisamente una de las formas en que se realiza este proceso.

Estas ideas fueron totalmente extrañas a toda la psicología empírica anterior. Sólo unos pocos pensadores, los más lúcidos, casi llegaron a comprender que tras la percepción está una práctica “comprimida”, y que la mano que palpa o el ojo no se pierden en sus objetos sólo porque aprenden a cumplir acciones y operaciones perceptivas que se han conformado en la práctica. Pero son estas ideas las que nos aproximan a la comprensión de la verdadera naturaleza de la percepción humana.

Juntamente con los principios teóricos de la psicología científica de la percepción, Marx creó también las bases de la psicología científica de los procesos del pensamiento. La doctrina marxista es la única que permite superar tanto la noción idealista sobre el pensamiento –que coloca al pensamiento por encima de lo sensorial– como la limitación del materialismo metafísico, que reduce el pensamiento a los procesos elementales del análisis y generalización de las impresiones sensoriales y a la formación de asociaciones entre ellas. Como es sabido, en contraposición a esto el marxismo considera el pensamiento humano como producto del desarrollo histórico-social, como una forma teórica especial de la actividad humana que no es otra cosa que un derivado de la actividad práctica. Incluso en la etapa de desarrollo en que el pensamiento adquiere relativa independencia, la práctica sigue siendo su base y el criterio de su verdad.

Como función del cerebro humano, el pensamiento es un proceso natural, pero no existe al margen de la sociedad, al margen de los conocimientos acumulados por la humanidad y de los procedimientos de la actividad pensante elaborados por ella. De este modo, cada hombre se convierte en sujeto del pensamiento sólo cuando domina el lenguaje, los conceptos y la lógica, que constituyen un reflejo generalizado de la experiencia de la práctica social: incluso aquellas tareas que el hombre plantea a su pensamiento son un producto de las condiciones sociales de su vida. En otras palabras, el pensamiento de los hombres, así como su percepción, son de naturaleza histórico-social. El marxismo destaca especialmente el carácter primario del nexo del pensamiento con la actividad práctica.

“La producción de las ideas [...] –leemos en *La Ideología Alemana*– aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el intercambio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, el modo de pensar, la comunicación espiritual de los hombres se presentan todavía aquí como emanación directa de su relación material”.

Engels expresó este concepto en una forma más general cuando escribió en *Dialéctica de la naturaleza*:

“...la modificación de la naturaleza por los hombres, y no sólo la naturaleza como tal, es la base más esencial e inmediata del pensamiento humano.”

Estas tesis tienen fundamental significación para la teoría del conocimiento y también para la psicología del pensamiento; no sólo destruyen las ideas naturalistas pueriles e idealistas sobre el pensamiento, que predominaron en la vieja psicología, sino que crean la base para una adecuada interpretación de los innumerables hechos y concepciones científicas que en las últimas décadas resultaron del estudio psicológico de los procesos del pensamiento.

El análisis de las teorías psicológicas del pensamiento originadas en nociones filosóficas burguesas, muestra que no están en condiciones de proporcionar respuestas auténticamente científicas ni siquiera a los problemas más cardinales, cuya falta de solución frena la evolución posterior de las investigaciones concretas sobre este problema tan candente.

Entre esos problemas cardinales se encuentra, en primer término, el siguiente: ¿de qué modo el pensamiento, que tiene como única fuente la percepción sensorial, penetra más allá de la superficie de los fenómenos que pueden influir sobre nuestros órganos de los sentidos? La única solución correcta de este problema la brinda la doctrina marxista sobre el origen y la esencia del pensamiento humano.

El trabajo mediante instrumentos coloca al hombre no sólo ante objetos materiales, cosificados, sino también ante su interacción, que él mismo controla y reproduce; es en este proceso donde se opera su conocimiento por el hombre, conocimiento que excede las posibilidades del reflejo sensorial directo. En tanto que durante la influencia directa “sujeto-objeto” este último descubre sus propiedades sólo dentro de límites condicionados por la composición y el grado de sutileza de las sensaciones del sujeto, en el proceso de interacción mediatizado por el instrumento, el conocimiento trasciende esos límites. Así, en el curso de la elaboración mecánica de un objeto hecho de un material por medio de un objeto hecho de otro, sometemos a una experiencia inequívoca su relativa dureza en un grado totalmente inaccesible a nuestros órganos sensoriales miocutáneos: por la deformación perceptible de uno de ellos deducimos que uno es más duro que el otro. En este sentido la herramienta es la primera *abstracción* auténtica. Únicamente siguiendo este camino lograremos desgajar las unidades objetivas cuya aplicación puede proporcionar un conocimiento tan preciso como se desee de las propiedades de los objetos y, lo que es principal, independiente de los fluctuantes umbrales de la sensación.

Al comienzo, el conocimiento de las propiedades del mundo objetivo que trasciende los límites del conocimiento sensorial directo, es un resultado no premeditado de acciones orientadas hacia fines prácticos, es decir, de acciones incluidas en la *actividad industrial* de los hombres. Luego comienza a responder a tareas especiales como, por ejemplo, la tarea de apreciar la aptitud del material original por medio de una prueba práctica previa, del *experimento* más simple. Este tipo de acciones subordinadas a una finalidad cognoscitiva conciente es ya un auténtico pensamiento, aunque conserva también la forma de procesos externos. Sus resultados cognoscitivos, generalizados y reforzados por medio del lenguaje, difieren esencialmente de los resultados del reflejo sensorial directo, que se generalizan en las correspondientes formaciones sensoriales. Difieren de estas últimas no sólo porque encierran propiedades, vínculos y relaciones inaccesibles a la apreciación sensorial directa, sino también porque al ser

trasmitidas a otros hombres en el proceso de comunicación verbal, forman un sistema de conocimientos que integran el contenido de la conciencia de la colectividad, de la sociedad. Debido a ello, las representaciones, conceptos e ideas que tienen algunos hombres se van formando, enriqueciendo, y son sometidas a una selección no sólo en el curso de su práctica individual (pues es inevitable que ésta sea estrechamente restringida y sujeta a las casualidades), sino también sobre la base de la experiencia, incomparablemente más amplia, de la práctica social que ellos asimilan.

Al mismo tiempo, la forma verbal de expresión, que inicialmente es una forma externa objetiva de la actividad cognoscitiva, crea la condición que permite cumplir luego algunos de sus procesos ya sólo en el plano del habla. Además, como el habla pierde su función comunicativa y sólo cumple la cognoscitiva, su faz articuladora, sonora, se va reduciendo gradualmente, y los procesos correspondientes van adquiriendo cada vez más el carácter de procesos internos que se realizan para uno mismo, "in mente". Entre las condiciones iniciales y la ejecución práctica de las acciones se incluyen ahora de más en más largas cadenas de procesos de confrontación mental, análisis, etc., que por último adquieren una independencia relativa y la capacidad de separarse de la actividad práctica.

Esta separación entre el pensamiento y la actividad práctica transcurre históricamente, empero, no por sí sola, no sólo en virtud de la propia lógica del desarrollo, sino que resulta de la división del trabajo, que lleva a que la actividad mental y la actividad práctica material recaigan sobre distintos hombres. En las condiciones de desarrollo de la propiedad privada de los medios de producción y de diferenciación de la sociedad en clases sociales antagónicas, la actividad del pensamiento se aísla del trabajo físico y se contrapone a la actividad práctica. Parece, pues, totalmente independiente de esta última, que tiene otro origen, otra naturaleza. Estas nociones sobre la actividad de pensar son las que se afirman en las teorías idealistas del pensamiento.

Sin embargo, esta separación entre el pensamiento y la actividad práctica, y la contradicción entre ambos, no son eternas. Al desaparecer la propiedad privada sobre los medios de producción y las clases antagónicas, el abismo abierto entre ellos desaparecerá gradualmente.

En la sociedad comunista desarrollada el paso de una forma de actividad a otra se convierte en un modo natural de existencia y desarrollo de las mismas. Para ello, observa Marx en *La Ideología Alemana*, ya no se requieren “complejas operaciones de reflexión”.

Claro está que esta unificación de la actividad de pensar de la actividad práctica no significa que se elimine la diferencia cualitativa entre ambas. La actividad de pensar –al perder algunos rasgos que adquirió como consecuencia de su aislamiento de la actividad práctica– conserva, de todos modos, sus particularidades, pero éstas se van demistificando. Lo que determina esas particularidades es, en primer término, que en su forma desarrollada –en la forma del pensamiento teórico– la actividad de pensar transcurre sin contacto directo con los objetos del mundo material. El pensamiento teórico de un hombre no necesita siquiera de una base de partida objetivo-sensorial que puede representarse en su cabeza en forma refleja, ideal, es decir, ya como conocimientos acumulados y conceptos abstractos. Por eso, a diferencia del pensamiento que se objetiviza en forma de actividad industrial y en el experimento, y que en virtud de ello se encuentra rígidamente limitado por las condiciones objetivas reales, el pensamiento teórico posee en principio ilimitadas posibilidades de penetrar en la realidad, aun en una realidad totalmente inaccesible a nuestra influencia.

Dado que el pensamiento abstracto transcurre al margen de los contactos directos con el mundo objetivo, con respecto a aquél en el problema de la práctica como base y criterio de la verdad del conocimiento, surge otro aspecto más. Se trata de que no siempre, ni mucho menos, se puede probar con la práctica la verdad de los resultados teóricos del pensamiento inmediatamente después de obtenerlos. Entre ellos y la prueba pueden pasar muchas décadas y no siempre esta última puede ser directa; esto hace necesario que la experiencia de la práctica social esté presente en la propia actividad de pensar. A esta necesidad responde la subordinación del pensamiento a la lógica, al sistema de leyes, normas y reglas lógicas (y matemáticas), el análisis de cuya naturaleza es el que da respuesta al siguiente interrogante: ¿de qué modo interviene la experiencia de la práctica social en el *curso* del proceso de pensamiento del hombre?

Contrariamente a las nociones de que las leyes lógicas dimanarían de los principios del trabajo del cerebro (o expresarían leyes inmanentes al espíritu pensante o, por último, que serían engendradas por el desarrollo del lenguaje de la propia ciencia), el punto de vista marxista consiste en

que las leyes lógicas son un reflejo generalizado de las relaciones objetivas de la realidad a las que se subordina y que son reproducidas por la actividad práctica de los hombres.

“...La actividad práctica del hombre –observa Lenin en “*Cuadernos filosóficos*”– tiene que llevar su conciencia a la repetición de las distintas figuras lógicas, miles de millones de veces, a fin de que esas figuras puedan obtener la significación de axiomas”.

De este modo, la actividad práctica, la práctica, crea algo así como un hilo conductor para el pensamiento teórico, debido al cual éste puede no desviarse del camino que conduce a un conocimiento adecuado.

Tales son, en la forma más general, las tesis básicas de la teoría marxista sobre el pensamiento, que modifican sustancialmente, no sólo las nociones teóricas generales sobre la naturaleza del mismo, sino también nuestra concepción de los problemas psicológicos concretos. Por ello es un craso error la idea de que la teoría marxista es importante sólo para la teoría general del pensamiento, en tanto que las investigaciones psicológicas experimentales especiales deberían mantenerse en un plano netamente empírico. La tarea que aún hoy se plantea a la psicología científica consiste precisamente en no limitarse a las tesis materialistas dialécticas generales sobre la esencia del pensamiento humano, sino concretar estas tesis con respecto a los problemas actuales que surgen al estudiar el proceso de desarrollo de la actividad del pensar del hombre, de las distintas formas de esta actividad, de la transición recíproca entre estas formas y de la influencia que sobre esta actividad ejercen las nuevas condiciones y fenómenos sociales tales como la aceleración del progreso científico-técnico, la extensión y cambio de los medios y formas de la comunicación, etcétera.

En el presente se han producido grandes cambios en la psicología del pensamiento. El avance de esta área de los conocimientos psicológicos ha determinado que muchas ideas marxistas encontraran allí objetivamente su expresión concreta y su desarrollo, de modo que incluso algunos psicólogos que están lejos del marxismo por sus conceptos filosóficos, han comenzado a citar a Marx en una especie de coqueteo.

En nuestra época ya nadie adopta las posiciones –hace mucho desprestigiadas– de la psicología empírica subjetiva, que presenta el pensamiento como un movimiento en la conciencia de representaciones y conceptos, que serían un producto de la estratificación, en la experiencia

individual del hombre, de impresiones sensoriales y de su generalización, o sea, un movimiento que está regido por las leyes de la asociación y la perseverancia. Hoy es evidente que la única concepción de los procesos del pensar que corresponde a los hechos acumulados es interpretarlos como los realizadores de un tipo singular de acciones y operaciones orientadas hacia un fin y adecuadas a las tareas cognoscitivas.

Han quedado en el pasado también las teorías psicológicas que concebían el pensamiento en una sola y única forma: en la forma de pensamiento interior, discursivo. Las actuales investigaciones genéticas han revelado el hecho indiscutible de que existen procesos del pensar que transcurren igualmente en forma de actividad externa con los objetos materiales. Es más, se mostró en ellas que los procesos internos del pensar no son más que un resultado de la interiorización y transformación específica de la actividad práctica externa, y que existen constantes transiciones de una forma a otra. En el caso de un pensamiento muy desarrollado, la presencia de estas transiciones apareció de manera particularmente nítida en las investigaciones de lo que se denomina pensamiento técnico, o sea, el pensamiento de un obrero ajustador de complejos equipos técnicos o el de un científico dedicado a la experimentación, investigaciones éstas que respondieron a las exigencias de la etapa actual de desarrollo de la técnica.

Sin embargo, junto con éstas y otras conquistas indudables de la psicología del pensamiento, a muchos de sus problemas esenciales –que se estudiaron al margen de la teoría marxista general– se les dio en la psicología moderna una explicación unilateral y por ello tergiversada. Hasta el propio concepto de actividad introducido en la psicología del pensamiento es encarado por los psicólogos positivistas con un sentido que está muy lejos del que Marx aportó al concepto de actividad objetivada del hombre.

En la mayoría de las investigaciones extranjeras, la actividad del pensamiento se muestra desde el ángulo de su función adaptativa, y no como una de las formas de apropiación de la realidad y de sus cambios por el hombre. Por eso se ubican en primer plano las operaciones que la componen. *En los hechos esto no significa otra cosa que un retorno a la posición de identificar en el pensamiento lo lógico y lo psicológico y a un panlogismo sui generis.*

La “autonomización” de las operaciones lógicas que de ello deriva es profundamente ajena a la doctrina marxista sobre el pensamiento, que requiere considerar a éste como una actividad humana viva, con la misma esencial estructura que la actividad práctica. Al igual que esta última, la actividad del pensar responde a unas u otras necesidades y estímulos y, consiguientemente, experimenta la influencia reguladora de las emociones. Al igual que la actividad práctica se compone de acciones que están subordinadas a fines concientes. Por último, al igual que la actividad práctica el pensamiento se realiza por unos u otros medios, o sea, con ayuda de determinadas operaciones, en este caso, lógicas o matemáticas. Pero cualquier operación –lo mismo si es motriz externa o interior, intelectual– por su origen no es más que un producto del desarrollo de las acciones correspondientes, en el cual se fijan las relaciones objetivas abstraídas y generalizadas, que caracterizan las condiciones materiales de la acción. Por ello adquieren una existencia relativamente independiente y pueden concretarse en una u otra forma material: instrumentos, máquinas, tablas de multiplicar, la calculadora más simple o el equipo de computación más complicado. Pero por ello no dejan de ser sólo medios de la actividad del hombre y objetos de ésta. De aquí que la actividad del pensar no se reduce en modo alguno al sistema de ciertas operaciones lógicas, matemáticas o de otro tipo tipo, al igual que, por ejemplo, la producción no se reduce en absoluto a los procesos tecnológicos que la realizan.

El ignorar estas tesis irrefutables es lo que crea esas ideas ilusorias sobre el pensamiento en las cuales todo aparece trastocado: las operaciones sónicas del pensamiento, producidas por el desarrollo de la actividad cognoscitiva del hombre, parecen engendrar su pensamiento. Estas ideas se expresan en particular en el hecho de que se atribuyen las propiedades de los auténticos sujetos del pensamiento a las modernas máquinas “pensantes” (que como todas las máquinas son, según expresión de Marx, solamente “órganos del cerebro humano creados por la mano del hombre”). La cuestión se presenta como si no fueran las máquinas las que están al servicio del pensamiento humano, sino, por el contrario, el hombre el que sirve a las máquinas.¹⁶

¹⁶ Véase A. N. Leóntiev, “La automatización y el hombre”. En *Investigaciones psicológicas*, Moscú, 1970, fase. 2, págs. 3-12.

No es difícil advertir que el hecho de adjudicar a las máquinas las capacidades intelectuales del hombre expresa una vez más la misma separación entre el pensamiento y la actividad sensorial, pero ya, con una nueva faz: aquí se separan de la actividad del hombre las operaciones del pensamiento en sus formas exteriorizadas, trasladadas a las máquinas. Pero las operaciones son sólo procedimientos, medios del pensamiento, y no el propio pensamiento.

Por ello las consecuencias psicológicas de la revolución científico-técnica, que objetivamente produce la intelectualización del trabajo humano, la unión en éste de la actividad mental y la actividad práctica, aparecen dependiendo no de la automatización de la técnica por sí misma, si no del sistema social en el cual esa técnica funciona. Bajo el capitalismo, con la enajenación de los medios de producción, esa técnica no hace más que desplazar la línea de la ruptura a la esfera de la actividad intelectual, separando a la élite –los creadores de máquinas automáticas– de aquellos que sirven a esas máquinas; por el contrario, en la sociedad socialista, comunista, esa técnica pertrecha al pensamiento humano, asegura el desarrollo de! carácter creador e intelectual del trabajo en todos sus eslabones y formas.

Es cierto que éste es un problema muy específico que requiere un análisis especial. Me refiero a él sólo para destacar una vez más que el pensamiento es inseparable de las condiciones reales de su funcionamiento en la vida de los hombres. La investigación de los procesos del pensar, no de un modo aislado de los múltiples tipos y formas de la actividad humana que ellos realizan, sino como medios de esta actividad, es precisamente una de las tareas más importantes que se les plantean a los psicólogos soviéticos, a todos los psicólogos marxistas.

En este capítulo hemos esbozado apenas algunos problemas cuya profundización es el objetivo de la exposición posterior. Así lo demanda perentoriamente el *problema de la concepción de la psiquis como reflejo de la realidad*.

Capítulo II

EL REFLEJO PSÍQUICO

1. Niveles de la investigación del reflejo

El concepto de *reflejo* es un concepto filosófico fundamental. También tiene un sentido fundamental para la psicología. La introducción del concepto de reflejo en la psicología como noción básica, permitió el desarrollo de ésta sobre una nueva base teórica, marxista leninista. Desde entonces la psicología ha recorrido un camino de casi medio siglo durante el cual sus ideas científicas concretas se desarrollaron y modificaron; pero lo fundamental —el enfoque de la psiquis como imagen subjetiva de la realidad objetiva— permaneció y sigue permaneciendo inmutable en ella.

Al hablar del reflejo, corresponde comenzar por subrayar el sentido histórico de este concepto. Consiste, en primer lugar, en que su contenido no es algo petrificado. Por el contrario, se va desarrollando y enriqueciendo en el curso del progreso de la ciencia de la naturaleza del hombre y de la sociedad.

En segundo lugar, una tesis especialmente importante consiste en que en el concepto de reflejo está contenida la idea de desarrollo, la idea de que existen diferentes niveles y formas del mismo. Nos referimos a los diversos niveles de las modificaciones de los cuerpos reflectores que surgen como resultado de las influencias que experimentan y que son adecuadas a ellos. Estos niveles son muy diversos. Pero, no obstante, se trata de niveles de una misma relación, que en formas *cualitativamente* diferentes se manifiestan tanto en la naturaleza inanimada como en el mundo animal y, finalmente, en el hombre.

En relación con lo dicho surge una tarea que tiene para la psicología una importancia primordial: investigar las peculiaridades y la función de los diferentes niveles de reflejo, estudiar las transiciones de sus niveles y formas más simples a los más complejos.

Es sabido que Lenin consideraba el reflejo como una propiedad ya introducida en el “fundamento del propio edificio de la materia”, que en determinado peldaño del desarrollo, y precisamente en el nivel de la materia viva altamente organizada, adquiere la forma de sensación, de percepción, y, en el hombre también la forma de pensamiento teórico, de concepto. Tal concepción *histórica* —en el sentido amplio de la palabra— del

reflejo excluye la posibilidad de encarar los fenómenos psíquicos como sustraídos al sistema general de interacción de un mundo único en su materialidad. La enorme significación de lo expresado para la ciencia radica en que lo psíquico, cuyo carácter primordial era postulado por el idealismo, se transforma ahora en un problema de investigación científica; en tanto que el único postulado que se mantiene es el reconocimiento de la existencia de la realidad objetiva, independiente del sujeto cognoscente. En ello reside el sentido de la exigencia que Lenin enuncia en *“Materialismo y empiriocriticismo”* de ir no de la sensación al mundo exterior, sino del mundo exterior a la sensación, del mundo exterior como primario a los fenómenos psíquicos subjetivos como secundarios. Se sobrentiende que esta exigencia abarca plenamente también el estudio científico concreto de la psiquis, la psicología.

El camino de la investigación de los fenómenos sensoriales que parte del mundo exterior, de las cosas, es el camino de la investigación objetiva. Como lo atestigua la experiencia del desarrollo de la psicología, surgen en este camino muchas dificultades teóricas. Estas ya aparecieron en relación con los primeros logros concretos obtenidos por el estudio científico natural del cerebro y los órganos de los sentidos. Los trabajos de fisiólogos y psicofísicos, aunque enriquecieron la psicología científica con el conocimiento de importantes hechos y regularidades que condicionan el surgimiento de los fenómenos psíquicos, no pudieron descubrir directamente la esencia de estos mismos fenómenos; la psiquis continuó siendo examinada como algo aislado, mientras que el problema de la relación de lo psíquico con el mundo exterior era resuelto en el espíritu del idealismo fisiológico de J. Müller, la teoría de los jeroglíficos de H. Helmholtz, el idealismo dualista de W. Wundt, etc. Las que más se difundieron fueron las posiciones del paralelismo que aún en la psicología moderna aparecen camufladas con una nueva terminología.

Un gran aporte al problema del reflejo lo constituyó la teoría reflexológica, la doctrina de I. P. Pavlov sobre la actividad nerviosa superior. El centro de atención en las investigaciones se desplazó sustancialmente: la función reflectora, psíquica, del cerebro apareció como producto y condición de los vínculos reales del organismo con el medio actuante sobre él. Esto sugirió una orientación esencialmente nueva de las investigaciones, la que se puso de manifiesto en el enfoque de los fenómenos cerebrales desde el ángulo de la interacción que los engendra y que se realiza en la conducta de los organismos, en su preparación, formación y refuerzo. Hasta parecía

que el estudio del funcionamiento del cerebro en el nivel de ésta –según expresión de Pavlov– “segunda parte de la fisiología”¹⁷ llegaría a confluir plenamente con la psicología científica, explicativa.

Quedaba en pie, no obstante, la dificultad teórica fundamental, expresada en la imposibilidad de reducir el nivel del análisis psicológico al del análisis fisiológico y las leyes psicológicas a las leyes de la actividad cerebral. Entonces, cuando la psicología alcanzó gran difusión como ámbito particular del saber y adquirió importancia práctica para resolver muchos problemas planteados por la vida, en la experiencia misma de las investigaciones psicológicas se volvió a demostrar que lo psicológico no es reducible a lo fisiológico. Se estableció en los hechos una diferenciación bastante precisa entre los procesos psíquicos, por una parte, y los mecanismos fisiológicos ejecutores de estos procesos, por otra, diferenciación sin la cual también es imposible, por cierto, resolver el problema de la correlación y el nexo entre ellos; a la vez, se estableció un sistema de métodos intrínsecamente psicológicos objetivos, en particular de métodos de investigaciones psico-fisiológicas colindantes. Gracias a esto, el estudio concreto de la naturaleza y los mecanismos de los procesos psíquicos fue mucho más allá de los límites fijados por las nociones de las ciencias naturales sobre la actividad del órgano del psiquismo: el cerebro. Por supuesto, esto no significa en absoluto que se hubieran resucitado todos los aspectos teóricos atinentes al problema de lo psicológico y lo fisiológico. Sólo podemos decir que se produjo un importante avance en esa dirección. Al mismo tiempo, surgieron nuevos y complejos problemas teóricos. Uno de ellos fue planteado por el desarrollo del enfoque cibernético en el estudio de los procesos del reflejo. Bajo el influjo de la cibernética, la atención se concentró en el análisis de la regulación de los estados de los sistemas vivos mediante la *información* que los dirige. Con esto se dio un nuevo paso por el camino ya esbozado de estudiar la interacción de los organismos vivos con el medio, el cual aparecía ahora bajo un nuevo ángulo: el de la transmisión, procesamiento y conservación de la información. A la par con esto último, se produjo una aproximación teórica en los modos de encarar objetos dirigidos y autodirigidos cualitativamente diversos, es decir, los sistemas inanimados, los animales y el hombre. El propio concepto de información (uno de los fundamentales para la cibernética) aunque provino de la técnica de comunicación, es por su origen –digamos así– humano, fisiológico e

¹⁷ Véase I. P. Pávlov, *Obras completas*. Moscú-Leningrado, 1951, t. III, libro 1, pág. 28.

incluso psicológico, ya que todo comenzó por el estudio de la transmisión a través de canales técnicos de la información semántica de un hombre a otro.

Como se sabe, el enfoque cibernético se extendió también implícitamente, desde el comienzo, a la actividad psíquica.¹⁸ Muy pronto su necesidad se hizo sentir en la propia psicología, de un modo especialmente palpable en la psicoingeniería, que investiga el sistema “hombre-máquina”, considerado como caso particular de los sistemas de dirección. Entonces los conceptos “retroalimentación”, “regulación”, “información”, “modelo” y otros por el estilo comenzaron a utilizarse ampliamente también en ramas de la psicología que no tienen necesidad de aplicar los lenguajes formales aptos para describir los procesos de dirección que se operan en cualquier sistema, incluso en los técnicos.

En tanto que la introducción de conceptos neurofisiológicos en psicología se basó en la tesis sobre la psiquis como función del cerebro, la difusión del enfoque cibernético en ella tiene una justificación científica distinta. La psicología es una ciencia concreta sobre el surgimiento y desarrollo del reflejo de la realidad por el hombre, reflejo que se produce en la actividad del hombre y que, mediatizándola, cumple en ella un papel real. Por su parte, la cibernética, al estudiar los procesos de las interacciones dentro de los sistemas e intersistemas en los conceptos de información y semejanza, permite introducir métodos cuantitativos en el estudio de los procesos de reflejo, y con ello enriquece la teoría del reflejo como propiedad general de la materia. Esto ha sido señalado a menudo en nuestra bibliografía filosófica, y también se ha insistido en que los resultados de la cibernética tienen una fundamental significación para las investigaciones psicológicas.¹⁹

Encarada desde este ángulo, resulta indiscutible la importancia de la cibernética para estudiar los mecanismos del reflejo sensorial. Pero no hay que olvidar que la cibernética general, al dar la descripción de los procesos de regulación, se aparta de su naturaleza concreta. Por eso, con respecto a cada esfera especial, surge el problema de su aplicación adecuada. Se sabe, por ejemplo, hasta qué punto es compleja esta cuestión cuando se trata de los procesos sociales. También es compleja para la psicología. Pues el enfoque cibernético en psicología no consiste, por supuesto, en sustituir sencillamente los términos psicológicos por otros tomados de la cibernética; esa sustitución resulta tan estéril como el intento hecho en otra

¹⁸ Véase N. Wiener, *Cibernética*. Moscú, 1968.

¹⁹ Véase el artículo “Cibernética” en la *Enciclopedia filosófica*. Moscú, 1962, t. 2.

época de remplazar los términos psicológicos por otros fisiológicos. Menos admisible aun es incluir mecánicamente en la psicología algunas tesis y teoremas de la cibernética.

Entre los problemas que surgen en la psicología a causa del desarrollo del enfoque cibernético tiene especial importancia científica y metodológica el problema de la imagen sensorial y los modelos. A pesar de que filósofos, fisiólogos, psicólogos y cibernetas han dedicado a este tema numerosos trabajos, merece un posterior análisis teórico, o sea analizarlo a la luz de la doctrina sobre la imagen sensorial como reflejo subjetivo del mundo en la conciencia del hombre.

Es sabido que el concepto de *modelo* se ha difundido mucho y se emplea con muy diversos significados. Pero para nuestro examen del problema podemos aceptar su definición más sencilla y –valga la expresión– *burda*. Vamos a denominar modelo a un sistema (pluralidad) cuyos elementos se hallan en relación de semejanza (homomorfismo, isomorfismo) con los elementos de algún otro sistema (el modelado). Es totalmente evidente que una definición tan amplia de modelo abarca, en particular, también la imagen sensorial. El problema, empero, no consiste en si es posible o no enfocar la imagen psíquica como un modelo, sino en si este enfoque abarca sus particularidades específicas, esenciales, su naturaleza.

La teoría leninista del reflejo examina las imágenes sensoriales en la conciencia del hombre como huellas, como copias de una realidad que existe en forma independiente. Eso es lo que acerca el reflejo psíquico a las formas de reflejo “emparentadas” con él, propias de la materia que –como dice Lenin en *“Materialismo y empiriocriticismo”*– no posee una “capacidad netamente manifestada de sentir”. Pero esto conforma sólo un aspecto de la caracterización del reflejo psíquico; el otro reside en que éste, a diferencia del reflejo especular y de otras formas de reflejo pasivo, es subjetivo, y eso significa que no es pasivo ni muerto, sino activo y que en su determinación entra la vida humana, la práctica y que se caracteriza por el movimiento de trasvasamiento permanente de lo objetivo a lo subjetivo. Estas proposiciones, que tienen sobre todo un sentido gnoseológico, son a la vez puntos de partida para la investigación psicológica científica concreta. Precisamente en el nivel psicológico surge el problema de las particularidades específicas de aquellas formas de reflejo que se expresan en la existencia de imágenes subjetivas –sensoriales e intelectivas– de la realidad en el hombre.

La tesis de que el reflejo psíquico de la realidad es su *imagen subjetiva* indica que la imagen pertenece al sujeto real de la vida. Pero el concepto de subjetividad de la imagen en el sentido de su pertenencia al sujeto de la vida implica la indicación de su *actividad*. El vínculo de la imagen con lo reflejado no es un vínculo de dos objetos (sistemas, pluralidades) que se encuentran en una misma relación uno con otro; la relación entre ellos reproduce la polarización de todo proceso vital, en uno de cuyos polos está situado el sujeto activo ("parcial") y en el otro, el objeto que es "indiferente" al sujeto. Precisamente esta peculiaridad de la relación que tiene la imagen subjetiva con la realidad reflejada es la que no queda abarcada por la relación "modelo-modelado". Esta última posee la propiedad de la simetría y, por consiguiente, los términos "modelo" y "modelado" tiene un sentido relativo que depende de cuál de los dos objetos es concebido por el sujeto cognoscente (teórica o prácticamente) como modelo y cuál como modelado. En lo que concierne al *proceso* de modelización (es decir, a que el sujeto construya modelos de cualquier tipo o incluso a que conozca los vínculos que determinan en el objeto un cambio tal que le comunica los atributos de modelo de cierto objeto) es por completo otra cuestión.

Por ende, el concepto de subjetividad de la imagen incluye el concepto de *parcialidad* del sujeto. La psicología ha descrito y estudiado hace tiempo la dependencia en que se encuentran la percepción, la representación, el pensamiento respecto de aquello "que el hombre necesita", o sea, de sus necesidades, motivos, tendencias, emociones. Además, es muy importante destacar que esa *parcialidad* está objetivamente determinada y que se expresa no en la inadecuación de la imagen (aunque también puede expresarse en ella), sino en que ésta permite penetrar activamente en la realidad. Dicho de otro modo, la subjetividad a nivel del reflejo sensorial no debe ser comprendida como su subjetivismo, sino más bien como su "sujetividad", es decir, su pertenencia al sujeto activo.

La imagen psíquica es producto de vínculos y relaciones vitales, prácticas, del sujeto con el mundo objetivo, las cuales son incomparablemente más amplias y ricas que cualquier relación de modelo. Por eso su descripción como reproductora, en el lenguaje de las modalidades sensoriales (en el "código" sensorial), de los parámetros del objeto que actúan sobre los órganos de los sentidos del sujeto constituye, en realidad, el resultado de un análisis en el plano de la física. Pero es en ese plano donde la imagen sensorial se muestra más pobre, comparada con un posible modelo matemático o físico del objeto. La situación es distinta cuando examinamos

la imagen a nivel psicológico, o sea, como reflejo *psíquico*. En calidad de tal aparece, por el contrario, en toda su riqueza, como si hubiera absorbido el sistema de relaciones objetivas en el cual existe realmente el contenido que es reflejado por la imagen. Lo dicho es aun más aplicable a la imagen sensorial *conciente*, o sea, a la imagen a nivel del reflejo conciente del mundo.

2. El carácter activo del reflejo psíquico

En psicología se han estructurado dos enfoques, dos puntos de vista sobre el proceso del surgimiento de la imagen sensorial. Uno de ellos reproduce la vieja concepción sensualista de la percepción, según la cual la imagen es un resultado directo de la influencia unilateral del objeto sobre los órganos de los sentidos.

La otra concepción, básicamente distinta, del proceso de formación de la imagen se remonta a Descartes. Cuando compara en su famosa obra *Dióptrica* la vista con la percepción de los objetos por los ciegos que: “es como si vieran con las manos”, Descartes escribe:

“...Si consideran que la diferencia que advierte un ciego entre los árboles, las piedras, el agua y otros objetos semejantes por medio de su bastón no es menor para él que la existente entre el color rojo, el amarillo, el verde y cualquier otro, de todas maneras la disimilitud entre los cuerpos no es otra cosa que los diferentes modos de mover el bastón o de que se ofrezca resistencia a sus movimientos”.²⁰

Posteriormente la idea sobre el principio común en la gestación de las imágenes táctiles y visuales fue desarrollada —como es sabido— por Diderot y, en especial, por Séchenov.

La tesis de que la percepción constituye un proceso activo, que necesariamente incluye en su composición un eslabón eferente, goza de general aceptación en la psicología moderna. Aunque poner de manifiesto y registrar los procesos eferentes presenta a veces considerables dificultades metodológicas, ya que algunos fenómenos parecen testimoniar aparentemente en favor de la teoría pasiva, “de pantalla”, de la percepción, con todo, su participación ineluctable puede considerarse establecida.

²⁰ R. Descartes, *Discurso del método. Con agregados: Dióptrica. Meteoros. Geometría*. Moscú, 1953, pág. 71; véase también la pág. 72.

Datos de especial importancia se obtuvieron en las investigaciones ontogenéticas de la percepción. Estas investigaciones tienen la ventaja de que permiten estudiar los procesos activos de la percepción en sus formas –digámoslo así– desplegadas, abiertas, es decir, externomotrices, aún no interiorizadas ni reducidas. Los datos obtenidos se conocen perfectamente y no voy a exponerlos; sólo quiero acotar que precisamente en estas investigaciones se introdujo la noción de *acción perceptual*.²¹

El papel de los procesos eferentes también fue estudiado al investigar la percepción auditiva, cuyo órgano receptor –a diferencia de la mano que palpa y del aparato visual– está desprovisto por completo de actividad externa. Se mostró en forma experimental la necesidad que para la audición del habla tiene la “imitación articuladora”²² y para la de sonidos altos, la actividad no visible del aparato fonador.²³

Ahora resulta casi trivial la tesis de que para que surja la imagen no basta la influencia unilateral del objeto sobre los órganos de los sentidos y que para ello es necesario que exista asimismo un proceso “de recepción” activo por parte del sujeto. Por supuesto que la investigación de la percepción estuvo orientada fundamentalmente al estudio de los procesos perceptivos activos, a su génesis y estructura. A pesar de que las hipótesis concretas con que los investigadores abordan el estudio de la actividad perceptiva son distintas, las aúna el reconocimiento de su necesidad, la convicción de que precisamente en esa actividad se efectúa el proceso de “traducción” de los objetos exteriores, que actúan sobre los órganos de los sentidos, a imagen psíquica. Y esto significa que no son los órganos de los sentidos los que perciben, sino el hombre por medio de dichos órganos. Todos los psicólogos saben que la imagen retiniana (“modelo” retiniano) del objeto no es lo mismo que la imagen visible (psíquica), así como, por ejemplo, a las denominadas imágenes consecutivas sólo se las puede llamar imágenes en forma convencional porque carecen de constancia, siguen al movimiento de la vista y están subordinadas a la ley de Emmert.

²¹ Véase A. V. Zaporózhets, L. A. Vénguer, V. P. Zínchenko, A. G. Rúzkaia, *Percepción y acción*. Moscú, 1967.

²² Véase L. A. Chistóvich, V. V. Aliakrinski, V. A. Abulián, “Demoras temporales en la repetición de la palabra escuchada”. *Problemas de psicología*, 1960, núm. 1; L. A. Chistóvich, I. A. Klaas, R. O. Alexin. “Significado de la imitación para distinguir sucesiones sonoras”. *Problemas de psicología*, 1961, núm. 5; véase también A. N. Sókolov. *Lenguaje interior y pensamiento*. Moscú, 1968, págs. 150-157.

²³ Véase I. B. Guippenreuter, A. N. Leóntiev, O. V. Ovchinnikova, “Análisis de la estructura sistémica de la percepción”. *Informes de la ACP de la RSFSR*, Moscú, 1957-1959. Comunicación I-VII.

Por supuesto que no es preciso mencionar el hecho de que los procesos de percepción están incluidos en los vínculos vitales, prácticos, del hombre con el mundo, con los objetos materiales y que por eso necesariamente están subordinados —en forma directa o indirecta— a las propiedades de los objetos mismos. Es esto lo que determina la adecuación del producto subjetivo de la percepción: la imagen psíquica. Cualquiera que sea la forma que adopte la actividad perceptiva, cualquiera que sea el grado de reducción o automatización a que esté sometida en el curso de su formación y desarrollo, se estructura esencialmente igual que la actividad de la mano que palpa, que “copia” el contorno del objeto. Lo mismo que la mano que palpa, *toda actividad perceptiva encuentra el objeto allí donde éste realmente existe,, o sea; en el mundo exterior, en el espacio y el tiempo objetivos*. Esto último constituye esa importantísima particularidad psicológica de la imagen subjetiva que se denomina su *objetividad* o, muy desafortunadamente, su objetivización.

Esta peculiaridad de la imagen psíquica sensorial aparece en su forma más simple y exquisita con relación a la imagen objetiva extraceptiva. El hecho psicológico cardinal es que en la imagen no nos son dados nuestros estados subjetivos, sino los objetos mismos. Por ejemplo, la influencia luminosa de un objeto sobre el ojo se percibe precisamente como un objeto que se encuentra fuera del ojo. En el acto de la percepción, el sujeto no refiere su imagen de la cosa a la cosa misma. Para el sujeto, la imagen es como si estuviera superpuesta sobre la cosa. En esto se expresa psicológicamente lo que subrayara Lenin en su obra *“Materialismo y empiriocriticismo”*: el *carácter directo* del vínculo de las sensaciones, de la conciencia sensorial con el mundo exterior.

Al copiar en un dibujo el objeto, necesariamente referimos su representación (modelo) al objeto representado (modelado), percibiéndolos como dos cosas *distintas*, pero no establecemos esa correlación entre nuestra imagen subjetiva del objeto y el objeto mismo, entre la percepción de nuestro dibujo y el dibujo en sí. Y si es que surge el problema de tal correlación, es sólo secundariamente, es decir, de la reflexión de la experiencia de la percepción.

Por ello no es posible estar de acuerdo con la afirmación que a veces se hace de que la objetividad de la percepción es resultado de la “objetivación” de la imagen psíquica, o sea, de que la influencia de la cosa engendra al principio su imagen sensorial y luego esta imagen es referida

por el sujeto al mundo, “es proyectada sobre el original”.²⁴ Ese acto peculiar de “proyección inversa” sencillamente no existe desde el punto de vista psicológico en condiciones habituales. Bajo la influencia ejercida sobre la periferia de la retina por un punto luminoso que aparece inesperadamente sobre una pantalla, el ojo de inmediato se desplaza hacia él y el investigado ve inmediatamente este punto localizado en el espacio objetivo; lo que no percibe en absoluto en su desplazamiento en el momento en que el ojo salta con relación a la retina y las modificaciones de los estados neurodinámicos de su sistema receptor. Dicho de otro modo, para el *sujeto* no existe ninguna estructura que pueda ser correlacionada secundariamente por él con el objeto exterior, tal como puede correlacionar, por ejemplo, su dibujo con el original.

Muchos hechos notables, conocidos en psicología desde tiempo atrás, testimonian que la objetividad (“objetivación”) de las sensaciones y percepciones no es un fenómeno secundario. Uno de ellos está vinculado con el denominado “problema de la sonda”. Este hecho consiste en que para el cirujano que explora una herida lo “sensible” es la extremidad de la sonda con la cual tantea la bala, es decir, que sus sensaciones se encuentran paradójicamente desplazadas al mundo de las cosas exteriores y localizadas no en el límite de la “sonda-mano”, sino en el límite de la “sonda-objeto perceptible” (bala). Lo mismo ocurre en cualquier otro caso análogo, por ejemplo, cuando percibimos la aspereza del papel con el extremo de una pluma aguda, cuando tanteamos en la oscuridad el camino mediante un bastón, etcétera.

El interés fundamental que ofrecen estos hechos es que en ellos están “separadas” y en ocasiones exteriorizadas relaciones que por lo común se hallan ocultas para el investigador. Una de ellas es la relación “mano-sonda”. La influencia que ejerce la sonda en los aparatos receptores de la mano provoca sensaciones que se integran en una imagen visual-táctil compleja y que en adelante cumplirán un papel rector en la regulación del proceso de *retención* de la sonda en la mano. Otra relación es la relación “sonda-objeto”. Surge en cuanto la acción del cirujano pone la sonda en contacto con el objeto. Pero incluso en este primer instante, el objeto que aún aparece como indeterminado –como “algo”, como primer punto de la línea del futuro “dibujo-imagen”– es referido al mundo exterior, localizado en el espacio objetivo. Dicho de otro modo, la imagen psíquica sensorial pone de manifiesto la propiedad de referencia objetiva ya en el momento

²⁴ Véase V. S. Tiujtin, “El reflejo y la información”, *Problemas de filosofía*, 1967, núm. 3.

de su *proceso de formación*. Pero sigamos adelante con el análisis de la relación “sonda-objeto”. La localización del objeto en el espacio expresa su separación del sujeto; ese es el “trazado de los límites” de su existencia independiente con respecto al sujeto. Dichos límites se manifiestan en cuanto la actividad del sujeto se ve compelida a subordinarse al objeto, y esto ocurre incluso en caso de que la actividad tenga como consecuencia la transformación o eliminación de éste. La notable particularidad de la relación que estudiamos es que este límite pasa como límite entre dos cuerpos físicos: uno de ellos –la extremidad de la sonda– realiza la *actividad* cognoscitiva, perceptiva, del sujeto; el otro es el objeto de dicha actividad. En el límite de estos dos objetos materiales es donde se localizan las sensaciones que forman la “trama” de la imagen subjetiva del objeto: actúan como si se hubiesen desplazado al extremo táctil de la sonda, que es un receptor de distancias artificial que representa la continuación de la mano del sujeto actuante.

Mientras que en las condiciones de percepción descritas el efecto de la acción del sujeto es un objeto material que se pone en movimiento, en la percepción de distancia propiamente dicha el proceso de localización espacial del objeto se reestructura y se hace extremadamente complejo.

En el caso de la percepción mediante una sonda, la mano no se desplaza sustancialmente con respecto a la sonda; en cambio, durante la percepción visual lo móvil es el ojo que “selecciona” los rayos luminosos lanzados por el objeto que llegan a su retina. Pero también en este caso, para que surja la imagen subjetiva es necesario observar las condiciones que desplazan el límite “sujeto-objeto” a la superficie del objeto en sí. Son éstas las mismas condiciones que crean la denominada *invariabilidad* del objeto visual, y precisamente la presencia de tales desplazamientos de la retina con respecto al flujo luminoso reflejado –que crean una especie de constante “cambio de lugar del tanteador” dirigido por el sujeto– es el equivalente de sus movimientos por la superficie del objeto. Ahora las sensaciones del sujeto también se trasladan a los límites exteriores del objeto, pero no a través de una cosa (la sonda), sino siguiendo los rayos luminosos; el sujeto no ve la retina que cambia permanente y velozmente la proyección del objeto, sino el objeto exterior en su relativa invariabilidad y estabilidad.

Es precisamente el hecho de ignorar el rasgo principal de la imagen sensorial –la referencia de nuestras sensaciones al mundo exterior– lo que creó el error enorme que preparó el terreno para las conclusiones idealista-subjetivas derivadas del principio de que los órganos de los sentidos poseen una energía específica. Este error reside en que las reacciones, subjetivamente experimentadas, de los órganos de los sentidos, provocadas por las acciones de los estímulos fueron identificadas por J. Müller con las sensaciones que integran la imagen del mundo exterior. En realidad nadie, por supuesto, toma la luminiscencia que surge como resultado del estímulo eléctrico del ojo por una luz real, y sólo a Míinchhausen se le podía ocurrir la idea de encender en su división la pólvora del fusil con las chispas que brotan de los ojos. A menudo decimos con toda corrección: “se le oscureció la vista”, “resuena en los oídos”, o sea, *en la vista, en los oídos*, y no en la habitación o en la calle, etc. En defensa del carácter secundario de la referencia de la imagen subjetiva habría que remitirse a Zjenden, Hebb y otros autores que describen casos de restablecimiento de la visión en adultos después de extirparles cataratas congénitas: al principio surge en ellos sólo un caos de fenómenos visuales subjetivos que luego son correlacionados con objetos del mundo exterior y se convierten en sus imágenes. Pero se trata aquí de personas con una percepción objetiva ya conformada en otra modalidad, que ahora sólo reciben un nuevo aporte proveniente de la visión; por ello, en rigor, no existe en el caso dado una referencia secundaria de la imagen al mundo exterior, sino una inclusión en la imagen del mundo exterior de elementos pertenecientes a una nueva modalidad. Es cierto que la percepción de la distancia (visual, auditiva) constituye un proceso de extraordinaria complejidad y que su investigación tropieza con una multitud de hechos que parecen ser contradictorios, y en ocasiones inexplicables. Pero la psicología, como cualquier ciencia, no puede estructurarse solamente como suma de hechos empíricos, no puede eludir la teoría, y el quid de la cuestión está en cuál es la teoría por la que se guía.

A la luz de la teoría del reflejo, el “clásico” esquema escolar: bombillo eléctrico → su proyección en la retina → imagen de esta proyección en el cerebro que emite cierta “luz metafísica” no es más que una representación superficial, burdamente unilateral (y por ende también falsa) del reflejo psíquico. Este esquema induce a admitir que nuestros órganos de los sentidos, que poseen “energías específicas” (lo cual es un hecho), aíslan la imagen subjetiva de la realidad objetiva exterior. Se

entiende que ningún tipo de descripción de este esquema del proceso de percepción en términos de difusión de la excitación nerviosa, de la información, de la construcción de modelos, etc., está realmente en condiciones de modificarlo.

Otro aspecto del problema de la imagen sensorial subjetiva es *lo relativo a papel de la práctica en su formación*. Todos saben que la introducción de la categoría de la praxis en la teoría del conocimiento constituye el punto fundamental de la línea divisoria entre la concepción marxista del conocimiento y la existente en el materialismo premarxista, por una parte, y en la filosofía idealista, por otra. “El punto de vista de la vida, de la práctica, debe ser el punto de vista primero y fundamental de la teoría del conocimiento”, dice Lenin en su obra ya citada. Este punto de vista se mantiene como el primero y fundamental también en la psicología de los procesos cognoscitivos sensoriales.

Ya nos hemos referido al hecho de que la percepción es activa, a que la imagen subjetiva del mundo exterior es producto de la actividad del sujeto en ese mundo. Pero esa actividad no puede ser comprendida de otro modo que como la vida realizadora del sujeto corporal, la cual es sobre todo un proceso práctico. Es claro que sería un grave error considerar en psicología toda actividad perceptiva del individuo como trascurriendo directamente en forma de actividad práctica o procediendo de ella de modo inmediato. Los procesos de percepción visual o auditiva activa se apartan de la práctica directa debido a que el ojo humano y el oído humano se convierten –según expresión de Marx– en órganos teorizantes (véase los *Manuscritos Económicos y Filosóficos de 1844*). Únicamente el tacto mantiene los contactos prácticos directos del individuo con el mundo exterior objetivo-material. Esta circunstancia es de una importancia excepcional desde el ángulo del problema que estudiamos, pero tampoco ella lo explica por completo. Se trata de que la base de los procesos cognoscitivos no está constituida por la práctica individual del sujeto, sino por “el conjunto de la práctica humana”. Por eso no sólo el pensamiento, sino también la percepción del hombre superan en gran medida por su riqueza a la relativa pobreza de la experiencia personal.

El planteo correcto en psicología del papel de la práctica como base y criterio de la verdad exige investigar *precisamente cómo* entra la práctica en la actividad perceptiva del hombre. Es preciso decir que la psicología ya ha acumulado una multitud de datos científicos concretos que llevan de lleno a la solución de esta cuestión.

Como ya dijimos, las investigaciones psicológicas nos muestran cada vez con mayor evidencia que el papel decisivo en los procesos de la percepción les cabe a sus eslabones eferentes. En algunos casos, y en particular cuando estos eslabones se manifiestan en la dinámica o en la microdinámica, aparecen con bastante claridad; en otros casos son eslabones “ocultos”, que se expresan en la dinámica de los estados internos comunes del sistema receptor. Pero siempre existen. Su función es “comparadora” no sólo en el sentido más estricto,²⁵ sino también en el más amplio. Este último abarca asimismo la función de incluir en el proceso que engendra la imagen la experiencia total de la actividad objetivada del hombre. Lo que ocurre es que esa inclusión no puede realizarse como resultado de una simple repetición de las combinaciones de elementos sensoriales y de la actualización de los nexos temporales existentes entre ellos. Pues no se trata de la reproducción asociativa de los elementos faltantes en los complejos sensoriales, sino de la adecuación de las imágenes subjetivas a las propiedades generales del mundo real en el cual vive y actúa el hombre. En otras palabras, se trata de la subordinación del proceso de surgimiento de la imagen al principio de verosimilitud.

Para ilustrar este principio vamos a recurrir otra vez a hechos psicológicos bien conocidos desde hace tiempo: a los efectos de la percepción visual “pseudoscópica” cuyo estudio volvemos a abordar. Como se sabe, el efecto pseudoscópico consiste en que al observar los objetos a través de un binóculo, formado por dos prismas Dove, se produce una deformación de la percepción que constituye una regularidad: los puntos más cercanos de los objetos parecen más distantes y viceversa. Como resultado, por ejemplo, la máscara cóncava de un rostro hecha en yeso se ve, con determinada iluminación, como su representación abombada, en relieve, en tanto que la representación en relieve de la cara se ve, por el contrario, como si fuese una máscara. Pero el interés fundamental de los experimentos con pseudoscopia consiste en que la imagen pseudoscópica visible surge sólo en caso de que sea verosímil (la máscara cóncava del rostro es tan “verosímil” desde el punto de vista de la realidad como su representación escultórica convexa en yeso), o en el caso de que se logre de algún modo bloquear la inclusión de la imagen pseudoscópica visible en el cuadro del mundo real ya conformado en el hombre.

²⁵ Véase A. N. Leóntiev, “Sobre el mecanismo del reflejo sensorial”. *Problemas de psicología*, 1959, núm. 2.

Es sabido que si se reemplaza una cabeza de hombre hecha en yeso por la cabeza de un hombre real, el efecto pseudoscópico no surge en absoluto. Son particularmente demostrativas las experiencias en las que se muestra al investigado –provisto de un pseudoscopio– al mismo tiempo y en el mismo campo visual dos objetos: una cabeza real y su representación en relieve hecha de yeso; entonces la cabeza humana se ve como de costumbre, en tanto que el yeso se percibe en forma pseudoscópica, es decir, como una máscara cóncava. Tales fenómenos se observan, no obstante, sólo cuando existe verosimilitud en la imagen pseudoscópica. Otra peculiaridad del efecto pseudoscópico consiste en que para que éste surja es mejor mostrar el objeto sobre un fondo abstracto, no objetivo, o sea, externo al sistema de nexos objetivos concretos. Por último, el mismo principio de verosimilitud se expresa en el efecto por completo asombroso de la aparición de “agregados” tales a la imagen pseudoscópica visible que hacen objetivamente posible su existencia. Así, ubicando ante cierta superficie una pantalla con ranuras, a través de las cuales se pueden ver partes de esa superficie, debemos obtener, con la percepción pseudoscópica, el siguiente cuadro: las partes de la superficie que está situada detrás de la pantalla, visibles a través de sus ranuras, deben ser percibidas por el investigado como ubicados más cerca de él que la pantalla, es decir, como colgadas libremente ante la pantalla. En la realidad las cosas son diferentes. En condiciones favorables, el sujeto de investigación ve –y así debe ser en la percepción pseudoscópica– las partes de la superficie situadas tras la pantalla, delante de ésta; pero no “penden” en el aire (lo cual es inverosímil), sino que son percibidas como una suerte de cuerpos físicos tridimensionales que aparecen a través de las ranuras de la pantalla. En la imagen visible surge un agregado en forma de superficies laterales que crean los límites de estos cuerpos físicos. Y, por fin, lo último: como han mostrado las experiencias sistematizadas, los procesos de surgimiento de la imagen pseudoscópica, e igualmente la desaparición de su carácter pseudoscópico, aunque se producen en forma instantánea no son en absoluto automáticos, no se dan por sí mismos. Son resultado de operaciones perceptivas realizadas por el sujeto. Esto último queda demostrado por el hecho de que los investigados pueden *aprender* a dirigir ambos procesos.

El sentido de las experiencias con el pseudoscopio no reside, por supuesto, de ningún modo en que creando con ayuda de una óptica especial la deformación de la proyección de los objetos que se presentan

en las retinas, es posible, en determinadas condiciones obtener una imagen visual subjetiva falsa. Su verdadero sentido (como en las experiencias clásicas “crónicas” –similares a aquéllas– de Stratton, J. Koller y otros) está en las posibilidades que abren para investigar el proceso de transformación de la información que llega a la “entrada” sensorial, transformación que está subordinada a las propiedades generales, nexos y regularidades de la realidad existente. Esta es otra expresión más plena de la objetividad de la imagen subjetiva, que aparece ahora no sólo en su referencia inicial al objeto reflejado, sino también en su referencia al mundo objetiva en su conjunto.

Se sobrentiende que en el hombre ya debe estar formado el cuadro de ese mundo. Pero se va conformando no sólo en un nivel directamente sensorial, sino también en los niveles cognoscitivos superiores, o sea, como resultado de que el individuo asimila la experiencia de la práctica social reflejada en la forma verbal, en el sistema de significados. En otras palabras, el “operador” de la percepción no son sencillamente las asociaciones de sensaciones acumuladas con anterioridad ni tampoco la apercepción en el sentido kantiano, sino la *práctica social*.

La psicología anterior de pensamiento metafísico, al analizar la percepción, se movía invariablemente en el plano de una doble abstracción: la abstracción del hombre respecto de la sociedad y la abstracción del objeto perceptible respecto de sus vínculos con la realidad objetiva. La imagen sensorial subjetiva y su objeto eran tratados como dos cosas opuestas entre sí. Pero la imagen psíquica no es una cosa. En contra de las ideas fisicalistas, la imagen no existe en la sustancia cerebral en forma de cosa, como no existe ningún “observador” de esa cosa que pueda ser sólo alma, sólo un “yo” espiritual. La verdad está en que el *hombre* real y actuante, con ayuda de su cerebro y de sus órganos, percibe los objetos exteriores; la manifestación de éstos es para él precisamente su imagen sensorial. Lo subrayamos una vez más: la manifestación de los objetos y no los estados fisiológicos provocados por ellos.

En la percepción se opera en forma constante un proceso de “extraer” de la realidad existente las propiedades, las relaciones, etc., de ésta, su fijación en estados transitorios o prolongados de los sistemas receptores y la reproducción de estas propiedades en actos de formación de nuevas imágenes, en actos de reconocimiento y memorización de los objetos.

Aquí debemos interrumpir de nuevo la exposición para describir un hecho psicológico que ilustra lo que acabamos de decir. Todos conocen qué es la solución de un acertijo. Hay que encontrar en el acertijo un objeto representado en él de un modo oculto y que está indicado en la adivinanza (por ejemplo, “¿dónde está el cazador?”, etc.). Una explicación trivial del proceso de percibir (reconocer) en la ilustración el objeto buscado es decir que éste se opera como resultado de sucesivas confrontaciones de la imagen visual del objeto dado –existente en el sujeto– con algunos conjuntos de elementos de la ilustración; la coincidencia de esta imagen con uno de los conjuntos de la estampa es lo que lleva a su “adivinación”. Dicho de otro modo, esta explicación parte de la idea de que se dan dos cosas comparables entre sí: la imagen en la mente del sujeto y su representación en la ilustración. En lo que atañe a las dificultades que surgen en este caso, se las relaciona con la insuficiente diferenciación y plenitud con que el objeto buscado está representado en la ilustración, lo cual demanda reiteradas “pruebas” de la imagen en ella. La falta de verosimilitud psicológica de tal explicación sugirió al autor la idea de realizar un sencillísimo experimento, consistente en no dar al sujeto indicación alguna sobre el objeto oculto en la figura. Se dijo al investigado:

“Tiene ante usted unas ilustraciones con acertijos de las que se dan comúnmente a los niños; intente encontrar el objeto que está representado en forma oculta en cada una de ellas”.

En estas condiciones, el proceso no podía trascurrir en modo alguno según el esquema de confrontar la imagen del objeto surgida en el investigado con su representación, contenida en los elementos de la estampa. Sin embargo, los investigados resolvieron los acertijos. “Extrajeron” de la ilustración el dibujo del objeto y se actualizó en ellos la imagen de ese objeto que les era conocido.

Llegamos ahora a un nuevo aspecto del problema de la imagen sensorial: el problema de la *representación*. En psicología por lo común se denomina a la representación imagen generalizada, que está “inscrita” en la memoria. La vieja concepción sustancialista de la imagen como una especie de cosa, condujo también a la concepción sustancialista de la representación. Esto es una generalización que surge como resultado de aplicar una sobre otra –a la manera de la fotografía de Galton– las huellas sensoriales a las cuales se une en forma asociativa la denominación verbal. Aunque dentro de los marcos de tal concepción se admitía la posibilidad de que las representaciones se transformaran, éstas eran concebidas de todos modos

como ciertas formaciones “acabadas” que se conservan en los archivos de nuestra memoria. Es fácil advertir que esa concepción de las representaciones concuerda bien con la doctrina lógico-formal sobre los conceptos concretos, pero está en flagrante contradicción con la concepción materialista dialéctica de las generalizaciones.

Nuestras imágenes sensoriales generalizadas, así como los conceptos, contienen movimiento y, por consiguiente, contradicciones; ellas reflejan el objeto en sus vínculos y mediatizaciones diversos. Esto significa que ningún conocimiento sensorial es una huella petrificada. Aunque ese conocimiento se conserva en la mente del hombre, no es como una cosa “acabada”, sino sólo virtualmente, o sea, como constelaciones cerebrales que se han conformado fisiológicamente y son capaces de realizar la imagen subjetiva de un objeto que descubre al hombre ya uno, ya otro sistema de vínculos objetivos. La representación del objeto incluye no sólo *lo semejante* en los objetos, sino también algo así como sus diversas facetas, incluso las no “superponibles” una sobre otra, las que no se encuentran en relaciones de semejanza estructural o funcional.

No sólo los conceptos son dialécticos, sino también nuestras representaciones sensoriales; por eso ellas también son capaces de cumplir una función que no se reduce al papel de patrones-modelos fijados, correlacionados con las influencias recibidas por los receptores desde objetos únicos. Igual que la imagen psíquica, las representaciones sensoriales existen de un modo inseparable de la actividad del sujeto a la que colman de la riqueza acumulada en ellas, haciéndola viva y creativa.

* * *

El problema de las imágenes y representaciones sensoriales se planteó a la psicología a partir de los primeros pasos de su desarrollo. La cuestión de cuál es la naturaleza de nuestras sensaciones y percepciones no pudo ser eludida por ninguna corriente psicológica, cualquiera que haya sido la base filosófica de la que partiera. Por ello no causa asombro que se hayan dedicado a este problema una enorme cantidad de trabajos, tanto teóricos como experimentales. También en nuestros días su número sigue aumentando rápidamente. En consecuencia, una serie de problemas fueron elaborados de manera extraordinariamente detallada y se ha reunido un material fáctico casi inabarcable. A pesar de esto, la psicología moderna está aún lejos de poder crear una concepción integral, no ecléctica, de la percepción, que abarque sus diferentes niveles y mecanismos. Esto atañe en particular al nivel de la percepción *conciente*.

Abre nuevas perspectivas a este respecto la introducción en la psicología de la categoría de reflejo psíquico, cuya productividad científica ya no es preciso demostrar. Esta categoría, sin embargo, no puede ser tomada al margen de su nexo interno con otras categorías básicas del marxismo. Por eso la introducción de la categoría de reflejo en la psicología científica exige necesariamente reconstruir toda su estructura categorial.

Los problemas más inmediatos que surgen en este camino son los referentes a la actividad, los que atañen a la psicología de la conciencia, a la psicología de la personalidad. A su análisis teórico hemos dedicado la exposición ulterior.

Capítulo III

EL PROBLEMA DE LA ACTIVIDAD EN PSICOLOGÍA

1. Dos enfoques en psicología: dos esquemas de análisis

Durante los últimos años se ha venido produciendo en la psicología soviética un acelerado desarrollo de algunas de sus ramas y de las investigaciones aplicadas; simultáneamente se dedicó bastante menos atención a los problemas teóricos de la psicología general. Al mismo tiempo, la psicología soviética –que se fue formando sobre la base de la filosofía marxista leninista– presentó un enfoque esencialmente nuevo de la psiquis y aportó por primera vez a la psicología varias categorías importantísimas que requieren una ulterior elaboración.

Entre estas categorías la de mayor significación es la de *actividad*. Recordemos las célebres tesis de Marx sobre Feuerbach, en las cuales se afirma que el defecto fundamental del anterior materialismo metafísico consistía en que concebía la sensorialidad sólo como una forma de contemplación, y no como actividad humana, como praxis; que en oposición al materialismo, el lado activo fue desarrollado por el idealismo, el que, no obstante, lo concebía de modo abstracto, y no como verdadera actividad sensorial del hombre.

Tal era la situación también en toda la psicología premarxista. Dicho sea de paso, en la psicología moderna que se desarrolla al margen del marxismo la situación tampoco ha cambiado: también en ella la actividad se interpreta enmarcada en las concepciones idealistas, o bien en las corrientes científico-naturales, materialistas por su tendencia general, como respuesta del sujeto pasivo a las influencias externas, condicionada por su organización congénita y su aprendizaje. Pero es esto lo que divide a la psicología en científico-natural y psicología como ciencia del espíritu, en psicología behaviorista y en “mentalista”. Los fenómenos críticos que a raíz de ello surgieron en la psicología siguen existiendo, sólo que “se han sumergido”, han comenzado a manifestarse en formas menos evidentes.

El intensivo desarrollo de las investigaciones interdisciplinarias característico de nuestros días, que vinculan la psicología con la neuro-fisiología, con la cibernética y las disciplinas lógico-matemáticas, con la sociología y la historia de la cultura, no puede por sí solo llevar a la solución de los problemas metodológicos fundamentales de la ciencia psicológica. Al

dejarlos sin resolver no hace más que reforzar la tendencia que conduce hacia un peligroso reduccionismo fisiológico, cibernético, lógico o sociológico, que amenaza hacer perder a la psicología su objeto, su especificidad. Tampoco es una prueba de progreso teórico el hecho de que se haya atenuado la anterior virulencia del enfrentamiento entre las distintas corrientes psicológicas: el behaviorismo militante fue sustituido por un neobehaviorismo conciliador (o, como dicen algunos autores, por un “behaviorismo subjetivo”) el gestaltismo por el neogestaltismo, el freudismo por el neofreudismo y la antropología cultural. Aunque el término “eclectico” ha adquirido en los autores norteamericanos una connotación que raya en el más alto elogio, hasta el presente las posiciones eclécticas jamás condujeron al éxito. Se sobrentiende que no se puede lograr la síntesis científica de conjuntos heterogéneos, de los hechos y generalizaciones psicológicos, mediante la simple unión de los mismos bajo una cobertura única. Se requiere una elaboración posterior del aparato conceptual de; la psicología, y la búsqueda de nuevas teorías científicas capaces de ajustar los desvinculados andamiajes del edificio de la ciencia psicológica.

A pesar de, la diversidad de corrientes a las que nos estamos refiriendo, lo común entre ellas desde el ángulo metodológico es que parten de un esquema de análisis bimembre: *influencia sobre los sistemas receptores del sujeto → fenómenos de respuesta, objetivos y subjetivos provocados por esta influencia.*

Este esquema ya apareció con típica claridad en la psicofísica y en la psicología fisiológica del siglo pasado. La principal tarea que se planteaba en esa época consistía en estudiar la dependencia entre los elementos de la conciencia y los parámetros de los estímulos que los suscitan. Más tarde, en el behaviorismo, es decir, aplicándolo al estudio de la conducta, este esquema bimembre cristalizó en la conocida fórmula $S \rightarrow R$.

La insuficiencia de este esquema consiste en que excluye del campo visual de la investigación ese rico proceso en el cual se hacen realidad los vínculos del sujeto con el mundo objetivo, su actividad objetivada (en alemán *Tätigkeit*, a diferencia de *Aktivität*). Semejante abstracción de la actividad del sujeto sólo se justifica dentro de los estrechos límites del experimento de laboratorio, que tiene como finalidad revelar mecanismos psicofisiológicos elementales. No obstante, es suficiente salir de esos estrechos límites para que enseguida se manifieste su inconsistencia. Fue esto lo que obligó a los anteriores investigadores a admitir, en la explicación de los hechos psicológicos, la injerencia de fuerzas especiales

tales como la apercepción activa, la intensidad interior, etc., es decir, apelar de todos modos a la actividad del sujeto, pero sólo en la forma mistificada por el idealismo.

Las dificultades sustanciales que crea en psicología el esquema de análisis bimembre y el “postulado de intermediación”²⁶ implícito en él dieron lugar a que se hicieran tenaces intentos de superarlo. Una de las líneas que siguieron esos intentos se expresó en subrayar el hecho de que los efectos de las influencias exteriores dependen de la refracción de ellas por el sujeto, de esas “variables intermedias” psicológicas (Tollman y otros), que caracterizan su estado interior. S. L. Rubinstein expresó esto en la fórmula que dice: “Las causas externas actúan a través “de las condiciones internas”.²⁷ Esta fórmula es, por cierto, irrefutable. No obstante, si se entienden como condiciones internas los estados habituales del sujeto que está sometido a la influencia, ésta no aporta nada esencialmente nuevo al esquema $S \rightarrow R$, ya que al cambiar sus estados, hasta los objetos inanimados se manifiestan de distinta manera en la interacción con otros objetos. En un suelo húmedo, blando, las huellas se marcan nítidamente, en tanto que en un terreno seco, apisonado, no sucede lo mismo. Esto se manifiesta con mayor claridad en los animales y en el hombre: el animal hambriento reaccionará de diferente manera que el saciado al estímulo alimentario, en tanto que el hombre apasionado por el fútbol tendrá una reacción totalmente distinta que el indiferente a este deporte ante la noticia de los resultados de un partido.

Es indudable que la introducción del concepto de variables intermedias enriquece el análisis de la conducta, pero en modo alguno anula el mencionado postulado de intermediación. Lo que sucede es que aunque las variables a las que nos referimos son intermedias, lo son sólo en el sentido de los estados internos del propio sujeto. Lo dicho atañe también a los “factores motivadores”, es decir, necesidades e inclinaciones. Como es sabido, el estudio del papel de estos factores siguió muy diversas direcciones, tanto en el behaviorismo como en la escuela de K. Lewin, y sobre todo en la psicología profunda. Sin embargo, a pesar de las diferencias que existen entre esas orientaciones y las diferencias en la concepción de la propia motivación y de su papel, lo principal no ha cambiado: la contraposición de la motivación a las condiciones objetivas de la actividad, al mundo exterior.

²⁶ Véase D. N. Uznadzé, *Investigaciones psicológicas*. Moscú, 1966, pág. 158.

²⁷ S. L. Rubinstein, *El ser y la conciencia*. Montevideo, Ed. Pueblos Unidos, 1960, pág.241.

Conviene destacar especialmente los intentos de resolver este problema que provienen del campo de lo que se denomina culturología. L. White,²⁸ célebre fundador de esta corriente, desarrolla la idea de la “determinación cultural” de los fenómenos en la sociedad y en la conducta de los individuos. El surgimiento del hombre y de la sociedad humana llevan a que los vínculos del organismo con el medio, antes directos, naturales, empiecen a ser mediatizados por la cultura, que se desarrolla sobre la base de la producción material.²⁹ Además, la cultura actúa para los individuos en forma de significados que son transmitidos por los símbolos-signos del lenguaje. Partiendo de esto, White propone una fórmula trimembre de la conducta del hombre: *organismo del hombre X estímulos culturales → conducta*.

Esta fórmula crea la ilusión de que se supera el postulado de la inmediación y el esquema $S \rightarrow R$ que de él deriva. Sin embargo, incluir en este esquema como mediatizador el eslabón de la cultura, que se comunica a través de los sistemas sgnicos, inevitablemente encierra la investigación psicológica en el círculo de los fenómenos de la conciencia, social e individual. Se produce una simple sustitución: el mundo de los objetos es remplazado aquí por el mundo de los signos y significados elaborados por la sociedad. De este modo nos encontramos nuevamente ante el esquema bimembre $S \rightarrow R$, sólo que el estímulo es interpretado en él como “estímulo cultural”. Es esto lo que expresa la siguiente fórmula de White, por medio de la cual aclara la diferencia existente en la determinación de las reacciones psíquicas (*mindings*) de los animales y del hombre. Registra esta fórmula así:

$$Vm = f(Vb), \text{ en los animales,}$$

$$Vm = f(Vc), \text{ en el hombre,}$$

Donde V son las variables; m , la psiquis; b , el estado corporal (*body*) y c , cultura.

A diferencia de las concepciones sociológicas en psicología, que provienen de Durkheim, las que de uno u otro modo conservan la idea del carácter primario de la interacción del hombre con el mundo objetivo, la moderna

²⁸ L. White, *The Science of Culture*. New York, 1949.

²⁹ El hecho de que se refiera a que la sociedad está organizada sobre la base de las relaciones de propiedad, algunas veces dio lugar a que se incluyera a White entre los partidarios del materialismo histórico; es cierto que uno de sus apologistas hace al respecto la salvedad de que el materialismo histórico no proviene en él de Marx, sino del “sentido común”, de la idea del *business of living*. H. Barnes, *Outstanding contributions to Anthropology, Culture, Culturologie and Cultural Evolution*. New York, 1960.

culturología norteamericana reconoce sólo la influencia que ejercen sobre el hombre los “objetos extrasomáticos” que conforman un continuum que se desarrolla siguiendo sus propias leyes “suprapsicológicas” y “suprasociológicas” (lo que hace necesaria una ciencia especial: la culturología).

Desde este ángulo culturoológico los individuos humanos sólo son “agentes catalíticos” y “medio de expresión” del proceso cultural.³⁰ Nada más que eso.

El descubrimiento de la regulación de la conducta mediante los vínculos inversos, que ya fuera claramente formulado por N. N. Lange³¹, marcó una línea totalmente distinta, que hizo más complejo el análisis derivado del postulado de inmediatez.

Ya las primeras investigaciones sobre la estructuración en el hombre de complejos procesos motores –entre esas investigaciones debemos mencionar especialmente los trabajos de N. A. Bernstein³²– que mostraron el papel del anillo reflector con los vínculos inversos, permitieron comprender de un modo nuevo el mecanismo de un vasto conjunto de fenómenos.

Durante el período transcurrido desde los primeros trabajos, que fueran realizados ya en los años 30, las teorías de la dirección y la información adquirieron una significación científica general que abarca los procesos tanto en los sistemas vivos como en los inanimados.

Es curioso que las nociones de cibernética elaboradas en esos años hayan sido aceptadas más tarde como totalmente nuevas por la mayoría de los psicólogos. Se produjo algo así como un segundo nacimiento de esas nociones en psicología, o sea un hecho que creó entre algunos entusiastas del enfoque cibernético la impresión de que se habían encontrado por fin nuevas bases metodológicas para una teoría psicológica universal. Empero, muy pronto se reveló que el enfoque cibernético en psicología tiene también sus límites, de los cuales sólo se puede salir al precio de sustituir la cibernética científica por cierta “mitología cibernética”; en cambio, las auténticas realidades psicológicas tales como la imagen psíquica, la conciencia, la motivación y la formación del fin, de hecho quedaron relegadas. En este sentido se produjo incluso cierta regresión

³⁰ L. White, *The Science of Culture*, pág. 181.

³¹ N. N. Lange, *Investigaciones psicológicas*. Odesa, 1893.

³² Véase N. A. Bernstein, “Fisiología del movimiento”. En el libro de G. P. Konradi, A. D. Slonim, V. S. Farbel, *La fisiología del trabajo*. Moscú, 1934; también en N. A. Bernstein, *Sobre la estructuración de los movimientos*. Moscú, 1947

con respecto a los primeros trabajos, en los cuales se habla desarrollado el principio de la actividad y la idea sobre los niveles de regulación entre los cuales se destacaba particularmente el nivel de las acciones objetivas y los niveles cognoscitivos superiores.

Los conceptos de la moderna cibernética teórica configuran un plano muy importante de abstracción, que permite describir las particularidades de la estructura y del movimiento del tipo más amplio de procesos, que no podían ser descritos mediante el anterior aparato conceptual. Al mismo tiempo, las investigaciones efectuadas en este nuevo campo de abstracción, a pesar de su indudable fecundidad, no fueron capaces de dar solución por sí solas a problemas metodológicos fundamentales de uno u otro ámbito especial del saber. Por ello, nada tiene de paradójico que la introducción en psicología de conceptos sobre dirección, sobre los procesos informacionales y sobre los sistemas autorregulados, tampoco haya anulado todavía el mencionado postulado de intermediación.

Lo que se deduce es, por lo tanto, que ninguna complejización del esquema inicial que deriva de este postulado “desde su interior” –valga la expresión– está en condiciones de eliminar las dificultades metodológicas que aquél crea en psicología. Para superarlas es necesario sustituir el esquema bímembre de análisis por otro esquema esencialmente distinto, y ello no se puede hacer sin haber renunciado al postulado de intermediación.

La tesis principal –a cuya fundamentación se dedica la exposición siguiente– consiste en que el verdadero camino para superar ese postulado que, según expresión de D. K. Uznadzé, es “perjudicial” para la psicología, se abre introduciendo en psicología la categoría de actividad objetivada.

Al formular esta tesis hay que precisarla de entrada: se trata de la *actividad*, y no de la conducta ni de los procesos nerviosos fisiológicos que cumplen la actividad. Lo que sucede es que las “unidades” y el lenguaje que son desmembrados por el análisis, y mediante los cuales se describen los procesos de conducta, cerebrales o lógicos por una parte, y la actividad objetivada, por la otra, no coinciden entre sí.

Por consiguiente, se ha dado en psicología la siguiente alternativa: conservar como básico el esquema bímembre: *influencia del objeto* → *cambios en los estados habituales del sujeto* (o, lo que en principio es lo mismo, el esquema $S \rightarrow R$), o bien tomar como punto de partida el esquema trimembre, que incluye el eslabón intermedio (“término medio”)

–actividad del sujeto y, consiguientemente sus condiciones, fines y medios– eslabón que mediatiza los vínculos entre ellos.

Desde el punto de vista de la determinación de la psiquis esta alternativa puede formularse del siguiente modo: o bien adoptamos la posición de que la conciencia es determinada por los objetos, por los fenómenos circundantes; o bien la que afirma que la conciencia es determinada por la existencia social de los hombres que, según la definición de Marx y Engels en *La Ideología Alemana*, no es más que el proceso real de su vida.

¿Pero qué es la vida humana? Es el conjunto, más precisamente, el sistema, de actividades que se sustituyen unas a otras. Es en la actividad donde se produce la transición del objeto a su forma subjetiva, a la imagen; a la vez, en la actividad se opera también la transición de la actividad a sus resultados objetivos, a sus productos. Tomada desde este ángulo la actividad aparece como un proceso en el cual se concretan las transiciones recíprocas entre los polos “sujeto-objeto”. “En la producción se objetiviza la personalidad; en el consumo se subjetiviza el objeto”, acota Marx.

2. Sobre la categoría de actividad objetivada

La actividad es una unidad molecular, no una unidad aditiva de la vida del sujeto corporal, material. Es un sentido más estricto, es decir, a nivel psicológico, es la unidad de vida mediatizada por el reflejo psicológico, cuya función real consiste en que orienta al sujeto en el mundo objetivo. En otras palabras, la actividad no es una reacción ni un conjunto de reacciones, sino un sistema que tiene estructura, sus transiciones y transformaciones internas, su desarrollo.

La introducción de la categoría de actividad en psicología cambia toda la construcción conceptual del conocimiento psicológico. Pero para ello hay que tomar esta categoría en toda su plenitud, en sus dependencias y determinaciones más importantes: desde el ángulo de su estructura y en su dinámica específica, en sus diversos tipos y formas. Dicho de otro modo, se trata de responder a la siguiente pregunta: ¿cómo se presenta la categoría *actividad* en psicología? Este interrogante plantea varios problemas teóricos que distan mucho de estar resueltos. Se sobrentiende que sólo puedo referirme a algunos de ellos.

La psicología del hombre está vinculada con la actividad de los individuos concretos, que transcurre en condiciones de una colectividad abierta, entre los hombres que lo rodean, juntamente con ellos y en interacción con ellos, o a solas con el mundo objetivo circundante, ante el torno o la mesa escritorio. Sin embargo, sean cuales fueren las condiciones y formas en que transcurre la actividad del hombre, cualquiera que sea la estructura que tome, no se la puede considerar como desgajada de las relaciones sociales, dé la vida de la sociedad. Pese a toda su diversidad, la actividad del individuo humano es un sistema incluido en el sistema de relaciones de la sociedad. Al margen de tales relaciones esa actividad no existe en absoluto. Pero como sí existe, está determinada por las formas y medios de la comunicación material y espiritual (*Verkehr*), que son engendrados por el desarrollo de la producción y que no pueden efectuarse de otro modo que en la actividad de los hombres concretos (véase *La Ideología Alemana*).

Se sobrentiende que la actividad de cada hombre depende, además, de su lugar en la sociedad, de las condiciones que le tocan en suerte y de cómo se va conformando en circunstancias individuales que son únicas.

Hay que estar prevenidos muy particularmente contra la concepción de que la actividad del hombre es una relación que existe entre éste y la sociedad enfrentada a él. Debemos subrayar esto porque las concepciones positivistas que hoy inundan la psicología tratan de imponer por todos los medios la idea de que el individuo humano está enfrentado a la sociedad. Para el hombre la sociedad sería sólo el medio externo al cual se ve obligado a adaptarse para no resultar un "inadaptado", y sobrevivir, tal como el animal tiene que ir adaptándose al medio natural externo. Desde este ángulo, la actividad del hombre va tomando forma como resultado de su refuerzo, aunque no sea directo (por ejemplo, a través de la valoración expresada por el grupo "de referencia"). A la vez, se omite lo principal: que el hombre encuentra en la sociedad no sólo condiciones externas a las que debe acomodar su actividad, sino que esas mismas condiciones sociales conllevan los motivos y fines de su actividad, sus procedimientos y medios; en un palabra, que la sociedad produce la actividad de los individuos que la forman. Claro está que esto no significa en modo alguno que su actividad personifica las relaciones de la sociedad y su cultura. Existen complejas transformaciones y transiciones que las vinculan, de modo que no es imposible reducir una a la otra. Para la psicología que se limita al concepto de "socialización" de la psiquis del individuo sin hacer su análisis

posterior, estas transformaciones siguen siendo un verdadero misterio, que sólo se devela cuando se investiga la génesis de la actividad humana y de su estructura interna.

La característica básica o, como suele decirse, constitutiva de la actividad es su objetividad. En rigor, en el concepto mismo de actividad está implícitamente contenido el concepto de su objeto (*Gegenstand*). La expresión “actividad no objetivada” carece de todo sentido. La actividad puede *parecer* no objetivada, pero la investigación científica de la actividad exige perentoriamente que se descubra su objeto. Además, el objeto de la actividad aparece de dos maneras: primero, en su existencia independiente como subordinando y transformando la actividad del sujeto; segundo, como imagen del objeto, como producto del reflejo psíquico de su propiedad, que se efectúa como resultado de la actividad del sujeto y no puede efectuarse de otro modo.

Ya en el propio nacimiento de la actividad y del reflejo psíquico se pone de manifiesto la naturaleza objetiva de ambos. Se demostró que la vida de los organismos en un medio homogéneo, aunque también variable, puede desarrollarse sólo en un estado de creciente complejidad del sistema de funciones elementales que mantiene su existencia. Únicamente al pasar a la vida en un medio discreto, es decir, a la vida en el mundo de los objetos, por sobre los procesos que responden a influencias de directa significación biótica, se van constituyendo procesos provocados por influencias que en sí mismas pueden ser neutrales, abióticas, pero que la orientan respecto de las influencias del primer tipo. La formación de esos procesos, mediatizados por funciones vitales fundamentales, tiene lugar en virtud de que las propiedades bióticas del objeto (por ejemplo, sus propiedades alimentarias) están como ocultas tras otras “superficiales”, es decir, superficiales en el sentido de que antes de experimentar los efectos provocados por la influencia biótica es preciso –hablando metafóricamente– atravesar esas propiedades (tales como, por ejemplo, las propiedades mecánicas del cuerpo duro con respecto a sus propiedades químicas).

Se comprende que omita aquí exponer la fundamentación científica concreta de las tesis citadas, al igual que el examen del problema sobre su nexos interno con la doctrina de I. P. Pavlov sobre la función señalizadora de los estímulos condicionados y sobre los reflejos de orientación; ya he explicado ambas cosas en otros trabajos.³³

³³ Véase A. N. Leóntiev, *Problemas del desarrollo de la psiquis*. Moscú, 1972

Así, pues, la prehistoria de la actividad humana comienza cuando los procesos vitales adquieren carácter objetivo. Esto significa también la aparición de formas elementales del reflejo psíquico, o sea, la transformación de la irritabilidad (*irribilitas*) en sensibilidad (*sensibilitas*) en “capacidad de sensación”.

La posterior evolución de la conducta y de la psiquis de los animales puede ser adecuadamente comprendida precisamente como historia del desarrollo del contenido objetivo de la actividad. En cada nueva etapa surge una subordinación cada vez más plena de los procesos efectores de la actividad a los vínculos y relaciones objetivas de las propiedades de los objetos, en interacción con los cuales está el animal. Es como si el mundo objetivo “se incorporará” cada vez más a la actividad. Así, el movimiento del animal a lo largo de la valla se subordina a su “geometría”, es decir, se iguala a ella y la lleva dentro de sí; el movimiento del salto se subordina a la métrica objetiva del medio, en tanto que la elección del camino de rodeo se subordina a las relaciones interobjetivas.

El desarrollo del contenido objetivo de la actividad encuentra su expresión en el desarrollo del reflejo psíquico subsiguiente, el que regula la actividad en el medio objetivo.

Toda actividad tiene una estructura circular: *aferencia inicial* → *procesos efectores que realizan los contactos con el medio objetivo* → *corrección y enriquecimiento con el auxilio de los vínculos inversos de la imagen aferente inicial*. Hoy, el carácter circular de los procesos ejecutores de la interacción del organismo con el medio ha alcanzado el consenso general y está bastante bien descrito. Sin embargo, lo fundamental no reside en la estructura circular en sí misma, sino en que el reflejo psíquico del mundo objetivo es engendrado no directamente por las influencias externas (entre ellas también las “inversas”), sino por los procesos mediante los cuales el sujeto establece contactos prácticos con el mundo objetivo, y que, por eso, se subordinan necesariamente a sus propiedades, vínculos y relaciones independientes. Esto significa que el “aferentizador” que dirige los procesos de la actividad, e; primero el propio objeto y, sólo en segundo término, su imagen como producto subjetivo de la actividad, que fija, estabiliza y conlleva su contenido objetivo. Dicho de otro modo, se produce una doble transición: la de *objeto* → *proceso de actividad* y la transición *actividad* → *su producto subjetivo*. Pero la transición del proceso a la forma de producto se opera no sólo en el polo del sujeto; esa transición es más notoria aun en el polo del objeto que se transforma por la actividad

humana; en ese caso la actividad regulable de un modo psíquico por el sujeto pasa a ser “propiedad pasiva” (*rubende Eigenschaft*) de su producto objetivo.

A primera vista parece que la noción sobre la naturaleza objetiva de la psiquis se refiere sólo a la esfera de los procesos cognoscitivos propiamente dichos y que ella, en cambio, no abarca la esfera de las necesidades y las emociones; sin embargo no es así.

Las ideas de que la esfera necesidad-emoción es la esfera de estados y procesos cuya naturaleza subyace en el propio sujeto y cuyas manifestaciones sólo cambian bajo la presión de condiciones externas se basa, en realidad, en la confusión de distintas categorías, lo que es muy notorio en el problema de las necesidades.

En la psicología de las necesidades hay que partir desde el comienzo mismo de la siguiente diferenciación básica: diferenciar la necesidad como condición interior, como una de las premisas ineludibles de la actividad, y la necesidad es aquello que orienta y regula la actividad concreta del sujeto en el medio objetivo. Cómo escribió Séchenov:

“El hambre puede hacer que un animal se levante, puede conferir a sus búsquedas un carácter más o menos impetuoso, pero no hay en él ningún elemento que pueda orientar el movimiento hacia uno u otro lado y modificarlo de acuerdo con las sugerencias del lugar y los encuentros fortuitos”.³⁴

En su función orientadora es donde la necesidad constituye el objeto del conocimiento psicológico. En el primer caso, la necesidad no aparece más que como estado de necesidad del organismo, que por sí mismo no puede provocar ninguna actividad definidamente orientada; su papel se limita a estimular las funciones biológicas correspondientes y la excitación general de la esfera motriz que se manifiesta en los movimientos de búsqueda no orientados. Sólo como resultado de sus “encuentros” con el objeto que le responde, la necesidad puede por primera vez orientar y regular la actividad.

El encuentro de la necesidad con el objeto es un acto extraordinario que fue ya observado por Darwin; también algunos informes de I. P. Pavlov brindan pruebas sobre él; Uznadzé se refiere a él como condición del surgimiento de la actitud, y los etólogos modernos lo describen brillante-

³⁴ I. M. Séchenov, *Obras escogidas*. T. I, Moscú, 1952, pág. 531.

mente. Este acto extraordinario es el de objetivación de la necesidad, es decir, de su “rellenado” con un contenido que se extrae del mundo circundante. Es esto lo que traslada la necesidad al nivel psicológico propiamente dicho.

En este nivel, el desarrollo de las necesidades se opera como desarrollo de su contenido objetivado. Es oportuno señalar aquí que esta circunstancia es la única que permite comprender la aparición de nuevas necesidades en el hombre, incluidas aquéllas que no tienen sus equivalentes en los animales, que están “desligadas” de las necesidades biológicas del organismo y son “autónomas” en este sentido.³⁵ Lo que explica su formación es que en la sociedad humana los objetos de esas necesidades se producen, y gracias a ello –dice Marx– se producen también las propias necesidades.

Así, pues, las necesidades dirigen la actividad por parte del sujeto, pero pueden cumplir esta función sólo si son objetivas. De aquí deriva la posibilidad de invertir los términos, lo que permitió a K. Lewin hablar de la fuerza estimulante (*Aufforderungscharakter*) de los propios objetos.³⁶

En nada difiere la situación en lo tocante a las emociones y sentimientos. También aquí hay que distinguir, por una parte, los estados esténicos y asténicos no objetivos, y por la otra, las emociones y sentimientos propiamente dichos engendrados por la correlación de la actividad objetivada del sujeto con sus necesidades y motivos. Pero a este tema nos referiremos especialmente. En cuanto al análisis de la actividad, basta señalar que su carácter objetivado engendra, no sólo el carácter objetivado de las imágenes, sino también la objetividad de las necesidades, emociones y sentimientos.

El proceso de desarrollo del contenido objetivo de las necesidades no es, por supuesto, unilateral; tiene otro aspecto, y es que el propio objeto de la actividad se descubre al sujeto como si respondiera a una u otra de sus necesidades. De este modo, las necesidades estimulan la actividad y la dirigen por parte del sujeto, pero sólo pueden cumplir esta función si son objetivas.

³⁵ G. Allport, *Pattern and Growth in Personality*. New York, 1961.

³⁶ K. Lewin, *A Dynamic Theory of Personality*. New York, 1928.

3. La actividad objetivada y la psicología

El hecho de que la forma genéticamente primaria y básica de la actividad humana es la actividad exterior, práctico-sensorial, tiene para la psicología un sentido especial, dado que ésta ha estudiado siempre, por cierto, la actividad, por ejemplo la actividad del pensar, de la imaginación, la memoria y otras. Sólo tal actividad interior, que cabe en la categoría cartesiana *cogito*, es la que se consideraba actividad psíquica, y la única que entraba en el campo visual del psicólogo. De este modo, la psicología se apartaba del estudio de la actividad práctica, sensorial.

Aunque la actividad exterior también figuraba en la vieja psicología, era sólo como *expresión* de la actividad interior, de la actividad de la conciencia. La rebelión de los behavioristas, producida en los albores de nuestro siglo, contra esta psicología mentalista contribuyó más bien a ahondar que a cerrar esta brecha entre la conciencia y la actividad exterior, sólo que entonces, a la inversa, esta última quedó separada de la conciencia.

La cuestión que fue tomando cuerpo debido a la marcha objetiva del desarrollo de los conocimientos psicológicos –y que hoy se plantea en toda su magnitud– puede enunciarse así: ¿cabe incluir el estudio de la actividad práctica externa en la tarea de la psicología?, porque la actividad no lleva un rótulo donde dice de qué ciencia es tema de estudio. Al mismo tiempo, la experiencia científica muestra que no se justifica separar la actividad como objeto de estudio de una rama especial del saber, es decir, la “praxiología”. Al igual que cualquier realidad empíricamente dada, la actividad es estudiada por diversas ciencias se puede estudiar la fisiología de la actividad, pero también es legítimo incluir su estudio en la economía política, por ejemplo, o en la sociología. La actividad práctica exterior no puede ser desgajada de la investigación psicológica propiamente dicha. No obstante, se pueden dar a esta tesis interpretaciones sustancialmente distintas.

En tanto que ya en los años treinta S. L. Rubinstein señaló la importante significación teórica que tienen para la psicología las ideas de Marx, que puntualizan que en la industria material corriente tenemos ante nosotros el libro abierto de las fuerzas humanas esenciales, y que la psicología para la cual este libro continúe cerrado no puede llegar a ser una ciencia real y medulosa, que la psicología no debe ignorar la riqueza contenida en la actividad humana.

Agregaremos que en sus publicaciones posteriores Rubinstein subrayó que aunque en la esfera de la psicología entra también la actividad práctica, por medio de la cual los hombres modifican la naturaleza y la sociedad, el objeto del estudio psicológico:

“queda circunscrito a su contenido específicamente psicológico, a la motivación y regulación con que las acciones se efectúan en consonancia con las condiciones objetivas en que se dan y que se reflejan en la sensación, en la percepción y en la conciencia”.³⁷

Por consiguiente, según la concibe el autor, la actividad práctica entra en el objeto de estudio de la psicología, pero queda circunscrita a su particular contenido que aparece como sensación, percepción, pensamiento o, en general, en la forma de procesos y estados psíquicos internos del sujeto. Pero esta afirmación es por lo menos unilateral, ya que hace abstracción del hecho capital de que la actividad –en cualquiera de sus formas– entra en el proceso del reflejo psíquico, en el propio contenido de este proceso, en su engendramiento.

Tomemos el hecho más simple: el proceso de percepción de la elasticidad de un objeto. Es este un proceso motor externo, mediante el cual el sujeto entra en contacto práctico, en vinculación práctica, con el objeto externo y que puede ser orientado hacia la ejecución no de una tarea cognoscitiva, sino directamente práctica, como por ejemplo, su deformación. La imagen subjetiva que así surge es, por cierto, psíquica y, en consecuencia, es un tema indiscutible del estudio psicológico. Empero, para comprender la naturaleza de esa imagen debemos estudiar el proceso que la engendra, y en el caso que analizamos este es un proceso externo, práctico. Queramos hacerlo o no, corresponda esto o no a nuestros puntos de vista teóricos, de todos modos nos vemos forzados a incluir la acción objetiva externa del sujeto en el tema de nuestra investigación *psicológica*.

Quiere decir que es ilegítimo considerar que la actividad objetiva exterior, aunque aparece ante la investigación psicológica, sólo lo hace como algo en lo cual están incluidos los procesos psíquicos internos, y que en rigor la investigación psicológica avanza sin pasar al plano del estudio de la actividad exterior, de su estructura.

Esto se puede aceptar sólo en caso de que se admita una dependencia unilateral de la actividad exterior con respecto a la imagen psíquica que la dirige, de la representación del fin o de su esquema mental. Pero no es así

³⁷ S. L. Rubinstein, *El Desarrollo de la Psicología. Principios y Métodos*. Ed. cit., pág. 53.

A actividad entra necesariamente en contactos prácticos con los objetos que se resisten al hombre, los cuales la rechazan, la modifican y la enriquecen. En otras palabras, es en la actividad exterior donde se opera la apertura del círculo de los procesos psíquicos internos como saliendo al encuentro del mundo objetivo material que irrumpe imperiosamente en ese círculo.

De este modo la actividad integra el objeto de estudio de la psicología, pero no con su “parte” o elemento especial, sino con su función especial. Es la función de situar al hombre en la realidad objetiva y de transformar a ésta en una forma de la subjetividad.

Pero volvamos al caso que hemos descrito, en el que el reflejo psíquico de la propiedad elemental propia del objeto material se produce a raíz del contacto práctico con éste. Hemos presentado este caso sólo a modo de ejemplo aclaratorio, burdamente simplificado. Empero, tiene también un sentido genético real. Casi no hace falta explicar aquí que, en las etapas iniciales de su desarrollo, la actividad tiene necesariamente la forma de procesos externos y que en verdad la imagen psíquica es el producto de esos procesos, que en los hechos ligan al sujeto con la realidad objetiva. Es evidente que en las primeras etapas genéticas no es posible dar una explicación científica acerca de la naturaleza y particularidades del reflejo psíquico más que sobre la base del estudio de estos procesos externos. En tal caso, esto no significa sustituir la investigación de la psiquis por la investigación de la conducta, sino sólo desmitificar la naturaleza de la psiquis; de otro modo, lo único que podemos hacer es reconocer la existencia de una misteriosa “capacidad psíquica” que consiste en que, bajo la influencia de impulsos externos que actúan sobre los receptores del sujeto, en su cerebro —como fenómeno paralelo a los procesos fisiológicos— se enciende una especie de luz interior que ilumina el mundo, al hombre, que se produce una especie de irradiación de imágenes, luego localizadas, “objetivadas”, por el sujeto en el espacio circundante.

Se sobrentiende que la realidad que maneja el psicólogo es incomparablemente más compleja y rica que la esbozada en el burdo esquema que presentamos del surgimiento de la imagen como resultado del contacto práctico con el objeto. No obstante, por más que se aleje la realidad psicológica de este burdo esquema, por profundas que sean las metamorfosis de la realidad, en todas las condiciones ésta continúa siendo la que realiza la vida del sujeto corporal, y ésta, por su propia esencia, es un proceso práctico sensorial.

El hecho de que la actividad se va haciendo más compleja y, por consiguiente, también se hace más compleja su regulación psíquica, plantea innumerables problemas psicológicos de orden científico, entre los cuales cabe señalar en primer término el de las formas de la actividad humana y el de sus interconexiones.

4. Correlación entre la actividad exterior y la interna

La vieja psicología sólo se ocupaba de los procesos internos: del movimiento de las representaciones, de su asociación en la conciencia, de su generalización y del movimiento de sus sustitutos, es decir, las palabras. Estos procesos, al igual que las vivencias internas no cognitivas, eran considerados como los únicos que constituían tema de estudio para la psicología.

El planteamiento del problema sobre el origen de los procesos psíquicos internos marcó el comienzo de la reorientación de la anterior psicología. En este aspecto corresponde el paso decisivo a I. M. Séchenov, quien señaló hace ya cien años, que la psicología arranca ilegítimamente al proceso integral los eslabones que están unidos por la naturaleza, su parte central, o sea lo “psíquico”, contraponiéndolo a lo “material”. Así como la psicología nació de esta operación antinatural, según la califica Séchenov, posteriormente “ya no hubo artificio alguno que pudiera unir esos eslabones rotos”. Este enfoque de la cuestión –escribe más adelante Séchenov– debe cambiar.

“Por todo su contenido, la psicología científica no puede ser otra cosa que una serie de teorías sobre el origen de las actividades psíquicas”.³⁸

Es una tarea que corresponde al historiador seguir las etapas de desarrollo de este pensamiento. Lo que quiero observar es que el meticuloso estudio que se inició sobre la filogénesis y la ontogénesis del pensamiento ensanchó el campo de la investigación psicológica. Se incorporaron a la psicología conceptos tan paradójicos desde el punto de vista subjetivo-empírico, como el del *intelecto práctico* o el *pensamiento manual*. El principio de que, en el plano genético, los actos mentales internos son precedidos por los externos, llegó a obtener casi el consenso general. Por otra parte, o sea, partiendo del estudio de la conducta, se formuló la hipótesis de una transición directa, mecánicamente comprendida, de los

³⁸ I. M. Séchenov, *Obras escogidas*. T. I, pág. 209

procesos externos a procesos internos, no visibles; recordemos, por ejemplo, el esquema de Watson: *conducta verbal* → *susurro* → *lenguaje totalmente inarticulado*.³⁹

Empero, fue la introducción en la psicología del concepto de *interiorización* lo que desempeñó el principal papel en el desarrollo de las ideas psicológicas concretas sobre el origen de las operaciones internas del pensar.

Como se sabe, se denomina interiorización a la transición de la que resulta que procesos externos por su forma, con objetos también externos, materiales, se transforman en procesos que transcurren en el plano mental, en el plano de la conciencia; a la vez, son sometidos a una transformación específica, es decir, se generalizan, verbalizan, reducen, y lo principal es que se tornan capaces de continuar un desarrollo que trasciende las posibilidades de la actividad exterior. Si utilizamos la escueta formulación de J. Piaget, ésta es una transición “que lleva del plano sensoriomotor al pensamiento”.⁴⁰

El proceso de la interiorización está hoy minuciosamente estudiado en el contexto de muchos problemas: ontogenéticos, psicopedagógicos y psicológicos generales. Simultáneamente se están descubriendo importantes diferencias, tanto en las bases teóricas de la investigación de este proceso, como en su interpretación teórica. Para Piaget la base principal de las investigaciones sobre el origen de las operaciones internas del pensar, a partir de los actos senso-motores, consiste, al parecer, en la imposibilidad de extraer los esquemas operativos del pensamiento directamente de la percepción. Operaciones como la unión, regulación y centramiento surgen inicialmente en el curso del cumplimiento de las acciones externas con objetos externos, y luego continúan desarrollándose en el plano de la actividad interna del pensar de acuerdo con sus propias leyes lógico-genéticas.⁴¹ Las opiniones de P. Janet, H. Wallon y D. Brunner determinaron otras posiciones de partida sobre la transición de la acción al pensamiento.

En la psicología soviética el concepto de interiorización se vincula generalmente con el nombre de L. S. Vigotski y sus continuadores, a quienes se deben importantes investigaciones sobre este proceso. En los

³⁹ I. B. Watson, *The ways of the behaviorism*. New York, 1928.

⁴⁰ J. Piaget, “El papel de la acción en la formación del pensamiento”. *Problemas de Psicología*, 1965, núm. 6, pág. 33.

⁴¹ Véase J. Piaget, *Trabajos psicológicos escogidos*. Moscú, 1969.

últimos años las etapas sucesivas y las condiciones de la transformación orientada hacia un fin, “no espontánea”, de las acciones externas (materializadas) en acciones internas (mentales), están siendo estudiadas con especial detalle por P. I. Galperin.⁴²

Las ideas de las que partió Vigotski, y que lo llevaron al problema de que la actividad psíquica interna se origina en la actividad externa, difieren esencialmente de las concepciones teóricas de otros autores de su época. Estas ideas nacieron del análisis de las particularidades de la actividad específicamente humana, o sea, la actividad laboral, productiva, que se realiza por medio de instrumentos, de la actividad que es social desde sus inicios, es decir, que se desarrolla sólo mediante la cooperación y la comunicación de los hombres. En verdad Vigotski separó dos aspectos principales intervinculados, que deben constituir la base de la ciencia psicológica: la estructura instrumental de la actividad del hombre y su inserción en el sistema de interrelaciones con otros hombres, que son precisamente las que determinan las peculiaridades de los procesos psíquicos del hombre. El instrumento mediatiza la actividad que liga al hombre no sólo con el mundo de las cosas, sino también con otros hombres. Gracias a ello, su actividad *absorbe la experiencia de la humanidad*. De aquí deriva que los procesos psíquicos del hombre (sus “funciones psíquicas superiores”) adquieren una estructura que tiene como eslabón inevitable medios y procedimientos que se han formado en el plano histórico-social, que le son transmitidos por los hombres que lo rodean en el proceso de colaboración, de comunicación con éstos. Pero es imposible transmitir el medio, el procedimiento para cumplir uno u otro proceso, más que en forma exterior, en forma de acción o de lenguaje externo. En otras palabras, los procesos psicológicos superiores específicos del hombre pueden nacer únicamente en la interacción del hombre con el hombre, es decir, como *intrapsicológicos*, y sólo después comienzan a ser efectuados independientemente por el individuo; además, algunos de estos procesos pierden luego su forma exterior inicial y se transforman en procesos *interpsicológicos*⁴³,

A la tesis de que las actividades psíquicas internas derivan de la actividad práctica, históricamente establecida como resultado de la formación del hombre, que se basa en el trabajo de la sociedad, y que en los individuos

⁴² Véase P. I. Galperin, “El desarrollo de las investigaciones sobre la formación de las acciones mentales”. *La ciencia psicológica en la URSS*. Moscú, 1959, págs. 441-469.

⁴³ Véase L. S. Vigotski, *El desarrollo de las funciones psíquicas superiores*. Moscú, 1960, págs. 198-199.

de cada nueva generación esas actividades van tomando forma en el curso del desarrollo ontogenético, se agregó otra tesis muy importante, la de que simultáneamente cambia la forma del reflejo psíquico de la realidad: surge la *conciencia*, o sea la reflexión de la realidad, de su actividad y de sí mismo por el sujeto. ¿Pero qué es la conciencia? La conciencia es *con-ciencia*, pero sólo en el sentido de que la conciencia individual puede existir únicamente en presencia de la conciencia social y del lenguaje, que es su sustrato real. En el proceso de la producción material los hombres producen también el lenguaje que sirve como medio de comunicación y es portador de los significados socialmente elaborados, fijados en él.

La psicología anterior consideraba la conciencia como un plano meta-psicológico del movimiento de los procesos psíquicos. Pero la conciencia no es algo dado desde el comienzo ni es engendrada por la naturaleza: es engendrada por la sociedad, se *produce*. Por eso la conciencia no es un postulado ni una condición de la psicología, sino un problema, de ésta, o sea, un objeto de la investigación psicológica científica concreta.

De este modo, el proceso de interiorización consiste no en que la actividad exterior se *desplaza* a un “plano de conciencia” interno preexistente; se trata de un proceso en el cual este plano interno *se va formando*.

Como es sabido, después del primer cielo de trabajos dedicados al estudio del papel de los medios externos y su interiorización, L. S. Vigotski se orientó a la investigación de la conciencia, de sus “células”, es decir de los significados verbales, la formación y estructura de los mismos. Aunque en estas investigaciones el significado apareció desde el ángulo de lo que podría llamarse el movimiento inverso, y por eso, como aquello que está tras la vida y dirige la actividad, para Vigotski siguió manteniéndose inmovible la tesis opuesta: no es el significado, no es la conciencia, la que está tras la vida, sino *que es la vida la que está tras la conciencia*.

La investigación de la formación de los procesos mentales y de los significados (conceptos) en cierto modo desgaje del movimiento general de la actividad sólo una parte de éste, aunque muy importante: la asimilación por el individuo de los modos de pensar elaborados por la humanidad. Pero con esto no involucra ni siquiera la actividad cognoscitiva, ni su formación ni su funcionamiento. En el plano *psicológico*, el pensamiento (y la conciencia individual en su conjunto) es más amplio que las operaciones lógicas y los significados en cuyas estructuras están inmersos. Por sí solos

los significados no engendran pensamiento, sino que lo mediatizan, del mismo modo que el instrumento no engendra la acción, sino que la mediatiza.

En una etapa posterior de su investigación, Vigotski expuso muchas veces y de distintas formas esta tesis de capital importancia. Veía en su motivación, en la esfera afectivo-volitiva, el último plano del pensamiento verbal que había quedado “oculto”.

“El análisis determinista de la vida psíquica –escribió– excluye “que se atribuya al pensamiento la fuerza mágica de definir la conducta del hombre por medio de un sistema propio”.⁴⁴

El programa positivo que de aquí se deriva exigía que –conservando la activa función descubierta en el significado, en el pensamiento– se encarara una vez más el problema. Y para ello había que regresar a la categoría de actividad objetivada, extendiéndola a los procesos internos, es decir, a los procesos de la conciencia.

Es precisamente como resultado del movimiento del pensamiento teórico en esa dirección que se descubre que la actividad exterior y la interna tienen algo esencial en común como mediadoras de la intervenculación del hombre con el mundo en las cuales se concreta su vida real.

De acuerdo con esto, la diferenciación principal que subyace en los principios de la psicología clásica de Descartes y Locke, y que es, por una parte, la diferenciación del mundo exterior, del mundo de las dimensiones, al que se refiere la actividad exterior, corporal, y por la otra, del mundo de los fenómenos internos y los procesos de la conciencia, debe ser sustituida por otra diferenciación: por una parte, la diferenciación de la realidad objetiva y sus formas idealizadas, transformadas (*ferwandelte Formen*), por la otra, la actividad del sujeto, que incluye tanto los procesos externos como los internos. Y esto significa que desaparece la división de la actividad en dos partes o aspectos que supuestamente pertenecen a dos esferas totalmente distintas. Esto plantea a su vez un nuevo problema: el de investigar la correlación concreta y los nexos entre las diversas formas de la actividad del hombre.

⁴⁴ L. S. Vigotski, *Obras psicológicas escogidas*. Moscú, 1956, pág. 54.

Es éste un problema que ya estaba planteado en el pasado. No obstante, es en nuestra época cuando adquiere un sentido bien concreto. Hoy se opera ante nuestros ojos un entrelazamiento y una aproximación cada vez más estrecha de la actividad externa y la interna: el trabajo físico, ejecutor de la transformación práctica de los objetos materiales, se “intelectualiza” cada vez más, abarcando el cumplimiento de las más complejas acciones mentales; al mismo tiempo, el trabajo del investigador moderno –que es una actividad específicamente cognoscitiva, intelectual *par excellence*– se colma cada vez más de procesos que, por su forma, son acciones externas. Esta unificación de procesos de la actividad, distintos por su forma, ya no puede ser interpretada como un resultado exclusivo de aquellas transiciones que se describen con el término interiorización de la actividad exterior. Supone necesariamente la existencia de transiciones que se operan constantemente también en dirección opuesta, de la actividad interna a la exterior.

En condiciones sociales que aseguran un desarrollo universal de los hombres, la actividad mental no está aislada de la actividad práctica. Su pensamiento pasa a ser un momento en la vida total de los individuos que se reproduce según sea necesario.⁴⁵

Adelantándonos un poco, diremos que las transiciones recíprocas a las que nos referimos conforman el más importante movimiento de la actividad objetiva del hombre en su desarrollo histórico y ontogenético. Estas transiciones son posibles porque *la actividad exterior y la interna tienen una misma estructura común*. En mi opinión, el descubrimiento de que esa estructura es común a ambas constituye uno de los más importantes descubrimientos de la moderna ciencia psicológica.

Por consiguiente, la actividad que es interna por su forma y que deriva de la actividad práctica externa, no difiere de ésta ni se superpone a ella, sino que conserva un nexo de principio y además bilateral con ella.

⁴⁵ Véase K. Marx y F. Engels, *La Ideología Alemana*.

5. Estructura general de la actividad

La comunidad de la macroestructura de la actividad externa, práctica, y de la actividad interna, teórica, permite conducir su análisis apartándose inicialmente de las formas en que ambas trascurren.

Como ya hemos dicho, la idea de analizar la actividad como método de la psicología científica del hombre, aparece ya en los primeros trabajos de L. S. Vigotski. Fueron introducidos los conceptos instrumento, operaciones instrumentales, el concepto de finalidad, y más tarde, también el de motivo (“esfera motivacional de la conciencia”). No obstante, habrían de pasar años hasta que se logró describir, en una primera aproximación, la estructura general de la actividad humana y de la conciencia individual.⁴⁶ Hoy, después de un cuarto de siglo, esta primera descripción nos parece en muchos aspectos insatisfactoria, en extremo abstracta. Pero es gracias a su carácter abstracto que puede ser tomada como punto de partida, inicial para la investigación posterior.

Hasta ahora se hablaba de la “actividad” con un significado general y colectivo del concepto. Pero en rigor, nos ocupamos siempre de actividades *particulares*, cada una de las cuales responde a determinada necesidad del sujeto, tiende hacia el objeto de esa necesidad, desaparece cuando esa necesidad es satisfecha y vuelve a reproducirse, tal vez ya en condiciones totalmente distintas y modificadas.

Los tipos concretos de actividad pueden diferenciarse entre sí por un indicio cualquiera: por su forma, por los modos en que se realiza, por su tensión emocional, por su característica temporal y espacial, por sus mecanismos fisiológicos, etc. Empero lo esencial, lo que distingue una actividad de otra, es la diferencia de sus objetos, ya que es el objeto de la actividad el que le confiere determinada orientación. De acuerdo con la terminología que he propuesto, el objeto *de la actividad* es su verdadero motivo.⁴⁷ Se sobrentiende que éste puede ser tanto material como ideal, tanto dado en la percepción como existente sólo en la imaginación, en el pensamiento. Lo fundamental es que detrás del motivo está siempre la necesidad, que aquél responde siempre a una u otra necesidad.

⁴⁶ Véase A. N. Leóntiev, *Ensayo sobre el desarrollo de la psiquis*. Moscú, 1947

⁴⁷ Una interpretación tan limitada del motivo que lo considera como el objeto (material o ideal) que impulsa y orienta hacia sí la actividad, difiere de la interpretación generalmente admitida; pero no es éste el lugar para polemizar sobre este problema.

Por consiguiente, *el concepto de actividad está necesariamente unido al concepto de motivo*. No hay actividad sin motivo; la actividad “no motivada” no es una actividad carente de motivo, sino una actividad con un motivo subjetiva y objetivamente oculto.

Los “componentes” principales de algunas actividades de los hombres son las *acciones* que ellos realizan. Denominamos *acción* al proceso subordinado a la *representación* que se tiene del resultado que debe lograrse, es decir, al *proceso subordinado a un fin conciente*. Del mismo modo que el concepto de *motivo* se correlaciona con el concepto de *actividad*, el concepto de *fin* se correlaciona con el concepto de *acción*.

El surgimiento en la actividad de procesos orientados hacia un fin, o sea acciones, fue históricamente una consecuencia del paso a la vida del hombre dentro de la sociedad. La actividad de los partícipes de un trabajo colectivo es estimulada por su producto, el que inicialmente responde de manera directa a las necesidades de cada uno de ellos. Sin embargo, hasta el desarrollo de la más simple división técnica del trabajo lleva necesariamente a delimitar los resultados en cierto modo intermedios, parciales, que logran algunos partícipes de la actividad laboral colectiva, pero que *por sí solos* no pueden satisfacer las necesidades de aquéllos. Estas necesidades no son satisfechas por los resultados “intermedios”, sino por la parte del producto de su actividad conjunta que cada uno de ellos obtiene en virtud de las relaciones que los unen y que surgen en el proceso del trabajo, es decir, de relaciones *sociales*.

Es fácil comprender que ese resultado “intermedio” al que se subordinan los procesos laborales del hombre, debe estar delimitado para él también subjetivamente, o sea, en forma de representación.

Esta es la delimitación del fin que, según expresión de Marx “determina, como una ley, su modo de acción...”

La delimitación de los fines y la formación de las acciones subordinadas a ellos conduce a que se opere algo así como una desintegración de las funciones que anteriormente estaban fusionadas en el motivo. Es cierto que la función del impulso se conserva plenamente en el motivo. Otra cosa es la función de la orientación: las acciones que ejecuta la actividad son impulsadas por su motivo, pero están orientadas hacia un fin. Supongamos que lo que impulsa la actividad de un hombre es el alimento; éste es su motivo. No obstante, para satisfacer las necesidades de la alimentación, el hombre debe ejecutar acciones que no están orientadas *directamente*

hacia la obtención del alimento. Por ejemplo, la finalidad de un hombre es fabricar implementos de pesca; ¿utilizará él mismo posteriormente el implemento que ha fabricado o lo entregará a otras personas y recibirá parte de la pesca?; en ambos casos lo que impulsó su actividad, y aquello hacia lo cual estuvieron orientadas sus acciones, no coinciden entre sí; la coincidencia constituye un caso especial, particular, un resultado de un proceso peculiar al que nos referiremos más adelante.

La delimitación de acciones orientadas hacia un fin como componentes del contenido de actividades concretas plantea, como es natural, el problema de las relaciones internas que las vinculan. Como ya hemos dicho, la actividad no es un proceso de adición. Por consiguiente, las acciones no son “unidades” peculiares que se incluyen en la composición de la actividad. La actividad humana no existe más que en forma de acción o cadena de acciones. Por ejemplo, la actividad laboral existe en las acciones laborales, la actividad del estudio en las acciones del estudio, la actividad de la comunicación en las acciones (actos) de la comunicación, etc. Si restamos mentalmente a la actividad las acciones que la ejecutan, nada quedará de esa actividad. Podemos expresar esto de otro modo: cuando ante nosotros se desenvuelve un proceso concreto –interno o exterior–, desde el ángulo de su relación con el motivo aparece como actividad del hombre, en tanto que como subordinado a un fin, aparece como acción o como conjunto o cadena de acciones.

A la vez, la actividad y la acción constituyen realidades auténticas y, además, no coincidentes entre sí. Una misma acción puede concretar diversas actividades, puede pasar de una actividad a otra, revelando de este modo su relativa independencia. Volvamos a tomar un ejemplo común: supongamos que me planteo una finalidad, es decir, llegar al punto X, y así lo hago. Se comprende que esta acción puede tener motivos totalmente diversos, es decir, realizar actividades completamente distintas. También es evidente lo contrario, es decir, que uno y el mismo motivo pueden concretarse en distintos fines y, correspondientemente, engendrar diferentes acciones.

En relación con la delimitación del concepto de acción como la más importante “efectora” de la actividad humana (de un momento suyo) debe tenerse presente que una actividad que se desenvuelve en alguna medida, presupone el logro de *una serie* de fines concretos, entre los cuales algunos están ligados entre sí por una rigurosa continuidad. Dicho de otro modo, por lo general la actividad se realiza mediante un conjunto de

acciones que están subordinadas a *finés parciales* que pueden ser deslindados del fin general; además, un caso típico en los peldaños más elevados del desarrollo, es que el papel del fin general lo cumple un motivo del que se ha tomado conciencia, y que gracias a que se tiene conciencia de él se ha convertido en *motivo-fin*.

Uno de los problemas que aquí surgen es el de la formación del fin. Es éste un problema psicológico de magnitud. Lo que sucede es que del motivo de la actividad depende sólo la zona de fines objetivamente adecuados. En cambio, la delimitación subjetiva del fin (es decir, la comprensión del resultado inmediato, cuyo logro realiza esa actividad que puede satisfacer la necesidad objetivada en su motivo) es un proceso especial que casi no ha sido estudiado. En el laboratorio o en un experimento pedagógico siempre planteamos al investigado un fin, que podríamos llamar “elaborado”; por eso el proceso de formación del fin por lo general escapa al investigador. Probablemente sólo en los experimentos similares por su método a los muy conocidos de F. Hoppe, este proceso se manifiesta, aunque en forma unilateral, pero con bastante nitidez, por lo menos en su aspecto cuantitativo-dinámico. Distinto es lo que sucede en la vida real, donde la formación del fin aparece como momento principal del movimiento de una u otra actividad del sujeto. En éste sentido comparemos el desarrollo de la actividad científica de Darwin y Pasteur, por ejemplo. Esta comparación es aleccionadora no sólo desde el punto de vista de que existen enormes diferencias en cómo se opera subjetivamente la delimitación de los fines, sino también desde el ángulo de la riqueza de contenido psicológico del proceso de esa delimitación.

Ante todo, en ambos casos se ve con mucha claridad que los fines no se inventan, que el sujeto no los plantea arbitrariamente.

Se dan en condiciones objetivas. Al mismo tiempo, la delimitación y toma de conciencia de los fines no es en modo alguno un acto que se produce automática e instantáneamente, sino un proceso bastante prolongado de *aprobación de los fines por la acción* y de su rellenado objetivo, si puede decirse así. “El individuo, –observa justamente Hegel–, no puede determinar el *fin* de su accionar hasta que no ha actuado...”⁴⁸

Otro importante aspecto del proceso de formación del fin consiste en concretarlo y delimitar las condiciones para lograrlo. Pero éste es un aspecto que merece una consideración especial.

⁴⁸ Hegel, *Obras*. Moscú, 1959, t. IV, págs. 212-213.

Cualquier fin –incluso el de “llegar al punto X”– existe objetivamente en una situación objetiva. Es cierto que para la conciencia del sujeto el fin puede aparecer abstraído de esta situación, pero su *acción* no puede ser abstraída de ella. Por eso, además de su aspecto intencional (*qué* debe ser logrado), la acción tiene también su aspecto operacional (*cómo*, por qué medio puede ser logrado) el que es definido no por el fin en sí mismo, sino por las condiciones objetivo-materiales que se requieren para lograrlo. En otras palabras, la acción *que se está ejecutando* responde a una tarea; la tarea es precisamente un fin que se da en determinadas condiciones. Por eso la acción tiene una calidad especial, su “efector” especial, más precisamente, los medios con los cuales se ejecuta. Denomino *operaciones* a los medios con los cuales se ejecuta la acción.

Con frecuencia no se diferencian los términos “acción” y “operación”. Empero, en el contexto del análisis psicológico de la actividad es imprescindible diferenciarlos con exactitud. Como ya hemos dicho, las acciones están correlacionadas con los fines, las operaciones con las condiciones. Supongamos que el fin sigue siendo el mismo, en cambio las condiciones en las cuales se da, se modifican; en ese caso se modifica única y precisamente la composición operacional de la acción.

La no coincidencia de las acciones y las operaciones aparece de manera particularmente evidente en las acciones instrumentales, porque el instrumento es el objeto material donde cristalizan los procedimientos, las operaciones, y no la acción ni los fines. Por ejemplo, se puede dividir físicamente un objeto material por medio de diferentes instrumentos, cada uno de los cuales establece el procedimiento para cumplir determinada acción. En algunas condiciones será más adecuada la operación de cortar, por ejemplo, en tanto que en otras convendrá aserrar; en este caso se supone que el hombre sabe manejar los instrumentos que corresponden, o sea, el cuchillo, el serrucho, etc. Lo mismo sucede en circunstancias más complejas. Supongamos que a una persona se le plantea el fin de representar gráficamente algunas dependencias que ha encontrado. Para hacerlo debe aplicar uno u otro procedimiento a fin de trazar los gráficos, o sea, ejecutar determinadas operaciones, y para ello debe saber efectuarlas. En este caso no importa cómo, en qué condiciones ni sobre qué material aprendió a hacer esas operaciones; lo esencial es otra cosa: que la elaboración de las operaciones transcurre de modo totalmente distinto a la formación del fin, es decir, a la génesis de las acciones.

Las acciones y operaciones tienen distinto origen, distinta dinámica y distinto destino. La génesis de la acción reside en las relaciones del intercambio de actividades; en cambio toda operación es el resultado de la metamorfosis de la acción que ocurre porque se incluye en otra acción y sobreviene su “tecnificación”. Puede servir como el ejemplo más simple de este proceso la formación de operaciones cuya ejecución se requiere para conducir un automóvil. En un principio cada operación (el cambio de velocidades, por ejemplo) se forma como una acción subordinada a ese fin y que tienen una “base orientadora” conciente (P. I. Galperin). Posteriormente esta acción se incluye en otra que tiene una compleja composición operacional; en la acción de cambiar el régimen de movimiento del automóvil. Entonces, el cambio de velocidades se convierte en uno de los procedimientos para ello, es decir, en la operación que lo ejecuta, y deja de realizarse como proceso especial orientado hacia un fin: su fin no se delimita. Para la conciencia del conductor en condiciones normales parece casi no existir el cambio de velocidades, se ocupa de otras situaciones: hace arrancar el coche, acelera bruscamente, lo hace correr, lo detiene en el lugar necesario, etc. Como es sabido, la verdad es que esta operación puede ser excluida de la actividad del conductor y ser ejecutada por un autómatas. El destino de las operaciones en general es el de convertirse tarde o temprano en función de una máquina.⁴⁹

Sin embargo, la operación no es con respecto a la acción algo “separado”, como no lo es la acción con respecto a la actividad.

Incluso en caso de que la operación la ejecute una máquina, ésta realiza, de todos modos, las acciones del *sujeto*. En el hombre que resuelve la tarea utilizando un equipo de computación, la acción no se interrumpe en ese eslabón extracerebral: del mismo modo que en otros de sus eslabones, esa acción encuentra su realización en éste. Únicamente una máquina “enloquecida” que escapa al control del hombre puede cumplir operaciones que no concreten ninguna acción del sujeto orientada hacia un fin.

Por consiguiente, en el torrente general de la actividad que configura la vida humana en sus manifestaciones superiores, mediatizadas por el reflejo psíquico, el análisis delimita, primero, algunas actividades (especiales), según el criterio de los motivos que las impulsan. Luego se delimitan las acciones o procesos que obedecen a fines concientes. Por

⁴⁹ Véase A. N. Leóntiev, “La automatización y el hombre”. *Investigaciones psicológicas*. Moscú, 1970, fase. 2.

último, están las operaciones que dependen directamente de las condiciones requeridas para el logro del fin concreto.

Estas “unidades” de la actividad humana son las que forman su macroestructura. La particularidad del análisis que conduce a su delimitación consiste en que utiliza, no la disociación de la actividad viva en elementos, sino que descubre las relaciones internas que la caracterizan, relaciones en las que están implícitas las transformaciones que surgen en el curso de desarrollo de la actividad, en su movimiento. Los objetos de por sí pueden adquirir la cualidad de impulsos, fines e instrumentos solamente dentro del sistema de la actividad humana; desgajados de los vínculos de este sistema pierden su existencia como impulsos, como fines, como instrumentos. El instrumento, por ejemplo, tomado al margen del vínculo con el fin, llega a ser tan abstracto como la operación tomada al margen del vínculo con la acción que ella ejecuta.

Para investigar la actividad lo que se requiere es analizar sus vínculos *sistémicos* internos. De otro modo no estamos en condiciones de resolver ni siquiera las tareas más simples, como por ejemplo, juzgar si en un caso dado estamos ante una acción o una operación. Además, la actividad es un proceso caracterizado por transformaciones que se producen constantemente. La actividad puede perder el motivo que la ha suscitado, y entonces se convierte en una acción que tal vez concreta una relación totalmente diferente con el mundo, otra actividad; la acción, por el contrario, puede adquirir una fuerza impulsora propia y llegar a ser una actividad particular; por último, la acción puede transformarse en un medio para alcanzar un fin, en una operación capaz de efectuar diversas acciones.

Por otra parte, la movilidad de algunos sistemas “efectores” de actividad se expresa en que cada uno puede llegar a ser más fragmentado o, a la inversa, incluir unidades antes relativamente independientes. De este modo, mientras se trata de alcanzar el objetivo general ya delimitado puede producirse la delimitación de los fines intermedios, como resultado de lo cual la acción integral se divide en una serie de acciones sucesivas; esto es particularmente característico cuando la acción transcurre en condiciones que dificultan su cumplimiento por medio de operaciones ya conformadas. El proceso opuesto consiste en ampliar las unidades delimitables de la actividad. Es el caso en que los resultados intermedios, logrados objetivamente, se fusionan entre sí y el sujeto deja de tomar conciencia de ellos.

De acuerdo con lo que antecede se opera la división o, por el contrario, la ampliación también de las “unidades” de las imágenes psíquicas: el texto que copia la inexperta mano de un niño se divide en su percepción en letras separadas y hasta en sus elementos gráficos; luego, en este proceso llegan a ser unidades de percepción para él las palabras enteras e incluso las oraciones.

A simple vista –tanto con una observación externa como introspectivamente– no aparece con mucha nitidez el proceso de división o ampliación de las unidades de la actividad y del reflejo psíquico. Sólo se lo puede investigar recurriendo a un análisis especial y a índices objetivos. Entre tales índices se cuenta, por ejemplo, el denominado nistagmo optocinético, las modificaciones de cuyos ciclos permiten –como lo han mostrado las investigaciones– establecer, al ejecutar las acciones gráficas, el volumen de las “unidades” motrices que entran en su composición. Por ejemplo, la escritura de palabras en un idioma extranjero se separan en muchas más unidades fragmentadas, que la escritura de palabras comunes en el idioma natal. Se puede decir que este desmembramiento, que aparece visiblemente en los oculogramas, corresponde a la desintegración de la acción en las operaciones que la componen y que evidentemente son las más simples y primarias.⁵⁰

Tiene primordial importancia delimitar en la actividad las “unidades” que la efectúan para resolver varios problemas capitales. Ya me he referido a uno de ellos: el de la unidad de los procesos de actividad que por su forma son externos e internos. El principio o ley de esta unidad consiste en que siempre se produce siguiendo exactamente las “junturas” de la estructura que hemos descrito.

Hay algunas actividades en las cuales todos los eslabones son esencialmente internos; de este tipo puede ser, por ejemplo, la actividad cognoscitiva. Es más frecuente el caso en que la actividad interna que responde a un motivo cognoscitivo se efectúa mediante procesos que, en lo esencial, son externos por su forma; de este tipo pueden ser las acciones exteriores o bien las operaciones motrices externas, pero jamás sus elementos separados. Lo mismo se refiere a la actividad externa: algunas de las acciones y operaciones que efectúan la actividad externa

⁵⁰ Véase I. D. Hippeneiter, G. L. Pile, “El nistagmo optocinético de fijación como índice de la participación de la vista en los movimientos”. En la recopilación *Investigación de la actividad visual del hombre*. Moscú, 1973; I. B. Hippenreiter, V. I. Románov, I. S. Samsónov, “El método para delimitar las unidades de la actividad”. En la recopilación *Percepción y actividad*. Moscú, 1975.

pueden tener la forma de procesos internos, mentales, pero de nuevo *precisamente* y *sólo* como acciones o como operaciones, es decir, en su integridad, en su indivisibilidad. El fundamento de tal estado de cosas, que es sobre todo fáctico, reside en la propia naturaleza de los procesos de interiorización y exteriorización, porque, en general, no es posible transformación alguna de los “trozos” separados de la actividad. Esto significaría no una transformación de la actividad, sino su destrucción.

Delimitar las acciones y operaciones dentro de la actividad no agota su análisis. Tras la actividad y las imágenes psíquicas que la regulan se inicia el enorme trabajo fisiológico del cerebro. Esta tesis en sí misma no necesita ser demostrada. El problema es otro: encontrar las verdaderas relaciones que vinculan entre sí la actividad del sujeto, mediatizada por el reflejo psíquico, y los procesos fisiológicos cerebrales.

La correlación de lo psíquico y lo fisiológico es analizada en muchos trabajos psicológicos. En relación con el estudio de la actividad nerviosa superior, ha sido teóricamente explicada en detalle por S. L. Rubinstein, quien desarrolló la idea de que lo fisiológico y lo psíquico son una y la misma actividad, es decir, la actividad refleja reflectora, pero examinada en diversas relaciones, y que su investigación psicológica es la continuación lógica de su investigación fisiológica.⁵¹ Empero, el análisis de estas proposiciones, al igual que el de proposiciones planteadas por otros autores, nos hace salir del plano de análisis que nos hemos trazado. Por eso, al reproducir algunas de las proposiciones formuladas por ellos, me limitaré aquí al lugar que ocupan las funciones fisiológicas en la estructura de la actividad objetivada del hombre.

Quiero recordar que la anterior psicología, subjetivo-empírica, se limitaba a afirmar la existencia del paralelismo de los fenómenos psíquicos y fisiológicos. Es sobre esta base cómo surgió la extraña teoría de las “sombras psíquicas” que, en el fondo, en cualquiera de sus variantes, significaba renunciar a la solución de los problemas. Esto se refiere también, con algunas salvedades, a los intentos teóricos posteriores de describir el nexo de lo psicológico y lo fisiológico, basándose en la idea de su morfología y en la interpretación de las estructuras psíquicas y fisiológicas por medio de modelos lógicos.⁵²

⁵¹ Véase S. L. Rubinstein, *El ser y la conciencia*. Ed. cit., págs. 239-240.

⁵² Véase, por ejemplo, J. Piaget, “El carácter de las explicaciones en psicología y el paralelismo psicofisiológico”. *Psicología experimental*, bajo la dirección de P. Freiss y J. Piaget, fases. I y II. Moscú, 1966

Otra alternativa consiste en renunciar a la comparación directa de lo psíquico y lo fisiológico, y continuar el análisis de la actividad haciéndolo extensivo al nivel fisiológico. Sin embargo, para ello es necesario superar la rutinaria contraposición de la psicología y la fisiología, como abarcadoras de distintos “objetos”.

Aunque las funciones y mecanismos cerebrales son tema indiscutible de la fisiología, de ello no se deduce en absoluto que esas funciones y mecanismos estén totalmente al margen de la investigación psicológica, que “hay que dar al César lo que es del César”.

Aunque salva del reduccionismo fisiológico, esta cómoda fórmula induce a cometer el mayor de los pecados: el de aislar lo psíquico del trabajo del cerebro. Las verdaderas relaciones que unen la psicología y la fisiología se parecen más a las relaciones de la fisiología y la bioquímica: el progreso de la fisiología lleva *necesariamente* a ahondar en el análisis fisiológico hasta el nivel de los procesos bioquímicos; por otra parte, sólo el desarrollo de la fisiología (en un sentido más amplio, de la biología) engendra esa problemática especial que constituye el ámbito específico de la bioquímica.

Continuando esta analogía –completamente convencional por cierto–, podemos decir que también la problemática psicofisiológica (fisiológica superior) es engendrada por el desarrollo de los conocimientos psicológicos; que hasta un concepto tan fundamental para la fisiología como el de reflejo condicionado, nació en experiencias “psíquicas”, como las denominara al comienzo I. P. Pavlov. Como es sabido, posteriormente Pavlov se pronunció en el sentido de que la psicología, en su etapa de aproximación, aclara

“las construcciones generales de las formaciones psíquicas, en tanto que la fisiología, en la misma etapa, tiende a hacer avanzar más la tarea, es decir aprehenderlas como una interacción singular de los fenómenos fisiológicos”.⁵³

De este modo, la investigación se encamina, no de la fisiología a la psicología, sino de ésta a aquélla, como escribió Pavlov:

“Ante todo, es importante comprender psicológicamente, y luego traducir al lenguaje fisiológico”.⁵⁴

⁵³ I. P. Pávlov, *Miércoles pavlovianos*. Moscú, 1934, t. I, págs. 249-250.

⁵⁴ I. P. Pávlov, *Miércoles clínicos pavlovianos*. Moscú-Leningrado, 1954, pág. 275.

El hecho más importante es que el paso del análisis de la actividad al análisis de sus mecanismos psicofisiológicos responde a transiciones *reales* entre ellos. Hoy ya no podemos encarar los mecanismos cerebrales (psicofisiológicos) de otro modo que como un producto del desarrollo de la propia actividad objetivada. Sin embargo, es preciso tener presente que estos mecanismos se forman en la filogénesis y en el desarrollo ontogenético (sobre todo funcional) de modo distinto y, consiguientemente, no actúan en la misma forma.

Los mecanismos filogenéticamente formados constituyen premisas completas de la actividad y del reflejo psíquico. Por ejemplo, los procesos de la percepción visual están en cierto modo registrados en las particularidades de la estructura del sistema visual del hombre, pero sólo en forma virtual, como posibilidad de éstas. Sin embargo, con esto la investigación psicológica de la percepción no queda eximida de profundizar en esas particularidades. Lo que sucede es que no podemos decir nada en general sobre la percepción sin apelar a esas particularidades. Otro problema es el de si convertimos en tema *independiente* de estudio esas particularidades morfofisiológicas o investigamos su funcionamiento dentro de la estructura de las acciones y operaciones. La diferencia de estos enfoques se pone de manifiesto en cuanto comparamos los datos de la investigación, digamos, de la duración de las posimágenes visuales y los datos de la investigación de la integración posexposicional de los elementos visuales sensoriales al resolver diversas tareas perceptivas.

La situación es un tanto diferente cuando la formación de los mecanismos cerebrales transcurre en las condiciones del desarrollo funcional. En estas condiciones dichos mecanismos aparecen como “órganos fisiológicos móviles” (A. A. Ujtomski), como nuevos “sistemas funcionales” (P. K. Anojin) que se van conformando ante nuestros ojos, por así decirlo.

En el hombre la formación de sus sistemas funcionales específicos transcurre como resultado de su dominio de los instrumentos (medios) y operaciones. Estos sistemas no son otra cosa que operaciones motrices-externas y mentales –lógicas, por ejemplo– que se han depositado y estabilizado en el cerebro. Pero esto no es un simple “calco” de ellas, sino más bien su parábola fisiológica. Para que esa parábola sea entendida, ya hay que utilizar otro lenguaje, otras unidades. Esas unidades son las funciones cerebrales, el conjunto de ellas, es decir, los sistemas funcionales-fisiológicos.

Al incluir en la investigación de la actividad el nivel de las funciones cerebrales (psicofisiológicas) se puede abarcar realidades muy importantes, con cuyo estudio comenzó, en verdad, el desarrollo de la psicología experimental. Es cierto que los primeros trabajos que se dedicaron, como se decía en ese entonces, a las “funciones psíquicas” (la sensorial, la mnésica, la selectiva, la tónica), a pesar de la significación del aporte concreto que dieron, resultaron teóricamente estériles. Pero esto sucedió porque esas funciones eran investigadas haciendo abstracción de la actividad objetivada del sujeto que ellas realizaban, es decir, como manifestación de algunas capacidades: las del alma o del cerebro. La esencia de la cuestión reside en que en los dos casos fueron consideradas no como generadas por la actividad, sino como generadoras de ésta.

Por otra parte, muy pronto se reveló que la expresión concreta de las funciones psicofisiológicas se modifica en dependencia del contenido de la actividad del sujeto. Empero, la tarea científica no consiste en constatar esa dependencia (lo que ha sido hecho hace tiempo en innúmeros trabajos de psicólogos y fisiólogos), sino en investigar las transformaciones de la actividad que conducen a reestructurar el conjunto de las funciones psicofisiológicas cerebrales.

La importancia de las investigaciones psicofisiológicas radica en que permiten descubrir las condiciones y la continuidad en la formación de los procesos de la actividad, los cuales requieren para su concreción que se reestructuren o formen nuevos conjuntos de funciones psicofisiológicas, nuevos sistemas funcionales cerebrales. El ejemplo más sencillo es aquí la formación y refuerzo de las operaciones. Es verdad que el surgimiento de una u otra operación está determinado por las condiciones, medios y procedimientos presentes de la acción que se van conformando o van siendo asimilados desde afuera; sin embargo, la soldadura de los eslabones elementales que constituyen el conjunto de las operaciones, su “compresión” y trasmisión a niveles neurológicos ubicados subcorticalmente, está regido por leyes fisiológicas que, por supuesto, la psicología no puede desconocer. Incluso al enseñar los hábitos motores externos o los mentales, nos apoyamos siempre intuitivamente en nociones empíricas sobre las funciones mnésicas del cerebro (“la repetición es la madre del aprendizaje”) y sólo nos parece que un cerebro normal es psicológicamente mudo.

Es distinto cuando la investigación requiere una calificación exacta de los procesos de la actividad que se estudian, sobre todo de una actividad que transcurre en condiciones de escaso tiempo, elevadas exigencias de precisión, selectividad, etc. En este caso la investigación psicológica de la actividad incluye inevitablemente, a modo de tarea especial, su análisis a nivel psicofisiológico.

Quizá sea en la psicología aplicada a la ingeniería donde se plantea más agudamente la tarea de dividir la actividad en sus elementos, determinar sus características temporales y la capacidad de admisión de algunos aparatos de recepción y de “salida”. Se introdujo el concepto de operaciones elementales, pero en un sentido radicalmente distinto, no psicológico, sino, digamos, lógico-técnico, concepto impuesto por la necesidad de extender el método de análisis de los procesos maquinizados a los procesos del hombre que participa en el trabajo de las máquinas. Sin embargo, este tipo de fragmentación de la actividad con vistas a describirla formalmente y aplicar medidas teórico-informacionales, tropezó con el hecho de que, como resultado, los principales efectores de la actividad, sus determinadores principales, escapaban totalmente del campo visual de la investigación y la actividad parecía deshumanizarse. Al mismo tiempo, no se podía renunciar a un tipo de estudio de la actividad que trascendiera los marcos del análisis de su estructura general. Se produjo así una suerte de controversia: por una parte, el hecho de que la base para delimitar las “unidades” de la actividad es la diferencia de sus vínculos con el mundo –en las relaciones sociales con el cual participa el individuo con aquello que impulsa la actividad, con sus fines y condiciones objetivas– y pone fin al posterior desmembramiento de esas unidades dentro de los marcos de este sistema de análisis; por otra parte, se planteó con insistencia el estudio de los procesos intracerebrales, lo que demandó seguir fragmentando esas unidades.

En relación con ello, en los últimos años se lanzó la idea del análisis “microestructural” de la actividad, tarea que consiste en unificar el enfoque genético (psicológico) y el cuantitativo (informacional) de la actividad.⁵⁵ Fue necesario introducir el concepto de “bloques funcionales”, de los vínculos directos e inversos entre ellos, que forman la estructura de los procesos que realizan fisiológicamente la actividad. En este sentido se presupone que esta estructura corresponde en conjunto a la macroestructura de la

⁵⁵ Véase V. P. Zínchenko, “Sobre el método microestructural de investigación de la actividad cognoscitiva”. Trabajos del ISICET, fase. 3, Moscú, 1972.

actividad, y que la delimitación de algunos “bloques funcionales” permitirá profundizar el análisis, continuándolo en unidades más fraccionadas. Sin embargo, aquí se nos plantea una compleja tarea teórica: comprender las relaciones que vinculan entre sí las estructuras intracerebrales y las estructuras de la actividad que ellas realizan. El posterior desarrollo del microanálisis de la actividad plantea imperativamente esta tarea, ya que el propio procedimiento de la investigación, por ejemplo, de los vínculos inversos de los elementos estimulados de la retina y de las estructuras cerebrales responsables de la construcción de las imágenes visuales primarias, se apoya en el registro de fenómenos que surgen sólo gracias a la posterior reelaboración de esas imágenes primarias en hipotéticos “bloques semánticos”, cuya función está definida por el sistema de relaciones que por su propia naturaleza son extracerebrales y, por lo tanto, no fisiológicas.

Por el carácter de sus mediatizaciones, las transiciones a que nos referimos son comparables con las que vinculan la técnica de la producción y la propia producción. Es claro que la producción se realiza por medio de instrumentos y máquinas, y en este sentido es una consecuencia del funcionamiento de éstos; empero los instrumentos y las máquinas son creados por la producción, la que es una categoría ya no técnica, sino socioeconómica.

Me he permitido formular esta comparación con el único objeto de destacar la idea de que el análisis de la actividad a nivel psico-fisiológico, aunque da la posibilidad de utilizar adecuadamente sutiles indicadores, el lenguaje de la cibernética y medidas teórico-informacionales, al mismo tiempo hace abstracción inevitablemente de su determinación como sistema que es engendrado por relaciones vitales. Para simplificar, la actividad objetivada, al igual que las imágenes psíquicas, no la produce el cerebro, sino que es una función de éste, consistente en la concreción de esas imágenes por medio de los órganos del sujeto corporal.

Como ya hemos dicho, el análisis de la estructura de los procesos intercerebrales, de sus bloques o constelaciones, constituye el siguiente desmembramiento de la actividad, de sus aspectos. Tal desmembramiento no sólo es posible, sino que suele ser necesario. Lo que hay que tener presente es que traslada la investigación de la actividad a un nivel especial: el del estudio de las transiciones de las unidades de la actividad (acciones, operaciones) a las unidades de los procesos cerebrales que ellas realizan. Quiero destacar en especial que se trata precisamente de

estudiar las transiciones. Es esto lo que diferencia el denominado análisis microestructural de la actividad objetivada y el estudio de la actividad nerviosa superior en los conceptos de los procesos fisiológicos cerebrales y de sus mecanismos neuronales, cuyos datos sólo pueden compararse con los correspondientes fenómenos psicológicos.

Por otra parte, la investigación de los procesos intercerebrales que efectúan la actividad conduce a la demistificación del concepto de “funciones psíquicas” en su significación antigua, clásica, como un haz de capacidades. Resulta evidente que éstas son manifestaciones de propiedades fisiológicas funcionales generales (psicofisiológicas) que de ordinario no existen por separado. Por ejemplo, es imposible imaginarse la función mnésica como desvinculada de la función sensorial, y viceversa. En otras palabras, sólo los sistemas fisiológicos de las funciones ejecutan operaciones perceptivas, mnésicas, motrices y otras. Pero, insisto, las operaciones no pueden ser reducidas a estos sistemas fisiológicos. Están siempre subordinadas a relaciones objetivo-materiales, es decir, a relaciones extracerebrales.

Una vía muy importante –que ya fuera esbozada por L. S. Vigotski– para penetrar en la estructura de la actividad desde el ángulo del cerebro, es la que toman la neuropsicología y la psicopatología. Su significación psicológica general consiste en que permiten ver la actividad en su disociación, que depende de la desconexión de algunos sectores del cerebro o del carácter de las alteraciones más comunes de su función que se manifiestan en las enfermedades mentales.

Me detengo sólo en algunos datos recogidos en la neuropsicología. A diferencia de las ingenuas representaciones psicomorfológicas –de acuerdo con las cuales los procesos psicológicos externos están unívocamente vinculados con el funcionamiento de algunos centros cerebrales (del habla, la escritura, el pensamiento conceptual, etc.)–, las investigaciones neuropsicológicas demostraron que estos complejos procesos, que se van conformando durante la vida y son de origen socio-histórico, tienen una localización dinámica y sistémica. Como resultado del análisis comparativo de un vasto material recogido en experimentos con enfermos con distinta localización de lesiones focales del cerebro se pone al descubierto justamente el cuadro de cómo se van “asentando” en su morfología los diversos “componentes” de la actividad humana.⁵⁶

⁵⁶ Véase A. R. Luria, *Funciones corticales superiores del hombre*. Moscú, 1969; L. S. Tsvetkova, *Enseñanza restauradora en lesiones locales del cerebro*. Moscú, 1972.

De este modo la neuropsicología permite, desde su ángulo –es decir, desde el ángulo de las estructuras cerebrales– penetrar en los “mecanismos efectores” de la actividad.

La inactividad de algunas zonas del cerebro, que conduce a la alteración de unos u otros procesos, descubre también otra posibilidad: investigar en estas condiciones totalmente excepcionales, su desarrollo funcional, que aparece aquí como restablecimiento de dichas zonas. Esto se refiere del modo más directo al restablecimiento de las acciones externas y mentales, cuyo cumplimiento se había vuelto inaccesible al enfermo debido a que la lesión focal excluyó uno de los eslabones de una u otra de las operaciones que realizaban. Para eludir el defecto previa y minuciosamente calificado del enfermo, el investigador proyecta un nuevo conjunto de operaciones capaces de cumplir la acción dada, y luego forma activamente en él ese conjunto, en el cual el eslabón lesionado no participa, pero que, en cambio, comprende eslabones que en casos normales son superfluos o incluso faltan. No es necesario hablar de la significación psicológica general que tiene esta corriente de investigaciones; eso es evidente.

Es cierto que en las investigaciones neuropsicológicas, al igual que en las psicofisiológicas, se plantea necesariamente el problema del paso de las relaciones extracerebrales a las intracerebrales. Como ya lo hemos dicho, este problema no puede ser resuelto mediante comparaciones directas. Su solución radica en el análisis del movimiento del sistema de la actividad objetivada en su conjunto, en la cual está incluido también el funcionamiento del sujeto corporal, es decir, de su cerebro, sus órganos de percepción y de movimiento. Las leyes que gobiernan los procesos de su funcionamiento se manifiestan, por supuesto, pero sólo mientras no pasamos a investigar las acciones objetivadas que ellos realizan o las imágenes cuyo análisis es únicamente posible a nivel de la investigación de la actividad del hombre, a nivel psicológico.

La cuestión no cambia tampoco al pasar del nivel de la investigación psicológica al nivel social propiamente dicho: es aquí donde esta transición a leyes nuevas, o sea, sociales, se opera como una transición de la investigación de procesos que son los ejecutores de las relaciones de los individuos, a la investigación de las relaciones en las que se concreta la actividad conjunta de aquéllos en la sociedad, y cuyo desarrollo está regido por leyes históricas objetivas.

De este modo, el análisis *sistémico* de la actividad humana es necesariamente también un análisis por niveles. Es este análisis el que permite superar la oposición de lo fisiológico, lo psicológico y lo social, al igual que la reducción de lo uno a lo otro.

Capítulo IV

ACTIVIDAD Y CONCIENCIA

1. Génesis de la conciencia

La actividad del sujeto –exterior e interna– está mediatizada y regulada por el reflejo psíquico de la realidad. Aquello que para el sujeto aparece en el mundo objetivo como motivos, finalidades y condiciones de su actividad, debe ser percibido, representado, comprendido, retenido y reproducido, de uno u otro modo, en su memoria; esto también se refiere a los procesos de su actividad y a él mismo, es decir, a sus estados, propiedades y características. De tal modo, el análisis de la actividad nos lleva a los temas tradicionales de la psicología. Pero ahora se invierte la lógica de la investigación: el problema de la manifestación de los procesos psíquicos se transforma en el de cómo se originan, cómo son engendrados por los vínculos sociales que el hombre establece en el mundo objetivo.

La realidad psíquica que se nos revela en forma directa es el mundo subjetivo de la conciencia. Debieron trascurrir siglos para que se llegara a desechar la identificación de lo psíquico y lo conciente. Es asombrosa la diversidad de caminos que condujeron a su diferenciación en la filosofía, la psicología y la fisiología: basta mencionar los nombres de Leibniz, Fechner, Freud, Séchenov y Pavlov.

El paso decisivo fue la afirmación de la idea de que el reflejo psíquico tiene diversos niveles. Desde el punto de vista histórico, genético, esto equivalía a reconocer la existencia de un psiquismo preconciente en los animales y la aparición en el hombre de una forma cualitativamente nueva de la psiquis: *la conciencia*. Así surgieron nuevos problemas: a qué necesidad objetiva responde la naciente conciencia, qué la engendra, cuál es su estructura interna.

La conciencia en su carácter inmediato es el cuadro del mundo que se revela al sujeto, en el cual están incluidos él mismo, sus acciones y estados. La presencia en él de este cuadro subjetivo no plantea al hombre cándido, por supuesto, problemas teóricos de ningún tipo; tiene ante sí el mundo, y no el mundo y el cuadro del mundo. En este realismo natural está inserta una verdad auténtica, aunque pueril. Otra cosa es identificar el reflejo psíquico y la conciencia, lo cual no es más que una ilusión de nuestra introspección.

Surge de la aparente amplitud ilimitada de la conciencia. Al preguntarnos a nosotros mismos si tomamos o no conciencia de uno u otro fenómeno, nos estamos *planteando la tarea de tomar conciencia* y, por supuesto, la resolvemos instantáneamente en la práctica. Se logró inventar un procedimiento taquistoscópico para diferenciar experimentalmente el “campo de percepción” y el “campo de la conciencia”.

Por otra parte, son bien conocidos y fácilmente reproducibles, en condiciones de laboratorio, hechos que muestran que el hombre es capaz de realizar procesos adaptativos complejos que son dirigidos por objetos del ambiente, sin darse cuenta en absoluto de la existencia de su imagen; elude obstáculos e incluso manipula cosas como si “no las viera”.

La cuestión difiere si es preciso hacer o modificar el objeto según un modelo o *representar* algún contenido objetivo. Cuando hago un arco de alambre o dibujo, digamos, un pentágono, necesariamente confronto la representación que poseo con las condiciones objetivas, con las etapas de su realización en el producto, y comparo interiormente uno con el otro. Estas confrontaciones exigen que mi representación se presente para mí como si fuese en un mismo plano con el mundo objetivo, sin fusionarse, empero, con él. Esto es particularmente claro en las tareas para cuya solución hace falta llevar a cabo con antelación “en la mente” traslados especiales recíprocos de las imágenes de los objetos relacionables entre sí; así es, por ejemplo, la tarea que plantea dar vuelta mentalmente una figura, inscrita en otra figura.

En el plano histórico, la necesidad de esa “presentación” de la imagen psíquica al sujeto sólo surge durante la transición de la actividad adaptativa de los animales a la actividad productiva, laboral, que es específica del hombre. El producto hacia el que tiende ahora la actividad todavía no existe en forma real. Por eso sólo puede regular la actividad en caso de que esté representado para el sujeto en forma tal que le permita compararlo con el material inicial (objeto de trabajo) y con sus transformaciones intermedias. más aun, la imagen psíquica del producto como finalidad debe existir para el sujeto de tal modo que éste pueda actuar con esa imagen, es decir, transformarla en concordancia con las condiciones existentes. Tales imágenes son precisamente las imágenes concientes, las representaciones concientes, en una palabra, son los fenómenos de la conciencia.

Pero se entiende que la sola necesidad de que surjan en el hombre los fenómenos de la conciencia aún nada dice sobre el proceso que los engendra. Pero, eso sí, plantea con claridad la tarea de investigar este proceso, tarea que no se planteaba en absoluto a la psicología de otros tiempos. Se trata de que en los marcos del tradicional esquema diódico *objeto sujeto*, el fenómeno de la conciencia en el sujeto era aceptado sin aclaración alguna, si no consideramos las explicaciones que admitían la existencia –bajo la tapa de nuestro cráneo– de cierto observador que contemplaba los cuadros que los procesos fisiológicos nerviosos tejen en el cerebro.

Marx fue quien descubrió el método de análisis científico del surgimiento y funcionamiento de la conciencia humana, social e individual. Como consecuencia –así lo subraya uno de los autores modernos– el tema de la investigación de la conciencia se desplazó del individuo subjetivo a los sistemas sociales de la actividad, ya que:

“el método de la observación interior y de la introspección comprensiva, que durante largo tiempo había dominado en forma monopólica las investigaciones de la conciencia comenzó a desmoronarse por los cuatro costados”.⁵⁷

Es imposible, en realidad, abarcar en unas pocas páginas y con cierta plenitud aunque sea sólo las cuestiones fundamentales de la teoría marxista de la conciencia. Sin aspirar a hacerlo, me limitaré a algunas tesis que señalan el camino para resolver el problema de la actividad y la conciencia *en psicología*.

Es evidente que la explicación de la naturaleza de la conciencia subyace en las propias peculiaridades de la actividad humana que la hacen necesaria: en su carácter objetivo-material, productivo.

La actividad laboral va dejando su sello en su producto. Se opera –para decirlo con las palabras de Marx– la transición de la actividad a una propiedad en reposo. Esta transición es un proceso de encarnación material del contenido objetivo de la actividad, la que se presenta ahora al sujeto, es decir, aparece ante él en forma de imagen del objeto percibido.

Dicho de otro modo, en una primera aproximación, la gestación de la conciencia se perfila del siguiente modo: la representación que dirige la actividad, encarnándose en el objeto, obtiene su segunda existencia,

⁵⁷ M. K. Mamardashvili en “*Análisis de la conciencia en los trabajos de Marx*”, publicado en *Problemas de filosofía*, 1968, núm. 6, pág. 14

“objetivada”, accesible a la percepción sensorial; como consecuencia, el sujeto parece que viera su representación en el mundo exterior; al duplicarse, se toma conciencia de ella. Sin embargo, este esquema es inconsistente. Nos hace retornar al punto de vista anterior subjetivo-empírico, en realidad idealista, que destaca precisamente ante todo la circunstancia de que la transición indicada tiene como premisa necesaria la *conciencia*, o sea, la presencia en el sujeto de representaciones, intenciones, planos intelectivos, esquemas o “modelos”; de que estos fenómenos psíquicos son los que se objetivan en la actividad y en sus productos. En lo que concierne a la propia actividad del sujeto, ésta, dirigida por la conciencia, cumple con respecto a su contenido sólo una función transmisora y la función de su “refuerzo-no refuerzo”.

Pero lo principal no consiste en absoluto en indicar el papel activo, rector, de la conciencia. El problema fundamental está en comprender la conciencia como producto subjetivo, como forma trasfigurada de manifestación de las relaciones, sociales por su naturaleza, que son realizadas por la actividad del hombre en el mundo objetivo.

La actividad no es, en modo alguno, simplemente un intérprete y portador de la imagen psíquica que se objetiva en su producto. En el producto no queda impresa la imagen, sino precisamente la actividad, ese contenido objetivo del que ella es objetivamente portadora.

Las transiciones *sujeto* → *actividad* → *objeto*, forman una suerte de movimiento circular, por eso puede parecer indiferente cuál de sus eslabones o momentos se tome como inicial. Pero no es en absoluto un movimiento en círculo vicioso. Este círculo se abre, y se abre precisamente en la propia actividad práctica sensorial.

Al entrar en contacto directo con la realidad objetiva y subordinarse a ella, la actividad se transforma, se enriquece, y en este enriquecimiento suyo cristaliza en el producto. La actividad ya realizada es más rica, más verdadera que la conciencia que la prevé. A la vez, para la conciencia del sujeto, los aportes que son hechos por su actividad permanecen ocultos; de ahí que la conciencia pueda parecer la base de la actividad.

Expresaremos lo mismo de otro modo. El reflejo de los productos de la actividad objetivada, realizadora de los nexos y relaciones entre los individuos sociales, les parece a éstos fenómenos de su conciencia. Pero en realidad, tras estos fenómenos se encuentran los mencionados nexos y relaciones objetivos, aunque no en forma evidente, sino en forma de copia,

oculta para el sujeto. A la vez, los fenómenos de la conciencia constituyen un momento *real* en el movimiento de la actividad. Es aquí donde reside su carácter “no epifenoménico”, su *esencialidad*. Como observa con acierto V. P. Kuzmin⁵⁸, la imagen conciente asume la función de *medida ideal* que se cosifica en la actividad.

El enfoque de la conciencia que estamos exponiendo modifica de raíz el planteo de un problema cardinal para la psicología: el de la correlación de la imagen subjetiva y el objeto exterior. Destruye la falsificación de este problema que es creada en la psicología por el postulado de inmediatez, al que me he referido varias veces. Puesto que si partimos de la admisión de que las influencias externas provocan *directamente* en nosotros, en nuestro cerebro, la imagen subjetiva, de inmediato surge la cuestión de cómo ocurre que esta imagen parece existir fuera de nosotros, fuera de nuestra subjetividad, o sea, en las coordenadas del mundo exterior.

Se puede responder a este interrogante sin salir del postulado de inmediatez, sólo que antes hay que admitir un proceso –digámoslo así– de proyección secundaria de la imagen psíquica al exterior. Resulta evidente la inconsistencia teórica de semejante admisión;⁵⁹ además se encuentra en flagrante contradicción con los hechos que testimonian que desde el comienzo mismo la imagen psíquica ya “está referida” a la realidad exterior con respecto al cerebro del sujeto y que se proyecta al mundo exterior o, más bien, es *extraída* de éste⁶⁰. Por supuesto que cuando digo “extracción” esto no es más que una metáfora; pero expresa, no obstante, un proceso real y accesible a la investigación científica: el proceso de apropiación por el sujeto del mundo objetivo en su forma ideal, en forma de reflejo conciente.

Este proceso surge inicialmente en el mismo sistema de relaciones objetivas en el cual se opera el paso del contenido objetivo de la actividad al producto de ésta. Pero para que este proceso se lleve a cabo no basta con que el producto de la actividad, que la ha absorbido, aparezca ante el sujeto con sus propiedades materiales; debe operarse una transformación tal de ese producto que éste pueda presentarse como cognoscible por el sujeto, es decir, idealmente. Esta transformación se realiza mediante el

⁵⁸ Véase: V. P. Kuzmin, *Historia de la dialéctica marxista*.

⁵⁹ S. L. Rubinstein, *El ser y la conciencia*. Ed. cit., pág. 34; V. A. Lektorski, *El problema del sujeto y del objeto en la filosofía burguesa clásica y en la moderna*. Moscú, 1965; A. V. Brushlinski, “Algunos métodos de modelización en psicología”. En la rec. *Problemas metodológicos y teóricos de la psicología*. Moscú, 1969, págs. 148-254.

⁶⁰ Véase A. N. Leóntiev, “Imagen y modelo”. *Problemas de psicología*, 1970, núm. 2.

funcionamiento del lenguaje, que es un producto y un medio de comunicación entre los que participan en la producción. El lenguaje conlleva en sus significados (conceptos) uno u otro contenido objetivo, pero un contenido liberado por completo de su materialidad. Así, el alimento es, por supuesto, un objeto material; en cambio, el *significado* de la palabra "alimento" no contiene ni un gramo de sustancia alimenticia. A la vez, el propio lenguaje también posee su existencia material, su *materia*; pero el lenguaje, tomado en relación con la realidad que denota, es sólo una forma de la existencia de ésta, lo mismo que los procesos cerebrales materiales de los individuos en virtud de los cuales se efectúa la toma de conciencia de la realidad ⁶¹.

Por ende, la conciencia individual como forma específicamente humana del reflejo subjetivo de la realidad objetiva sólo puede ser comprendida como producto de las relaciones y mediaciones que aparecen durante la formación y desarrollo de la sociedad. Fuera del sistema de estas relaciones (y fuera de la conciencia social) no es posible la existencia de la psiquis individual en forma de reflejo conciente, de imágenes concientes.

La clara comprensión de esto es tanto más importante para la psicología por cuanto hasta hoy ésta no ha abandonado definitivamente el antropologismo ingenuo en la explicación de los fenómenos de la conciencia. Incluso cuando en el estudio psicológico de los fenómenos de la conciencia se adopta el enfoque basado en la actividad es posible comprenderlos sólo con la condición ineludible de que la propia actividad del hombre sea considerada como un proceso incluido en el sistema de relaciones ejecutoras de su existencia social, la cual es su modo de existencia también en calidad de ser natural, corporal.

Por cierto, que las mencionadas condiciones y relaciones que engendran la conciencia humana, la caracterizan sólo en las etapas más tempranas. Posteriormente, debido al desarrollo de la producción material y de la comunicación, a la separación y luego al aislamiento de la producción espiritual y a la tecnificación que se opera en el lenguaje, la conciencia de los hombres se va liberando del vínculo *directo* con su actividad laboral práctica inmediata. El círculo de aquello de lo que se toma conciencia se va ampliando cada vez más, porque la conciencia se convierte en la forma universal –aunque no la única– del reflejo psíquico en el hombre. A la vez, experimenta una serie de modificaciones radicales.

⁶¹ Véase E. V. Ilienkov, "Lo ideal". *Enciclopedia filosófica*. Moscú, 1962, t. 2.

La conciencia primaria existe sólo en forma de imagen psíquica que descubre al sujeto el mundo que lo rodea; en cambio, la actividad sigue siendo, igual que antes, práctica y exterior. En una etapa posterior, también la actividad se convierte en objeto de la conciencia: se toma conciencia de los actos de otros hombres, y a través de ellos también de los actos propios del sujeto. Ahora éstos son comunicados, denotándolos por medio de gestos o del lenguaje articulado. Es esto lo que constituye la premisa para que surjan las acciones y operaciones internas que trascurren en la mente, en el “plano de la conciencia”. La conciencia-imagen se hace asimismo conciencia-actividad. Precisamente en esta plenitud suya es donde la conciencia comienza a parecer emancipada de la actividad exterior, práctico-sensorial, y más aun, comienza a dirigirla.

Otra modificación cardinal experimentada por la conciencia en el curso del desarrollo histórico reside en la ruptura de la fusión que existe inicialmente entre la conciencia de la colectividad laboral y la conciencia de los individuos que la forman. Esto ocurre en virtud de que se pasa a tomar conciencia de un vasto conjunto de fenómenos que incluyen también los que pertenecen a la esfera de las relaciones de los individuos que forman lo *particular* en la vida de cada uno de ellos. Al mismo tiempo, la estratificación de la sociedad en clases hace que los hombres se encuentren en relaciones desiguales, mutuamente opuestas, con respecto a los medios de producción y al producto social; por consiguiente, también su conciencia experimenta sobre sí la influencia de esta desigualdad, de esta oposición. A la par, se van elaborando las nociones ideológicas que están incluidas en el proceso por el cual los individuos concretos toman conciencia de sus relaciones vitales reales.

Surge un cuadro sumamente complejo de vínculos, entrelazamientos y transiciones internos, engendrado por el desarrollo de las contradicciones internas que, en su aspecto abstracto, aparecen ya durante el análisis de las relaciones más simples que caracterizan el sistema de la actividad humana. A primera vista, el hecho de que la investigación se sumerja en este cuadro tan complejo puede parecer que desvía de las tareas del estudio psicológico concreto de la conciencia hacia la sustitución de la psicología por la sociología. Pero de ningún modo es así. Por el contrario, las particularidades psicológicas de la conciencia individual sólo pueden ser comprendidas a través de su vinculación con las relaciones sociales a las cuales está incorporado el individuo.

2. Trama sensorial de la conciencia

La conciencia desarrollada de los individuos se caracteriza por ser multidimensional desde el punto de vista psicológico.

En los fenómenos de la conciencia descubrimos ante todo su trama sensorial. Esta trama es la que conforma la constitución sensorial de las imágenes concretas de la realidad, que es percibida en el momento o que emerge en la memoria, que concierne al futuro o incluso es sólo imaginada. Estas imágenes se diferencian por su modalidad, su tono sensorial, grado de claridad, mayor o menor estabilidad, etc. Acerca de todo esto se han escrito muchos miles de páginas. Empero, la psicología empírica ha soslayado siempre una cuestión que es importantísima desde el punto de vista del problema de la conciencia: la función especial que cumplen en la conciencia sus elementos sensoriales. Más exactamente, esta cuestión ha sido diluida en problemas secundarios, tales como el de la comprensión de la percepción, el del papel del habla (del lenguaje) en la generalización de los datos sensoriales.

La función especial que cumplen las imágenes sensoriales de la conciencia consiste en que confieren realidad al cuadro conciente del mundo que se despliega ante el sujeto; o, dicho de otro modo, en que precisamente gracias al contenido sensorial de la conciencia, el mundo se presenta al sujeto como existente no en la conciencia, sino *fuera* de ella, es decir, como “campo” objetivo y objeto de su actividad.

Esta afirmación puede resultar paradójica, porque las investigaciones de los fenómenos sensoriales han partido, desde hace mucho, de posiciones que, por el contrario, llevaron a la idea de su “subjetividad pura”, de su “carácter de jeroglíficos”. En consonancia con eso, el contenido sensorial de las imágenes se concebía no como efector del vínculo directo de la conciencia con el mundo exterior, sino más bien⁶², como un muro que aísla de él.

En el período posterior a Helmholtz, el estudio experimental de los procesos de percepción se destacó por enormes éxitos, de modo tal que la psicología de la¹ percepción está ahora inundada por una gran cantidad de hechos diversos e hipótesis especiales. Pero ocurre algo asombroso: a pesar de esos éxitos, la posición teórica de Helmholtz se mantuvo incólume.

⁶² Véase, V. Lenin: “*Materialismo y empiriocriticismo*”

Es cierto que en la mayoría de los trabajos psicológicos se halla presente de modo no visible, entre bastidores. Sólo unos pocos la discuten seria y abiertamente, como por ejemplo, R. Grigori, autor de los trabajos contemporáneos quizá más cautivantes sobre la percepción visual ⁶³.

La fuerza de la postura de Helmholtz radica en que, al estudiar la fisiología de la visión, comprendió que es imposible deducir las imágenes de los objetos directamente de las sensaciones e identificarlas con los “arabescos” que los rayos luminosos dibujan en la retina. Dentro del sistema conceptual de las ciencias naturales de esa época la única solución posible del problema era la propuesta por Helmholtz (o sea que al trabajo de los órganos de los sentidos se une necesariamente el trabajo del cerebro, estructurado según las referencias sensoriales de la hipótesis sobre la realidad objetiva).

Ocurre que las imágenes objetivas de la conciencia fueron concebidas como ciertas cosas psíquicas que dependen de otras cosas, siendo estas últimas su causa exterior. En otras palabras, el análisis se operaba en el plano de una doble abstracción, la que se expresaba, por una parte, en sustraer los procesos sensoriales del sistema de la actividad del sujeto, y por otra parte, en sustraer las imágenes sensoriales del sistema de la conciencia humana. La propia idea de dar un carácter sistemático al tema de la cognición científica quedaba sin elaborar.

A diferencia del enfoque que examina los fenómenos en forma aislada, el análisis en sistema de la conciencia requiere que se investiguen las imágenes de la conciencia en sus relaciones internas, engendradas por el desarrollo de las formas que tiene el vínculo del sujeto con la realidad y, por ende, sobre todo desde el ángulo de la función que cumple cada uno de ellos en los procesos de presentación (representatividad) del cuadro del mundo al sujeto.

Los contenidos sensoriales, incluidos en el sistema de la conciencia, no revelan en forma directa su función; ésta se expresa subjetivamente sólo de modo indirecto, o sea, en la vivencia difusa del “sentido de la realidad”. Pero a veces se pone de manifiesto en cuanto surge una perturbación o deformación de la recepción de las influencias externas. Como los datos que prueban esto tienen una importancia esencial para la psicología de la conciencia, mencionaré algunos de ellos.

⁶³ Véase R. Grigori, *El ojo racional*. Moscú, 1972.

Hemos observado una manifestación muy notable de la función de las imágenes sensoriales en la conciencia del mundo real durante la investigación del restablecimiento de las acciones objetales en zapadores heridos, cegados por completo y que habían perdido al mismo tiempo ambas manos. Debido a que se les realizó una operación quirúrgica restauradora vinculada a la remoción masiva de los tejidos blandos del antebrazo, perdieron asimismo la posibilidad de la percepción táctil de los objetos con los brazos (fenómeno de asimbolia). Resultó que en la imposibilidad de ejercer un control visual no se restableció en ellos esta función, y consiguientemente no se restablecieron tampoco los movimientos manuales objetales. Como consecuencia, algunos meses después de recibida la herida, los pacientes comenzaron a expresar quejas no habituales: a pesar de que la comunicación verbal con los demás no se veía entorpecida en nada y de que los procesos mentales se conservaban indemnes, el mundo objetivo exterior poco a poco parecía “desaparecer” para ellos. Aunque los conceptos expresados en palabras (los significados de las palabras) mantenían en ellos sus nexos lógicos, iban perdiendo, no obstante, su referencia objetal. Se produjo un cuadro verdaderamente trágico de perturbación del sentido de la realidad en los pacientes. “Es como si hubiera leído sobre todas las cosas, y no las hubiera visto... Las cosas están cada vez más alejadas de mí”, así describe su estado uno de los enceguecidos amputados. Se queja de que cuando lo saludan “es como si no hubiera nadie”.⁶⁴

Fenómenos similares de pérdida del sentido de la realidad se observan asimismo en investigados normales cuando se produce una inversión artificial de las impresiones visuales. Ya a fines del siglo pasado en sus clásicos experimentos realizados en personas con anteojos especiales, que invierten la imagen en la retina, Stratton observó que en este caso se produce una vivencia de irrealidad del mundo percibido.⁶⁵

Era preciso comprender la esencia de las reestructuraciones cualitativas de la imagen visual que se revelan al sujeto en forma de vivencia de la irrealidad del cuadro visual. Posteriormente se descubrieron particularidades de la visión invertida tales como la dificultad para identificar objetos

⁶⁴ A. N. Leóntiev, A. V. Zaporozhets, *Recuperación del movimiento*. Moscú 1945, pág. 75 .

⁶⁵ M. Stratton, “Some preliminary experiments in visión without inversion of the retinal image”. *Psychological Review*, 1897, núm. 4.

conocidos⁶⁶ y en especial rostros humanos,⁶⁷ la inconstancia de esa visión,⁶⁸ etcétera.

La falta de referencia directa de la imagen visual invertida al mundo objetivo material prueba que, a nivel de la conciencia reflectora, el sujeto es capaz de diferenciar la percepción del mundo real y su campo fenoménico interior. El primero está representado por las imágenes concientes "significantes", el segundo, por la trama sensorial propiamente dicha. En otras palabras, la trama sensorial de la imagen puede estar representada en la conciencia de un modo dual: o bien como aquello donde existe para el sujeto el contenido objetivo (y esto constituye un fenómeno habitual, "normal"), o bien por sí misma. A diferencia de los casos normales en los que la trama sensorial y el contenido objetivo están fusionados entre sí, su falta de coincidencia se manifiesta ya en el resultado de la introspección especialmente orientada,⁶⁹ o en condiciones experimentales particulares: es notoriamente clara en los experimentos con una prolongada adaptación a la visión invertida.⁷⁰ Inmediatamente después de colocar un prisma inversor, al sujeto se le presenta sólo la trama sensorial de la imagen visual, desprovista de contenido objetivo. Lo que ocurre es que durante la percepción del mundo a través de aparatos ópticos que modifican la proyección, las imágenes visibles se van transformando en el sentido de su máxima verosimilitud; en otras palabras, durante la adaptación a las deformaciones ópticas se opera no sencillamente un "descifrado" distinto de la imagen proyectada, sino un complejo proceso de estructuración del contenido objetivo percibido, que posee cierta lógica objetiva, distinta de la "lógica proyectiva" de la imagen retiniana. De ahí que sea imposible la percepción del contenido objetivo al comienzo de un experimento prolongado con una inversión vinculada al hecho de que en la conciencia del sujeto la imagen sólo está representada por su trama sensorial. En cambio, más adelante, la adaptación perceptiva se lleva a cabo como un proceso peculiar de restablecimiento del contenido objetivo de la imagen visual en su trama sensorial invertida.⁷¹

⁶⁶ M. Gaffron, "Perceptual Experience: An Analysis of its Relation to the External World Through Internal Processings". *Psychology: A Study of a Science* vol. 4, 1963.

⁶⁷ Jin, "Looking an upside-down face". *Journal of Experimental Psychology*, v. 81 (1) 1969

⁶⁸ Véase A. D. Logvinenko, V. V. Stolin, "Percepción en condiciones de inversión del campo visual". *Ergonómica. Trabajos del ISICET*, fase. 6, Moscú, 1973.

⁶⁹ Esto dio fundamento para introducir el concepto de "campo visual", a diferencia del concepto "mundo visual". J. J. Gibson, *Perception of the visual world*. Boston, 1950.

⁷⁰ Véase A. D. Logvinenko, "Visión invertida e imagen visual". *Problemas de psicología*, 1974, núm. 5.

⁷¹ A. D. Logvinenko, "La actividad perceptiva en la inversión de la imagen retiniana". En la rec. *Percepción y actividad*. Moscú, 1975.

La posibilidad de diferenciar el campo fenoménico y las imágenes objetivas “significantes” es, al parecer, sólo una peculiaridad de la conciencia humana, en virtud de la cual el hombre se libra de la esclavitud de las impresiones sensoriales cuando éstas son desfiguradas por condiciones casuales de la percepción. Son curiosos en este sentido los experimentos realizados con monos a los que se puso anteojos que invertían la imagen retiniana; resultó que, a diferencia del hombre, esto desorganiza por completo la conducta de los monos, que caen por un largo período en un estado de inactividad ⁷².

He mencionado aquí sólo algunos datos referentes a ese aporte especial que la sensorialidad hace a la conciencia individual; se han omitido del todo, por ejemplo, algunos hechos importantes registrados en condiciones de una prolongada privación sensorial.⁷³ Pero lo expuesto basta para plantear el tema que es central para el posterior análisis del problema que estamos examinando.

La naturaleza profunda de las imágenes psíquicas sensoriales reside en su carácter objetivo, en el hecho de que son gestadas durante los procesos de la actividad que liga en la práctica al sujeto con el mundo objetivo exterior. Por más que estos vínculos y sus formas efectoras de la actividad se complejicen, las imágenes sensoriales conservan su referencia objetiva inicial.

Por supuesto que cuando comparamos con la enorme riqueza de los resultados cognoscitivos obtenidos por la actividad del pensar humano los apóites que le hace en forma directa nuestra sensorialidad, lo primero que salta a la vista es su extrema limitación, su casi insignificancia; además, se pone de manifiesto que las impresiones sensoriales entran permanentemente en contradicción con el conocimiento más completo. Es ahí donde surge la idea de que las impresiones sensoriales sirven sólo como impulso que pone en acción nuestras capacidades cognitivas y que las imágenes de los objetos son producidas por operaciones internas del pensamiento –inconcientes o concientes–, que, en otras palabras no percibiríamos el mundo objetivo si no lo concibiéramos. ¿Pero cómo podríamos concebir este mundo si al principio no se nos mostrara precisamente en su carácter sensorialmente objetivo?

⁷² J. B. Foley, “An experimental investigation of the visual field in the Resus monkey”. *Journal of gene Psychology*, 1940, núm. 56.

⁷³ Ph. Solomon, P. Kubzansky and oth, “Physiological and Psychological aspects of sensory deprivation”. *Sensory deprivation*. Cambridge, Mass., 1965

3. El significado como problema de la psicología de la conciencia

Las imágenes sensoriales son la forma universal del reflejo psíquico que es generado por la actividad objetiva del sujeto. Pero en el hombre, las imágenes sensoriales adquieren una nueva cualidad, y es justamente su carácter significativo. Los *significados* son “formadores” primordiales de la conciencia humana.

Como se sabe, la pérdida en el hombre incluso de los sistemas sensoriales fundamentales –la vista y el oído– no destruye la conciencia. Hasta en los niños ciegos-sordos, como consecuencia de su dominio de las operaciones específicamente humanas de la acción objetal y el lenguaje (lo que, por supuesto, puede ocurrir sólo con una educación especial) se forma una conciencia normal que se diferencia de la conciencia de quienes ven y oyen sólo en la extrema pobreza de su trama sensorial.⁷⁴ Distinta es la situación cuando en virtud de unas u otras circunstancias, la “hominización” de la actividad y de la comunicación no se efectúa. En tal caso, a pesar de que la esfera sensomotriz conserve plena indemnidad, no surge la conciencia. Actualmente es muy conocido este fenómeno (al que denominaremos “fenómeno Kaspar Hauser”).

De tal modo que los significados refractan el mundo en la conciencia del hombre. Aunque el portador de los significados es el lenguaje, éste no es el demiurgo de los significados. Tras los significados lingüísticos se ocultan los modos de acción socialmente elaborados (operaciones), en cuyo proceso los hombres modifican y conocen la realidad objetiva. Dicho de otra manera, en los significados está representada –trasformada y comprimida en la materia del lenguaje– la forma ideal de existencia del mundo objetivo, de sus propiedades, vínculos y relaciones, descubiertos por la práctica social conjunta. Por eso los significados por sí mismos, es decir, abstraídos de su funcionamiento en la conciencia individual son tan “no psicológicos” como la realidad socialmente conocida que está detrás de ellos.⁷⁵

Los significados constituyen el objeto de estudio de la lingüística, la semiótica, la lógica, Al mismo tiempo, como uno de los “efectores” de la conciencia individual integran necesariamente la problemática de la

⁷⁴ Véase A. I. Mescheriákov, *Niños ciegos-sordomudos*, Moscú, 1974; G. S. Gurguenidze y E. V. Ilienkov, “Una conquista notable de la ciencia soviética”. *Problemas de filosofía*, 1975, núm. 6.

⁷⁵ En este contexto no hay necesidad de diferenciar tajantemente conceptos y significados verbales, operaciones lógicas y operaciones de significado. Nota del autor.

psicología. La principal dificultad de la cuestión psicológica del significado es que se reproducen en ella todas las contradicciones con las que tropieza el problema más amplio de la correlación entre lo lógico y lo psicológico en el pensamiento, en la lógica y la psicología del concepto.

Dentro de los marcos de la psicología subjetivo-empírica, este problema se resolvía en el sentido de que los conceptos (*resp.*: los significados verbales) son un producto *psicológico*, o sea, el producto de la asociación y generalización de las impresiones que actúan en la conciencia del sujeto individual, cuyos resultados se consolidan tras las palabras. Este punto de vista encontró formas de expresión, como es sabido, no sólo en psicología, sino también en las concepciones psicologizantes de la lógica.

La otra alternativa está en admitir que los conceptos y las operaciones con conceptos están dirigidas por leyes lógicas objetivas; que la psicología sólo se ocupa de las desviaciones respecto de estas leyes, que se observan en el pensamiento primitivo, en condiciones patológicas o bajo intensas emociones; que, por último, es tarea de la psicología estudiar el *desarrollo ontogenético* de los conceptos y del pensamiento. La investigación de este proceso ha ocupado un lugar fundamental en la psicología del pensamiento. Basta mencionar los trabajos de Piaget, Vigotski y numerosos trabajos soviéticos y extranjeros sobre la psicología del aprendizaje.

Las investigaciones de la formación de los conceptos y operaciones lógicas (mentales) en los niños hicieron un aporte muy importante a la ciencia. Quedó demostrado que los conceptos no se forman en absoluto en la cabeza del niño según el tipo de formación de las imágenes sensoriales genéricas, sino que constituyen un resultado del proceso de apropiación de significados “preparados”, históricamente elaborados, y que este proceso transcurre en la actividad del niño, en medio de su comunicación con quienes lo rodean. Al ir aprendiendo a cumplir unas u otras acciones, llega a dominar las correspondientes operaciones, que en su forma comprimida, idealizada, están representadas justamente en el significado.

Se sobrentiende que en un comienzo el proceso de dominio de los significados transcurre en la actividad externa del niño con objetos materiales y en la comunicación simpráctica. En los estadios tempranos, el niño va asimilando significados concretos, referidos en forma objetiva y directa; más adelante va dominando también las correspondientes

operaciones lógicas, pero asimismo en su forma externa, exteriorizada, puesto que de otra manera no pueden ser comunicadas de ningún modo. Al interiorizarse, forman los significados abstractos, los conceptos, en tanto que su movimiento constituye la actividad mental interna, la actividad “en el plano de la conciencia”.

Este proceso fue estudiado en detalle durante los últimos años por P. I. Galperin, quien planteó una teoría armónica a la que denominó “teoría de la formación por etapas de las acciones mentales y los conceptos”; al mismo tiempo fue desarrollando la concepción sobre la base orientativa de las acciones, sobre sus particularidades y los tipos correspondientes de aprendizaje.⁷⁶

La productividad teórica y práctica de éstas y otras numerosas investigaciones que las sucedieron es indiscutible. Al mismo tiempo, el problema al que estaban dedicadas fue rigurosamente delimitado desde el propio comienzo; se trataba del problema de la formación “no casual”, sino orientada hacia un fin, de los procesos mentales según “matrices” –“parámetros”– dadas desde fuera. Por consiguiente, el *análisis* se centró en el cumplimiento de acciones preestablecidas; en lo que respecta a su génesis, es decir, al proceso de creación de la finalidad y la motivación de la actividad (en este caso, de aprendizaje) que esas acciones llevan a cabo, esto quedó al margen de la investigación directa. Se entiende que en esas condiciones, no hay necesidad alguna de diferenciar, en el sistema de la actividad, las acciones y los medios específicos de su cumplimiento, no surge la necesidad de hacer un análisis sistémico de la conciencia individual.

La conciencia, como forma del reflejo psíquico, no puede ser, empero, reducida al funcionamiento de significados asimilados del exterior, los cuales al desarrollarse dirigen la actividad externa e interior del sujeto. Los significados y las operaciones que ellos revisten no son en absoluto *por sí mismos* –es decir, en su abstracción respecto de las relaciones internas del sistema de la actividad y de la conciencia– tema de estudio de la psicología. Pasan a serlo sólo cuando son tomados en estas relaciones, en el movimiento de su sistema.

⁷⁶ Véase P. I. Galperin, "Desarrollo de las investigaciones sobre la formación de las acciones mentales". *La ciencia psicológica en la URSS*. Moscú, 1959, t. 1; del mismo autor: "Psicología del pensamiento y teoría acerca de la formación por etapas de las acciones mentales". En la rec.: *Investigaciones del pensamiento en la psicología soviética*. Moscú, 1966.

Ello deriva de la propia naturaleza de lo psíquico. Como ya dijimos, el reflejo psíquico surge como resultado de la división de los procesos vitales del sujeto en procesos efectores de sus relaciones bióticas directas, y procesos “señalizadores” que las mediatizan; el desarrollo de las relaciones internas engendradas por esta división se expresa en el desarrollo de la estructura de la actividad, y, sobre esta base, también en el desarrollo de las formas del reflejo psíquico. Posteriormente, a nivel del hombre, se opera un cambio tal de estas formas que conduce a que, fijándose en el lenguaje (idiomas), adquieran una existencia cuasi independiente como fenómenos objetivos ideales. A la vez, son reproducidos permanentemente por los procesos que trascurren en la mente de los individuos concretos. Este último constituye el “mecanismo” interno de su trasmisión de generación en generación y la condición de que esas formas se enriquezcan mediante los aportes individuales.

Aquí pasamos de lleno a abordar el problema que es el verdadero escollo para el análisis psicológico de la conciencia: se trata de las particularidades del funcionamiento de los conocimientos, conceptos, modelos del pensar, por una parte, en el sistema de relaciones de la sociedad, en la conciencia social, y por otra, en la actividad del individuo que realiza sus vínculos sociales, en *su* conciencia.

Ya hablamos de que la conciencia debe su surgimiento a la división de los actos operada en el trabajo, cuyos resultados cognoscitivos son abstraídos de la integridad viva de la actividad humana e idealizados en forma de significados lingüísticos. Al ser comunicados, éstos se convierten en patrimonio de la conciencia de los individuos. A la vez, no pierden en absoluto su carácter abstracto; son portadores de los modos, condiciones objetivas y resultados de las acciones, independientemente de la motivación subjetiva que posea la actividad de los hombres en la cual se van formando.

En las etapas tempranas, cuando la actividad de los partícipes de la labor colectiva conserva aún motivos comunes, los significados, como fenómenos de la conciencia individual, se hallan en relaciones de adecuación directa. Pero esta relación no se mantiene: se va disgregando a la par con la disgregación entre las relaciones primitivas de los individuos y las condiciones materiales y los medios de producción, con el surgimiento de la división social del trabajo y la propiedad privada.

Como consecuencia, los significados socialmente elaborados comienzan a vivir en la conciencia de los individuos una especie de vida dual. Nace una relación interna más, un movimiento más de los significados en el sistema de la conciencia individual.

Esta relación interna especial se pone de manifiesto en los hechos psicológicos más simples. Así por ejemplo, todos los estudiantes mayores comprenden, por supuesto, muy bien el significado de las notas en los exámenes y las consecuencias derivadas de ellas. Sin embargo, la nota puede presentarse a la conciencia de cada uno de ellos de un modo sustancialmente distinto: digamos, como un paso (o un obstáculo) en el camino hacia la profesión elegida, o como una manera de afirmarse a sí mismo ante los allegados o, tal vez, de alguna otra manera. Es precisamente esta circunstancia la que pone a la psicología ante la necesidad de diferenciar el significado objetivo comprensible y su significado para el sujeto. Para evitar la duplicación de términos, yo prefiero hablar, en el último caso, de *sentido personal*. Entonces el ejemplo mencionado puede ser expresado del siguiente modo: el significado de la nota puede adquirir en la conciencia de los estudiantes un sentido personal diverso.

Aunque la concepción de la correlación entre los conceptos significado y sentido que propongo fue explicada reiteradas veces, suele ser interpretada en forma totalmente incorrecta. Al parecer es preciso volver a analizar una vez más el concepto sentido personal.

Ante todo, algunas palabras sobre las condiciones objetivas que conducen a la diferenciación de los significados y los sentidos en la conciencia individual. En su conocido artículo dedicado a la crítica de A. Wagner, Marx observa que los objetos del mundo exterior de los que los hombres se adueñan son designados inicialmente por ellos como *medios de satisfacer sus necesidades*, como lo que constituye para ellos "bienes". "... Atribuyen al objeto el carácter de utilidad como si fuera inherente al objeto mismo", dice Marx. Este pensamiento acentúa un rasgo muy importante de la conciencia en las primeras etapas del desarrollo, o sea, que los objetos se reflejan en el lenguaje y en la conciencia junto con las necesidades de los hombres concretadas (objetivadas) en ellos. Empero, más adelante esta fusión se destruye. La inevitabilidad de su destrucción está inserta en las contradicciones objetivas de la producción mercantil, que engendra el antagonismo entre el trabajo concreto y el abstracto, y lleva a la enajenación de la actividad humana.

Es inevitable que aparezca este problema ante un análisis que entiende toda la limitación que implica la idea de que los significados son, en la conciencia individual, sólo proyecciones más o menos completas y perfectas de los significados “supraindividuales” que existen en la sociedad dada. Este problema no se elimina ni siquiera mencionando el hecho de que los significados son refractados por las particularidades concretas del individuo, por su experiencia previa, por la peculiaridad de sus actitudes, temperamento, etcétera.

El problema que estamos tratando emerge de la dualidad real de la existencia de los significados para el sujeto. Esta consiste en que los significados aparecen ante el sujeto también en su existencia independiente, o sea, como objetos de su conciencia y, a la vez, como modos y “mecanismo” de la aprehensión, es decir, funcionando en procesos que presentan la realidad objetiva. En este funcionamiento, los significados entran necesariamente en relaciones internas que los vinculan con otros “generadores” de la conciencia individual; sólo en estas relaciones internas es donde adquieren su característica *psicológica*.

Digámoslo de otro modo: cuando en el reflejo psíquico del mundo por el sujeto individual se vierten productos de la práctica histórico-social idealizados en significados, éstos adquieren nuevas cualidades sistémicas. El descubrimiento de estas cualidades constituye precisamente una de las tareas de la ciencia psicológica.

El punto más dificultoso es creado en este caso por el hecho de que los significados llevan una vida dual. Son producidos por la sociedad y poseen su propia historia en el desarrollo del lenguaje, en el desarrollo de las formas de la conciencia social; en ellos se expresa el movimiento de la ciencia humana y de sus recursos cognoscitivos, así como las nociones ideológicas de la sociedad: religiosas, filosóficas, políticas. En ésta su existencia objetiva se subordinan a las leyes histórico-sociales y a la vez, a la lógica interna de su propio desarrollo.

Pese a toda la inagotable riqueza, a toda la universalidad de esta vida de los significados (¡basta pensar que todas las ciencias se ocupan de ella!) allí permanece oculta por completo otra vida suya, otro movimiento suyo, es decir, su funcionamiento en los procesos de la actividad y la conciencia de los individuos concretos, aunque es sólo mediante estos procesos como ellos pueden existir.

En esta segunda vida suya, los significados se individualizan y “subjetivizan”, pero sólo en el sentido de que su movimiento en el sistema de las relaciones de la sociedad ya no está contenido *directamente* en ellos; entran en un sistema distinto de relaciones, en un movimiento distinto. Pero aquí tenemos algo notable: con todo eso no pierden en absoluto su naturaleza histórica social, su objetividad.

Uno de los aspectos del movimiento de los significados en la conciencia de los individuos concretos consiste en su “retorno” a la objetividad sensorial del mundo, de la que ya hemos hablado. Al tiempo que en su abstracción, en su “individualización”, los significados son indiferentes a las formas de la sensorialidad en las cuales el mundo se despliega ante el sujeto concreto {se puede decir que los significados en sí están desprovistos de sensorialidad), su funcionamiento en la realización de sus vínculos vitales reales supone necesariamente que se refiera a las impresiones sensoriales. Por supuesto que la referencia objetivo-sensorial de los significados en la conciencia del sujeto puede no ser directa, puede llevarse a cabo a través de cadenas tan complejas como se quiera de operaciones del pensar involucradas en ellos, en especial cuando los significados reflejan una realidad que se muestra sólo en sus formas distantes e indirectas. Pero en los casos normales, esta referencia siempre existe y sólo desaparece en los productos de su movimiento, en sus exteriorizaciones.

Otro aspecto del movimiento de los significados en el sistema de la conciencia individual es esa particular subjetividad que se expresa en la *parcialidad* que adquieren. Esta faceta, sin embargo, sólo se revela al analizar las relaciones internas que vinculan los significados con otro “generador” de la conciencia: el *sentido personal*.

4. El sentido personal

Hace tiempo que la psicología viene describiendo la subjetividad, la parcialidad de la conciencia humana. Se han visto como manifestaciones de ello la selectividad de la atención, el tinte emocional de las representaciones, la dependencia de los procesos cognoscitivos respecto de las necesidades e inclinaciones. En su época Leibniz expresó esta dependencia en un famoso aforismo:

“...si la geometría contradijera nuestras pasiones y nuestros intereses igual que la moral, también discutiríamos con ella y la infringiríamos a pesar de todas las demostraciones de Euclides y Arquímedes...”⁷⁷

Las dificultades residen en explicar, desde el ángulo psicológico, la parcialidad de la conciencia. Los fenómenos de la conciencia parecían tener una doble determinación: externa, e interior. Correspondientemente se los enfocaba como si pertenecieran a dos esferas diferentes de la psiquis: la esfera de los procesos cognoscitivos y la esfera de las necesidades, de la afectividad. El problema de la correlación entre estas esferas –ya se resolviera en el espíritu de las concepciones racionalistas o de la psicología de las vivencias profundas– era interpretado invariablemente desde el punto de vista antropológico, desde el punto de vista de la interacción de factores-fuerzas diferentes por su naturaleza.

Pero la verdadera naturaleza de esa aparente dualidad de los fenómenos de la conciencia individual no reside en su subordinación a estos factores independientes.

No vamos a entrar aquí en las particularidades que diferencian en este aspecto a las distintas formaciones económico-sociales. Para la teoría general de la conciencia individual lo fundamental es que la actividad de los individuos concretos siempre permanece inserta (*inseré*) en las formas existentes de manifestación de estas oposiciones objetivas que encuentran su expresión fenoménica indirecta en su conciencia, en su peculiar movimiento interno.

La actividad del hombre no modifica históricamente su estructura general, su “macroestructura”. En todas las etapas del desarrollo histórico se lleva a cabo a través de acciones conscientes en las cuales se efectúa la transición de las metas a productos objetivos y se subordina a los motivos que la estimulan. Lo que se modifica radicalmente es el carácter de las relaciones que ligan entre sí las metas y los motivos de la actividad.

Estas relaciones son las decisivas en el plano psicológico. Lo que ocurre es que para el propio sujeto la aprehensión y logro de objetivos concretos, el dominio de los medios y operaciones de la acción es un modo de afirmar su vida, de satisfacer y desarrollar sus necesidades materiales y espirituales, objetivadas y transformadas en los motivos de su actividad. Es

⁷⁷ G. W. Leibniz, *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. Moscú-Leningrado, 1936, pág. 88.

indiferente que el sujeto tome o no conciencia de los motivos, que éstos denoten su presencia en forma de vivencias del interés, el deseo o la pasión; su función, tomada desde el ángulo de la conciencia, reside en que parecen “valorar” el significado vital que tienen para el sujeto las circunstancias objetivas y sus acciones en esas circunstancias, les confieren un sentido personal que no coincide directamente con su significado objetivo comprensible. En determinadas condiciones, la falta de coincidencia de los sentidos y los significados en la conciencia individual puede asumir el carácter de verdadero extrañamiento entre ellos, e incluso de antagonismo.

En la sociedad mercantil este extrañamiento surge necesariamente y además en las personas que están en ambos polos sociales. El trabajador asalariado, por supuesto, toma conciencia del producto que él produce; o en otras palabras, éste aparece ante él en su significado objetivo (*Bedeutung*), al menos dentro de los límites necesarios para que pueda cumplir racionalmente sus funciones laborales. Pero el sentido (*Sinn*) de su trabajo no reside para él en esto, sino en el salario en aras del cual trabaja.

“Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etc. –dice Marx en *Trabajo asalariado y capital*–, sino solamente como medio para *ganar* dinero que le permita sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en la cama”.

Este extrañamiento se manifiesta también en el polo social antagónico:

“para el traficante en minerales –observa Marx en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*– éstos no tienen el *sentido* de minerales...”

La liquidación de las relaciones de propiedad privada elimina esta oposición de los significados y los sentidos en la conciencia de los individuos; pero su falta de coincidencia se conserva.

La necesidad de esa falta de coincidencia está inserta ya en la profunda prehistoria de la conciencia humana, en la existencia, en los animales de dos tipos de sensorialidad que mediatizan su conducta en el medio material. Como se sabe, la percepción de los animales está limitada por las influencias que actúan como señales vinculadas a la satisfacción de sus necesidades, así sea sólo de un modo eventual, posible.⁷⁸ Pero las

⁷⁸ Esto es lo que sirvió de fundamento a los autores alemanes para diferenciar el *ambiente* (*Umwelt*) como aquello que es percibido por los animales y *mundo* (*Welt*) que

necesidades pueden realizar la función de regulación psíquica sólo actuando como objetos impulsores (y, por consiguiente, como medio para dominarlas o defenderse de ellas). Dicho de otro modo, en la sensorialidad de los animales, las propiedades exteriores de los objetos y su capacidad de satisfacer unas u otras necesidades no están separadas entre sí. Recordemos que el perro en respuesta a la acción de un estímulo condicionado alimentario, se tira hacia él, lo lame.⁷⁹ Pero el hecho de que la percepción del aspecto exterior de los objetos por los animales sea inseparable de sus necesidades, no significa en absoluto que ambas cosas coincidan. Por el contrario, en el curso de la evolución, sus vínculos se hacen cada vez más dinámicos y se complejizan al máximo, conservándose sólo la imposibilidad de aislarlos. Únicamente son diferenciados a nivel del hombre, cuando en los vínculos internos de estas dos formas de la sensorialidad penetran los significados verbales.

Digo que los significados *penetran* (aunque tal vez sería mejor decir “entran” o “se sumergen”) con la sola intención de recalcar el problema. En realidad lo que sucede es que en su objetividad, es decir, como fenómenos de la conciencia social, los significados refractan para el individuo los objetos independientemente de las relaciones de éstos con *su* vida, con *sus* necesidades y motivos. Incluso para la conciencia del que se está ahogando, la paja a la que se aferra conserva, a pesar de todo, su significado de paja; otra cosa es que esta paja –así sea sólo de un modo ilusorio– adquiere para él en ese momento el sentido de elemento salvador de su vida.

Aunque en las etapas primitivas de formación de la conciencia los significados aparecen junto con los sentidos personales, en esta fusión está contenida ya implícitamente su falta de coincidencia, que adquiere más adelante de un modo ineludible sus formas abiertas, explícitas. Esto último es lo que hace necesario distinguir en el análisis el sentido personal como un sistema más que conforma la conciencia individual. Son ellos los que crean ese plano “oculto” de la conciencia –según la expresión de Vigotski– que suele interpretarse en psicología, no como formado en la actividad de los sujetos, en el desarrollo de su motivación, sino como si expresaran de manera directa las fuerzas motrices internas incluidas desde el comienzo en la propia naturaleza del hombre.

se revela sólo a la conciencia del hombre.

⁷⁹ Véase I. P. Pávlov, *Obras completas*. T. III, libro 1, pág. 157.

Los significados que son asimilados desde fuera, en la conciencia individual realmente parece que separan y a la vez unen entre sí ambos tipos de sensorialidad: las impresiones sensoriales de la realidad exterior en la que transcurre su actividad y las formas de vivencia sensorial de sus motivos, la satisfacción o insatisfacción de las necesidades que se ocultan tras ellos.

A diferencia de los significados, los sentidos personales, lo mismo que la trama sensorial de la conciencia, no poseen una existencia “supra-individual”, “no psicológica” Mientras que la sensorialidad externa vincula en la conciencia del sujeto los significados con la realidad del mundo objetivo, el sentido personal los vincula con la realidad de su propia vida en este mundo, con sus motivos. *El sentido personal es el que crea la parcialidad de la conciencia humana.*

Antes dijimos que en la conciencia individual los significados se “psicologizan”, retornando a la realidad del mundo que es dada sensorialmente al hombre. Otra circunstancia –por lo demás decisiva– que transforma los significados en una categoría psicológica es que, al funcionar en el sistema de la conciencia individual, los significados no se realizan a sí mismos, sino al movimiento del sentido personal encamado en ellos, de este *ser-para-sí* del sujeto concreto.

Psicológicamente, es decir, en el sistema de la conciencia del sujeto, y no como objeto o producto suyo, los significados no existen en general de otro modo que realizando unos u otros sentidos, así como sus acciones y operaciones no existen de otro modo que realizando una u otra actividad suya, impulsada por un motivo, por una necesidad. El otro aspecto consiste en que el sentido personal es siempre el sentido de *algo*: un sentido “puro”, inmaterial, es tan absurdo como un ser inmaterial.

La encarnación del sentido en los significados es un proceso profundamente íntimo, psicológicamente rico, nada automático ni instantáneo. En las creaciones de la literatura de ficción, en la práctica de la educación moral y política este proceso aparece en toda su plenitud. La psicología científica trata este proceso sólo en sus expresiones parciales: en los fenómenos de “racionalización” por los hombres de sus verdaderos móviles, en la vivencia del sufrimiento que implica el paso del pensamiento a la palabra:

“Olvidé la palabra que quería decir, y el pensamiento infecundo a la morada de las sombras vuelve”.⁸⁰

⁸⁰ L. S. Vigotski cita a un poeta.

El proceso al que nos referimos aparece en sus formas más descarnadas en las condiciones de la sociedad de clases, de la lucha de ideologías. En esas condiciones, los sentidos personales, que reflejan los motivos engendrados por las relaciones vitales reales del hombre, pueden no hallar significados objetivos que los encarnen de un modo adecuado, y entonces comienzan a vivir como si estuviesen vistiendo ropa ajena. Es preciso imaginar la contradicción esencial que produce este fenómeno. Pues a diferencia del ser de la sociedad, el ser del individuo no es "autoparlante", es decir, el individuo no posee lenguaje propio ni significados elaborados por él mismo; su toma de conciencia de los fenómenos de la realidad sólo puede operarse por medio de significados "acabados" que asimila del exterior, o sea, conocimientos, conceptos, opiniones, que recibe en la comunicación, en unas u otras formas de la comunicación individual o de masas. Es esto lo que crea la posibilidad de introducir en su conciencia, de imponerle, representaciones e ideas tergiversadas o fantásticas, incluso aquellas que no tienen base alguna en su experiencia real, vital. Carentes de esta base, ponen de manifiesto en la conciencia del hombre su inestabilidad; a la vez, se convierten en *estereotipos*, y como cualquier estereotipo pueden ejercer resistencia, por lo cual sólo pueden destruirlos serias confrontaciones vitales. Pero ni siquiera su destrucción conduce aún a eliminar la desintegración de la conciencia, su inadecuación; la conciencia por sí misma crea sólo su vaciamiento, capaz de convertirse en una catástrofe psicológica. Aún se precisa que en la conciencia del individuo se realice la reencarnación de los sentidos personales subjetivos en otros significados, adecuados a ellos.

Un análisis más detenido de esa reencarnación de los sentidos personales en significados adecuados (más adecuados) muestra que ella transcurre en medio de la lucha por la conciencia de los hombres que se libra en la sociedad. Quiero decir con esto que el individuo no está simplemente ante una "vitrina" de significados entre los cuales sólo le cabe hacer una elección, sino que penetran con energía en sus vínculos con la gente que forma el círculo de sus comunicaciones reales. Si en determinadas circunstancias de la vida el individuo se ve compelido a elegir, esta elección no es entre significados, sino entre posiciones sociales antagónicas que se expresan y aprehenden mediante estos significados.

En la esfera de las nociones ideológicas este proceso es inevitable y tiene un carácter universal sólo en la sociedad de clases. Empero, sigue existiendo también en la sociedad socialista y comunista, en la medida en

que se manifiestan allí las peculiaridades de la vida individual del hombre, las peculiaridades de sus relaciones, contactos y situaciones vitales personales; asimismo sigue existiendo porque conservan su carácter irrepetible sus peculiaridades como ser corporal y también las condiciones exteriores concretas, que no pueden ser idénticas para todos.

No desaparece –ni puede desaparecer– la falta de coincidencia, que se reproduce permanentemente, de los sentidos personales portadores de la intencionalidad y parcialidad de la conciencia del sujeto y los significados que le son “indiferentes” y por medio de los cuales esos sentidos sólo pueden expresarse. Es por eso que el movimiento interno del sistema desarrollado de la conciencia individual está pleno de dramatismo. Es creado por los sentidos que no pueden “manifestarse” en significados adecuados; por los significados carentes de su propia base vital, y por eso a veces dolorosamente desprestigiados en la conciencia del sujeto; es creado, por último, por la existencia de motivos-fines que son conflictivos entre sí.

No es necesario repetir que este movimiento interno de la conciencia individual es generado por el movimiento de la actividad objetivada del hombre, que tras su dramatismo se oculta el dramatismo de su vida real, que por ello es imposible una psicología científica de la conciencia que esté al margen de la investigación de la actividad del sujeto, de las formas de su existencia directa.

Como conclusión no puedo dejar de referirme aquí a los problemas de la denominada “psicología vital”, *psicología de las vivencias* que, en los últimos tiempos, vuelve a ser discutida en nuestra bibliografía.⁸¹ De lo expuesto se infiere directamente que aunque la psicología científica no debe excluir de su campo visual el mundo interior del hombre, el estudio de éste no puede ser separado de la investigación de la actividad y no constituye una corriente especial de la investigación psicológica científica. Lo que llamamos vivencias interiores son fenómenos que surgen en la superficie del sistema de la conciencia, formas en las cuales la conciencia aparece para el sujeto en su inmediatez, Por eso las vivencias en sí del interés o el odio, de la atracción o los remordimientos aún no descubren al sujeto su naturaleza; a pesar de que parecen fuerzas interiores impulsoras de su actividad, su función real sólo consiste en conducir al sujeto hacia su auténtico origen, en que previenen sobre el sentido personal de los acontecimientos que ocurren en su vida, como si lo obligaran a detener por

⁸¹ Véase *Problemas de psicología*, 1971, núms. 4, 5; 1972, núms. 1, 2, 3, 4.

un instante el curso de su actividad, a escrutar los valores vitales que se han conformado en él para encontrarse en éstos o quizá para revisarlos.

De tal modo, la conciencia del hombre, como su actividad misma, no es aditiva. No es un plano, ni siquiera es un volumen repleto de imágenes y procesos. Tampoco es un nexo de algunas “unidades” suyas, sino un movimiento interno de sus efectores, incluido en el movimiento general de la actividad que realiza la vida real del individuo en la sociedad. La actividad del hombre es lo que constituye la sustancia de su conciencia.

El análisis psicológico de la actividad y la conciencia sólo revela sus cualidades sistémicas generales y –claro está– se abstrae de las características de los procesos psíquicos especiales, o sea, de los procesos de la percepción y el pensamiento, de la memoria y el aprendizaje, de la comunicación verbal. Pero estos procesos existen únicamente dentro de las relaciones del sistema que hemos descrito en unos u otros de sus niveles. Por eso, aunque las investigaciones de estos procesos implican una tarea específica, no son en modo alguno independientes de cómo se resuelven los problemas de la actividad y la conciencia, pues es esto lo que determina su metodología.

Y, por último, lo más importante. El análisis de la actividad y de la conciencia individual parte, por supuesto, de la existencia de un sujeto corporal real. Empero, inicialmente, es decir, hasta y fuera de este análisis, el sujeto aparece sólo como una abstracción, como una entidad “no completada” en el sentido psicológico. Sólo como resultado del camino recorrido por la investigación, el sujeto se descubre a sí mismo como personalidad también en lo psicológico concreto. Al propio tiempo, se pone de manifiesto que el análisis de la conciencia individual, a su vez, no puede dejar de recurrir a la categoría de personalidad. Por eso fue preciso introducir en este análisis conceptos tales como “parcialidad de la conciencia” y “sentido personal” en los que subyace el problema siguiente, aún no abordado: *el problema de la investigación psicológica sistemática de la personalidad.*

Capítulo V

ACTIVIDAD Y PERSONALIDAD

1. La personalidad como objeto de la investigación psicológica

A fin de superar el esquema bipolar imperante en psicología era preciso separar ante todo el “eslabón medio” que mediatiza los vínculos del sujeto con el mundo real. Por ese motivo comenzamos con el análisis de la actividad, de su estructura general. No obstante, de inmediato se puso de relieve que en determinada actividad hace falta introducir el concepto de su objeto, que la actividad por su propia naturaleza es *objetivada*.

Otra cuestión es el concepto sujeto de la actividad. Inicialmente, es decir, antes de llegar a explicar los momentos fundamentales que integran el proceso de la actividad, el sujeto parece quedar al margen de la investigación. Sólo se da como prerequisite de la actividad, como condición de ésta. Pero el análisis posterior del movimiento de la actividad y de las formas del reflejo psíquico que ella engendra hace necesario incorporar el concepto de sujeto concreto, de la personalidad como *momento interno de la actividad*. La categoría de actividad se despliega ahora en su auténtica plenitud, como abarcadora de ambos polos: el polo del objeto y el polo del sujeto.

El estudio de la personalidad como aspecto de la actividad y producto suyo constituye un problema especial, si bien no aislado, de la psicología. Y es uno de los más complejos. Ya aparecen serias dificultades cuando se intenta aclarar cuál es la realidad que se describe en psicología científica con el término “personalidad”.

La personalidad no es solamente tema de estudio para la psicología, sino también para la filosofía, para el conocimiento histórico-social; por último, en cierto nivel del análisis, la personalidad aparece desde el ángulo de sus particularidades innatas, biológicas, como objeto de la antropología, la somatología y la genética del hombre. Intuitivamente comprendemos bastante bien dónde está aquí la diferencia. Sin embargo, en las teorías psicológicas de la personalidad siempre surgen burdas confusiones y oposiciones infundadas entre estas maneras de enfocar la investigación de la personalidad.

Sólo unas pocas tesis generales sobre la personalidad son aceptadas, con algunas salvedades, por todos los autores. Una de ellas reside en que la personalidad es cierta unidad irrepetible, cierta integridad. Otra de esas tesis consiste en reconocer por personalidad el papel de una instancia integradora superior que dirige los procesos psíquicos (James denominó a la personalidad el “amo” de las funciones psíquicas, G. Allport, la “determinante de las conductas y pensamientos”). Pero los intentos de una interpretación ulterior de estas proposiciones produjeron en psicología una serie de ideas falsas que tergiversaron el problema de la personalidad.

Ante todo, se trata de la idea que opone la “psicología de la personalidad” a la psicología que estudia los procesos concretos (funciones psíquicas). Una de las tentativas de superar esta oposición se manifiesta en la exigencia de convertir a la personalidad en “punto de partida para explicar cualquier fenómeno psíquico”, en “centro partiendo del cual, y sólo así, es posible resolver todos los problemas de la psicología”, de modo que desaparezca la necesidad de una parte especial de la psicología, la psicología de la personalidad.⁸² Se puede estar de acuerdo con esta exigencia, pero únicamente en el caso de que se vea en ella nada más que la expresión de un pensamiento muy general que se abstrae de las tareas y métodos concretos de la investigación psicológica. A pesar de todo el poder de convicción que posee el viejo aforismo: “no piensa el pensamiento, sino el hombre”, esta exigencia es metodológicamente ingenua, por la sencilla razón de que el sujeto, hasta llegar al estudio analítico de sus manifestaciones vitales superiores, aparece inevitablemente como abstracción, como una entidad “no completada” o bien como “yo” metapsicológico (*persone*) que posee desde un comienzo disposiciones o fines insertos en él. Esto último, como se sabe, es postulado por todas las teorías personalísticas. Además, es indiferente si se examina la personalidad desde posiciones biologizantes, orgánicas, o como un principio meramente espiritual, o por fin, como cierta “neutralidad psicofisiológica”.⁸³

⁸² Véase E. V. Shorjova, “Algunos problemas metodológicos de la psicología”. *Problemas de la personalidad. Materiales de un simposio*, t. I, Moscú, 1969, págs. 29-30. S. L. Rubinstein plantea de un modo distinto este problema: convertir –dice– al aspecto personal en el único significa cerrarse el camino para la investigación de las regularidades de la actividad psíquica. (Véase S. L. Rubinstein: *Problemas de psicología general*. Moscú, 1973, pág. 248.)

⁸³ En la psicología moderna, las posiciones personalistas se están desarrollando en muy diversas corrientes, incluso socioantropológicas (véase por ejemplo, A. Maslow, *Motivation and Personality*. New York, 1954).

Por otra parte, la exigencia de un “enfoque personal” en psicología se entiende a veces en el sentido de que cuando se estudian algunos procesos psíquicos, la atención del investigador debe concentrarse ante todo en las peculiaridades individuales. Pero esto no resuelve para nada el problema, puesto que *a priori* no podemos juzgar cuáles de estas peculiaridades caracterizan a la personalidad y cuáles no. ¿Quedan incluidas en la caracterización psicológica de la personalidad, por ejemplo, la velocidad de las reacciones del hombre, la capacidad de retención de su memoria o su habilidad para escribir a máquina?

Uno de los modos de soslayar esta cuestión capital de la teoría psicológica consiste en entender por el concepto personalidad al hombre en su totalidad empírica. La psicología de la personalidad se convierte, de esa manera, en un tipo especial de antropología que lo incluye todo: desde la investigación de las propiedades de los procesos metabólicos hasta la investigación de las diferencias individuales en ciertas funciones psíquicas.⁸⁴

Por cierto que el enfoque complejo del hombre es no sólo posible, sino necesario. El estudio complejo del hombre (“del factor humano”) ha adquirido ahora una importancia primordial, pero esta circunstancia es la que plantea el problema psicológico de la personalidad como una cuestión especial. Ningún sistema de conocimientos sobre un objeto total nos brinda su verdadera comprensión si falta en él una de sus características específicas esenciales. Eso ocurre con el estudio del hombre: la investigación psicológica del mismo como personalidad no puede ser compensada por un conjunto de datos morfológicos, fisiológicos y psicofuncionales confrontados entre sí. Diluyéndose en ellos, la personalidad, en última instancia, queda reducida, bien a una noción biológica, o bien a una idea sociológica abstracta, culturoológica sobre el hombre.

El verdadero escollo en la investigación de la personalidad sigue siendo hasta ahora la correlación entre la psicología general y la diferencial. La mayoría de los autores elige la corriente psicológica diferencial. A partir de Galton y Spearman esta corriente se limitaba al principio a la investigación de las capacidades mentales, y más tarde abarcó el estudio de la personalidad en su conjunto. Ya Spearman extendió la idea de los factores a los rasgos de la voluntad y la afectividad, separando del factor común

⁸⁴ Véase, por ejemplo, B. G. Anániev, *El hombre como objeto del conocimiento*. Leningrad, 1968.

“g”, el factor “s”.⁸⁵ Cattell dio los pasos posteriores, proponiendo un modelo multidimensional y jerárquico de los factores (rasgos) de la personalidad, entre los cuales se contemplan algunos como la estabilidad emocional, el carácter expansivo, la seguridad en sí mismo.⁸⁶

El método de investigación desarrollado por esta corriente consiste, como se sabe, en estudiar los vínculos estadísticos entre los distintos rasgos de la personalidad (sus propiedades, capacidades o conductas) que son puestos de manifiesto por medio de tests. Los vínculos correlativos* que se establecen entre esos rasgos son los que sirven de base para delimitar hipotéticos factores y “superfactores” que condicionan estos vínculos. Tales son, por ejemplo, los factores de introversión y neurotismo, que forman, según Eysenck, la cumbre de la estructura jerárquica factorial, que él identifica con un tipo psicológico de personalidad.⁸⁷ De tal modo que tras el concepto de personalidad aparece algo “general” que se diferencia mediante unos u otros procedimientos de elaboración estadística de rasgos cuantitativamente expresados, seleccionados, también según criterios estadísticos. Por eso, a pesar de que en la base de la caracterización de este algo “general” subyacen datos empíricos, con todo sigue siendo, en esencia, metapsicológico, le es innecesaria la explicación psicológica. Si se emprenden tentativas de explicarlo, se encauzan hacia la búsqueda de las correspondientes correlaciones morfofisiológicas (tipos de actividad nerviosa superior de Pavlov, constituciones de Kretschmer-Sheldon, variables de Eysenck), lo que nos hace retornar a las teorías organicistas.

Lo característico de esta corriente es el empirismo, y en realidad no puede dar más. El estudio de las correlaciones y el análisis de los factores se ocupan de las variaciones de rasgos que son diferenciados sólo por cuanto se expresan en diferencias individuales o grupales accesibles a la medición. Los correspondientes datos cuantitativos, ya se refieran a la velocidad de reacción, a la estructura del esqueleto, a las particularidades de la esfera vegetativa o al número y carácter de las imágenes que producen los investigados al observar manchas de tinta, se someten a elaboración prescindiendo de cuál es la relación existente entre los rasgos medidos y las peculiaridades que caracterizan *esencialmente* la personalidad humana.

⁸⁵ H. Eysenck, *Dimension of Personality*. London, 1947.

⁸⁶ R. B. Cattell, *Personality*. New York, 1950

⁸⁷ H. Eysenck, *The Structure of Personality*. London, 1980

Lo dicho no implica en absoluto, por cierto, que en la psicología de la personalidad sea imposible en general aplicar el método de las correlaciones. Se trata de otra cosa: de que *por sí solo* el método de la correlación de un conjunto empírico de propiedades individuales es aún insuficiente para revelar la personalidad en el sentido psicológico, ya que la diferenciación de estas propiedades necesita fundamentos que no pueden ser derivados de ellas mismas.

La tarea de encontrar estos fundamentos surge en cuanto renunciamos a concebir la personalidad como algo total, que abarca el conjunto de *todas* las peculiaridades del hombre, “desde las opiniones políticas hasta la digestión de la comida”.⁸⁸

Del hecho de que las propiedades y peculiaridades del hombre sean múltiples no se infiere de ningún modo que la teoría psicológica de la personalidad debe tender a abarcarlas globalmente. El hombre como un todo empírico manifiesta sus propiedades en todas las formas de interacción en las que interviene. Si cae desde la ventana de un edificio de varios pisos pone de manifiesto, por supuesto, las propiedades que le son inherentes como cuerpo físico que posee masa, volumen, etc.; es posible que al golpearse en la calzada quede mutilado o muera, y también en este caso se revelarán sus propiedades, es decir, las propiedades de su morfología. Sin embargo, a nadie se le ocurrirá incluir semejantes propiedades en la caracterización de la personalidad, por más confiables que sean los vínculos establecidos por la estadística entre el peso del cuerpo o las características individuales del esqueleto y, digamos, la memoria de cifras.⁸⁹

Cuando en la vida cotidiana damos la caracterización de la personalidad de un hombre, incluimos en ella sin vacilaciones rasgos tales como, por ejemplo, la fuerza de voluntad (“una personalidad fuerte”, “un hombre de carácter débil”), la relación con la gente (“bondadoso”, “indiferente”), etc., pero por lo común no consideramos que sean peculiaridades personales la forma de los ojos o la habilidad de calcular en el ábaco; y lo hacemos sin emplear ningún criterio racional para diferenciar las peculiaridades “personales” y “no-personales”.

⁸⁸ R. B. Cattell, *Personality*.

⁸⁹ Véase *Problemas de la personalidad. Materiales de un simposio*. Moscú. 1969, t I, p. 117.

Si seguimos el camino de seleccionar y comparar algunas peculiaridades psíquicas y de otro tipo, ese criterio en general no puede ser encontrado. Lo que ocurre es que *las mismas peculiaridades del hombre pueden estar en una relación diversa con su personalidad*. En un caso, pueden resultar indiferentes, en otro esos mismos rasgos integran de un modo esencial la caracterización de su personalidad.

Esta última circunstancia hace especialmente evidente que, contra opiniones muy difundidas, ninguna investigación empírica diferencial pueda dar solución al problema psicológico de la personalidad; que, por el contrario, la propia investigación diferencial sólo es posible si se basa en la teoría psicológica general de la personalidad. En los hechos la situación es la siguiente: tras cualquier investigación psicológica diferencial de la personalidad –testológica o clínica– siempre se halla una u otra concepción teórica general, esté o no claramente expresada.

A pesar de la aparente mescolanza e incluso de la mutua incompatibilidad entre las modernas teorías psicológicas de la personalidad, la mayoría de ellas conserva el esquema bipolar de análisis –característico de la psicología premarxista y no marxista– sobre cuya inconsistencia ya he hablado: Ahora este esquema adopta un nuevo aspecto, o sea, el de la teoría de los dos factores que forman la personalidad: la *herencia* y el *medio*. Cualquiera que sea el rasgo del hombre que encaremos, sé explica –según esta teoría– por un lado, por la acción de la herencia (los instintos, inclinaciones, capacidades e incluso categorías *a priori* insertas en el genotipo); por otro lado, por la influencia del medio exterior (natural y social: lenguaje, cultura, aprendizaje, etc.). Desde el punto de vista del *sentido común*; en realidad no se puede proponer otra explicación. Pero el habitual *sentido común* –según una sagaz observación de Engels– muy respetable compañero en la vida doméstica, sufre; las más asombrosas vicisitudes en cuánto se atreve a irrumpir en el ámbito de la investigación.

La aparente insuperabilidad de la teoría de los dos factores hace que las discusiones se realicen sobre todo en torno de la significación de estos dos factores: unos insisten en qué el principal determinante es la herencia y que el medio exterior, las influencias sociales condicionan sólo las posibilidades y formas en las que se manifiesta ese programa con el cual nace el hombre; otros deducen las particularidades más importantes de la personalidad directamente de las características del medio social, de las “matrices socio-culturales”. Empero, a pesar de todo lo que diferencia en el sentido ideológico y político a las ideas enunciadas, todas ellas se

mantienen en la posición de la doble determinación de la personalidad, por cuanto la sola ignorancia de uno de los factores mencionados significaría refutar la influencia empíricamente demostrable de ambos.⁹⁰

Las ideas sobre la correlación del factor biológico y el social como un simple cruzamiento o división de la psiquis del hombre en una endosfera y una exosfera coexistentes, fueron sustituidas por nociones más complejas. Surgieron a raíz de que el movimiento del análisis pareció invertirse: lo principal pasó a ser el problema de la estructura interna de la personalidad misma, incluidos sus niveles y sus correlaciones. Así surgió la idea de la correlación entre lo consciente y lo inconsciente que caracteriza a la personalidad, desarrollada por S. Freud. La “libido”, que él destacara, constituye no sólo el origen bioenergético de la actividad, sino también una instancia especial en la personalidad, o sea, el “ello” (*id*), que se contrapone al “yo” (ego) y al “super-yo” (*super-ego*); los vínculos genéticos y funcionales entre estas instancias, que se efectúan por medio de mecanismos especiales (represiones, censuras, simbolizaciones, sublimaciones), son los que forman la estructura de la personalidad.

No es preciso entrar aquí a hacer una crítica del freudismo ni de los puntos de vista de Adler, Jung y sus continuadores contemporáneos. Es a todas luces evidente que estos puntos de vista no sólo distan de superar la teoría de los dos factores, sino que, por el contrario la acentúan, convirtiendo la idea de su convergencia, en el sentido que le daba W. Stern o J. Dewey, en la idea de la *confrontación* entre ellos.

Otra corriente en la cual se desarrolló el enfoque de la personalidad desde el ángulo de su estructura interna está representada por las concepciones cultural-antropológicas. Partían de los datos etnológicos que mostraban que las peculiaridades psíquicas esenciales están determinadas por las diferencias no en la *naturaleza* humana, sino en la *cultura* humana; que, por ende, el sistema de la personalidad no es otra cosa que el sistema individualizado de la cultura en el cual se inserta el hombre durante el proceso de su “culturalización”. Es preciso decir que en este sentido se aportaron multitud de observaciones, comenzando por los conocidos trabajos de M. Mead, quien mostró, por ejemplo, que incluso un fenómeno

⁹⁰ La *Teoría de los dos factores* en esta forma descamada, llamémosla así, no hubiese merecido atención, si no le atribuyeran a veces un “carácter dialéctico”. “El hombre –leemos en el libro ya citado–, es una unidad dialéctica de lo natural y lo social. Todo en él, siendo derivado de dos factores (el social y el biológico.) debe llevar su impronta, sólo .que en mayor grado uno y en menor otro, dependiendo del .contenido del fenómeno psíquico”. (*Problemas de la personalidad. Materiales de un simposio*, págs. 76-77).

tan constante como la crisis psíquica de la adolescencia no puede ser explicado por la aparición de la madurez sexual, puesto que en algunas culturas no existe esta crisis.⁹¹ Se tomaron argumentos también de investigaciones hechas en personas trasladadas de pronto a un nuevo entorno cultural, y, por último, de investigaciones experimentales con fenómenos tan especiales como la influencia de los objetos predominantes en una cultura dada sobre el resultado de la lucha de los campos visuales, etcétera ⁹².

La significación de las interpretaciones cultural-antropológicas de la personalidad es, sin embargo, ilusoria para la psicología: inevitablemente llevan al *antipsicologismo*. Ya en la década del 40, Linton indicó que en este punto surgía una dificultad consistente en que la cultura existe realmente sólo en su forma conceptualizada como “*construct*” generalizada. Sus portadores son, por supuesto, hombres concretos, cada uno de los cuales la asimila en parte; en ellos la cultura se personifica e individualiza, pero, a la vez, no forma en el hombre *lo personal*, sino, por el contrario lo que es impersonal en él, como por ejemplo, el lenguaje común, los conocimientos, los prejuicios difundidos en ese medio social, las modas, etc.⁹³ Por eso para la psicología de la personalidad, la significación del concepto generalizado (*construct*) de la cultura es –según la expresión de Allport– “engañosa”.⁹⁴

Al psicólogo le interesa el individuo como personalidad, y la personalidad no es simplemente una copia, una personificación parcial de determinada cultura. Y aunque ésta existe precisamente en sus personificaciones, constituye objeto de estudio de la historia y de la sociología, pero no de la psicología.

Las teorías culturalistas introducen a este respecto una diferenciación de la personalidad propiamente dicha como producto de la adaptación individual a las situaciones externas, y de su “base” común, o *arquetipo*, que se pone de manifiesto en el hombre desde la infancia bajo la influencia de rasgos propios de la raza, el grupo étnico, la nacionalidad, la clase social. La introducción de esta diferenciación, sin embargo, nada resuelve, porque la formación del arquetipo en sí requiere una explicación ulterior y admite diversas interpretaciones, en particular de tipo psicoanalítico. A la vez, el

⁹¹ Margaret Mead, *Coming in Age Samoa*. New York, 1963.

⁹² Y. W. Bagby, “A Cross-cultural Predinance of Perceptual Binocular Rivalry”. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1957, vol. 54, págs. 331-344.

⁹³ R. Linton, *The Cultural Background of Personality*. New York, 1945.

⁹⁴ G. Allport, *Pattern and growth in Personality*. New York, 1961.

esquema general de “los dos factores” es conservado, aunque de un modo algo distinto. El concepto de genotipo (carácter hereditario) se hace ahora más complejo con la introducción del concepto de personalidad básica, de arquetipo o de actitudes primarias, en tanto que al concepto de medio externo se le incorporan los conceptos de *situación* y *rol*. Este último casi se ha convertido hoy en el eje de la psicología social de la personalidad.

Según una definición ampliamente difundida, el “rol” es el programa que responde a la conducta que se espera de un hombre que ocupa determinado lugar en la estructura de cierto grupo social, es un modo estructurado de su participación en la vida de la sociedad. La personalidad no es otra cosa que un sistema de “roles” asimilados (internalizados). En el grupo social formado por la familia se habla del “rol” de hijo, de padre, etc.; en el trabajo, del “rol” de médico o de maestro, por ejemplo. En situaciones indefinidas también surge el “rol”, sólo que en este caso en él se manifiestan mucho más los rasgos del arquetipo y de la experiencia individual adquirida. Cada uno de nosotros asume, por cierto, unas u otras funciones sociales (por ejemplo, profesionales) y en tal sentido asume “roles”. Pero la idea de reducir directamente la personalidad al conjunto de “roles” que desempeña el hombre es —a pesar de todas las salvedades que hacen los adeptos de esta idea— una de las más raras. Por supuesto, el niño asimila cómo debe comportarse con su madre, por ejemplo, que debe obedecerla, y la obedece, ¿pero acaso se puede decir que en este caso desempeña el *rol* de hijo o de hija? Es igualmente absurdo hablar, por ejemplo, del “rol” de investigador polar “aceptado” por Nansen. Acotemos que para él esto no es un “rol”, sino una *misión*. A veces el hombre en verdad desempeña uno u otro rol, pero éste en todos modos sigue siendo para él sólo un “rol”, independientemente del grado en que esté internalizado. El “rol” no es la personalidad, sino más bien una representación tras la cual ésta se oculta. Utilizando la terminología de P. Janet, el concepto de rol no corresponde al concepto de personalidad (*personnalité*), sino al de personaje (*personnage*).⁹⁵

Las principales objeciones contra las teorías de los “roles” no son las que se encauzan hacia la crítica de una u otra concepción del lugar atribuible a los roles en la estructura de la personalidad, sino aquellas que se orientan contra la propia idea que vincula a la personalidad con una conducta programada (Gunderson), incluso cuando el programa de conducta

⁹⁵ P. Janet, *L'évolution psychologique de la personnalité*. París, 1929; G. Berger, *Caractere et personnalité*. PUF, 1959, págs. 69-71.

establece su automodificación y la creación de nuevos programas y subprogramas.⁹⁶ ¿Qué diría usted –pregunta el autor citado– si se enterase de que “ella” sólo desempeña con maestría un rol ante usted?

El destino de la concepción de los roles es el mismo que el de otras concepciones “sociológicas”, cultural-antropológicas, que permanecen prisioneras de la teoría de los dos factores: para salvar lo psicológico en la personalidad se ve obligada a apelar al temperamento y las capacidades preestablecidas en el genotipo del individuo, y así retornamos a la falsa cuestión de qué es lo fundamental, las particularidades genotípicas del hombre o las influencias del medio social. Mas aun, nos previenen contra el peligro de cualquier unilateralidad. Lo mejor, nos dicen, es conservar en la solución de este problema un “equilibrio racional”.⁹⁷

Así, en los hechos, la sabiduría metodológica de estas concepciones se reduce a la fórmula del eclecticismo vulgar: “y esto y lo otro”, “por una parte, por otra parte”. Desde las posiciones de esta sabiduría se enjuicia también a los psicólogos marxistas: se los supone culpables (¡junto con los defensores de la culturología!) de subestimar *lo interior* en la personalidad, su “estructura interna”.⁹⁸

Es comprensible que enunciados de este tipo sólo pueden surgir como resultado de absurdos intentos destinados a encasillar las nociones que el marxismo da sobre la personalidad en esquemas conceptuales que le son profundamente ajenos.

Lo que sucede es que no se trata en absoluto de comprobar que el hombre es un ser *tanto* natural *como* social. Esta tesis indiscutible indica sólo las diversas cualidades sistémicas que manifiesta el hombre y nada dice sobre la esencia de su personalidad, sobre qué la engendra. Y es aquí donde está el quid de la tarea científica, tarea que requiere concebir la personalidad como una nueva formación psicológica que se va conformando en medio de las relaciones vitales del individuo, como fruto de la transformación de su actividad. Pero para esto es preciso desechar de entrada la idea de que la personalidad es un producto de la acción conjunta de diferentes fuerzas, una de las cuales está oculta, como en un saco, “bajo la superficie de la piel” del hombre (¡qué no habrán metido en

⁹⁶ K. J. Gunderson, “Robot, Consciousness and Programmed Behavior”. *The British Journal for Philosophy of Science*, 1968, vol. 19, núm. 2.

⁹⁷ G. Allport, *Pattern and Growth in Personality*, pág. 194.

⁹⁸ *Ibid.*, pág. 194. Entre las corrientes que se caracterizan por un reduccionismo sociológico señala a la psicología soviética y a J. Piaget (*Psicología experimental*. Bajo la redacción de P. Freiss y J. Piaget, fasc. I y II, Moscú, 1966, pág. 172).

ese costall, en tanto que la otra se halla en el medio exterior (sea cual fuere el modo en que enfoquemos esta fuerza: como la fuerza de influencia de situaciones estímulos, matrices culturales o “expectativas” sociales). Pues ningún tipo de desarrollo puede ser deducido directamente sólo de aquello que constituye sus premisas necesarias, por más en detalle que las describamos. El método dialéctico marxista exige seguir adelante e investigar el desarrollo como proceso de “automovimiento”, es decir, estudiar sus relaciones motrices *internas*, contradicciones y transiciones mutuas, por cuanto sus premisas aparecen como trasformándose en él mismo, como sus propios momentos.

Este enfoque nos conduce necesariamente a la tesis sobre la esencia histórico-social de la personalidad, tesis que implica que la personalidad surge por primera vez en la sociedad, que el hombre entra en la historia (y el niño entra en la vida) sólo como individuo dotado de determinadas propiedades y capacidades innatas y que sólo se convierte en personalidad como sujeto de las relaciones sociales. Dicho de otro modo, a diferencia del individuo, la personalidad del hombre no es algo preexistente en ningún sentido con respecto a su actividad, lo mismo que su conciencia, su personalidad *es engendrada* por ella. La investigación del proceso de nacimiento y transformación de la personalidad del hombre en su actividad –que transcurre en condiciones sociales concretas– es la clave para llegar a su concepción psicológica auténticamente científica.

2. Individuo y personalidad

Al estudiar un tipo especial de procesos vitales, la psicología científica los examina forzosamente como manifestaciones de la vida de un sujeto material. En tales casos, cuando se trata de un sujeto aislado (y no de una especie, ni de una comunidad o sociedad) decimos ejemplar o si deseamos subrayar también sus diferencias respecto de otros representantes de la especie, *individuo*.

El concepto de “individuo” expresa la indivisibilidad, integridad y particularidad de un sujeto concreto, las cuales surgen va en los primeros peldaños del desarrollo de la vida. El individuo como integridad es un producto de la evolución biológica en cuyo trascurso se opera no sólo el proceso de diferenciación de órganos y funciones, sino también de su integración, de su “ajuste” recíproco. El proceso de ese ajuste interno es bien conocido: fue observado por Darwin y descrito en términos de

adaptación correlativa por Cuvier, Plate, Osborne y otros. A. N. Severtsov en su “hipótesis de la correlación” subrayó en especial la función de los cambios correlativos secundarios de los organismos, que crean la integridad de su organización.

El individuo es ante todo una formación genotípica. Pero el individuo no es sólo eso, su formación continúa –como es sabido– en la ontogénesis, durante el curso de la vida. Por eso, en la caracterización del individuo se incluyen también las propiedades y la integración de las mismas que se forman ontogenéticamente. Se trata de las “aleaciones” que se producen entre las reacciones congénitas y las adquiridas, de la modificación en el contenido objetivo de las necesidades, de las dominantes de conducta que se han formado. La norma más común reside, en este caso, en que cuanto más nos elevamos en la escala de la evolución biológica, más complejas se tornan las manifestaciones vitales de los individuos y su organización, más claras se vuelven las diferencias entre sus peculiaridades innatas y las adquiridas, tanto más –valga la expresión– los individuos se van individualizando.

Así el concepto de individuo se basa en la indivisibilidad, la integridad del sujeto y la presencia de las particularidades que le son propias. Siendo un producto del desarrollo filo y ontogenético en determinadas condiciones externas, el individuo, no obstante, no es en absoluto un mero “calco” de esas condiciones; es justamente un producto del desarrollo de la *vida*, de la interacción con el medio y no del medio tomado en sí mismo.

Todo esto es bastante conocido y, si a pesar de eso, he comenzado por el concepto de individuo es sólo porque en psicología se lo emplea con un significado tan amplio que induce a no distinguir las peculiaridades del hombre como individuo y sus peculiaridades como personalidad. Pero precisamente su distinción nítida, y la consiguiente distinción que subyace en los conceptos de “individuo” y “personalidad”, constituye una premisa inexcusable para el análisis psicológico de la personalidad.

Nuestro idioma refleja con acierto la no coincidencia de estos dos conceptos: usamos la palabra *personalidad* sólo con respecto al hombre y, por lo demás, a partir de cierta etapa de su desarrollo. No decimos la “personalidad de un animal” o la “personalidad de un neonato”. Pero nadie encuentra dificultad en referirse a un neonato o un animal como individuos, en hablar de sus rasgos individuales (un animal excitable, tranquilo, agresivo, etc.; lo mismo, por supuesto, es válido para un recién nacido). No

hablamos en serio de la personalidad ni de un niño de dos años, aunque éste manifiesta no sólo sus peculiaridades genotípicas, sino una gran cantidad de peculiaridades adquiridas bajo la influencia del entorno social; dicho sea de paso, esta circunstancia atestigua una vez más en contra de la concepción de la personalidad como producto del entrecruzamiento de los factores biológico y social. Es curioso, que en psicopatología se describan casos de desdoblamiento de la personalidad, cosa que no es, ni mucho menos, una expresión figurada; pero ningún proceso patológico puede hacer que se desdoble el individuo: un individuo desdoblado, “dividido” es un absurdo, un contrasentido.

El concepto de personalidad, lo mismo que el concepto de individuo, expresa la integridad del sujeto de la vida; la personalidad no se reduce a trocitos, no es un “polipero”. Pero la personalidad constituye una formación integral de un tipo especial. No es una integridad condicionada de modo genotípico: la personalidad no nace, la personalidad se *hace*. Es por eso que tampoco hablamos sobre la personalidad de un neonato o un lactante, aunque los rasgos de la individualidad se ponen de manifiesto en los estadios tempranos de la ontogénesis con claridad no menor que en las etapas más tardías. *La personalidad es un producto relativamente avanzado del desarrollo histórico-social y ontogenético del hombre.* Sobre este tema ha escrito, en particular, S. L. Rubinstein.⁹⁹

Esta tesis puede ser, no obstante, interpretada de distinta forma. Una de sus posibles interpretaciones sería la siguiente: el individuo de nacimiento –si podemos expresarnos así– no es todavía un individuo “completo” y al comienzo muchos de sus rasgos están dados sólo virtualmente, como posibilidad; el proceso de su formación continúa en el curso del desarrollo ontogenético hasta que se despliegan en él todas sus particularidades, formando una estructura relativamente estable; la personalidad sería el resultado del proceso de maduración de los rasgos genotípicos bajo la influencia de las acciones del medio social. Es esta la interpretación que han adoptado en una u otra forma la mayoría de las concepciones modernas.

Otro modo de entender la cuestión consiste en afirmar que la formación de la personalidad es un proceso *sui generis* que no coincide en forma directa con el proceso de modificación de las propiedades innatas durante la vida del individuo, en el trascurso de su adaptación al medio exterior. El hombre, como ser natural, es un individuo que posee determinada

⁹⁹ Véase S. L. Rubinstein, *Fundamentos de psicología general*. Moscú, 1940, pp.. 515-516.

constitución física, un tipo de sistema nervioso, un temperamento, las fuerzas dinámicas propias de las necesidades biológicas, una afectividad y muchos otros rasgos que, en el curso del desarrollo ontogenético en parte se van desarrollando, en parte se reprimen, en suma, cambian de diversas maneras. Sin embargo, no es el cambio de esas propiedades innatas del hombre lo que engendra su personalidad.

La personalidad es una formación humana especial que no puede ser inferida de su actividad adaptativa como tampoco pueden ser inferidas de la personalidad la conciencia o las necesidades humanas. Según sea la conciencia del hombre, tales serán sus necesidades (Marx dice: *producción* de la conciencia, *producción* de las necesidades); también la personalidad del hombre “es producida”, o sea, es creada por las relaciones sociales que entabla el individuo en su actividad. El hecho de que, al mismo tiempo, se vayan transformando y cambiando también algunas de sus peculiaridades como individuo no constituye la causa, sino la consecuencia de la formación de su personalidad.

Podemos expresarlo de otra manera: las peculiaridades que caracterizan una unidad (el individuo) no pasan simplemente a ser peculiaridades de otra unidad, de otra formación (la personalidad), de modo tal que las primeras quedan eliminadas; se conservan, pero precisamente como peculiaridades del individuo. Por ejemplo, las particularidades de la actividad nerviosa superior del individuo no se convierten en peculiaridades de su personalidad ni la definen. Aunque el funcionamiento del sistema nervioso es, por cierto, una premisa necesaria para el desarrollo de la personalidad, su tipo no constituye en modo alguno el “andamiaje” sobre el cual ella “se construye”. La fuerza o debilidad de los procesos nerviosos, su equilibrio, etc., se manifiestan sólo a nivel de los mecanismos mediante los cuales se lleva a cabo el sistema de relaciones del individuo con el mundo. Es esto lo que determina la diversidad de su papel en la formación de la personalidad.

Para enfatizar lo dicho, me permitiré una digresión. Cuando se aborda el tema de la personalidad, habitualmente asociamos su caracterización psicológica con el sustrato más cercano –por así decirlo– de la psiquis: los procesos nerviosos centrales. Imaginemos, empero, el siguiente caso: un niño tiene luxaciones congénitas de la articulación ilíaca que lo condenan a la cojera. Esa grosera peculiaridad anatómica dista mucho de pertenecer al tipo de particularidades que se adjudican a la personalidad (a lo que se denomina su “estructura”) sin embargo, su importancia para la formación

de la personalidad es incomparablemente mayor que, por ejemplo, un tipo débil de sistema nervioso. Pensemos sólo cómo los niños de su edad corren por el patio tras la pelota, mientras que el pequeño cojo se mantiene apartado; luego, cuando sea mayor y llegue la época de los bailes no le quedará más remedio que “sostener la pared”. ¿Cómo se formará en tales condiciones su personalidad? Es imposible predecirlo, y es imposible justamente porque incluso una peculiaridad tan notoria del individuo no determina en un único sentido su formación como personalidad. *Por sí sola* no puede producir, digamos, un complejo de inferioridad, insociabilidad, o, por el contrario, una actitud de consideración afectuosa hacia la gente, y, en general, ninguna peculiaridad específicamente psíquica del hombre como personalidad. La paradoja radica en que las premisas del desarrollo de la personalidad son, por su propia esencia, impersonales.

La personalidad, lo mismo que el individuo, es un producto de la integración de los procesos que hacen realidad las relaciones vitales del sujeto. No obstante, esa formación especial que denominamos personalidad posee una diferencia fundamental. Es determinada por la naturaleza de las propias relaciones que la engendran: se trata de las relaciones sociales específicas del hombre, en las que éste entra en su actividad objetivada. Como ya lo hemos visto, a pesar de la diversidad de sus tipos y formas, todas ellas se caracterizan por una estructura interna que les es común y que suponen su regulación conciente, es decir, la presencia de la conciencia y, en determinadas etapas del desarrollo también de la autoconciencia del sujeto.

Al igual que estas actividades, el proceso de su unificación –surgimiento, desarrollo y disolución de los vínculos entre ellas– es un proceso de un tipo especial, subordinado a leyes especiales.

El estudio del proceso de unificación, de vinculación de las actividades del sujeto, como resultado del cual se va formando su personalidad representa una tarea primordial para la investigación psicológica. Pero no es posible resolverla dentro de los límites de la psicología subjetivo-empírica, ni de las corrientes psicológicas conductistas o “profundas”, incluidas sus variantes más modernas. Esta tarea demanda el análisis de la actividad objetivada del sujeto, mediatizada siempre –por supuesto– por los procesos de la conciencia que son los que “empalman” las distintas actividades entre sí. Por eso la desmitificación de las ideas sobre la personalidad sólo es posible en una psicología que tenga como base una

teoría sobre la actividad, su estructura, su desarrollo y sus transformaciones, sobre sus diferentes tipos y formas. Sólo con esta condición se destruye por completo la antinomia antes mencionada de “psicología personal” y “psicología de las funciones”, ya que no es posible contraponer la personalidad a la actividad que la engendra. También se destruye por completo el fetichismo imperante en psicología, que consiste en atribuir las propiedades de “ser una personalidad” a la propia *naturaleza* del individuo, por cuanto bajo la presión del medio exterior sólo se modifican las manifestaciones de esta mítica propiedad.

El fetichismo a que nos referimos deriva de desconocer esa importantísima tesis de que el sujeto, al entrar en la sociedad en un nuevo sistema de relaciones, adquiere también nuevas cualidades –sistémicas– que son las únicas que forman la verdadera caracterización de la personalidad: psicológica, cuando se estudia al sujeto dentro del sistema de actividades que realizan su vida en sociedad; social, cuando se lo examina dentro del sistema de relaciones objetivas de la sociedad –dice Marx en *El Capital*– como “personificación” suya.

Llegamos aquí al problema metodológico fundamental que se oculta tras la distinción de los conceptos “individuo” y “personalidad”. Nos referimos al problema de la dualidad de las cualidades de los objetos sociales que son engendradas por la dualidad de las relaciones objetivas en las que existen. Como se sabe, fue Marx quien descubrió esta dualidad al mostrar el doble carácter del trabajo que produce el producto y, por último, la dualidad del propio hombre como “sujeto de la naturaleza” y “sujeto de la sociedad”.

Para la psicología científica de la personalidad este descubrimiento metodológico fundamental tiene una importancia decisiva. Cambia de raíz la concepción de su objeto de estudio y destruye los esquemas arraigados en ella, en los cuales se incluían rasgos o “subestructuras” tan heterogéneos como, por ejemplo, las cualidades morales, los conocimientos, los hábitos y costumbres, las formas del reflejo psíquico y el temperamento. Semejantes “esquemas de la personalidad” tienen su origen en la idea de que el desarrollo de la personalidad resulta de estratificar lo adquirido en el curso de la vida sobre cierta base metapsicológica preexistente. Pero precisamente desde este punto de vista no puede entenderse en absoluto la personalidad como una formación específicamente humana. El auténtico camino para la investigación de la personalidad pasa por el estudio de aquellas transformaciones del sujeto (o, para decirlo con el lenguaje de L. Seve, de las “inversiones fundamentales”) que se crean por el auto-

movimiento de su actividad en el sistema de las relaciones sociales.¹⁰⁰ Pero al emprender este camino, tropezamos de entrada con la necesidad de reevaluar algunas proposiciones teóricas generales.

Una de ellas, de la que depende el planteo básico del problema de la personalidad, nos hace retomar la tesis ya mencionada, de que las condiciones externas actúan a través de las internas.

“El principio de que los influjos externos se hallan concatenados a su efecto psíquico de manera mediata a través de la persona, constituye el centro desde el que se enfoca la investigación teórica de todos los problemas de la psicología de la persona...”¹⁰¹

Es cierto que lo externo actúa a través de lo interno y, además es incondicionalmente cierto para los casos en que examinamos el efecto de una u otra influencia. Otra cosa sería ver en este principio la clave para comprender lo interno como *personalidad*. El autor aclara que este interno mismo depende de influjos exteriores precedentes. Pero aun así no se revela el surgimiento de la personalidad como una integridad *especial*, que no coincide directamente con la integridad del individuo, y por ello sigue quedando en pie la posibilidad de concebir la personalidad sólo como el individuo enriquecido por la experiencia precedente.

Pienso que para hallar el modo de enfocar el problema se debe volver desde el comienzo a la tesis inicial: lo interno (el sujeto) actúa a través de lo exterior y con ello se modifica a sí mismo. Esta tesis tiene un sentido absolutamente real. Puesto que al principio el sujeto de la vida aparece en general sólo como poseedor –si empleamos la expresión de Engels– “de una fuerza de reacción autónoma”, pero esta fuerza sólo puede actuar a través de lo exterior y es allí donde se opera la transición de la posibilidad a realidad: su concreción, su desarrollo y enriquecimiento, en una palabra, sus transformaciones, que son las del propio sujeto, el portador de esa fuerza. Ahora, es decir, en su condición de sujeto transformado, éste actúa como si refractara las influencias externas en sus estados habituales.

Es claro que cuanto hemos dicho constituye sólo una abstracción teórica pero el movimiento general que ella describe subsiste en todos los niveles del desarrollo del sujeto.

¹⁰⁰ Véase L. Séve. “*Marxismo y teoría de la Personalidad*”

¹⁰¹ S. L. Rubinstein, *El desarrollo de la psicología...* Ed. cit., págs. 163-164.

Vuelvo a repetir: cualquiera que sea la organización morfofisiológica, sean cuales fueran las necesidades e instintos que posea el individuo en forma congénita, éstas actúan sólo como premisas de su desarrollo, que de inmediato dejan de ser lo que fueron virtualmente, algo “en sí”, en cuanto el individuo comienza a actuar. La comprensión de esta metamorfosis tiene especial importancia cuando pasamos a encarar al hombre, al problema de su personalidad.

3. La actividad como fundamento de la personalidad

El principal objetivo reside en mostrar los auténticos “componentes” de la personalidad, de esta unidad superior del hombre que es mutable como lo es su propia vida y que a la vez conserva su constancia, su autoidentidad. Porque independientemente de la experiencia que el hombre acumule, de los acontecimientos que cambien su situación vital y, por fin, independientemente de las modificaciones físicas que sufra, como *personalidad* seguirá siendo el mismo para los otros hombres y también para sí. Se identifica no sólo con su nombre, también lo identifica la ley, al menos dentro de los límites en los cuales se reconoce responsable por sus actos.

De modo que existe cierta contradicción entre la evidente variabilidad física y psicofisiológica del hombre y su estabilidad como personalidad. Esto es lo que ha planteado el problema del “yo” como problema particular de la psicología de la personalidad. Surge porque los rasgos incluidos en la caracterización psicológica de la personalidad expresan con claridad lo variable y “lo intermitente” en el hombre, es decir, aquello a lo que se contraponen la permanencia y continuidad de su “yo”. ¿Pero qué es lo que conforma esta permanencia y continuidad? A este interrogante, responde el personalismo en todas sus variantes postulando la existencia de cierto principio especial que forma el núcleo de la personalidad. Es éste el que se rodea de multitud de adquisiciones vitales que son capaces de modificar sin afectar sustancialmente el propio núcleo.

Cuando es otro el enfoque de la personalidad se da como fundamento de ésta la categoría de actividad humana objetivada, y el análisis de su estructura interna: su mediatización y las formas de reflejo psíquico que la actividad engendra.

Tal enfoque permite dar de entrada una solución preliminar a la cuestión de qué constituye la base estable de la personalidad, de la cual depende también qué se incluye y qué no se incluye en la caracterización del hombre precisamente como *personalidad*. Esta solución parte del principio de que la base real de la personalidad del hombre es el conjunto de sus relaciones con el mundo –que son sociales por su naturaleza–, pero de las relaciones que se *realizan*, y son realizadas por su actividad, más exactamente, por el conjunto de sus diversas actividades.

Nos referimos a las *actividades* del sujeto que son justamente las “unidades” de las que parte el análisis psicológico de la personalidad, y no a las acciones, ni a las operaciones, ni a las funciones psico-fisiológicas o a los bloques de estas funciones; estas últimas caracterizan la actividad, pero no directamente la personalidad. A primera vista, esta tesis parece contradecir las ideas empíricas acerca de la personalidad y, más aun, empobrecerlas. Sin embargo, es la única que abre el camino hacia la concepción de la personalidad en su verdadera concreción psicológica.

Ante todo, en este camino se elimina la principal dificultad: determinar cuáles son los procesos y peculiaridades del hombre incluidos entre los que caracterizan su personalidad desde el punto de vista psicológico y cuáles de ellos son neutrales en este sentido. Pero ocurre que si se los toma en sí mismos, haciendo abstracción del sistema de la actividad, en general nada nos dicen sobre su relación con la personalidad. Difícilmente pueda ser considerado con sensatez que las operaciones de escribir, la capacidad caligráfica “pertenecen a la personalidad”. Tomemos como ejemplo a Alcaki Akakiévich Bashmanchkin, el personaje del cuento de Gogol *El capote*. Trabajaba éste en cierto departamento como funcionario para copiar documentos oficiales y veía en esta ocupación todo un mundo variado y atrayente. Cuando terminaba de trabajar, Akaki Akakiévich se iba enseguida a su casa. Después de comer a toda prisa sacaba un frasco con tinta y se ponía a copiar los documentos que se había llevado a su casa, pero si no los tenía, hacía copias por puro gusto, para sí, para su satisfacción personal.

“Después de haber escrito a su antojo –relata Gogol– se acostaba a dormir, sonriendo por anticipado al pensar en el día siguiente: quién sabe que le enviaría Dios para copiar mañana”.

¿Cómo sucedió, cómo pudo ocurrir que la copia de documentos oficiales llegara a ocupar el lugar central en su personalidad, se convirtiera en el sentido de su vida? No conocemos las circunstancias concretas, pero algunos hechos hicieron que uno de los motivos fundamentales fuera sustituido por operaciones, por lo común, completamente impersonales que, en virtud de ello se convirtieron en una actividad independiente y como tal pasaron a ser características de la personalidad.

Por cierto que se puede razonar de otro modo, más sencillo: pensar que en esto se habría manifestado cierta “capacidad caligráfica” de la que Bashmachkin fue dotado por la naturaleza. Pero este razonamiento ya sería en un todo similar al de los jefes de Akaki Akakiévich que siempre lo vieron como un funcionario tan afanoso para escribir “que luego se convencieron de que, por lo visto, así había nacido...”.

A veces sucede de otro modo. En aquello que visto desde fuera parecen acciones que tienen para el hombre valor por sí mismas, el análisis psicológico revela otra cosa, o sea, que constituyen sólo un medio para lograr fines, cuyo auténtico motivo estaría en un plano totalmente distinto de la vida. En este caso, tras la apariencia de una actividad se oculta otra. Y es ésta la que integra directamente la fisonomía psicológica de la personalidad, cualquiera que sea el conjunto de acciones concretas que la realiza. Este conjunto constituye algo así como una cobertura de esa otra actividad que hace efectiva una u otra verdadera relación del hombre con el mundo, cobertura que depende de condiciones que a veces son fortuitas. Tal es la razón, por ejemplo, de que el hecho de que un hombre determinado trabaje como técnico nada dice aún sobre su personalidad; los rasgos de ésta se ponen de manifiesto no en eso, sino en las relaciones que él entabla en forma inevitable, quizá, durante el proceso de su trabajo y quizá fuera del mismo. Todo esto es casi una perogrullada y me refiero a ello sólo para poner de relieve –una vez más– que no es posible obtener ninguna “estructura de la personalidad” a partir de una selección de algunas peculiaridades psíquicas o psicosociales del hombre; que la base real de la personalidad del hombre no subyace en programas genéticos puestos en él, en las profundidades de sus dotes e inclinaciones innatas ni tampoco en los hábitos, conocimientos y habilidades que adquiere, incluidos los profesionales, sino en ese sistema de actividades que cristaliza esos conocimientos y habilidades.

La conclusión general que puede extraerse de lo que hemos dicho es que en la investigación de la personalidad no hay que limitarse a explicar premisas, sino que es preciso partir del desarrollo de la actividad, de sus tipos y formas concretos, y de los vínculos que se establecen entre ellos, por cuanto su desarrollo modifica radicalmente la significación de esas mismas premisas. Por consiguiente, la investigación debe estar orientada no a partir de los hábitos, habilidades y conocimientos adquiridos hacia las actividades que los caracteriza, sino del contenido y los vínculos de las actividades a la búsqueda de cómo, mediante qué procesos se realizan y se hacen posibles.

Ya los primeros pasos en esa dirección permiten destacar un hecho muy importante. Se trata de que en el curso del desarrollo del sujeto, algunas de sus actividades establecen relaciones jerárquicas entre sí. A nivel de la personalidad no forman en absoluto un simple haz, cuyos rayos tienen su fuente y centro en el sujeto. La idea de que los nexos entre las actividades están arraigados en la unidad e integridad de su sujeto sólo se justifica a nivel del individuo. En este nivel (en el animal, en el niño) la composición de las actividades y de sus interconexiones está directamente determinada por las propiedades del sujeto, sean generales o individuales, congénitas o adquiridas. Por ejemplo, la modificación de la selectividad y la mudanza de actividad se hallan en dependencia directa de los estados habituales que tengan las necesidades del organismo, del cambio de sus dominantes biológicas.

Otro problema son las relaciones jerárquicas de las actividades que caracterizan a la personalidad. Su particularidad reside en que están "desatadas" de los estados del organismo. Estas jerarquías de las actividades son fruto de su propio desarrollo y son ellas las que forman el núcleo de la personalidad.

En otras palabras, los "nudos" que unen las distintas actividades son atados no por la acción de las fuerzas biológicas o espirituales del sujeto ínsitas en él, sino que se anudan dentro del sistema de relaciones que el sujeto establece.

La observación revela con facilidad esos primeros "nudos" con los cuales se inicia en el niño la etapa más temprana de formación de la personalidad. Este fenómeno apareció cierta vez en forma muy elocuente durante experiencias con preescolares. El experimentador que realizó la prueba planteó a un niño lo siguiente: alcanzar un objeto alejado de él

cumpliendo ineludiblemente la regla de no levantarse de su sitio. En cuanto el niño se disponía a cumplir la tarea, el experimentador se fue a la habitación contigua desde donde siguió la observación utilizando un dispositivo óptico de uso común en estos casos. Después de una serie de intentos infructuosos, el pequeño se puso en pie, se acercó al objeto, lo tomó y regresó tranquilamente a su sitio. El experimentador entró en seguida en la habitación, felicitó al niño por el buen resultado obtenido y como recompensa le ofreció un bombón. El pequeño, sin embargo, lo rechazó y cuando el experimentador comenzó a insistirle se puso a llorar quedamente.

¿Cuál es el quid de este fenómeno? En el proceso que hemos observado se pueden distinguir tres momentos: 1) la comunicación del niño con el experimentador mientras se le explica la tarea; 2) la solución de la tarea, y "3) la comunicación con el experimentador después que el niño ha tomado el objeto. Las acciones del niño respondían, por ende, a dos motivos diferentes, es decir, que llevaban a cabo una actividad de dos tipos: una, con relación al investigador, la otra con relación a un objeto (la recompensa). La observación mostró que en el momento en que el niño alcanzó el objeto, no vivía la situación como conflictiva, como una situación "de stress". El vínculo jerárquico entre ambas actividades se puso de manifiesto sólo en el momento de reanudarse la comunicación con el experimentador, digamos *post factura*: el bombón resultaba amargo, amargo por su sentido subjetivo, *personal*.

El fenómeno descrito pertenece a los más tempranos y transitorios. A pesar de todo el candor con que se manifiestan estas primeras subordinaciones de diversas relaciones vitales del niño, son ellas las que testimonian que ha comenzado el proceso de estructuración de esa formación especial que llamamos personalidad. Tales subordinaciones nunca se observan en edades más tempranas; en cambio durante el posterior desarrollo se muestran de un modo permanente en formas incomparablemente más complejas y "ocultas". ¿Acaso fenómenos tan profundamente personales como, por ejemplo, los remordimientos de conciencia no surgen siguiendo un esquema análogo?

El desarrollo y aumento de los tipos de actividad del individuo no hacen sólo que se amplíe su "catálogo". Al mismo tiempo, se van centrando alrededor de algunos que son los fundamentales y que subordinan a los otros. Este complejo y largo proceso de desarrollo de la personalidad tiene sus etapas, sus estadios; es inseparable del desarrollo de la conciencia, de

la autoconciencia, pero la conciencia no constituye su principio: sólo lo mediatiza y, por así decirlo, lo resume.

De modo que en la base de la personalidad está la relación de subordinación de las actividades humanas generadas por el curso de su desarrollo. ¿Pero en qué se expresa en el plano psicológico esta subordinación, esta jerarquía de las actividades? De acuerdo con la definición que hemos adoptado, denominamos actividad al proceso que es estimulado y orientado por un motivo, en el cual está objetivada una u otra necesidad. Dicho de otro modo: en la correlación de actividades está implícita la correlación de motivos. De este modo, llegamos a la necesidad de retomar el análisis de los motivos y de examinar su desarrollo, sus transformaciones, la capacidad de desdoblar sus funciones y los desplazamientos que se operan dentro del sistema de procesos que conforman la vida del hombre como *personalidad*.

4. Motivos, emociones y personalidad

En la psicología moderna se denominan con el término “motivo” (motivación, factores motivadores) fenómenos totalmente diversos. Llamamos motivos a los impulsos instintivos, a las inclinaciones y apetitos biológicos, e igualmente a la vivencia de las emociones, intereses y deseos; en la abigarrada enumeración de los motivos se pueden encontrar algunos tales como los objetivos vitales y los ideales, pero también otros como la irritación por una corriente eléctrica ¹⁰². No hay necesidad alguna de intentar comprender todas estas mezclas de conceptos y términos que caracterizan el estado actual del problema de los motivos. La tarea del análisis psicológico de la personalidad exige que se examinen solamente los problemas fundamentales.

En primer lugar está el problema de la correlación! entre los motivos y las necesidades. Ya he expresado que la necesidad propiamente dicha es siempre la necesidad de algo, que a nivel psicológico las necesidades están mediatizadas por el reflejo psíquico y, por añadidura, de dos maneras. Por una parte, los objetos que responden a las necesidades del sujeto se le presentan con sus rasgos señalizadores objetivos. Por otra

¹⁰² Dentro de la bibliografía soviética puede encontrarse un examen bastante completo sobre las investigaciones de los motivos en el libro de P. M. Jakobson, *Problemas psicológicos de la motivación de la conducta del hombre* (Moscú, 1969). El último libro que se ha publicado y da un análisis comparativo de las teorías de la motivación es el de K. B. Madsen, *Modern Theories of Motivation*. (Copenhague, 1974.)

parte, también los propios estados de necesidad son señalizados y reflejados sensorialmente por el sujeto, en los casos más simples como resultado de la acción de los estímulos interoceptivos. Al mismo tiempo, el cambio más importante que caracteriza la transición al nivel psicológico consiste en el surgimiento de vínculos *dinámicos* entre las necesidades y los objetos que responden a ellas.

Sucede que en el propio estado de necesidad del sujeto no está rigurosamente registrado el objeto que es capaz de satisfacer la necesidad. Hasta la primera vez en que es satisfecha, la necesidad “no conoce” su objeto, éste aún debe ser descubierto. Sólo como resultado de ese descubrimiento, la necesidad adquiere su objetividad y el objeto que es percibido (representado, concebido), adquiere su actividad estimuladora y orientadora de la función, es decir, se convierte en motivo.¹⁰³

Tal concepción de los motivos parece cuanto menos unilateral, en tanto que las necesidades parecen quedar al margen de la psicología. Pero no es así. No son las necesidades las que quedan marginadas de la psicología sino sus formas abstractas, es decir, los estados de necesidad del sujeto “puros”, objetivamente no rellenados. Estas formas abstractas salen a la escena como consecuencia de abstraer las necesidades de la actividad objetivada del sujeto, que es el único en el cual adquieren su carácter concreto desde el ángulo psicológico.

Se sobrentiende que el sujeto como individuo nace dotado de necesidades. Pero –repito una vez más– la necesidad como fuerza interior puede realizarse solamente en la actividad. O de otro modo: la necesidad se presenta al comienzo sólo como condición, como requisito de la actividad, pero en cuanto el sujeto empieza a actuar, de inmediato se opera su transformación, y la necesidad deja lo que era virtualmente, algo “en sí”. Cuanto más avanza el desarrollo de la actividad tanto más esta premisa suya se convierte en su resultado.

La transformación de las necesidades ya se hace evidente a nivel de la evolución de los animales: a consecuencia de que se modifican y amplían el conjunto de objetos que responden a las necesidades y los modos de satisfacerlas, se desarrollan también las necesidades mismas. Y es así porque las necesidades son capaces de concretarse en una gama potencialmente muy amplia de objetos que se convierten en estímulos de la actividad del animal, los que le dan a ésta determinada orientación. Por

¹⁰³ Véase A. N. Leóntiev, *Necesidades, motivos y emociones*. Moscú, 1972. (En ruso.)

ejemplo, cuando aparecen en el medio nuevos tipos de alimento y desaparecen los anteriores, la necesidad alimentaria, al continuar satisfaciéndose, se impregna a la vez de un nuevo contenido, es decir, se torna *diferente*. De tal modo que el desarrollo de las necesidades de los animales transcurre mediante el desarrollo de su actividad con respecto a un conjunto cada vez más enriquecido de objetos; se entiende que el cambio del contenido objetual concreto de las necesidades hace que también se modifiquen los modos de satisfacerlas.

Por supuesto que este principio general demanda muchas salvedades y aclaraciones, en especial en lo que atañe a la cuestión de las denominadas necesidades funcionales. Pero ahora no nos estamos refiriendo a eso. Lo fundamental es destacar que las necesidades se transforman a través de los objetos durante el proceso de su uso. Y esto tiene una importancia clave para comprender la naturaleza de las necesidades del hombre.

A diferencia del desarrollo de las necesidades en los animales, el que depende de que se amplíe el conjunto de objetos naturales que ellos consumen, las necesidades del hombre son engendradas por el desarrollo de la producción, puesto que ésta es también directamente el consumo que crea la necesidad. Dicho de otro modo: el consumo es mediatizado por la necesidad de un objeto, por su percepción o su representación mental. Como lo expresa Marx, es en esta forma reflejada cómo el objeto aparece en calidad de motivo ideal, de estimulante interior.

Pero lo más común es que en psicología las necesidades se analicen haciendo abstracción de lo principal, o sea, del desdoblamiento de la producción para el consumo que las engendra, y eso es lo que conduce a la explicación unilateral de las acciones de los hombres, infiriéndolas en forma directa de sus necesidades. En este caso suelen apoyarse en un enunciado de Engels, extraído del contexto general de un fragmento suyo dedicado precisamente al papel del *trabajo* en la formación del hombre, incluidas, por supuesto, sus necesidades. La concepción marxista dista mucho de ver en las necesidades el punto inicial y principal. Veamos lo que escribe Marx al respecto:

“En calidad de demandas, como necesidades, el propio consumo es un momento interno de la actividad productiva. Pero *esta última* es el punto de partida de la realización, y por eso su momento dominante, es decir, un acto en el cual se metamorfosea de nuevo

todo el proceso. El individuo produce un objeto y a través de su consumo retorna nuevamente a sí mismo...”¹⁰⁴

Por ende, estamos ante dos esquemas esenciales que expresan el vínculo entre necesidad y actividad. El primero reproduce la idea de que el punto de partida es la necesidad y por lo tanto el proceso en su conjunto está representado por el ciclo: *necesidad* → *actividad* → *necesidad*.

En él –como observa L. Séve en “*Marxismo y Teoría de la Personalidad*”– está encarnado el “materialismo de las necesidades” que corresponde a la representación premarxista sobre la esfera del consumo como la fundamental. El otro esquema, opuesto al anterior es el del ciclo: *actividad* → *necesidad* → *actividad*. Este esquema, que responde a la concepción marxista de las necesidades, es asimismo fundamental para la psicología en la que “ninguna concepción basada en la idea de un ‘motor’ que precede en principio a la propia actividad puede cumplir el papel de idea inicial ni servir de suficiente fundamento para la teoría científica de la personalidad humana, dice L. Séve en la obra citada.

La tesis de que las necesidades humanas *se producen* tiene, por cierto, un sentido materialista histórico. A la vez es de extrema importancia para la psicología. Cabe subrayar esto porque a veces el enfoque –específico para la *psicología*– del problema se examina en explicaciones que parten de las necesidades mismas; dicho con más precisión, de las vivencias emocionales que provocan, las cuales serían la única explicación posible de por qué el hombre se propone fines y crea nuevos objetos.¹⁰⁵ Es claro que hay en esto algo de verdad y se podría estar de acuerdo con ello si no fuera por una sola cosa: que como índices de la actividad concreta sólo pueden actuar las necesidades con su contenido objetivo, pero este contenido no está puesto directamente en ellas y por consiguiente no puede ser deducido de ellas.

Otra dificultad esencial surge como resultado de admitir a medias la naturaleza histórico-social de las necesidades humanas, lo que se expresa en que una parte de las necesidades se consideran sociales por su origen y las otras, en cambio, se incluyen entre las puramente biológicas, en principio comunes al hombre y los animales. No hace falta, por supuesto, una hondura particular del pensamiento para descubrir que algunas necesidades son comunes al hombre y los animales. El hombre, al igual

¹⁰⁴ La cursiva es mía. (A. L.)

¹⁰⁵ Véase L. I. Bozhovín, “El desarrollo de la esfera motivacional del niño”. En la rec.: *Estudio de la motivación de la conducta en niños y adolescentes*. Moscú, 1972, pp, 14-15.

que los animales, tiene un estómago y siente hambre, o sea, una necesidad que debe satisfacer para conservar su existencia. Pero son propias del hombre también otras necesidades que están determinadas no biológica sino socialmente. Son “funcionalmente autónomas” o “anastáticas”. La esfera de las necesidades del hombre queda, de tal modo, dividida en dos. Es éste el resultado inevitable de analizar las “propias necesidades” abstrayéndolas de las condiciones objetivas y de las maneras de satisfacerlas y, por ende, aisladas de la actividad en la que se opera su transformación. Pero ésta, a nivel del hombre, abarca también (y sobre todo) las necesidades que en el hombre son homólogas a las de los animales.

“El hambre –observa Marx– es el hambre, pero el hambre que se aplaca con carne cocida, comida con cuchillo y tenedor es un hambre diferente a aquella en la que se devora carne cruda con ayuda de las manos, las uñas y los dientes.”

El pensamiento positivo no ve en esto –por supuesto– más que una diferencia superficial, ya que para poner de manifiesto la comunidad “profunda” entre la necesidad , de alimento en el hombre y el animal, basta con tomar un hombre hambriento. Pero esto es nada más que un sofisma. Para un hombre hambriento en realidad el alimento deja de existir en su forma humana y, en consecuencia, su necesidad de alimento se “deshumaniza”; pero si es que esto demuestra algo es sólo que el hombre puede ser llevado por el hambre al estado animal, y no nos dice absolutamente nada sobre la naturaleza de sus necesidades *humanas*.

Aunque las necesidades del hombre, cuya satisfacción constituye una premisa ineludible para mantener su existencia física, se diferencian de sus necesidades que no poseen homologas en los animales, esta diferencia no es absoluta y la transformación histórica abarca *toda* la esfera de las necesidades.

Junto con la modificación y enriquecimiento del contenido objetivo de las necesidades del hombre se produce la modificación de las formas de su reflejo psíquico, como consecuencia de lo cual pueden adquirir un carácter ideal y en virtud de lo cual se convierten en invariantes desde el punto de vista psicológico; así, el alimento sigue siendo alimento tanto para el hombre hambriento como para el que se ha saciado. A la vez, el desarrollo de la producción espiritual crea necesidades tales que sólo pueden existir en presencia del “plano de la conciencia”. Por último, se forma un tipo

especial de necesidades: las *objetivo-funcionales* como, por ejemplo, la necesidad del trabajo, de la creación artística y otras. Lo más importantes es que en el hombre las necesidades establecen nuevas relaciones entre sí. A pesar de que la satisfacción de las necesidades vitales sigue siendo para él "la primera cuestión" y la condición infaltable de su vida, las necesidades superiores, específicamente humanas no crean en absoluto sólo formaciones superficiales que se estratifican sobre ellas. Por eso sucede que si en un platillo de la balanza se ponen las necesidades vitales más fundamentales del hombre y en el otro sus necesidades superiores son estas últimas las que pueden pesar más. Todos saben que es así y no hace falta demostrarlo.

Es verdad que el camino general que recorre el desarrollo de las necesidades humanas comienza a partir de que el hombre actúa para satisfacer sus necesidades elementales, vitales; pero más adelante esta relación se invierte y el hombre satisface sus necesidades vitales para actuar. Este es el camino esencial del desarrollo de las necesidades del hombre. Pero este camino no puede ser directamente inferido del movimiento de las propias necesidades porque en él está implícito el desarrollo del contenido objetivo de aquéllas, es decir, de los motivos concretos de la actividad del hombre.

De tal modo, el análisis psicológico de las necesidades se transforma inevitablemente en análisis de los motivos. Para ello, sin embargo, es preciso superar la concepción subjetivista tradicional de los motivos, que lleva a confundir fenómenos totalmente heterogéneos y niveles completamente diferentes de regulación de la actividad. Aquí tropezamos con una verdadera resistencia: ¿no es acaso evidente –nos dicen– que el hombre actúa porque *quiere*? Pero las vivencias subjetivas, el querer, el desear, etc., no son motivos porque no son capaces de engendrar por sí solos una actividad *orientada* y, consiguientemente, la cuestión psicológica fundamental reside en comprender en qué consiste el objeto de ese querer, de ese deseo o pasión.

Ni qué decir que hay menos fundamento para llamar motivos de la actividad a factores tales como la tendencia a la reproducción de estereotipos de conducta, la tendencia a terminar una acción comenzada, etc. En el transcurso de la actividad surge, por cierto, una multitud de "fuerzas dinámicas", pero éstas pueden ser incluidas en la categoría de motivos con menos fundamento que, por ejemplo, la inercia del movimiento del cuerpo humano, cuya acción se pone de manifiesto al

instante cuando un hombre que corre a toda velocidad tropieza con un obstáculo surgido inesperadamente.

Corresponde un lugar especial en la teoría de los motivos de la actividad a las concepciones abiertamente hedonistas, cuya esencia consiste en afirmar que cada actividad del hombre se subordinaría al principio de elevar al máximo las emociones positivas y reducir a un mínimo las negativas. De ahí surge que lograr el placer y librarse del sufrimiento son los auténticos motivos propulsados por el hombre. Precisamente en las concepciones hedonistas convergen, como en el foco de una lente, todas las ideas tergiversadas desde el ángulo ideológico sobre el sentido de la existencia del hombre, sobre su personalidad. Igual que todas las grandes mentiras, estas concepciones se apoyan en una verdad que han falsificado. Esa verdad es que el hombre tiende realmente a ser feliz. Pero el hedonismo psicológico entra en contradicción con esta auténtica gran verdad, perdiéndose en los detalles de las “afirmaciones” y las “autoafirmaciones” en el espíritu del behaviorismo de Skinner.

La actividad humana no es estimulada ni dirigida en absoluto como lo es la conducta de las ratas de laboratorio con electrodos ubicados en los “centros cerebrales del placer”, las que, si se les enseña a conectar la corriente se dedican sin cesar a esa ocupación.¹⁰⁶ Es claro que se pueden aducir fenómenos similares en el hombre como, por ejemplo, el consumo de narcóticos o la hiperbolización del sexo, pero estos fenómenos no revelan absolutamente nada sobre la verdadera naturaleza de los motivos, sobre la vida del hombre que se afirma a sí misma. Por el contrario, la *frustran*.

Se sobrentiende que las concepciones hedonistas de la motivación no son inconsistentes porque magnifiquen el papel de las vivencias emocionales en la regulación de la actividad, sino porque quitan relieve y deforman las relaciones reales. Las emociones no subordinan a la actividad, sino que son su resultado y el “mecanismo” de su movimiento.

J. Stuart Mill escribió en su época: “Llegué a comprender que para ser feliz el hombre debe proponerse algún fin; entonces, al tender hacia él, ha de experimentar felicidad sin ocuparse de ella”. Esta es la “picara” estrategia de la felicidad. Esta es –dijo– una *ley ideológica*.

Las emociones cumplen la función de señales internas; internas en el

¹⁰⁶ Véase E. Helhom, J. Lufborow, *Las emociones y las perturbaciones emocionales*. Moscú, 1966. (En ruso.)

sentido de que no son el reflejo psíquico inmediato del propio objeto de la actividad. La particularidad de las emociones reside en que reflejan las relaciones entre los motivos (necesidades) y el éxito o la posibilidad de realización exitosa de una actividad del sujeto que responda a aquéllos.¹⁰⁷ Además, no se trata aquí de la reflexión de estas relaciones, sino de su reflejo sensorial directo, de la vivencia. Por ende, ellas surgen tras la actualización del motivo (de la necesidad) y antes de que el sujeto haga la valoración racional de su actividad.

No puedo detenerme aquí en el análisis de las diversas hipótesis que de una u otra manera expresan que las emociones dependen de la correlación entre “el ser y el deber”. Acotaré solamente que ante todo debe prestarse atención al hecho de que las emociones son momentos relevantes de la actividad y no acciones u operaciones realizadoras de la misma. Es por eso que idénticos procesos, ejecutores de diversas actividades, pueden adquirir un tinte emocional diferente e incluso opuesto. En otras palabras: el papel de “sancionar” positiva o negativamente es cumplido por las emociones, por un motivo predado con respecto a los efectos. Incluso el cumplimiento exitoso de una u otra acción no siempre, ni mucho menos, lleva a una emoción positiva; puede incluso crear una vivencia agudamente negativa, señalizadora de que desde el ángulo del motivo rector para la personalidad, el buen resultado obtenido es un fracaso en el plano psíquico. Esto se relaciona también con el nivel de las más simples reacciones adaptativas. El acto de estornudar por sí mismo, es decir excluido de todo tipo de relaciones, nos provoca –así dicen– placer; pero un sentimiento completamente diferente experimenta el personaje del cuento de Chéjov que estornudó en el teatro: esto le produce una emoción de terror y a partir de ahí realiza una serie de actos como consecuencia de los cuales muere...

La diversidad y complejidad de los estados emocionales son resultantes de la división de la sensorialidad primaria, en la cual los aspectos cognoscitivos y afectivos se encuentran fusionados. No se debe concebir esta división como que los estados emocionales adquieren una existencia independiente del mundo objetivo. Al surgir en situaciones objetivas parece que “insinuaran” en su lenguaje estas situaciones y algunos objetos que a veces incluso se incorporan casual o secundariamente a ellas. Basta con citar el hecho habitual de atribuir un signo emocional a las cosas mismas o

¹⁰⁷ Una tesis similar fue enunciada por Fraise: “...la situación emociógena no existe como tal. Depende de la relación entre las motivaciones y las posibilidades del sujeto” (P. Fraise, “Les émotions”. *Traité de Psychologie expérimentale*, vol. V, PUF, 1965),

a algunas personas, la formación de los denominados “complejos afectivos”, etc. Se trata de otra cosa, o sea, de la diferenciación que surge en la imagen de su contenido objetivo y de su tinte emocional y de que, dadas las mediatizaciones complejas que tiene la actividad humana, la afectogénesis de los objetos puede modificarse (el encuentro imprevisto con un oso, por lo común suscita temor, pero si existe un motivo especial, por ejemplo, cuando se está de caza, ese encuentro puede alegrar). Lo fundamental es que los procesos y estados emocionales poseen en el hombre su propio desarrollo *positivo*. Esto debe ser señalado con particular énfasis por cuanto las concepciones clásicas de las emociones humanas como “rudimentos”, que proceden de Darwin; consideran Su transformación en el hombre como una *involución* de las mismas, lo que crea un falso ideal de la educación que se reduce a exigir “que se subordinen los sentimientos a la fría razón”.

La manera opuesta de encarar el problema afirma que los estados emocionales tienen en el hombre su historia, su desarrollo.

A la vez, se va operando el cambio de sus funciones y su diferenciación porque ellos forman niveles y clases esencialmente distintos. Son los efectos que surgen de pronto y al margen de la voluntad (decimos: la ira se apoderó de *mi*; pero decimos: *yo me alegré*); es más: en rigor, éstas son emociones, es decir, estados predominantemente ideales y situacionales con los cuales están vinculados sentimientos objetivos, o sea, vivencias emocionales estables, “cristalizadas” –según la expresión figurada de Stendhal– en el objeto; por último, son estados de ánimo, fenómenos subjetivos muy importantes por su función “personal”. Sin entrar en el análisis de estas diversas clases de estados emocionales, me limitaré a señalar que éstos establecen complejas relaciones entre sí: el suboficial Rostov, ante la inminencia del combate, teme (y eso es una emoción) que lo domine el terror (afecto); una madre puede enfadarse de verdad con el pequeño que ha hecho una travesura, sin dejar de quererlo ni por un minuto (sentimiento). La diversidad de los fenómenos emocionales, la complejidad de sus interconexiones y resultados se abarcan bastante bien desde un plano subjetivo. Pero en cuanto la psicología abandona el plano de la fenomenología sólo resultan accesibles a la investigación los estados más palpables. Así ocurría en las teorías periféricas (James dijo abiertamente que su teoría no concierne a las emociones superiores); lo mismo sucede en las concepciones psicofisiológicas modernas.

El otro enfoque del problema de las emociones consiste en investigar las

relaciones “intermotivacionales”, las que, al establecerse, caracterizan la estructura de la personalidad y, a la vez, la esfera de las vivencias emocionales que reflejan y mediatizan su funcionamiento.

Para la actividad humana, lo inicial en el aspecto genético es la falta de coincidencia entre los motivos y los fines. Por el contrario, su coincidencia es un fenómeno de orden secundario: o bien un resultado de que el fin adquiere una fuerza impulsora independiente, o bien el resultado de la toma de conciencia de los motivos que transforman a éstos en *motivos-fines*. A diferencia de lo que ocurre con los fines, el sujeto no toma conciencia de los motivos en el momento presente: cuando realizamos una u otra acción, por lo común en ese momento no nos damos cuenta de los motivos que la estimulan. En verdad, nos resulta difícil dar su *argumento motivacional*, pero éste no siempre, ni mucho menos, contiene la indicación de su verdadero motivo.

Pero los motivos no están separados de la conciencia. Incluso cuando no se conocen, es decir, cuando el hombre no se da cuenta de qué lo estimula a ejecutar unas u otras acciones, a pesar de eso ellas encuentran su reflejo psíquico, pero en una forma especial: en la forma de tono emocional de las acciones. Este tono emocional (su intensidad, su signo y su característica cualitativa) cumple una función específica, lo cual exige que se diferencien el concepto de emoción y el concepto de sentido personal. Sin embargo, no es que su falta de coincidencia se dé desde el comienzo: es evidente que en los niveles inferiores los objetos de la necesidad son precisamente “apuntados” en forma directa por la emoción. Esta falta de coincidencia surge sólo como resultado de la *división de funciones de los motivos*, que se opera durante el desarrollo de la actividad humana.

Esa división se debe a que la actividad se torna necesariamente polimotivada, es decir, que responde al mismo tiempo a dos o a varios motivos.¹⁰⁸

Las acciones del hombre siempre efectúan objetivamente cierto conjunto de relaciones: con el mundo objetivo, con las personas circundantes, con la sociedad, consigo mismo. Así, la actividad laboral está socialmente motivada, pero es dirigida también por motivos tales como, por ejemplo, la recompensa material. Ambos motivos, aunque coexisten, parecen situados

¹⁰⁸ Esto está dado ya en la estructura de principio de la actividad laboral la que concreta una doble relación: con el resultado del trabajo (su producto) y con el hombre (con otras personas).

en diferentes planos. En medio de las relaciones socialistas, el sentido del trabajo surge, para el obrero, de motivos sociales; en cambio, en lo que se refiere a la recompensa material, este motivo también actúa por cierto para él, pero sólo en función de estimulante, aunque también impulsa, “dinamiza” la actividad, carece de la principal función: generar sentido.

Por consiguiente, unos motivos, al impulsar la actividad, le otorgan a la vez un sentido personal; los llamaremos *motivos generadores de sentido*. Otros, que coexisten con los primeros, al cumplir el papel de factores impulsores (positivos o negativos)—en ocasiones intensamente emocionales, afectivos—carecen de la función de generar el sentido; denominamos convencionalmente a estos últimos *motivos-estímulos*.¹⁰⁹ Un rasgo característico: cuando una actividad que es importante para el hombre por su sentido personal, choca en el curso de su realización con una estimulación negativa que provoca incluso una intensa vivencia emocional, su sentido personal no se modifica a raíz de esto; suele ocurrir lo contrario, o sea, un desprestigio psicológico peculiar, y rápidamente creciente, de la emoción surgida. Este fenómeno, bien conocido, obliga a meditar una vez más sobre el problema de la relación entre la vivencia emocional y el sentido personal.¹¹⁰

La distribución de las funciones de generar sentido es el único impulso entre los motivos de una u otra actividad que permite comprender las relaciones fundamentales que caracterizan la esfera motivacional de la personalidad: las relaciones de *jerarquía* de los motivos. Esta jerarquía no se forma en absoluto según la escala de su cercanía a las necesidades vitales (biológicas), tal como lo supone, por ejemplo, Maslow: en la base de la jerarquía está la necesidad de mantener la homeostasis fisiológica; más arriba están los motivos de autoconservación; luego, la seguridad, el prestigio; y por último en la propia cumbre de la escala jerárquica, los motivos cognoscitivos y estéticos.¹¹¹ El principal problema que se presenta aquí no consiste en determinar hasta qué punto es correcta dicha escala (u otra análoga), sino en aclarar si es legítimo el principio mismo de escalonar los motivos. El hecho es que ni el grado de proximidad a las necesidades biológicas, ni el grado de poder impulsor y afectogénesis de unos u otros

¹⁰⁹ Muchos autores señalan la diferencia entre motivos y estímulos, pero lo hacen según fundamentaciones distintas; por ejemplo, entienden por motivos los impulsos internos, y por estímulos, los exteriores. (Véase A. G. Zdravomislov, N. N. Rozhin, V. I. Iadov, *El hombre y su trabajo*. Moscú, 1967, pág. 38.)

¹¹⁰ Véase F. V. Bassin, "Acerca del desarrollo del problema del significado y el sentido". *Problemas de psicología*, 1973, núm. 6.

¹¹¹ A. Maslow, *Motivation and Personality*. New York, 1954.

motivos definen las relaciones jerárquicas existentes entre los mismos. Estas relaciones son definidas por los nexos que se van constituyendo en la actividad del sujeto, por sus mediatizaciones y son, por ello, relativos. Esto concierne también a la correlación fundamental: la que se da entre los motivos generadores de sentido y los motivos-estímulos. En la estructura de una actividad, cierto motivo puede cumplir la función de generador de sentido, y en otra, la función de estimulación complementaria. Pero los motivos generadores de sentido siempre ocupan un sitio jerárquico más elevado, incluso cuando no poseen una afectogénesis directa. A pesar de ser los rectores en la vida de la personalidad, pueden permanecer “entre bastidores” para el propio sujeto, tanto desde el ángulo de la conciencia como desde el punto de vista de su afectividad inmediata.

El hecho de que existen motivos de los que en un momento dado no se tiene conciencia no expresa en modo alguno un principio especial que esté oculto en las profundidades de la psiquis. Los motivos no concientes poseen la misma determinación que cualquier reflejo psíquico: la existencia real, la actividad del hombre en el mundo objetivo. Lo no conciente y lo que es conciente no son términos opuestos, se trata sólo de diversas formas y niveles del reflejo psíquico que se encuentra en una correlación rigurosa con el lugar que ocupa lo reflejado en la estructura de la actividad, en el movimiento de su sistema. Mientras que se toma conciencia necesariamente de los fines y de las acciones que responden a ellos, no ocurre lo mismo con la comprensión de su motivo, es decir, de aquello en virtud de lo cual se plantean y logran dichos fines. Es claro que el contenido objetual de los motivos siempre se percibe, se representa de uno u otro modo. En este sentido el objeto que impulsa a actuar y el que aparece como instrumento o barrera son –digámoslo así– equivalentes. Es diferente cuando se trata de tomar conciencia del objeto como motivo. La paradoja está en que los motivos sólo se revelan a la conciencia objetivamente, por medio del análisis de la actividad, de su dinámica. En cambio, subjetivamente sólo aparecen en su expresión indirecta, es decir, en forma de vivencia del anhelo, del deseo, de la tendencia hacia el fin. Cuando surge ante mí determinado fin, no sólo tengo conciencia de él, tengo noción de su condicionamiento objetivo, del medio para lograrlo y de los resultados más mediatos a los que conduce; al mismo tiempo, *quiero* lograrlo (o, por el contrario, siento rechazo hacia él). Estas vivencias directas son las que cumplen el papel de señales internas mediante las cuales son regulados los procesos en curso. Subjetivamente el motivo que

se expresa en estas señales internas no está contenido en ellas en forma directa. Es esto lo que crea la impresión de que no surgen de un modo endógeno y de que precisamente son las fuerzas motrices de la conducta.

La toma de conciencia de los motivos es un fenómeno secundario que surge sólo a nivel de la personalidad y que se reproduce en forma constante durante el Curso de su desarrollo. Para los niños muy pequeños esta tarea sencillamente no existe. Incluso en la etapa de tránsito a la edad escolar, cuando se manifiesta en el niño la aspiración de ir a la escuela, el motivo auténtico implícito en esta aspiración permanece oculto para él, aunque no encuentra dificultad en las argumentaciones motivacionales que reproduce, por lo común, lo que es *conocido* por él. Sólo es posible aclarar ese auténtico motivo en forma objetiva, “desde afuera”, estudiando, por ejemplo, cuando los niños juegan “a la escuela”, por cuanto en la dramatización se descubre con facilidad el sentido personal de las acciones lúdicas y, por consiguiente, su motivo.¹¹² Para comprender los auténticos motivos de su actividad el sujeto también se ve obligado a hacer un “camino de rodeo”, pero con la diferencia de que lo orientan las señales-vivencias, las “marcas” emocionales de los acontecimientos.

Un día colmado de multitud de acciones al parecer plenamente exitosas, puede, sin embargo, arruinar al hombre su estado de ánimo, dejar en él cierto resabio emocional desagradable. En medio de las ocupaciones del día éste resabio apenas se nota. Pero llega un instante en que el hombre parece echar una mirada retrospectiva y pasa revista al día vivido; en ese preciso momento emerge en la memoria determinado acontecimiento y su estado de ánimo adquiere una referencia objetiva: surge la señal afectiva indicadora de que es ese el hecho que le ha dejado un resabio emocional. Puede ocurrir, por ejemplo, que se trate de su reacción negativa ante el éxito de alguien en la conquista del fin común, el único en aras del cual creía haber actuado; pero resulta que no es del todo así y que el principal motivo fue acaso lograr el éxito para sí. Se encuentra ante “una tarea acerca del sentido personal”, pero ésta no se resuelve sola, porque ahora se ha convertido en tarea sobre la correlación de los motivos que lo caracterizan como *personalidad*.

¹¹² Véase A. N. Leóntiev, “Bases psicológicas del juego preescolar”. *Educación preescolar*, 1947, núm. 9; L. I. Bozliovin, N. G. Morózova, L. S. Slávina, “Desarrollo de los motivos del estudio en los escolares soviéticos”. *Noticias de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RSFSR*. Moscú 1951, fase. 36.

Hace falta un trabajo interior especial para resolver esa tarea y, tal vez, arrojar lejos de sí lo que se ha puesto al desnudo. Porque la desgracia – dijo Pirógov– es cuando uno no advierte esto a tiempo y no se detiene. También Herzen escribió sobre el tema, y toda la vida de Tolstoi es un magnífico ejemplo de ese trabajo interior.

El proceso de penetrar en la personalidad aparece aquí desde el ángulo del sujeto de un modo fenoménico. Pero incluso en esta manifestación fenoménica suya, es evidente que ese proceso consiste en esclarecer los nexos jerárquicos de los motivos. Subjetivamente parecen expresar las “valideces” psicológicas inherentes a los motivos mismos. Pero el análisis científico debe ir más allá, porque la formación de estos nexos supone necesariamente la transformación de los propios motivos, que se opera en el movimiento de todo ese sistema de la actividad del sujeto en el cual se forma su personalidad.

5. Formación de la personalidad

La situación del desarrollo del individuo humano pone de manifiesto sus particularidades ya en las etapas más tempranas. La principal de ellas es el carácter mediatizado de los vínculos del niño con el mundo que lo rodea. Los vínculos biológicos directos iniciales *niño-madre* bien pronto son mediatizados por los objetos: la madre alimenta al niño del tazón, lo viste con la ropa y lo entretiene manipulando un juguete. Al mismo tiempo, los vínculos del niño con las cosas son mediatizados por las personas que lo circundan: la madre aproxima el niño a la cosa que lo atrae, se la acerca, o tal vez se la quita. En una palabra, la actividad del niño aparece cada vez más realizando sus vínculos con el hombre a través de las cosas, y los vínculos con las cosas a través del hombre.

Esta situación del desarrollo conduce a que las cosas se revelen al niño no sólo en sus propiedades físicas, sino también en esa cualidad especial que adquieren en la actividad humana, o sea, en su significado funcional (la taza de la que se bebe, la silla en la cual se sientan, el reloj que se usa en la muñeca, etc.), en tanto que las personas son “soberanas” de estas cosas de las cuales dependen sus vínculos con ellas. La actividad objetivada del niño adquiere una estructura instrumental, en tanto que la comunicación se torna verbal, por intermedio del lenguaje.¹¹³

¹¹³ Véase A. N. Leóntiev, *Problemas del desarrollo de la psiquis*. Moscú, 1972, pp. 368-379

En esta situación inicial del desarrollo del niño es donde está contenida la simiente de las relaciones cuya ulterior evolución constituye la cadena de acontecimientos que llevan a su formación como personalidad. Inicialmente las relaciones con el mundo de las cosas y con las personas circundantes están fusionadas entre sí para el niño, pero más adelante se produce su división y forman líneas de desarrollo diferentes, aunque están intervinculadas y pasan una a otra.

En la ontogénesis, estas transiciones se expresan en sustituciones alternativas de fases: de aquellas en las que predomina el desarrollo de la actividad objetivada (práctica y cognoscitiva) por fases de desarrollo de las interrelaciones con la gente, con la sociedad.¹¹⁴ Pero esas transiciones son las que caracterizan el movimiento de los motivos dentro de cada fase. Como resultado surgen los vínculos jerárquicos de los motivos que forman los “nudos” de la personalidad.

El enlace de estos nudos constituye un proceso oculto, y en las diversas etapas del desarrollo se manifiesta de distinto modo. Ya he descrito uno de los fenómenos que caracterizan el mecanismo de este proceso en el estadio en que, aunque la inclusión de la acción objetivada del niño en su relación con el adulto ausente en ese momento modifica el sentido del resultado obtenido, la acción aún sigue siendo por completo “situacional”. ¿Cómo se operan las modificaciones posteriores? Los hechos resultantes de las investigaciones con preescolares de distintas edades muestran que estas modificaciones están subordinadas a determinadas reglas.

Una de ellas consiste en que en una situación de motivación con una orientación diversa, surge *primero* la subordinación de la acción a la exigencia del hombre, *luego* a los vínculos objetivos entre las cosas. Otra regla descubierta en los experimentos también parece algo paradójica: resulta que en una actividad motivada de dos maneras, el motivo objetivo-material puede cumplir una función que se subordina a otra *primero*, cuando es dado al niño sólo en forma de representación, mentalmente, y sólo después la cumple permaneciendo en el campo actual de la percepción.

Aunque estas reglas expresan la sucesión genética tienen también una significación general. Lo que ocurre es que cuando se acentúan las situaciones del tipo descrito, surge el fenómeno de desplazamiento

¹¹⁴ Véase E. B. Elkonin, “Sobre el problema de la periodización del desarrollo psíquico del escolar soviético”. *Problemas de psicología*, 1971, núm. 4.

(*décalage*) como consecuencia del cual se revelan estas relaciones rectoras más simples; es sabido, por ejemplo, que es más fácil lanzarse al ataque siguiendo una orden directa del comandante que por autodecisión. En lo que concierne a la forma que adoptan los motivos, se manifiesta con toda claridad en las situaciones complejas de una actividad volitiva que sólo un motivo ideal, es decir, un motivo situado fuera de los vectores del campo exterior, es capaz de subordinar a sí mismo las acciones que tienen motivos exteriores de orientación opuesta. Para decirlo en forma figurada, el mecanismo psicológico de una proeza vital debe ser buscado en la imaginación humana.

El proceso de formación de la personalidad, enfocado con la óptica de las modificaciones que estamos tratando, puede ser representado como desarrollo de la voluntad; y esto no es casual. La acción involuntaria, impulsiva, es una acción impersonal, aunque sólo es posible hablar de pérdida de la voluntad con respecto a la personalidad (pues no se puede perder lo que uno no tiene). Por eso los autores que consideran la voluntad como el rasgo más importante de la personalidad tienen razón desde el punto de vista empírico.¹¹⁵ Sin embargo, la voluntad no es el principio ni tampoco el “eje” de la personalidad; es sólo una de sus expresiones. La verdadera base de la personalidad es esa estructura particular de las actividades conjuntas del sujeto que surge en cierta etapa del desarrollo de sus vínculos *humanos* con el mundo.

El hombre vive en medio de una realidad que parece ensancharse cada vez más para él. Al principio es el círculo estrecho de personas y objetos que lo rodean en forma directa, la interacción con ellos, su percepción sensorial y la asimilación de lo que se sabe sobre ellos, la asimilación de sus significados. Pero, posteriormente, comienza a desplegarse ante él una realidad que está situada mucho más allá de su actividad práctica y de su comunicación directa: se desplazan los límites del mundo que le es cognoscible y representable. El verdadero “campo” que determina ahora sus acciones no es simplemente lo presente, sino lo existente, lo que existe objetivamente o en ocasiones sólo en forma ilusoria.

El conocimiento por el sujeto de eso que tiene existencia siempre aventaja a su transformación en una actividad que lo defina. Ese conocimiento desempeña un papel muy importante en la formación de los motivos. En determinado nivel del desarrollo los motivos inicialmente sólo aparecen

¹¹⁵ Véase V. I. Selivánov, “Personalidad y voluntad”. *Problemas de la personalidad. Materiales de un simposio*, pág». 425-433.

como “cognoscibles”, como posibles; en realidad aún no impulsan acciones de ningún tipo. Para comprender el proceso de formación de la personalidad es preciso tener en cuenta esto indefectiblemente, aunque la ampliación de los conocimientos por sí sola no es lo determinante; es por eso que –dicho sea de paso– la educación de la personalidad no puede reducirse a la instrucción, a la comunicación de conocimientos.

La formación de la personalidad supone el desarrollo del proceso de formación de fines y, por consiguiente, el de las acciones del sujeto. Las acciones, enriqueciéndose cada vez más, parecen sobrepasar al conjunto de actividades que efectúan y entran en contradicción con los motivos que las engendraron. Esos fenómenos son bien conocidos y se los describe permanentemente –aunque en otros términos– en la bibliografía sobre la psicología evolutiva; son los que crean las denominadas crisis de desarrollo: la crisis de los tres años, de los siete años, del período de la adolescencia, al igual que las crisis del adulto, mucho menos estudiadas. Como resultado, se opera un desplazamiento de los motivos hacia los fines, la modificación de su jerarquía y la aparición de nuevos motivos, o sea, de nuevas formas de actividad; los fines anteriores se desprestigian en el aspecto psíquico, en tanto que las acciones consiguientes, o bien dejan de existir por completo, o bien se convierten en operaciones impersonales.

Las fuerzas motrices internas de este proceso radican en la dualidad inicial de los nexos del sujeto con el mundo, en su doble mediatización: por la actividad objetivada y por la comunicación. Su desarrollo genera no sólo la dualidad de motivación de las acciones, sino también, en virtud de ello, las subordinaciones de éstas, que dependen de las relaciones *objetivas* desplegadas ante el sujeto y en las que éste entra. La evolución y aumento de estas subordinaciones, de una naturaleza especial, que surgen sólo cuando el hombre vive en sociedad, ocupan un largo período que puede ser llamado etapa espontánea, no orientada por la autoconciencia de que la personalidad se va conformando. En esta etapa, que se extiende hasta la adolescencia, el proceso de formación de la personalidad, empero, no termina; sólo prepara el nacimiento de la personalidad conciente de sí misma.

En la literatura pedagógica y psicológica siempre se indica ya la primera edad preescolar, ya la adolescencia, como edades críticas en este sentido. La personalidad realmente nace dos veces: la primera, cuando se manifiestan en el niño en formas nítidas la pluralidad motivacional y la

subordinación de sus acciones (recordemos el fenómeno de los “bombones amargos” y otros similares); la segunda vez cuando surge su personalidad conciente. En el este último caso, nos referimos a cierta reestructuración especial de la conciencia. Se nos plantea la tarea de comprender la necesidad de esta reestructuración y precisamente en qué consiste.

Esta necesidad se crea por la circunstancia de que cuanto más se amplían los nexos del sujeto con el mundo, tanto más se entrecruzan éstos entre sí. Las acciones del sujeto, que efectúan una actividad, una relación suya, resultan objetivamente realizadoras también de alguna otra relación de él. La posible falta de coincidencia o contradicción de esas acciones no crea, sin embargo, alternativas que se solucionan por una simple “aritmética de motivos”. La situación psicológica real que es engendrada por los vínculos entrelazados del sujeto con el mundo, en los cuales –independientemente de él– se incorporan cada una de sus acciones y cada uno de sus actos de comunicación con las otras personas, le exigen puntos de referencia en el sistema de estos vínculos. En otras palabras, el reflejo psíquico, la conciencia, ya no puede seguir siendo la orientadora sólo de unas u otras acciones del sujeto: debe reflejar también de un modo activo la jerarquía de sus vínculos, el proceso en curso de subordinación y resubordinación de sus motivos. Y esto demanda un peculiar movimiento interno de la conciencia.

En el movimiento de la conciencia individual –antes descrito como proceso de transiciones mutuas de los contenidos y significados sensoriales directos que adquieren según los motivos de la actividad uno u otro sentido– se despliega ahora el movimiento en una dimensión más. En tanto que el movimiento antes descrito se presenta figuradamente como un movimiento en un plano horizontal, este nuevo movimiento es como si se operara según una vertical, Reside en la correlación de los motivos entre sí: algunos ocupan el lugar de subordinantes de los otros y parecen elevarse por sobre ellos; algunos, por el contrario, descienden a la posición de subordinados o incluso pierden por completo su función generadora de sentido. La formación de este movimiento es lo que expresa el establecimiento de un sistema armónico de sentidos personales: el establecimiento de la *personalidad*.

Es claro que la formación de la personalidad es un proceso incesante que consiste en una serie de estadios que se van sustituyendo y cuyas particularidades cualitativas dependen de las condiciones y circunstancias concretas. Por eso, al investigar su curso sucesivo notamos solamente algunos adelantos. Pero si la miramos como desde cierta distancia, la transición que denota el verdadero nacimiento de la personalidad aparece como un *acontecimiento* que modifica el curso de todo el desarrollo psíquico posterior.

Existen muchos fenómenos que marcan esta transición. Ante todo está la reestructuración de la esfera de las relaciones con las otras personas, con la sociedad. Mientras que en los estadios precedentes la sociedad se revela en las crecientes comunicaciones con los circundantes y por ello predominantemente en sus formas personificadas, ahora esta situación se revierte: las personas circundantes comienzan a aparecer cada vez más a través de las relaciones sociales objetivas. La transición a que nos referimos es la que inicia las modificaciones determinantes de lo fundamental en el desarrollo de la personalidad, en su destino.

La necesidad que tiene el sujeto de orientarse en el sistema –que se va ampliando– de sus vínculos con el mundo, se despliega ahora con un nuevo significado: como generadora del proceso en el que se desenvuelve la esencia social del sujeto. En toda su *plenitud*, este desarrollo constituye la perspectiva del proceso histórico. En lo que se refiere a la formación de la personalidad en una u otra etapa del desarrollo de la sociedad y en dependencia del lugar que ocupa el individuo en el sistema de relaciones sociales vigente, esta perspectiva sólo se presenta como conteniendo eventualmente un “punto límite” ideal.

Una de las modificaciones que lleva implícita la nueva reestructuración de la jerarquía de los motivos se pone de manifiesto en la pérdida de la autovaloración que tienen las relaciones para el adolescente en el círculo íntimo de sus contactos. Así, las exigencias provenientes de los adultos, incluso de los más allegados, conservan ahora su función generadora de sentido sólo a condición de que estén incluidas en la esfera social motivacional más amplia; en caso contrario, suscitan el fenómeno de “rebeldía psicológica”. Esta entrada del adolescente en un círculo más amplio de comunicación no significa, sin embargo, que lo íntimo, lo personal, pase ahora a una especie de segundo plano. Por el contrario, precisamente en este período y precisamente por eso se opera un desarrollo intensivo de la vida interior: junto con el compañerismo surge la

amistad que se nutre de las confianzas mutuas; cambia el contenido de las cartas, las que pierden su carácter estereotipado y descriptivo, manifestándose en ellas las vivencias; se intenta llevar un diario íntimo y comienzan los primeros enamoramientos.

Modificaciones aún más profundas signan los niveles posteriores del desarrollo, incluso hasta el nivel en la cual el propio sistema de relaciones sociales objetivas y sus expresiones adquieren un sentido personal. Es claro que los fenómenos que surgen en este nivel son aún más complejos y pueden ser verdaderamente trágicos, pero aun así lo que ocurre es lo mismo: cuanto más se revela la sociedad a la personalidad, más plétórico se torna su mundo interior.

El proceso de desarrollo de la personalidad siempre sigue siendo profundamente individual, irrepetible. Muestra fuertes desplazamientos según la abscisa de la edad, y en ocasiones provoca una degradación social de la personalidad. Lo principal es que transcurre de un modo completamente distinto según sean las condiciones históricas concretas y la pertenencia del individuo a uno u otro medio social. Es particularmente dramático en la sociedad de clases, con sus inevitables alienaciones y parcialización de la personalidad, con sus alternativas entre la sumisión y la dominación. Se sobrentiende que también en la sociedad socialista las circunstancias vitales concretas dejan su huella en el curso del desarrollo de la personalidad. La liquidación de las condiciones objetivas que crean el obstáculo para devolver al hombre su verdadera esencia, es decir, para que su personalidad se desarrolle de un modo universal y armónico, hace que por primera vez esta perspectiva sea real, pero en modo alguno reestructura la personalidad en forma automática. La modificación fundamental consiste en otra cosa, en que surge un nuevo movimiento: la lucha de la sociedad por la personalidad humana. Cuando decimos: “En aras del hombre, *para el hombre*”, esto no significa simplemente para su consumo, quiere decir para su *personalidad*, aunque a la vez queda sobrentendido que el hombre debe ser abastecido tanto de bienes materiales como de alimento espiritual.

Si volvemos a encarar los fenómenos que distinguen el paso del período de preparación de la personalidad al período de su desarrollo, cabe indicar una transformación más. Se trata de la transformación de la expresión que asumen las peculiaridades clasistas de la personalidad, o dicho de modo más explícito, de las peculiaridades que dependen de la diferenciación social de la sociedad.

La pertenencia del sujeto a determinada clase condiciona desde el comienzo el desarrollo de sus vínculos con el mundo circundante, la mayor o menor amplitud de su actividad práctica, de sus comunicaciones, de sus conocimientos y de las normas de conducta que asimila. Todo esto es lo que constituye esas adquisiciones con las cuales se va estructurando la personalidad en la etapa de su formación inicial. ¿Es acaso posible y necesario referirse a esto como carácter de clase de la personalidad? Sí, cuando se trata de lo que el niño va tomando del entorno; *no*, porque en esta etapa él es sólo un objeto –si así puede decirse– de su clase, de su grupo social. La transformación posterior consiste precisamente en que se torna *sujeto* de los mismos. Entonces, y sólo entonces, su personalidad comienza a formarse como clasista en otro sentido, en el sentido propio de la palabra: quizás al comienzo sea sin darse cuenta, luego tomando conciencia de ello, pero tarde o temprano ocupa inevitablemente su posición, que puede ser más o menos activa, decidida o vacilante. Por eso, no simplemente “resulta estar” en medio de las confrontaciones de clases, sino que se coloca de uno u otro lado de las barricadas. Lo que resulta es otra cosa: que en cada recodo del camino de la vida tiene que liberarse de algo, afirmar algo en sí mismo, y todo esto es preciso *hacerlo*, y no sólo “someterse a las influencias del medio”.

Por último, en esa misma frontera se produce una modificación más, que también cambia el propio “mecanismo” de formación de la personalidad. Ya he hablado sobre la realidad cada vez más amplia que existe en forma actual para el sujeto. Pero ella existe también en el tiempo, o sea, en forma de pasado y en forma de un futuro que es previsible para él. Por supuesto que ante todo se tiene en cuenta lo primero, es decir, la experiencia individual del sujeto, cuya función sería su personalidad. Y esto da nueva vida a la fórmula de la personalidad como producto de propiedades innatas y de la experiencia adquirida. En las primeras etapas del desarrollo, esta fórmula aún puede parecer verosímil, en especial si no se la simplifica y se tiene en cuenta toda la complejidad de los mecanismos de formación de la experiencia. Pero cuando se opera la jerarquización de los motivos, va perdiendo cada vez más su significación, y a nivel de la personalidad parece ser derrotada.

Lo que sucede es que en este nivel las impresiones, acontecimientos y las propias acciones anteriores del sujeto no aparecen en absoluto para éste como estratos inertes de su experiencia. Se convierten en objeto de sus relaciones, de sus acciones y por ello modifican su aporte a la personalidad.

Una parte de este pasado muere, pierde el sentido que tenía y se convierte en mera condición y medios de su actividad, o sea, en las capacidades, habilidades, estereotipos de conducta ya formados; otra parte se le revela bajo una luz totalmente nueva y adquiere un significado que antes no había advertido; por último, algo del pasado es activamente rechazado por el sujeto, psicológicamente deja de existir para él, aunque permanece almacenado en su memoria. Estas modificaciones ocurren constantemente, pero pueden también concentrarse, creando cambios morales. La revaloración consiguiente de lo que ya estaba establecido en la vida conduce a que el hombre se deshaga de la carga de su biografía. ¿Acaso esto no testimonia que los aportes de la experiencia pasada a la personalidad se han tornado dependientes de la propia personalidad, se han convertido en función suya?

Esto resulta posible en virtud del nuevo movimiento interior surgido en el sistema de la conciencia individual, al que he llamado en forma figurada movimiento "según la vertical". No corresponde pensar sólo que los bruscos cambios en el pasado de la personalidad son producidos por la conciencia; la conciencia no los produce, sino que los *mediatiza*; sí producen las acciones del sujeto, a veces incluso las exteriores, o sea, las rupturas de las comunicaciones anteriores, el cambio de profesión, la incorporación práctica a nuevas circunstancias. Makarenko lo describe maravillosamente: la vieja ropa de los vagabundos que eran aceptados en la colonia la quemaban ellos mismos en una hoguera.

A pesar de la difusión que ha alcanzado, la opinión de que la personalidad es producto de la biografía del hombre resulta insatisfactoria y justifica la concepción fatalista de su destino (así es como piensa el pequeño burgués: un niño ha robado, ¡por lo tanto será un ladrón!). Este modo de ver admite, por supuesto, la posibilidad de cambiar algo en el hombre, pero sólo al precio de una injerencia externa que prevalece con su *fuerza* sobre lo establecido en la experiencia del hombre. Esta es la concepción de la supremacía del castigo, y no del arrepentimiento, del premio, no de las acciones que éste corona. Se deja a un lado un hecho psicológico fundamental, o sea, que el hombre establece una relación con su pasado que se incorpora de una manera diferente en lo que está *presente* para él, es decir, en la memoria de su personalidad. Tolstoi aconsejaba: observa qué recuerdas, qué no recuerdas; según estos indicios te conocerás a ti mismo.¹¹⁶

¹¹⁶ Véase L. N. Tolstoi, *Obras Completas*. Moscú, 1935, t. 54, pág. 31.

Tampoco es cierta esta opinión por una razón más: porque la ampliación de la realidad no fluye para el hombre sólo en dirección al pasado, sino también en dirección al futuro. Lo mismo que el pasado, el futuro constituye lo presente en la personalidad. La perspectiva de la vida que se abre ante el hombre no es meramente producto de un “reflejo anticipado”, sino un patrimonio suyo. Reside en esto la fuerza y la verdad de lo que escribió Makarenko sobre el significado educativo de las perspectivas inmediatas y lejanas. Lo mismo es válido para los adultos. A propósito, recuerdo la parábola que escuché una vez en los Urales, de labios de un viejo caballero: cuando el caballo comienza a tropezar en un camino difícil, lo que hace falta no es azotarlo, sino levantarle más alto la cabeza para que vea más lejos ante sí.

La personalidad se crea por las circunstancias objetivas, pero no de otro modo que a través de todo el conjunto de su actividad que hace realidad sus relaciones con el mundo. Las particularidades de esa actividad son lo que define el tipo de personalidad. Aunque las cuestiones de la psicología diferencial no forman parte de mi objetivo, el análisis de la formación de la personalidad lleva, sin embargo, al problema de cuál es el enfoque general en la investigación de estas cuestiones.

La primera base de la personalidad que no puede ser ignorada por ninguna concepción psicológica diferencial es la riqueza de vínculos del individuo con el mundo. Esta riqueza es lo que distingue al hombre, cuya vida abarca un vasto conjunto de actividades diversas, de un maestro berlinés. Dicen Marx y Engels en *“La Ideología Alemana”*.

“cuyo mundo sólo abarque el espacio que va a Moabit a Köpenick y se halle cerrado con tablas clavadas detrás de la Puerta de Hamburgo y cuyas relaciones con este mundo se vean reducidas a un mínimo por el miserable puesto que ocupa en la vida”,

Se sobrentiende que estamos hablando de relaciones auténticas, y no de las enajenadas del hombre que se oponen a él y lo someten. En el plano psicológico expresamos estas relaciones auténticas a través del concepto de actividad, de sus motivos generadores de sentido, y no en el lenguaje de los estímulos y de las operaciones que se cumplen. A esto se debe agregar que las actividades que constituyen la base de la personalidad incluyen también las actividades teóricas y que durante el desarrollo su círculo no sólo puede ampliarse, sino también ir empobreciéndose; en la psicología empírica esto se denomina “estrechamiento de los intereses”.

Algunas personas no advierten este empobrecimiento; otras, como Darwin, lo lamentan como una desgracia.¹¹⁷

Las diferencias que se dan en esto no son sólo cuantitativas, expresando en qué medida es amplio el mundo que el hombre descubre en el espacio y en el tiempo, en su pasado y su futuro. Tras ellas están las diferencias en el contenido de las relaciones objetuales y sociales que son dadas por las condiciones objetivas de época, nación y clase. Por eso el enfoque de la tipología de las personalidades, incluso cuando tiene en cuenta sólo uno de estos *parámetros* –como suele decirse ahora–, no puede dejar de ser histórico concreto. Pero el análisis psicológico no se detiene en esto, pues los vínculos de la personalidad con el mundo pueden ser más pobres que aquellos que son dados por las condiciones objetivas, pero también pueden superarlos en mucho.

Otro parámetro de la personalidad, y por añadidura el más importante, es el grado de jerarquización de las actividades, de sus motivos. Este nivel suele ser muy diverso, independientemente de cuán estrecha o amplia sea la base de la personalidad que crea sus vínculos con el entorno. Las jerarquías de los motivos existen siempre, en todos los niveles del desarrollo. Son las que crean las unidades relativamente autónomas de la vida de la personalidad, que pueden ser menos grandes o más grandes, desunidas entre sí o entrar en una única esfera motivacional. La desunión de estas unidades de la vida, jerarquizadas entre sí, crea la fisonomía psicológica del hombre que vive *fragmentariamente*, o sea, ya en un “campo”, ya en otro. Por el contrario, un grado más elevado de jerarquización de los motivos se expresa en que el hombre parece comparar sus acciones con el motivo-fin que es fundamental para él y entonces puede resultar que unas estén en contradicción con este motivo, otras respondan directamente a él, en tanto que algunas se desvíen del mismo.

Cuando se refieren al motivo fundamental que impulsa al hombre suele hablarse de *objetivo vital*. ¿Pero acaso este motivo se le revela de un modo adecuado a la conciencia? No se puede responder de entrada a este interrogante porque la toma de conciencia de ese motivo en forma de concepto, de idea no se opera por sí misma, sino en el movimiento de la conciencia individual, como resultado del cual el sujeto sólo es capaz de refractar su interior a través del sistema de significados y conceptos que va

¹¹⁷ Véase C. Darwin, *Recuerdos sobre la evolución de mi mente y mi carácter. Autobiografía*. Moscú, 1957, págs. 147-148.

asimilando. Ya hemos hablado de esto, como también de la lucha que se libra en la sociedad por la conciencia del hombre.

Las unidades de sentido de la vida pueden converger en cierto modo en un solo punto, pero ésta es una caracterización formal. Lo principal sigue siendo el problema de qué lugar ocupa este punto en el espacio multidimensional que constituye la realidad existente, auténtica, aunque no siempre visible para el individuo. Toda la vida del caballero Avaro está orientada hacia un fin: instituir “el poder del oro”. El objetivo fue logrado (“¿Quién sabe cuántas amargas privaciones, pasiones reprimidas, penosas reflexiones, preocupaciones cotidianas y noches en blanco costó todo eso?”), pero la vida se fue desgarrando para nada, el objetivo resultó absurdo. Con las palabras: “¡Qué siglo espantoso, qué espantosos corazones!”, concluye Pushkin la tragedia sobre el Avaro.

Se va conformando una personalidad diferente, con un destino diferente cuando el motivo-fin rector se eleva hasta lo genuinamente humano y no va aislando al hombre, sino que fusiona su vida con la vida de la gente, con su bien. De acuerdo con las circunstancias que tocan en suerte al hombre, esos motivos vitales pueden adquirir muy diverso contenido y diversa significación objetiva, pero sólo ellos son capaces de crear la justificación psicológica interior de la existencia del hombre que constituye el sentido y la felicidad de la vida. La cumbre a la que lleva este camino es el hombre convertido –según las palabras de Gorki– en *hombre de la humanidad*.

Llegamos aquí al parámetro más complejo de la personalidad: al tipo universal de su estructura. La esfera motivacional del hombre, aun en su desarrollo más elevado, jamás recuerda a una pirámide inerte. Puede estar desplazada, ser excéntrica con respecto al espacio actual de la realidad histórica, y entonces se habla de unilateralidad de la personalidad. Puede conformarse, por el contrario, como una personalidad multilateral, que incluya un vasto conjunto de relaciones. Pero, tanto en un caso como en otro, refleja necesariamente la falla de coincidencia objetiva de estas relaciones, las contradicciones entre ellas, el cambio del lugar que esas relaciones ocupan en ella.

La estructura de la personalidad es una configuración relativamente estable de las principales líneas motivacionales, jerarquizadas dentro de sí. Se trata de que es incompleto describirla como “orientación de la personalidad”, y es incompleto porque, incluso cuando existe en el hombre

una clara línea rectora de la vida, ella no puede mantenerse como *única*. El servir al fin elegido, a un ideal, no excluye ni absorbe en absoluto otras relaciones vitales del hombre, las que, a su vez, forman motivos generadores de sentido. Hablando metafóricamente, la esfera motivacional de la personalidad siempre posee una pluralidad de cimas, lo mismo que el sistema objetivo de conceptos axiológicos que caracteriza la ideología de una sociedad, de una clase dada, de una capa social que se comunica y es asimilado (o rechazado) por el hombre.

Las correlaciones internas de las líneas motivacionales dentro del conjunto de las actividades del hombre forman algo así como un “perfil psicológico” general de personalidad. A veces éste se conforma caracterizándose por su chatura, por su carencia de verdaderas cimas, entonces es cuando el hombre toma lo pequeño que hay en la vida por grandioso, en tanto que ni siquiera ve lo grande. Esa pobreza de la personalidad puede, en determinadas condiciones sociales, combinarse con la satisfacción de un conjunto desmedidamente amplio de necesidades cotidianas. En esto, dicho sea de paso, consiste la amenaza psicológica que entraña la moderna sociedad de consumo para la personalidad del hombre.

Una estructura diferente del perfil psicológico de personalidad se crea por una serie de motivos vitales que a menudo se combina con la aparición de cimas falsas, creadas sólo por “motivos ya sabidos”, o sea, por estereotipos de ideales, desprovistos de sentido personal. Pero esa estructura es transitoria: las líneas –seriadas en un comienzo– de las diversas relaciones vitales establecen luego nexos internos. Esto ocurre inevitablemente, pero no por sí solo, sino como resultado de ese trabajo interior, sobre el cual he hablado antes, y que adopta la forma de un movimiento especial de la conciencia.

Las múltiples relaciones que el hombre entabla con la realidad son objetivamente contradictorias. Sus contradicciones también engendran conflictos que, en determinadas condiciones, se fijan y se incorporan a la estructura de la personalidad. Así, la separación –surgida históricamente– entre la actividad teórica interior y la actividad práctica, no sólo da lugar a un desarrollo unilateral de la personalidad, sino que puede conducir a un desajuste psíquico, a una disociación de la personalidad en dos esferas ajenas una a la otra: la esfera de sus manifestaciones en la vida real y la de sus manifestaciones en una vida que sólo existe ilusoriamente, sólo en el pensamiento autista. Es imposible describir ese desajuste en el plano psicológico con mayor penetración de lo que lo hizo Dostoievski: de una

existencia lamentable, plena de cosas triviales, su personaje huye a la vida de la imaginación, a los sueños; es como si estuviéramos ante dos personalidades: una, la de un hombre humillado y tímido, de un extravagante, escondido en su madriguera; la otra, una personalidad romántica e incluso heroica, abierta a todas las alegrías de la vida. Y, a pesar de todo, es la vida de un mismo hombre y por eso llega irreversiblemente el momento en que los sueños se disipan, llegan los años de una soledad lúgubre, de la congoja y el abatimiento.

La personalidad del héroe de *Noches blancas* es un fenómeno especial, hasta excepcional. Pero a través de esta excepcionalidad se trasluce una verdad psicológica general. Esta verdad consiste en que la estructura de la personalidad no se reduce ni a la riqueza de vínculos del hombre con el mundo ni al nivel de jerarquización de los mismos, en que sus características están en la correlación de los diversos sistemas de relaciones vitales que se han conformado y que generan una lucha entre ellos. En ocasiones, esta lucha trascurre en formas exteriormente no objetivadas, por lo general dramáticas –digámoslo así– y no perturba la armonía de la personalidad, su desarrollo; puesto que una personalidad armónica no es en absoluto una personalidad ajena a toda lucha interior. Pero a veces esta lucha interna se convierte en lo fundamental, en lo que define toda la fisonomía del hombre: esa es la estructura de una personalidad trágica.

De modo que el análisis teórico permite diferenciar al menos tres parámetros básicos de la personalidad: la amplitud de los vínculos del hombre con el mundo, el nivel de su jerarquización y su estructura general. Por supuesto, estos parámetros aún no dan una tipología psicológica diferencial; pueden servir nada más que como esquema descarnado que todavía debe ser rellenado con un contenido histórico concreto y vivo. Pero esto constituye la meta de investigaciones especiales. ¿Es que se produce así una sustitución de la psicología por la sociología, no se pierde acaso lo psicológico en la personalidad?

Este interrogante se presenta como consecuencia de que el enfoque que estamos examinando se distingue del que es habitual en la psicología de la personalidad propia del antropologismo (o antropologismo cultural), que considera la personalidad como individuo que posee peculiaridades psicofisiológicas y psicológicas cambiantes en el proceso de su adaptación al medio social. Este enfoque exige, por el contrario, que se analice la personalidad como una *nueva cualidad* generada por el movimiento del

sistema de relaciones sociales objetivas al cual se incorpora su actividad. De tal modo, la personalidad deja de parecer un resultado de la estratificación directa de influencias externas; es lo que el hombre hace de sí al afirmar su vida *humana*. El hombre la afirma en las tareas y contactos de todos los días, y en las personas a las cuales trasmite una partícula de sí mismo y en las barricadas de los combates de clase y en los campos de batalla por la patria, afirmándola a veces concientemente incluso al precio de su propia vida física.

En lo que concierne a las “subestructuras” psicológicas de la personalidad, tales como el temperamento, las necesidades e inclinaciones, las vivencias emocionales y los intereses, las actitudes, los hábitos y costumbres, los rasgos morales, etc., éstos, se entiende, de ningún modo desaparecen. Sólo que se despliegan de otra manera: unos como condiciones, otros en sus frutos y transformaciones, en sus cambios de lugar en la personalidad, que se operan en el proceso de su desarrollo.

Así, las particularidades del sistema nervioso son indiscutiblemente rasgos individuales y, además, rasgos muy estables que, empero, no son los que forman la *personalidad* humana. El hombre, conciente o inconcientemente, tiene en cuenta en sus acciones los rasgos de su constitución, así como tiene presentes las condiciones exteriores de sus acciones y los medios existentes en él para realizarlas. Aunque caracterizan al hombre como ser natural no pueden, sin embargo, cumplir el papel de fuerzas que determinan la motivación de la actividad y la generación de los fines que se van conformando en él. Quizás el único problema real, aunque secundario, de la psicología de la personalidad que surge aquí es el de la formación de las acciones del sujeto orientadas a sus propias particularidades innatas o adquiridas, las que no entran de modo directo en la caracterización psicológica de su esfera personal.

Menos aún pueden ser consideradas como subestructuras, factores o “modus” de la personalidad las necesidades y actitudes. Así, éstas aparecen sólo cuando se hace abstracción de la actividad del sujeto en la que se operan sus metamorfosis; pero no son éstas últimas las que crean la personalidad; por el contrario, ellas mismas son engendradas por el movimiento de desarrollo de la personalidad. Este movimiento se subordina a la misma fórmula que describe la transformación de las necesidades humanas. Comienza a partir de que el sujeto actúa a fin de mantener su existencia, conduce a que el sujeto mantenga su existencia para actuar, o sea, para realizar la causa de su vida, para llevar a cabo su

designio humano. Este viraje, al dar cima a la etapa de formación de la personalidad abre, a la vez, ilimitadas perspectivas a su desarrollo.

Las necesidades objetivo-materiales “para sí” son saciadas y su satisfacción hace que se reduzcan al nivel de las condiciones de vida que son menos advertidas por el hombre cuanto más habituales se tornan. Por eso, *la personalidad no puede desarrollarse dentro de los marcos del consumo, su desarrollo presupone necesariamente* que las necesidades se desplacen hacia la creación, que es lo único que no conoce fronteras.

¿Hace falta subrayar esto? Probablemente haga falta porque el pensamiento cándido y, en rigor, perimido suele imaginar el paso al principio “según las necesidades” casi como la transición a una super-florecente sociedad de consumo. Se deja de ver que a la vez es preciso que se efectúe la transformación del consumo material, que la posibilidad de que *todos* satisfagan estas necesidades suprime el valor de las cosas en sí que responden a ellas, suprime la función antinatural que cumplen en la sociedad de la propiedad privada: la función de que a través de ellas el hombre se afirma a sí mismo, afirma su “prestigio”.

El último problema teórico en el que me detendré es el de la toma de conciencia de uno mismo como personalidad. En psicología se acostumbra a plantearlo como la cuestión de la autoconciencia, del proceso de su desarrollo. Existe una cantidad enorme de trabajos dedicados a la investigación de este proceso; contienen datos detallados que caracterizan las etapas de formación de las representaciones de uno mismo en la ontogénesis. Se trata de la formación del denominado esquema corporal, de la capacidad de localizar las propias sensaciones interoceptivas; se trata de la evolución del conocimiento que uno tiene de su fisonomía externa, o sea, de reconocerse en el espejo o en una fotografía. El proceso de desarrollo en los niños de las valoraciones de otros y de sí mismos, en las cuales primero son diferenciadas las particularidades físicas, y luego se unen a ellas las psicológicas y morales se ha seguido minuciosamente. El cambio que se efectúa paralelamente consiste en que las características parciales de otros y de uno mismo son sustituidas por características más generales, que abarcan al hombre en su integridad y destacan sus rasgos esenciales. Tal es el cuadro empírico del desarrollo del conocimiento de uno mismo, de sus propiedades individuales, de sus particularidades y capacidades. ¿Pero, acaso este cuadro da respuesta a la cuestión del desarrollo de la autoconciencia, de la toma de conciencia del “yo”?

Sí, en caso de que se entienda la toma de conciencia de sí solo como el *conocimiento* sobre sí. Como cualquier otro conocimiento, el conocimiento sobre sí se inicia con la delimitación de propiedades externas, superficiales, y es resultado de la comparación, el análisis y la generalización, de destacar lo esencial. Pero la conciencia individual no es únicamente conocimiento, sólo un sistema de conceptos y significados adquiridos. Le es propio un movimiento interno que refleja el movimiento de la vida real del sujeto a la cual mediatiza; ya hemos visto que sólo en este movimiento los conocimientos adquieren su relación con el mundo objetivo y con su realidad. Lo mismo ocurre cuando el objeto de la conciencia son las propiedades, peculiaridades, acciones o estados del propio sujeto; en este caso también se debe diferenciar el conocimiento sobre sí y la toma de conciencia de sí.

Los conocimientos, las representaciones sobre sí se van acumulando ya en la primera infancia; en formas sensoriales no conscientes existen, al parecer, también en los animales superiores. Otra cosa es la autoconciencia, la toma de conciencia del propio "yo". Esta es resultado, producto de la formación del hombre como personalidad. Al representar la mutación fenomenológica de las formas de relaciones reales de la personalidad, aparece en su carácter inmediato como su causa y sujeto.

El problema psicológico del "yo" se plantea en cuanto nos preguntamos a qué realidad se refiere todo lo que conocemos sobre nosotros y si todo lo que sabemos sobre nosotros se refiere a esta realidad. ¿Cómo puede ser que en una parte descubro mi "yo", mientras que en otra lo pierdo (así lo decimos: estar "fuera de sí...")?

Desde el punto de vista psicológico es evidente la falta de coincidencia entre el "yo" y aquello que el sujeto se representa como objeto de su propio conocimiento de sí mismo. A la vez, la psicología que parte de posiciones organicistas no está en condiciones de dar una explicación científica de esta falta de coincidencia. Si el problema del "yo" se llega a plantear en ella, es sólo como constatación de que existe una instancia especial dentro de la personalidad: un hombre pequeñito dentro del corazón que en el instante preciso "tira de los cordeles". Negándose, como es natural, a adjudicar sustancialidad a esta instancia especial, la psicología termina por eludir del todo el problema, diluyendo el "yo" en la estructura de la personalidad, en sus interacciones con el mundo circundante.

Y a pesar de todo, el problema sigue en pie manifestándose ahora en forma de aspiración puesta en el individuo de penetrar en el mundo, en la necesidad de “actualización de sí mismo”.¹¹⁸

De tal modo, el problema de la autoconciencia de la personalidad, de la toma de conciencia del “yo”, sigue no resuelto en la psicología. Pero éste no es un problema ficticio; es, por el contrario, un problema de elevada importancia vital que corona la psicología de la personalidad.

Lenin escribió acerca de qué diferencia a un “simple esclavo” de un esclavo conforme con su situación, y de un esclavo que se ha rebelado. No es ésta una diferencia en el conocimiento de sus rasgos individuales, sino una diferencia en la toma de conciencia de sí dentro del sistema de las relaciones sociales. No otra cosa es la toma de conciencia de su “yo”.

Acostumbramos pensar que el hombre es el centro hacia el cual convergen las influencias exteriores y del cual parten las líneas de sus nexos, de sus interacciones con el mundo exterior; que este centro, dotado de conciencia, es precisamente su “yo”. Pero las cosas no son en absoluto así. Hemos visto que las diversas actividades del sujeto se entrecruzan y atan en nudos con relaciones objetivas, sociales por su naturaleza, en las cuales el sujeto entra necesariamente. Estos nudos, sus jerarquías, son las que forman ese secreto “centro de la personalidad” al que llamamos “yo”; dicho de otro modo, este centro no está en el individuo, no está bajo la superficie de su piel, sino en su existencia.

Por consiguiente, el análisis de la actividad y de la conciencia lleva inevitablemente a negar la concepción del hombre, tradicional de la psicología empírica, egocéntrica, “ptolomeica” en favor de la concepción “copernicana” que considera el “yo” humano como incluido en el sistema general de intervenciones de los hombres en la sociedad. Sólo es preciso subrayar al mismo tiempo que *incluido* en el sistema no significa en modo alguno que se diluye en él, sino, por el contrario, que adquiere y manifiesta en él la fuerza de su acción.

En nuestra literatura psicológica se citan a menudo las palabras de Marx acerca de que el hombre no nace como el filósofo fichteano, que el hombre se mira, como en un espejo, en otro hombre, y sólo relacionándose con él como con su semejante comienza a referirse a sí como a un hombre. Estas palabras a veces se entienden sólo en el sentido de que el hombre forma su imagen a imagen de otro hombre. Pero en estas palabras está

¹¹⁸ J. Nuttin, *La Structure de la personnalité*. París, 1925, pág. 234.

expresado un contenido mucho más profundo. Para ver que es así basta con restablecer su contexto.

En algunos aspectos –comienza diciendo Marx en la citada nota de “*El Capital*”– el hombre recuerda a una mercancía. ¿Cuáles son estos aspectos? Es evidente que se trata de los aspectos sobre los que se habla en el texto al que corresponde dicha nota. Son las relaciones de valor de las mercancías. El sustrato natural de una mercancía se convierte en forma, en espejo del valor de otra mercancía, es decir, en una propiedad suprasensorial suya que nunca se trasluce a través de su trama. Marx concluye del siguiente modo esta nota:

“A la vez, precisamente Pablo como tal, en toda su corporeidad de Pablo se convierte para él en una *forma de manifestación del género hombre*”.¹¹⁹

Pero el hombre como género, como ser genérico, no significa en Marx la especie biológica *Homo sapiens*, sino la sociedad humana. En ella, en sus formas personificadas es donde el hombre se ve a sí mismo como hombre.

El problema del “yo” humano figura entre los que escapan al análisis psicológico científico. Interfieren en el acceso a él muchas nociones falsas que se han establecido en la psicología en el nivel empírico de la investigación de la personalidad. A este nivel la personalidad aparece inevitablemente como el individuo al que la sociedad hace más complejo y no al que transforma, es decir, que adquiere en ella nuevas propiedades sistémicas. Pero precisamente en éstas, sus propiedades “suprasensoriales”, es donde el individuo se constituye en objeto de estudio de la ciencia psicológica.

¹¹⁹ La cursiva es mía. (A. L.)

CONCLUSIONES

Aunque he titulado a estas páginas conclusiones, su objetivo no es hacer un resumen sino, más bien, esbozar las perspectivas que entraña el futuro. Estas se abren, a mi entender, con la investigación de los eslabones que podemos denominar *interniveles*.

No presenta dificultad alguna enmarcar distintos niveles en el estudio del hombre: el nivel biológico en el cual éste se revela como ser corporal, natural; el nivel psicológico en el que actúa como sujeto de una actividad animada y, por último, el nivel social en el cual se manifiesta como ejecutor de las relaciones sociales objetivas, del proceso histórico-social. La coexistencia de estos niveles es lo que plantea el problema de las relaciones internas que vinculan el nivel psicológico con el biológico y el social.

Aunque esta cuestión se yergue ante la psicología desde hace tiempo, hasta ahora no se puede considerar que la haya resuelto. La dificultad reside en que su solución científica demanda una abstracción previa de las interacciones y nexos específicos del sujeto que engendran el reflejo psíquico de la realidad en el cerebro del hombre. La categoría de actividad, implica, en rigor, esta abstracción la que, naturalmente, lejos de destruir la integridad del sujeto concreto tal como lo hallamos en el trabajo, en el seno de la familia e incluso dentro de nuestros laboratorios, por el contrario lo restituye a la psicología.

El retorno del hombre integral a la ciencia psicológica, sin embargo, sólo puede tener lugar sobre la base de la investigación especial de los pasos recíprocos de unos niveles a otros, surgidos en el curso del desarrollo. Dicha investigación debe rechazar la idea de considerar estos niveles como superpuestos o –más aun– la de reducir un nivel a otro. Esto resulta particularmente evidente cuando se estudia la ontogénesis. Mientras que en los pasos iniciales del desarrollo psíquico del niño resultan estar en primer plano sus adaptaciones biológicas (las que introducen elementos decisivos en la formación de sus percepciones y emociones), más adelante estas adaptaciones se trasforman. Esto no significa, por cierto que simplemente dejen de funcionar; sino que pasan a integrar un nivel distinto y más elevado de la actividad del cual depende también en qué medida aportan a cada etapa del desarrollo. Se da por consiguiente, una doble tarea: investigar las posibilidades (o limitaciones) que crean. En el

desarrollo ontogenético esta tarea se reproduce de un modo constante y a veces en forma muy acuciante, como sucede, digamos, en el período de la pubertad, cuando advienen cambios biológicos, que ya en un comienzo adquieren expresiones modificadas en el plano psicológico y cuando el problema se centra en definir *cuáles son* estas expresiones.

Pero dejemos a un lado la psicología evolutiva. El principio general al que están subordinadas las relaciones interniveles consiste en *la presencia de un nivel superior que siempre actúa como nivel rector, pero que sólo puede funcionar por medio de los niveles ubicados por debajo y que en esto depende de ellos.*

Por ende, el objetivo de las investigaciones interniveles reside en el estudio de las múltiples formas de estas realizaciones, gracias a lo cual los procesos de nivel superior no sólo se concretan, sino que también se individualizan.

Lo esencial es no perder de vista el hecho de que en las investigaciones interniveles no trabajamos con un movimiento unilateral, sino bilateral y, por añadidura, espiraloide: con la formación de los niveles superiores y la “exfoliación” –o modificación– de los niveles situados por debajo, que, a su vez, condicionan la posibilidad de que el sistema en su conjunto se siga desarrollando. De tal modo, la investigación internivel, aunque sigue siendo interdisciplinaria, excluye a la vez la concepción de esto último como reduciendo un nivel a otro o tratando de encontrar sus nexos y coordinaciones correlativos. Subrayo esto con particular énfasis porque, mientras que en su época N. N. Lange hablaba del paralelismo psicofisiológico como de una idea “temible”, lo que ahora resulta en verdad temible para la psicología es el reduccionismo. La comprensión de esto se extiende cada vez más también en la ciencia occidental. La conclusión general del análisis del reduccionismo fue formulada –quizás en la forma más aguda– por autores ingleses en las páginas del número de 1974 de la revista internacional *Cognition: la única alternativa al reduccionismo es el materialismo dialéctico*.¹²⁰ Y realmente es así. La solución científica del problema de lo biológico y lo psicológico, de lo psicológico y lo social es lisa y llanamente imposible a margen del análisis sistemático marxista. Por eso también el programa positivista “Ciencia Única” (¡con mayúsculas!) que pretende unir los conocimientos por medio de esquemas cibernéticos y multiplicadores matemáticos (modelos) universales ha sufrido un rotundo fracaso.

¹²⁰ S. Rose and H. Rose, vol. II, n.º 4

Aunque estos esquemas en realidad son capaces de comparar entre sí fenómenos cualitativamente distintos, es sólo en determinado plano de abstracción, donde desaparecen la especificidad de estos fenómenos así como sus transformaciones mutuas. En lo que concierne a la psicología, de este modo rompe definitivamente con la concreción del hombre.

Es claro que al referirme a todo esto, tengo en mente ante todo las relaciones entre los niveles psicológicos y morfofisiológicos de la investigación. Pero hay que pensar que la cuestión no difiere mucho en cuanto al vínculo que existe entre los niveles social y psicológico.

Es de lamentar que precisamente los problemas psicosociológicos sigan siendo los menos elaborados en nuestra ciencia y los más obstruidos por concepciones y métodos extraídos de las investigaciones del exterior. Es decir, de investigaciones subordinadas a la tarea de buscar fundamentos psicológicos para justificar y eternizar las relaciones que engendra la sociedad burguesa entre los hombres. Pero la reestructuración de la ciencia psicosociológica desde posiciones marxistas no puede operarse independientemente de cuál sea la concepción psicológica general sobre el hombre, del papel que cumplen en su formación los nexos vitales del hombre con el mundo, nacidos de las relaciones sociales en las cuales éste entra.

Por ello al pensar en las perspectivas de la ciencia psicológica como centralizadora de los diversos enfoques del hombre no se debe soslayar el hecho de que esta confluencia está dada a nivel *social*, del mismo modo que es en el nivel social donde se resuelve el destino humano.

APÉNDICE

Problemas psicológicos del carácter conciente del estudio

I

El intelectualismo no pone de manifiesto su inconsistencia con tanta claridad en ningún problema psicológico como en el de la conciencia. El enfoque intelectualista de la conciencia convierte a ésta en un simple sinónimo del pensamiento, de la comprensión. ¿Pero acaso conciencia y pensamiento no son en realidad una y la misma cosa?

La conciencia y el pensamiento no coinciden de una manera directa ni simple. La conciencia no se puede *extraer* del pensamiento, porque no está determinada por el pensamiento; lo que la determina es la existencia, la vida real del hombre.

El concepto de conciencia no es simplemente *más amplio* que el concepto de pensamiento. La conciencia no es el pensamiento más la percepción, más la memoria, más las habilidades, y ni siquiera todos estos procesos tomados juntos más las vivencias emocionales. La conciencia debe ser descubierta psicológicamente en su característica propia. Debe ser comprendida no solamente como conocimiento, sino también como relación, como orientación.

Es preciso señalar que en el pensamiento pedagógico ruso, en oposición a la pedagogía intelectualista de Meiman, Lay y otros, se fue elaborando una concepción cabal de la conciencia, elaboración que fue propiciada por el hecho de que la instrucción y la educación eran considerados como procesos que dan al niño no sólo conocimientos, sino que también formulan la orientación de su personalidad, su relación con la realidad.

“La verdadera instrucción –escribió en su época Dobroliúbov– es aquella que obliga a definir la actitud de uno hacia todo lo circundante”. Y esto es lo principal que caracteriza a la conciencia, que hace al hombre "moral rio por hábito, sino por su conciencia".

También Chernishevski enuncia en esencia este mismo pensamiento al exigir *ante todo* que se eduque “al *hombre* en el verdadero sentido de la palabra.”

Ushinski plantea en una forma brillante, aunque muy singular, el problema de la educación de la personalidad:

“Supongamos que el niño ha aprendido versos en un idioma extranjero que le resulta incomprensible; por lo tanto, ha aprendido sólo los sonidos en su sucesión, uno tras otro. Por cierto que la conciencia participa en esta memorización: si no interviniera, la atención del niño no oiría los sonidos, sin la intervención del razonamiento no reconocería la diferencia y la similitud entre estos sonidos...

”Pero supongamos, por último, que el niño es ya un adolescente y que en su alma ha madurado un interrogante cuya respuesta estará dada en la idea que encerraban aquellos versos, o que ha madurado un sentimiento que tendrá la más plena expresión poética en aquellos versos aprendidos, entonces la simiente contenida en esos versos, liberada de todas sus envolturas, pasará a la memoria espiritual del joven, y pasará no en forma de versos, sino de palabras, ni siquiera como pensamiento, sino como Una nueva fuerza espiritual, de modo que el joven sin pensar ya en esos versos, sin recordar siguiera la idea que contenían, después de haberlos asimilado, mirará todo de un modo un tanto diferente, sentirá de un modo algo distinto, querrá algo que no es ya lo que antes había querido, o sea, dicho me otras palabras, el *hombre* se habrá elevado a un peldaño más alto.”¹²¹

No basta aprender las palabras, no basta comprenderlas, ni siquiera basta comprender los pensamientos y sentimientos que encierran, es preciso que esos pensamientos y esos sentimientos lleguen a ser los determinantes interiores de la personalidad. Esta simple idea expresa la conclusión principal que sugiere la experiencia viva recogida en la educación del hombre. Por ello es una idea tan entrañable y es comprensible para todos los que como Dobroliúbov, Ushinski y Tolstoi, enfocaron la escuela, la enseñanza y la educación en general, *ante todo* desde el ángulo de lo que se exige al hombre (¿qué hombre necesitamos, cómo debe ser?), y no exclusivamente desde el ángulo de exigir habilidades, pensamientos, sentimientos (¿qué habilidades, qué ideas, qué sentimientos se necesitan?, ¿cómo deben ser?).

La diferencia entre estos dos enfoques no es en modo alguno un juego de palabras. Su decisiva importancia debe ser comprendida a fondo.

¹²¹ K. D. Ushinski, *Obras escogidas*. Moscú-Leningrado, 1950, t. 8, págs. 363-364.

Estamos tan habituados a pensar en la conciencia con conceptos que hipostasian de la vida psíquica del hombre en forma de algunas funciones o capacidades psicológicas (las funciones psíquicas no son más que capacidades disfrazadas), que donde más se borra la diferencia entre ambos enfoques es desde el punto de vista psicológico. La ilusión consiste aquí en el hecho de que cómo piensa, cómo siente el hombre y a qué aspira, nos parecen depender de cómo es su pensamiento, sus sentimientos y aspiraciones. Pero el pensamiento no piensa, los sentimientos no sienten ni las aspiraciones aspiran: es el hombre el que piensa, siente y aspira. Por lo tanto, lo principal es *qué* llegan a ser *para el hombre* esos pensamientos y conocimientos que le comunicamos, esos sentimientos que educamos en él, esas aspiraciones que en él estimulamos. Los conocimientos y las ideas que el pensamiento asimila *pueden*, sin embargo, no llegar a ser atributo del *hombre mismo* y entonces serán algo sin vida; la educación de los sentimientos puede originar un simple sentimentalismo (en James tenemos un claro ejemplo: la dama que presencia un espectáculo teatral se deshace en lágrimas ante los sufrimientos de un hombre del pueblo, y mientras tanto el siervo que maneja su coche se hiela a la salida del teatro), esperándola), y las mejores intenciones que hemos inculcado a nuestro educando pueden convertirse en él en esa clase de intenciones, de las que se dice: de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno.

He aquí por qué un enfoque vital y sincero de la educación es aquél que encara las tareas educativas y hasta las instructivas, partiendo de las exigencias que se plantean *al hombre*: cómo debe ser el hombre en la vida y de qué debe estar provisto para ello, cuáles deben ser sus conocimientos, su modo de pensar, sus sentimientos, etcétera.

Tomemos el planteamiento de la formación marxista según el más grande y experimentado pedagogo de nuestra época, M. I. Kalinin. ¿Qué exige él de un maestro de marxismo? Le exige que enseñe de tal modo, que el marxismo se integre a la vida del hombre como una necesidad orgánica para éste de vivir así, y no de otro modo.

“Si yo fuera maestro de marxismo leninismo dedicaría siempre mi atención especialmente a cómo asimilan realmente mis alumnos los fundamentos del marxismo leninismo, ya que se lo puede aprender sólo formalmente, se pueden estudiar bien todas las fórmulas, los hechos y datos históricos, pero no por eso llegar a ser un marxista convencido. ¿Qué les parece, es esto posible o no?”

(*Voces del auditorio*: “¡Es posible!”).

Por otra parte se puede no saber las fórmulas, pero poseer realmente el espíritu del marxismo leninismo.”

Pero, podría objetárseme, ¿qué relación tiene esto, en rigor, con el principio de lo conciente?

En verdad todo esto tiene relación *directa* con el principio de lo conciente en la enseñanza, que se revela en su verdadero contenido justamente desde el verdadero ángulo: *el del hombre*: “El hombre es un hombre –dice Kalinin–. Y de esto tenemos que partir”.

Así, existen dos enfoques diferentes de la conciencia. Por consiguiente, también existen dos concepciones distintas de lo conciente. Una reduce las exigencias que dimanan del principio de lo conciente, a exigencias con respecto al pensar, a la concepción de los procesos cognoscitivos en general más, tal vez, las habilidades, emociones y hábitos. Esta concepción de lo conciente se basa en la psicología abstracta de las funciones.¹²²

Otra concepción, menos “psicológica”, pero más vital y fidedigna, parte de las exigencias que se plantean al hombre, a su personalidad; no diluye el problema de lo conciente en el conjunto de problemas sobre algunos procesos psíquicos; desde el punto de vista de esta concepción, lo conciente es en la personalidad del hombre lo que caracteriza sus conocimientos, su pensar, sus sentimientos y sus aspiraciones, lo que realmente llegan a ser para el hombre y hacia dónde orientan su vida.

Para explicar de modo científico el problema de lo que se entiende por lo conciente se debe partir de la teoría psicológica concreta sobre la conciencia. Y para ello se requiere ante todo admitir que el problema de la conciencia está planteado en la psicología como un problema especial, que no puede reducirse ni a tesis filosóficas generales sobre la conciencia, ni a la suma de problemas sobre procesos psíquicos particulares.

Tendremos que referirnos especialmente a este tema porque hasta el presente existe al respecto la más profunda incompreensión.

¹²² En el fondo ésta es, ciertamente, una concepción idealista: resulta que la conciencia del hombre se determina por sus procesos psíquicos que se forman en la enseñanza, es decir, en la relación cognoscitiva, teórica, con la realidad; que mi conciencia es determinada por otra conciencia, por la conciencia de otros.

Una doctrina psicológica sobre la conciencia plenamente desarrollada es algo que pertenece al futuro. Pero hoy tenemos ya algunas nociones psicológicas concretas primarias sobre la conciencia que se fueron recogiendo sobre la base de la labor investigadora que desde hace varios años estamos realizando en esta dirección.

Dentro de las limitaciones del artículo no podemos, ciertamente, exponer todos los resultados de lo que se ha hecho. A medida que vayamos elaborando el tema principal, desarrollaremos aquí sucintamente algunos principios psicológicos generales sobre la conciencia.

2

Al analizar el proceso en el cual el niño toma conciencia del material didáctico surgen, como es natural, dos problemas: qué comprende el niño en ese material, y cómo lo comprende. Sin embargo, ambas cuestiones parecen a menudo demasiado sencillas, aparentemente no constituyen un problema especial y por ello escapan a la investigación.

El primer problema parece ser particularmente insustancial. En efecto, el niño cuya atención está concentrada en uno u otro material de estudio evidentemente comprende ese material. No obstante, en la realidad, el problema es bastante más complejo, y si no se lo enfoca formalmente merece el análisis más detenido. Para probarlo tomaremos los ejemplos más sencillos en la práctica de la enseñanza de la ortografía.

Se da al niño un ejercicio: leer un acertijo, adivinar la solución y luego dibujar la respuesta y escribir debajo el texto del acertijo. Esta forma de ejercicio propuesta por D. N. Ushakov tiene como fin asegurar el aspecto *conciente* de su ejecución, y por cierto no puede ser realizado mecánicamente, sin tomar conciencia del material que se le presenta. En primer lugar, el niño debe necesariamente comprender el acertijo, es decir, el significado de las palabras con que está expresado y la idea que contienen, de otro modo no podrá adivinarlo. Es más, es igualmente necesario que comprenda la solución para reproducirla en forma de dibujo. De este modo, finalmente copia el texto del acertijo de cuyo contenido ha tomado previamente plena conciencia.

Pero enfoquemos el ejemplo que estamos examinando desde otro ángulo. Nos haremos la siguiente pregunta: ¿en qué consiste la tarea de este ejercicio, para qué se da? Es cierto que su tarea directa no consiste en modo alguno en enseñar al niño a adivinar acertijos, ni tampoco en

enseñarle a dibujar; se le da para que aprenda *ortografía*. Pero en este ejercicio no hay nada que contribuya a tomar conciencia del aspecto ortográfico del texto, ya que la única palabra con respecto a cuya ortografía podría surgir una duda en la conciencia del niño es la palabra adivinanza, y ésta es la palabra que el niño no debe escribir, sino representar con un dibujo. Resulta que la toma de conciencia del texto leído de este ejercicio es algo que realmente sucede siempre pero lo que pasa es que el niño no comprende en él precisamente lo que se requiere para un dominio conciente de la ortografía.

No hay que pensar que el ejemplo expuesto es una excepción. Exactamente lo mismo sucede cuando damos al niño la tarea de escribir por separado apodos de vacas y apodos de perros. Para ello el niño debe comprender cuáles son los apodos que cuadran mejor a las vacas y cuáles los que se prestan para los perros; y, en efecto, se empeña concienzudamente en entender si un perro puede llamarse Chucho o si este apodo es exclusivamente para una vaca. Pero lamentablemente al hacer este ejercicio lo que tiene que aprender es algo totalmente distinto: que los nombres propios, en este caso los apodos de los animales (y aquí es lo mismo que se trate de apodos de perros o de vacas), se escriben con mayúscula. Es totalmente igual lo que ocurre en algunos problemas en los que se plantea completar palabras omitidas en el texto, y también en algunas tareas y ejercicios aritméticos.

Este fenómeno de falta de coincidencia entre el contenido propuesto y el real que el niño comprende en su proceso de aprendizaje, nos coloca ante un problema psicológico más general por su significación: el *objeto* de la conciencia, es decir el problema de qué comprende el hombre y en qué condiciones.

La respuesta habitual a este interrogante es que se convierte en objeto de la conciencia aquello hacia lo cual se orienta la *atención*. Sin embargo, en este caso la referencia a la atención no explica ni puede explicar nada, ya que conduce a enredar el problema, a hacerlo totalmente insoluble, o bien, en el mejor de los casos, simplemente lo reproduce en otra forma, como el problema del objeto de la atención.

Recurramos a los hechos experimentales.

En una de las investigaciones de P. I. Zínchenko¹²³ se planteaban las siguientes experiencias: se había entregado al investigador una hoja grande, en la que estaban dibujados quince objetos, y se le daba también la misma cantidad de tarjetas sueltas con grabados que se podían disponer sobre la hoja, como se hace habitualmente en el juego de lotería ilustrada, pero en este caso los dibujos de las tarjetas y los de la hoja eran diferentes.

A algunos de los investigadores se les pedía que distribuyeran las tarjetas de modo que la letra inicial del nombre del objeto representado en ella coincidiera con la inicial del nombre del objeto dibujado en la hoja; a otros; se les pedía que las distribuyeran según el vínculo que en algún sentido existía entre los objetos dibujados, por ejemplo, sierra y hacha, libro y anteojos, etcétera.

Se comprende que tanto en el primer caso, como en el segundo, los objetos dibujados en las tarjetas debían entrar igualmente en el “campo de atención” de los investigados; es claro que sin prestar atención a lo dibujado en las tarjetas no se podía cumplir la primera ni la segunda de las tareas. Pero, ¿cuál era el objeto de conciencia de los investigados en uno y en otro caso?

Para responder a esta pregunta seguiremos el curso del experimento. Después de retirar los dibujos de la mesa se planteaba de improviso al investigado la siguiente tarea: recordar qué estaba representado en las tarjetas.

La confrontación de los datos recogidos en las dos variantes de las experiencias arrojó los siguientes resultados. Los investigados que habían seleccionado las tarjetas según las iniciales de los nombres de los objetos representados pudieron recordar estos objetos en cantidad relativamente insignificante en comparación con los que habían hecho la selección de los dibujos de acuerdo con el vínculo de los objetos representados en ellas. Esta diferencia fue mayor aun cuando se trató de la reproducción por pares. Algunos investigados que habían aprobado la primera variante del experimento, no pudieron recordar ni siquiera un solo par de dibujos, en cambio los de la segunda variante, que pedía la selección de las tarjetas por la vinculación de los objetos representados en ellas, dieron índices muy altos.

¹²³ Fue publicado en parte en el artículo “Problemas de la memorización involuntaria”. *Apuntes del Instituto de Lenguas Extranjeras de Jarkov*, 1939, t. I.

Por consiguiente, la memorización de los objetos representados en las tarjetas –que en el proceso de cumplimiento de las dos tareas es claro que atrajeron por igual la atención de los investigados–, resultó, no obstante muy diferente. Este hecho se explica de la siguiente manera.

En las experiencias a que nos referimos el investigado, al elegir las tarjetas según la letra inicial de la palabra que designa el objeto dibujado, ve, distingue y diferencia ese objeto (podríamos decir que lo tiene en su campo de atención), pero el verdadero objeto de su conciencia es la composición *fonética* de la palabra: *el nombre de ese objeto*. Al cumplir la segunda tarea el objeto de la conciencia del investigado es el *objeto representado* y su relación con el otro objeto dibujado en la hoja. Por eso es que éste puede ser reproducido voluntariamente con tanta facilidad en la conciencia del investigado, con especial facilidad en el método de reproducción por pares. En general lo no conciente es irreproducible en forma voluntaria; esta es una norma que no admite ninguna discusión (aunque, por supuesto, la inversa no es igualmente cierta). Dicho sea de paso, esta es la forma que siempre se utiliza en los casos en que, para establecer si se ha tomado conciencia de uno u otro fenómeno, se requiere que uno se dé cuenta de él, es decir, se requiere su reproducción voluntaria en la conciencia.

¿Qué es, pues, lo que se esconde tras esta diferencia en la toma de conciencia?

Evidentemente un distinto contenido de la actividad de los investigados cuando cumplen dos tareas comparables entre sí. Dicho de otro modo, el verdadero objeto de la conciencia del sujeto resulta depender de la naturaleza de su actividad. De este modo ya la primera cuestión que hemos intentado encarar nos ha puesto ante el problema muy general de descubrir los nexos internos de la actividad y la conciencia.

3

Hemos visto que la existencia de uno u otro contenido en el campo de la percepción del niño (o en el campo de su atención, si se prefiere) no significa todavía que este contenido sea el objeto de su conciencia, que sea comprendido por él. La percepción no siempre está vinculada con la toma de conciencia, es decir, con ese proceso especial que los autores franceses denominan *prise de conscience*.

A primera vista esta afirmación parece un tanto paradójica, pero sin embargo es así. El contenido que se percibe y el que se comprende no coinciden directamente.

Por ejemplo: ¿me doy cuenta de que la acera por la que camino está desaparecida, de la gente con que me cruzo o de los objetos expuestos en los escaparates de los negocios y que veo de paso, etc., mientras estoy absorbido por la conversación con quien me acompaña? No. En este caso el objeto de mi conciencia es sólo el contenido de lo que me relata mi interlocutor. ¿Quiere decir esto que no percibo lo que me rodea? Mis movimientos y toda mi conducta en la calle concuerdan exactamente con lo que ocurre a mi alrededor y, por consiguiente, yo lo percibo.

Sin embargo, subjetivamente, por la autoobservación *directa*, lo perceptible y lo comprensible son indiferenciables: lo que sucede es que en cuanto me pregunto si me doy cuenta de un fenómeno, éste se convierte por eso mismo en objeto de mi conciencia, tomo conciencia de él. Este hecho psicológico es el que subyace en la ilusión sobre la conciencia directa de lo que se percibe y lo que se comprende. En realidad el círculo de lo que se comprende es relativamente estrecho. Eso se sabe desde hace tiempo.

En el hombre moderno la conciencia es la “forma universal” del reflejo psíquico del mundo, pero de ello se deduce únicamente que todo lo que se percibe *puede* llegar a ser objeto de la conciencia en determinadas condiciones, pero de ningún modo que *todo* reflejo psíquico tiene forma de conciencia.

¿Cuáles son, pues, entre los innumerables y variados fenómenos que percibe el hombre, aquellos de los cuales toma conciencia?

Si se encara como punto de partida que la toma de conciencia del material didáctico es una condición necesaria de la enseñanza –y esto es indudablemente así, y más adelante veremos toda la importancia que tiene–, entonces debemos saber contestar con toda precisión a este interrogante.

En la psicología tradicional el problema de qué es lo que entra en el “campo de la conciencia clara” del sujeto, se resolvía limitándose a señalar el papel de algunos factores: los externos y los internos. Los *factores externos* son las propiedades de los objetos, tales como, por ejemplo, la intensidad de su influencia sobre los órganos de los sentidos, su carácter de novedoso o desacostumbrado, y hasta el lugar que ocupan en el

espacio, etc. Los *factores internos* son, por ejemplo, el interés por el objeto, su tinte emocional, la existencia de un esfuerzo volitivo, la apercepción activa, etc. En términos generales, aunque capta los hechos superficiales, tal solución del problema no revela ninguna relación interna, sujeta a ley, y por ello, es, en el fondo, una solución aparente.

A una solución completamente distinta de la cuestión del objeto de la conciencia conduce el análisis basado en los datos de investigaciones sobre el desarrollo de las formas del reflejo psíquico y su dependencia interna con respecto a la estructura de la actividad del sujeto. Estas investigaciones permitieron establecer los dos principios siguientes, de suma importancia para el problema que examinamos.

El primero de ellos consiste en que –como ya lo mencionáramos– la realidad que influye sobre el sujeto puede ser reflejada por éste en sus propiedades, nexos y relaciones, y este reflejo puede mediatizar la actividad del sujeto; sin embargo, el sujeto puede no tomar conciencia de esa realidad. Utilizando la expresión de la psicología analítica se puede decir que al impulsar y orientar la actividad del sujeto la imagen subjetiva de la realidad puede, a la vez, no “presentarse” ante él. El campo de lo “no presente” en la psiquis del hombre es muy vasto, lo que torna, dicho sea de paso, totalmente sin vida y falsa toda psicología que limite su objeto de estudio sólo a los fenómenos accesibles a la introspección.

El segundo principio consiste en que el contenido que aparece ante el sujeto (“que se presenta”, según la terminología de Staut), es decir, el contenido del que tiene conciencia en el momento dado es el que ocupa en su actividad un lugar estructural completamente determinado, y es el objeto de su acción (el fin mediato de la acción) externa o interior.

Aclaremos este principio. La actividad tiene una estructura interna determinada. Uno de los procesos que entra en la estructura de la actividad humana es *la acción*. La acción es un proceso orientado hacia un fin, que es impulsado no por su propia finalidad, sino por el motivo de la actividad global que es realizada por dicha acción.

Por ejemplo, me encamino hacia la biblioteca. Esta es una acción; como cualquier acción está orientada hacia un fin determinado, concreto e inmediato (“llegar a la biblioteca”). Pero este fin no impulsa de por sí mi acción. Voy a la biblioteca porque tengo necesidad de consultar bibliografía. Este es el motivo que me impulsa a plantearme dicha finalidad y a cumplir la acción correspondiente. En otras circunstancias el mismo motivo podría

provocar una acción completamente distinta; por ejemplo, podría ir no a la biblioteca, sino a ver a un amigo que tiene los libros que necesito. ¿Cómo se delimita, pues, el fin inmediato de la acción? A fin de que se delimite también para mí es imprescindible que yo adquiera conciencia de su relación con el motivo de la actividad: para estudiar los libros tengo que ir a la biblioteca. Por consiguiente, lo que ocupa en la actividad el lugar estructural de fin de alguna acción particular, debe necesariamente aparecer para el sujeto (ser reflejado por él) en su relación con el motivo de su actividad, y esto quiere decir que debe ser comprendido.

Por lo tanto, el problema de si ese contenido entra o no en el “campo de la conciencia” no se resuelve en dependencia de cuál es en sí dicho contenido. Es lo mismo que se presente o no en forma de estímulos que actúan intensivamente o no, que se distinga o no, por ejemplo, por su novedad, o sea una costumbre, etc. Esto no depende siquiera de los intereses, inclinaciones o emociones del sujeto perceptor; se determina por el lugar que este contenido tiene en la estructura de la actividad del hombre: sólo se hace conciente en el momento en que contenido aparece ante el sujeto como objeto al que está orientada directamente una u otra acción suya. Dicho de otro modo, para que sea conciente el contenido percibido es preciso que ocupe en la actividad del sujeto el lugar estructural de fin inmediato de la acción y, de este modo, entraría en la relación correspondiente con el motivo de dicha actividad. Este principio es válido en cuanto a la actividad externa e interna, a la práctica y a la teórica.

El alumno escribe. ¿De qué cobra conciencia al hacerlo? Ante todo esto depende de qué lo impulsa a escribir. Pero por ahora dejemos de lado este problema y supongamos que en virtud de uno u otro motivo se ha propuesto un fin: comunicar, expresar por escrito su pensamiento. Entonces será objeto de su conciencia ese pensamiento, su expresión en palabras. Es claro que en este caso el alumno percibirá tanto la representación de las letras que escribe; –pero, no obstante, en ese momento (es decir, en el momento actual), no será ese el objeto de su conciencia– como la letra, palabra o la oración, que subjetivamente para él sólo *estarán* escritas de uno u otro modo, mejor o peor. Supongamos ahora que en esa misma actividad su fin ha pasado a ser otro: escribir con buena letra, caligráficamente. Entonces el verdadero objeto de su conciencia será la representación de las letras.¹²⁴

¹²⁴ Observemos, a propósito, que el hecho oculto de la denominada “complicación” no es otra cosa que la expresión, en condiciones del experimento de laboratorio, de esa misma ley de la conciencia a que nos referimos. El fin de “determinar el momento en que suena

Se sobrentiende que en este caso no es el lugar estructural que dicho contenido ocupa en la actividad el que depende de si se tiene conciencia de ese contenido o no, sino, por el contrario, el hecho de tener conciencia de ese contenido depende de su lugar estructural en la actividad.

El acierto de esta afirmación es demostrado en particular por el conocido hecho psicológico de que el único modo de retener algún contenido como objeto de la propia conciencia, consiste en *actuar* en relación con ese contenido, y que, en caso contrario, deja inmediatamente de ser tenido en cuenta, sale del “campo de la conciencia”. Este hecho aparece con mucha claridad en el célebre libro de K. S. Stanislavski, cuando analiza qué significa mantener la atención sobre algún objeto y de qué modo se logra eso.¹²⁵

Estas trasformaciones del contenido, que es percibido, pero del que no se toma conciencia, en un contenido conciente y viceversa, dependen del cambio de lugar que ocupa ese contenido en la estructura de la actividad; esas trasformaciones pueden ser explicadas en nuestros días por la neurofisiología.

Las investigaciones modernas muestran que toda actividad constituye fisiológicamente un sistema de procesos (un “sistema funcional”, según la terminología de P. K. Anojin), dirigido por señales que llegan ininterrumpidamente del medio exterior y del propio organismo (por ejemplo, las sensaciones mioarticulares).

Estas señales-estímulos son unidas, integradas por distintos centros nerviosos sensoriales distribuidos tanto en la corteza como en las regiones subcorticales y vinculadas con diversos centros motores. En dependencia de cuál es el “piso” del sistema nervioso central donde ocurre la unión de las señales sensoriales y su trasmisión a las vías nerviosas motrices, se diferencian los distintos “niveles estructurales” neurológicos de los procesos (N. A. Bernstein). En la dirección de los procesos complejos participan a la vez varios “niveles”. Sin embargo, esos niveles no son equiparables; uno de ellos es el rector, en tanto que los otros desempeñan el papel de fondo (“niveles de fondo”, según la terminología de Bernstein). Aquí lo notable es, primero, que la actividad que se expresa en movimiento exteriormente

el timbre”, hace que se tome conciencia del sonido del timbre, en tanto que la aguja del aparato solamente “está” frente a una división de la escala, es decir, “se retrasa” o a la inversa. Compárense también los datos recogidos por la investigación experimental de la abstracción, de O. Culpet.

¹²⁵ Véase K. S. Stanislavski, *La autoeducación del actor*. Moscú, 1958, cap. V. (En ruso.)

iguales, puede formarse en diferentes niveles neurológicos, según cuáles sean los estímulos que desempeñan en ella el principal papel. En segundo lugar, es notable que (como lo subraya especialmente N. A. Bernstein) los estímulos de los que se tiene conciencia son siempre los del nivel rector, sea cual fuere ese nivel.¹²⁶ De este modo, el contenido conciente que realiza la aferencia de la actividad, siendo la estructura de esta neurológicamente diferente, es distinto. Pero su estructura se determina por lo que N. A. Bernstein denomina *tarea*, es decir, justamente lo que según nuestra terminología, debiera llamarse *fin*. (Nosotros llamamos *tarea* a algo un tanto diferente: es el fin *dado en determinadas condiciones*, el contenido de ese mismo proceso que depende de las *condiciones* requeridas para lograr el resultado que se pide y se efectúa fisiológicamente no por el nivel rector sino, por el contrario, por los niveles efectores).

Por lo tanto, cuando encaramos una actividad cualquiera, por ejemplo la del estudio, no todo lo que el sujeto percibe durante ella –y sin lo cual es imposible dirigir esa actividad– es también verdaderamente conciente para él. En contra de lo aparente, se tiene verdadera conciencia sólo de lo que entra en la actividad como objeto de una u otra acción realizadora de ella, como fin inmediato de la acción.

Como es natural esta circunstancia nos plantea la siguiente tarea: examinar el proceso de transformación de determinado contenido en contenido verdaderamente conciente, es decir, el proceso a raíz del cual dicho contenido ocupa el lugar que le corresponde en la actividad.

4

Como ya hemos dicho, el proceso que en psicología se describe bajo la denominación de proceso de atención, en rigor no coincide con el proceso de la conciencia, con el proceso *prise de conscience*. Sin embargo, en el uso corriente de la palabra se acostumbra a expresar el problema de qué es lo que aprehende el sujeto, como problema de hacia qué se orienta su atención. Para no apartarnos de esta terminología trataremos de mantenerla convencionalmente también en estas páginas. Entonces nuestro problema asumirá la forma tradicional de la cuestión de atraer y retener la atención del estudiante sobre determinado objeto.

¹²⁶ Véase N. A. Bernstein, "Sobre el problema de la naturaleza y la dinámica de la función coordinadora". *Apuntes científicos de la Universidad de Moscú*, fase. 90, 1945.

Al trabajar con los escolares pequeños este problema es particularmente agudo. A primera vista la principal dificultad con que aquí tropieza el maestro consiste en que la atención del niño se distrae constantemente, revela su inestabilidad, la incapacidad de fijarse prolongadamente en uno u otro contenido, o sea, en la explicación del maestro, en el material didáctico que se muestra en clase, en el texto que se copia, etcétera.

¿En qué consiste la naturaleza de este fenómeno? ¿Expresa dicho fenómeno una propiedad especial de la atención del niño o una incapacidad especial de éste?

Lo que prueba decididamente que esto no es así es el hecho de que en algunos casos el niño demuestra una estabilidad muy grande de la atención, una concentración muy prolongada en el objeto. En condiciones experimentales, durante la elaboración inicial del problema del análisis estructural de la actividad en el laboratorio de psicología genética de la Academia Psiconeurológica de Ucrania, pudimos crear en niños de siete a siete años y medio una concentración ininterrumpida durante 20-30 minutos y hasta 40 minutos en algunos casos, con muy pocas distracciones. De este modo, en una de las investigaciones¹²⁷ se obtuvieron los siguientes índices promedio: duración promedio de la concentración, 22,3 min.; promedio de las distracciones en la experiencia, 2,5; y en otra investigación los índices fueron todavía más altos: duración promedio de la concentración, 26 min.; número promedio de distracciones 0,8 en total, es decir menos de un caso como promedio por experiencia.¹²⁸

Por otra parte, lo que habla en contra de la mencionada interpretación sobre la desviación de la atención es que muchas veces queda muy claro que este fenómeno es sólo el negativo del fenómeno opuesto, o sea, que el niño se concentra intensamente, pero en otro objeto, en uno "extraño".

Ya en las investigaciones citadas apareció muy claramente la dependencia que la estabilidad de la actividad tiene con respecto a la propia estructuración de dicha actividad. En efecto, el simple hecho de "dirigir" la atención del niño hacia algo mediante la indicación correspondiente, puede provocar en él sólo una reacción orientadora inicial, que luego, si no surge ninguna actividad vinculada con el objeto en cuestión, por supuesto, desaparece. Si, en cambio, el objeto dado se mantiene en el campo de atención del niño, esto depende de que surja ante él cierta tarea y que él

¹²⁷ V. A. Asnin y T. O. Guinévskaia, 1935

¹²⁸ P. I. Zinchenko, 1935

actúe de algún modo con respecto a lo que ahora ocupa en su actividad el lugar estructural de fin. De esta manera, aquí el problema no reside en las particularidades de la atención del niño como una capacidad de su conciencia, sino en las particularidades de su actividad.

Cuando el estudiante escucha alguna explicación, en ese momento está activo interiormente, aunque externamente puede mantener una inmovilidad total. Si estuviese interiormente pasivo, inactivo, no comprendería nada, y tampoco aparecería nada en su conciencia. Pero naturalmente no basta con ser activo en general. Es preciso que la actividad esté referida a lo que se está exponiendo o mostrando. En realidad, en la práctica casi nunca nos encontramos con un estado de “inactividad” del alumno. La “inactividad” es postración, sueño; la conducta de un hombre que permanentemente se sale de la actividad es, por ejemplo, la conducta del Gordo Joe, el pequeño sirviente de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, pero en modo alguno es la conducta de una persona desatenta.

En los casos en que la atención se desvía, la actividad interna producida (comúnmente la actividad de percibir algún material) decae rápidamente y es sustituida por otra actividad: en los niños más pequeños suele ser una actividad externa, en cambio en los niños más grandes, es interna. El niño sigue sentado, inmóvil, con la mirada fija en el maestro o en el pizarrón, pero ya no está en clase, “se ha ido” del aula, piensa en otra cosa. Coincidimos con K. S. Stanislavski cuando dice que la atención no consiste en “mirar de hito en hito” un objeto, sino en ser activo con relación a dicho objeto. Por lo tanto, hacer que un alumno sea atento, educar su atención, es ante todo organizar en él la actividad requerida, educar en él ciertos tipos y formas de ella. Así, y solamente así, se plantea el problema.

Una de las condiciones importantes que conducen a que el aprendizaje en los escolares más pequeños sea inestable es que esta actividad transcurre en gran medida en forma de actividad interior, teórica, en forma de acción de percibir, es decir, de una acción que responde a un fin cognoscitivo. Hay que mirar y escuchar no siguiendo una u otra acción práctica, sino especialmente para enterarse o comprender algo. En este caso la percepción está desconectada de la acción práctica, ella misma es la acción que efectúa la actividad de aprendizaje del niño. Por otra parte, como regla, la falta del motivo que subyace en el contenido de lo que se percibe, es precisamente una acción pero no actividad, y además bastante abstracta: su motivo no sólo no coincide con su fin inmediato, sino que incluso se encuentra en una relación compleja con él.

En qué medida esta acción resulta difícil a los preescolares lo muestra en particular, la investigación que realizara N. G. Morózova sobre la comprensión, o mejor dicho, sobre cómo toman conciencia los preescolares de las explicaciones verbales. La investigación mostró que sin la motivación inmediata, la explicación de una “instrucción” dada antes, es decir antes de la acción a realizar, y aunque ésta sea atractiva, es escuchada por los niños, pero casi no “les llega”. Esto no ocurre en modo alguno porque no la comprendan; los niños reciben plenamente esa misma explicación cuando está directamente incluida en la actividad externa que realizan, o cuando el fin cognoscitivo correspondiente se destaca ante los niños creando una motivación especial.

El aprendizaje escolar se caracteriza justamente porque por su propia esencia exige inevitablemente al niño que está aprendiendo la capacidad de actuar internamente, teóricamente, en las condiciones de la actividad del aprendizaje, que por su tipo general es cognoscitiva. Esta es una exigencia nueva para el niño. En los niños que están empezando a estudiar, los procesos internos teóricos, en el sistema de la relación cognoscitiva de motivación compleja, son algo que todavía deben dominar o que apenas han dominado. Por eso en ellos estos procesos son los menos estables. Es esto lo que se expresa en la dificultad de mantener prolongadamente la atención de los escolares más pequeños sobre el objeto de la acción teórica interna.

¿Cómo se puede educar en general en los otros las acciones internas? Ni siquiera sabemos describirlas con suficiente claridad, y para ello es poco solamente exigir o plantear la tarea correspondiente. Al comienzo el principal camino es en este caso realizar la acción conjuntamente: por ejemplo, el maestro señala algo en el objeto, lo describe siguiendo determinada sucesión, determinado sistema, destacando en particular algo en el objeto, omitiendo otra cosa de escasa importancia, casual; o construye oralmente una reflexión, analiza, llega a conclusiones, etc. Se supone que en este caso el educando observa al maestro, sigue mentalmente estas acciones teóricas suyas que expresa exteriormente y, de este modo, recorre “en su fuero interno” el mismo camino, Pero es precisamente esto lo que algunas veces no se logra.

Por consiguiente, es natural que se haga necesario elaborar determinados métodos que facilitarán la tarea de hacerse seguir por los educandos. Entre estos métodos empíricamente encontrados, ocupa un importante lugar la utilización del carácter didáctico del propio objeto, y allí donde es posible, aprovechar las acciones, exteriores por su forma, de los alumnos,

Esto último desempeña un papel particularmente importante cuando el alumno debe realizar de modo independiente la acción que se le ha mostrado, por ejemplo, en el proceso de preparar las lecciones. Es bien sabido cuán importante es el hecho de indicar con absoluta precisión a los alumnos de los primeros grados el orden en que deben realizar la tarea escolar, exigirles determinada distribución exterior del material en los trabajos escritos, etc. En rigor, también la anotación de las preguntas para resolver las tareas desempeña, en particular, ese mismo papel de “llevar hacia afuera” la acción teórica que cumplen los alumnos. Generalmente los problemas de estructurar y dirigir las acciones teóricas que el niño aprende, en especial el problema de dirigir su percepción y, por consiguiente, encaminar su atención, tiene enorme importancia pedagógica. Sin embargo, nosotros no podemos detenernos ahora especialmente sobre este particular. Desde el ángulo del problema de lo conciente nos basta examinar sólo dos de las cuestiones específicas que aquí se nos presentan: primero, la del carácter didáctico del objeto de la conciencia, y, segundo, la del papel que las operaciones y los hábitos desempeñan en la actividad de aprendizaje del niño, conciente y dirigida hacia un fin. Nos referiremos a continuación a la primera de estas cuestiones:

5

El problema de lo didáctico se encara con frecuencia entre nosotros de un modo en extremo simplificado, yo diría, de un modo sensualista ingenuo. N. K. Goncharov lo señala con acierto en su artículo sobre las bases filosóficas de la pedagogía.¹²⁹ En una investigación –no publicada en la prensa– del Instituto Pedagógico de Járkov¹³⁰, este problema fue sometido a una investigación experimental desde el ángulo del análisis del papel *real* que el material didáctico desempeña en distintos procesos del aprendizaje escolar y en diversas etapas de su desarrollo. Al mismo tiempo, este problema fue explicado también en otras investigaciones psicológicas (L. I. Bozhóvich, A. V. Zaporózhets, etc.) y en particular en una

¹²⁹ Véase *Pedagogía Soviética*, 1944, núm. 7.

¹³⁰ V. V. Mistiuk, 1936

serie de trabajos experimentales sobre la percepción de las ilustraciones (dibujos) por los niños.¹³¹

Al generalizar los datos de estas investigaciones –así como las de otros autores– es preciso señalar ante todo el hecho indudable de que la función del material didáctico puede ser muy variada. Una cosa es cuando en el proceso de la enseñanza se presenta la tarea de proporcionar a los alumnos una imagen viva, elocuente, de un trozo de la realidad que aquél no conoce bastante, ampliar en esta dirección su experiencia sensorial, enriquecer sus impresiones, en una palabra, hacer que ellos tengan la representación más concreta, más real y exacta posible de un conjunto de fenómenos. Una visita al jardín zoológico, un cuadro histórico, la fotografía de un escritor o un científico, etc., todo eso hace más concreto, y en cierto modo más palpable para el niño lo que se trata en el curso de la enseñanza: el mundo animal se presenta en toda su diversidad, un acontecimiento histórico tiene una vivencia más clara, adquiere el tinte sensorial de una época, los rasgos de un personaje conocido se vuelven más cercanos, más íntimos para el niño. Todo esto es muy necesario y muy importante.

Es totalmente distinto cuando lo didáctico se incluye directamente en el proceso instructivo debido a una tarea pedagógica especial. Me refiero a los casos en los cuales se utilizan materiales didácticos en la enseñanza inicial de aritmética, en las lecciones de idioma ruso, en las tareas de física en el aula, etcétera. El papel del material didáctico consiste aquí, por cierto, no en enriquecer con la representación de lápices en el pizarrón la experiencia sensorial del niño; no se utilizan para eso, sino para enseñar a contar. Del mismo modo, también la demostración en la clase del fenómeno de que los cuerpos flotan en un líquido o el de la difusión del calor, no se hacen para mostrar al niño que estos fenómenos tienen lugar en la naturaleza; la principal tarea reside aquí en revelarle la esencia de estos fenómenos, en explicarle sus leyes, en conducirlo hacia las necesarias generalizaciones científicas.

Se puede y se debe seguir diferenciando los distintos tipos de material didáctico, pero para nuestra finalidad lo importante es destacar sólo el que mencionamos en segundo término, ya que es en relación con este tipo de material didáctico donde aparece con particular agudeza el problema del objeto de la conciencia. ¿En qué consiste psicológicamente la función del

¹³¹ Publicadas parcialmente en *Apuntes científicos del Instituto Pedagógico de Járkov*, 1.1, 1939 y t. VI, 1941 (artículos de K. E. Jomenko, T. O. Guinévskaia, V. V. Mistiuk).

material didáctico de este tipo? Es evidente que su finalidad es servir de apoyo externo a las acciones internas que el niño efectúa bajo la dirección del maestro durante el proceso de asimilación de los conocimientos. De por sí, este tipo de material tampoco es el objeto directo de las acciones de aprendizaje del niño. En cierto modo, es como si sólo representara ese objeto, ya que el niño no aprende a contar cuadernos, sino a contar; no estudia los cuerpos que flotan o se hunden, sino el principio de la flotación y la ley de Arquímedes; no el calentamiento de los cuerpos, sino las leyes de la convección del calor, etcétera. De lo que menos se trata aquí es de dar forma concreta a las representaciones, a los conocimientos del alumno; más bien al contrario, se trata de generalizarlos. Por lo tanto, el *material* didáctico es en estos casos el material en el cual y a través del cual se busca la asimilación de determinado tema.

Aplicado al problema que estamos analizando, el objeto de la conciencia ya aparece en otra forma: no sólo como el problema de qué es en la práctica aquello de lo que toma conciencia el alumno, sino también de qué *debe* tomar conciencia de acuerdo con determinada tarea pedagógica. Desde el punto de vista psicológico este es el problema central de lo didáctico.

Para demostrarlo recurriremos al análisis de algunos ejemplos muy simples de utilización de materiales didácticos.

En cierta ocasión me mostraron varias láminas para el aula, preparadas con toda dedicación por el maestro, en las que estaban representados grupos de objetos homogéneos, destinados a servir de material para estudiar, en primer grado, los números y las operaciones con cantidades hasta diez. Esas láminas se distinguían de otras no por su estructura, sino por la minuciosidad de su confección y por el carácter de los objetos representados en ellas. Así, por ejemplo, en una se habían dibujado tanques y cañones antiaéreos. La intención del autor era evidente: había querido crear un material interesante, que atrajera fácilmente la atención de los alumnos de primer grado, un material concreto y real al máximo (era en los días de la *Gran Guerra Patria*).

Imaginémonos ahora este material en acción. En primer término, es indudable que atraerá verdaderamente la atención de los alumnos y que la retendrá con facilidad. Por lo tanto, la tarea inicial y más simple ha sido resuelta: ha atraído la atención de los alumnos, más... lo que les ha llamado la atención es la *lámina*. ¿Pero acaso ha atraído la atención hacia

el objeto de estudio, es decir, hacia las *cantidades* y las relaciones entre ellas? La suposición incorrecta desde el ángulo psicológico consiste en que cuando en el “campo de la conciencia” del alumno aparece algún objeto, con eso basta para que tome conciencia de todo lo que ese objeto contiene realmente. En el ejemplo que examinamos el error de esa suposición es evidente. Hemos visto que el “proceso de la atención”, o sea el proceso de toma de conciencia, no es un proceso formal, sino rico en contenido y orientado hacia un fin, que está vinculado con la acción interna. Por ello, el primero y principal interrogante con el cual debemos encarar el análisis del material que examinamos es el siguiente: ¿qué acción y orientada hacia qué fin debe asegurar? Supongamos que esa acción debe consistir en abstraer el rasgo cuantitativo y en unir las cantidades. ¿Es esa la acción que se suscita en el niño mediante la representación de una cantidad de tanques, cañones, etc.? Por cierto que no. Los tanques representados atraen tan vivamente su atención porque para él tienen un rico contenido: qué tanques son, por qué están en columna, por qué están enfrentados unos a otros aunque todos ostentan estrellas; por qué son estrellas pequeñas y no grandes, etc.; todo esto constituye el contenido de esa actividad mental interior que por sí misma retiene un tiempo relativamente prolongado la atención del niño sobre esa lámina y que determina aquello de lo cual toma conciencia, es decir, lo que es el objeto de su conciencia.

Pero es el maestro el que dirige a los alumnos. Les expone fines de aprendizaje y de ese modo trata de organizar su actividad en otra dirección que, sin embargo, en el caso que nos ocupa decididamente no coincide con la dirección en la cual la actividad de los alumnos se desenvuelve bajo la influencia del material expuesto. Las acciones interiores que deben estructurarse en los alumnos exigen que se aparten del contenido objetivo de las representaciones, y esto es tanto más difícil cuanto más rico es ese contenido.

Psicológicamente al niño le resulta más fácil contar lápices, que no son interesantes, que contar tanques que sí lo son. Cuando al niño lo distraen del rasgo cuantitativo formal otros rasgos de *esos mismos* objetos, con contenido es inclusive más difícil dominar su actividad que en el caso en que se distrae por algo colateral; cuando, por ejemplo, simplemente mira hacia la ventana, se le puede exigir que mire el pizarrón. En el primer caso, en cambio, toda su atención está concentrada en el material pero en su *conciencia* no hay cantidades ni correlación de ellas, sino imágenes de

guerra; mientras exteriormente mira lo mismo que su maestro, interiormente no sigue a éste, sino al contenido objetivo representado en la lámina.

Es cierto que en el análisis de este ejemplo todo el problema está simplificado y esquematizado al máximo. Pero, de todos modos, lo principal está presentado correctamente, y consiste en que, como la conciencia es el resultado de un proceso rico en contenido, orientado hacia un fin determinado, la introducción en la enseñanza del material didáctico debe tomar en cuenta ineludiblemente por lo menos los dos momentos psicológicos que damos a continuación: 1) qué papel concreto debe cumplir el material didáctico en la asimilación, y 2) en qué relación se encuentra el contenido objetivo de dicho material con el objeto del que se debe tomar conciencia y que debe ser asimilado.

Volveré a recurrir a un ejemplo negativo. Pero esta vez se trata de un material sobre idioma ruso, propuesto por uno de nuestros especialistas en metodología. Es una lámina en cuya parte superior hay un cuadro que representa un bosque. Debajo de éste aparece un texto que comienza con la palabra “bosque”, y a continuación palabras derivadas de esta palabra madre. Una vez más la intención del material didáctico resulta clara. Se requiere que el alumno imagine concretamente el material que maneja en la clase, y esto es necesario para que no lo asimile “formalmente”. Supongamos que eso es así. Sin embargo, analicemos el material desde el punto de vista de los dos momentos que hemos enunciado. ¿Sirve para enriquecer las representaciones del niño a fin de que éste reconozca y tenga la noción gráfica de lo que significa la palabra “bosque”? Supongamos que el niño no tiene en verdad esa noción, que hay que explicársela especialmente con una lámina (¡aunque sólo en los manuales y textos de ruso para segundo grado la representación del bosque aparece en siete ilustraciones distintas!). Quiere decir, entonces, que el papel del cuadrito es muy especial, y no coincide con el papel que cumple el texto de dicho material y para el cual está destinado en general: proporcionar al alumno el concepto sobre la palabra madre. Es más, el proceso de referir la palabra al objeto que denomina, y que es provocado en los alumnos por el dibujo, y aquellos procesos psicológicos que conducen a diferenciar en las palabras de una misma raíz, su raíz común, son procesos que en cierto modo tienen una orientación contraria.

Para darnos cuenta de esto enfocaremos el material que examinamos desde el punto de vista del segundo momento: de qué debe tomar conciencia el niño en ese material. Es evidente que debe tomar conciencia justamente de la raíz común de las palabras que ve escritas, pero en modo alguno de su significación objetiva común (ya que por su significación objetiva hay más afinidad, por cierto, entre las palabras “bosque” y “monte”, o “perdiz” y “pato”, que en los vocablos con una misma raíz, como “bosque” y “guardabosques” o “tinta” y “tintero”). Esto quiere decir que, por el contrario, lo que hace falta es que el niño pueda abstraerse del significado objetivo de las palabras que se comparan, para que la palabra aparezca para él como tal, y no como el objeto que denomina. Y este es un problema muy serio. Debe recordarse que en los preescolares lo típico es el fenómeno que Potebnia fue el primero en designar con la expresión figurada “palabra-cristal”, consistente en que al percibir la palabra el niño toma conciencia del contenido objetivo que parece “transparentarse” directamente a través de ella, y sólo poco a poco comienza a adquirir conciencia de la palabra como tal; nosotros, igual que otros autores (A. R. Luria), hemos tenido la posibilidad de observar en detalle este fenómeno en condiciones experimentales.¹³²

Por consiguiente, en este caso el objeto de la conciencia del niño deben ser las palabras que se comparan y su raíz común como fenómeno idiomático; en cambio, la figura en que se apoya el aprendizaje del niño al utilizar este material, fija su conciencia, en el objeto que la palabra madre designa. Esta “atadura”, innecesaria aquí, de lo que representa lo más general en la palabra, o sea, su raíz, a una imagen objetiva, concreta, única, no hace más entorpecer la cuestión. No debe sorprender que más tarde, cuando el niño se encuentra con la tarea de comprobar cuál es la vocal átona, o sustituir la palabra si tiene duda en la consonante, no considera posible comprobar la palabra “casilla” con la palabra “casero”, o sustituir “carro” por “correr”, por la misma razón que no se puede comprobar, por ejemplo, la palabra “salchichón” con “sal”, debido a que designan objetos concretos totalmente diferentes: “casilla” es una casa pequeña, una dependencia de un edificio grande, en tanto que “casero” es el hombre que cuida la casa, todo lo que hay en ella, los bienes de una escuela, etcétera.¹³³

¹³² Véase G. D. Lükov, “La toma de conciencia del lenguaje por los niños en el proceso del juego”. *Apuntes científicos del Instituto Pedagógico de Járkov*, t. 1, 1949, pp. 65-103.

¹³³ Véase L. I. Bozhóvich, “Psicología del empleo de la regla sobre las raíces vocales átonas”. *Pedagogía soviética*, 1937, núms. 5-6.

Lo que más conviene en este caso es independizar la ilustración del texto y utilizar ambos por separado.

Dado que mi tarea consiste en hacer un análisis psicológico del problema de la toma de conciencia del material didáctico, me limitaré a formular una conclusión general que deriva directamente de dicho análisis.

Dicha conclusión consiste en que el lugar y el papel que el material didáctico ocupan en el proceso del aprendizaje son determinados por la relación que existe entre la actividad del educando, en la cual dicho material puede ocupar el lugar estructural de objeto del fin inmediato de sus acciones, y la actividad que conduce a adquirir conciencia de lo que es preciso asimilar. Ésta relación puede ser triple. Primero, una y otra actividad pueden coincidir, lo que asegura la máxima eficacia directa del elemento didáctico. Además, la primera actividad puede ir preparando la segunda, y entonces se requiere sólo delimitar correctamente y con precisión las correspondientes etapas del proceso pedagógico. Por último, una y otra actividad pueden no estar vinculadas entre sí; en este caso el material didáctico es inútil, y algunas veces puede desempeñar incluso el papel de factor de distracción.

Por lo tanto, el análisis psicológico nos lleva a plantear la siguiente tarea pedagógica: encontrar el lugar concreto del material didáctico, es decir, encontrar no sólo el método para incorporarlo al proceso pedagógico, sino también el método para manejar este proceso, que pueda asegurar no la "utilización" formal de los elementos didácticos, sino su uso efectivo. Ya que, para usar las palabras de Pirógov:

“ni lo didáctico, ni la palabra por sí misma valen; sin la habilidad de manejarlos como es debido [...] nada eficiente se podrá hacer”.¹³⁴

6

Sólo nos resta examinar el último punto del problema: la toma de conciencia del material de estudio. Quizá este sea el punto más complejo. Pese a todo, no podemos pasarlo por alto, porque sí así lo hiciéramos nuestra noción sobre la toma de conciencia del material de estudio sería unilateral y, por consiguiente, falsa.

¹³⁴ N. Pirógov, “Problemas de la vida”. *Obras*. San Petersburgo, 1887, t. 1, pág. 116.

De lo dicho se deduce que es preciso diferenciar el contenido del que se toma conciencia *en el momento* y el contenido que sólo *aparece* en la conciencia.

En el aspecto psicológico esta diferencia es sumamente importante porque expresa una peculiaridad esencial del propio “mecanismo” de la toma de conciencia. En realidad se toma conciencia sólo del contenido que es el objeto de la actividad orientada hacia un fin, es decir, que ocupa el lugar estructural de fin inmediato de la acción interior o externa en el sistema de una u otra actividad. Sin embargo, esta tesis no se extiende al contenido que sólo “aparece como reconocido”, es decir, que es controlado por la conciencia.

Para que “aparezca como reconocido”, es decir, sea conscientemente controlado, este contenido, a diferencia del que se toma conciencia en el momento dado, no debe ocupar necesariamente en la actividad el lugar estructural de fin. Esto se ve, con claridad, aunque sea en los ejemplos arriba citados a través de la toma de conciencia de uno u otro contenido, en el proceso de la escritura. Para que se tome conciencia del aspecto gráfico de la escritura en el momento dado, es preciso hacer que sea el objeto hacia el cual se dirige la acción como hacia su resultado directo. Por otra parte, ese aspecto de la escritura puede “aparecer como reconocido” y, por consiguiente, ser controlado conscientemente también en el propio proceso de la exposición escrita del pensamiento. Empero, no todo ni mucho menos se puede controlar conscientemente.

¿Cuál es, pues, en este caso el contenido que puede actuar en esta última forma peculiar de la toma de conciencia, es decir, como conscientemente controlable?

Podemos responder a esta pregunta con una tesis completamente precisa. Este contenido lo integran las *operaciones conscientes* y, por consiguiente, las condiciones a que esas operaciones responden.

¿Pero qué son las *operaciones*? Convencional mente designamos con este término un contenido completamente determinado de la actividad: son operaciones los *modos* con los cuales se efectúa la acción. Su peculiaridad consiste en que responden no al motivo ni al fin de la acción, sino a aquellas *condiciones* en las cuales está dado ese fin, es decir, a la tarea (la tarea es también un fin, dado en determinadas condiciones). Por lo general las operaciones, o sea los modos de la acción, se van elaborando socialmente y algunas veces van tomando forma en los medios

e instrumentos materiales de la acción. Así, por ejemplo, en los cálculos, cristalizan, toman forma material, determinadas operaciones de cálculo; en la sierra se concreta la operación de aserrar, limar, etc. Por eso, la mayoría de las operaciones que tienen lugar en la actividad del hombre son un resultado del aprendizaje, del dominio de modos y medios de acción socialmente elaborados.

Pero no toda operación es una operación *conciente*. Llamamos operación conciente sólo al modo de actuar que se ha constituido mediante la transformación de una acción anteriormente conciente y orientada hacia un fin. Sin embargo, hay operaciones que tienen otro origen, otro génesis; son las que han surgido mediante el “amoldamiento” de hecho de la acción a las condiciones objetivas o mediante la simple imitación. Las operaciones del último tipo, así como las condiciones a que responden, constituyen el contenido que no es susceptible de ser controlado concientemente sin un esfuerzo especial (aun que, por supuesto, se perciben en la forma que la práctica requiere para que esa acción pueda concretarse). Este contenido puede convertirse en un contenido capaz de “aparecer como reconocido”, es decir, ser concientemente controlable sólo si antes es objeto de una acción especial y se adquiere verdadera conciencia de él. Entonces al haber ocupado nuevamente el lugar estructural de condiciones de la acción (y si se tiene presente el proceso en sí, al volver a transformarse de acción en operación), dicho contenido adquiere esta notable capacidad.

Es así, por ejemplo, que el niño que todavía no ha aprendido su lengua materna, en la práctica domina plenamente las formas gramaticales, pues los niños jamás incurren en errores como “la lámpara estaban de la mesa”, es decir que en su práctica oral declinan, conjugan y coordinan correctamente las palabras. ¿Pero como resultado de qué proceso el niño aprende a hacer esto, o sea, va dominando esas operaciones verbales? Es evidente que lo hace en el proceso de adaptación práctica de su actividad verbal a las condiciones idiomáticas en las cuales ésta transcurre, es decir, en el proceso de “amoldamiento”, de imitación. Debido a ello, las formas gramaticales correspondientes que el niño utiliza con tanta perfección como modos de comunicación verbal, de expresión, no son empero, susceptibles de ser controladas por la conciencia; para ello deben convertirse antes en objeto especial de la relación del niño, o sea, en objeto de su acción orientada hacia un fin; de lo contrario pueden seguir existiendo en él sólo como lo que se llama “sentido del idioma” (L. I. Bozhóvich). Es por esta razón que se debe enseñar gramática al niño, o

sea enseñarle lo que en la práctica ya domina, y ello se debe hacer no sólo para que sepa ortografía, porque también se puede dominar la ortografía sólo en la práctica, lo que en realidad suele ocurrir (por ejemplo, una carta correcta “de oficinista”, con errores escasos pero burdos, “incultas”, y frases hechas).

Hemos observado esta dependencia entre la vía por la cual se forma la operación y la toma de conciencia, tanto de la operación en sí como de las condiciones a que esa operación responde, en la investigación experimental de los hábitos motores, es decir, de las operaciones motrices fijadas.¹³⁵

En el trascurso de dicha investigación se formaron hábitos totalmente iguales (una serie de movimientos en un aparato con teclas). Sin embargo, los dos primeros de estos hábitos se crearon dentro de la acción, cuyo fin para el investigado era el siguiente: presionar las teclas *con la mayor rapidez posible* para que se apagarán las lamparitas que se encendían sobre ellas; en cambio, otros dos hábitos se estructuraban desde el comienzo como acciones que para el investigado tenían la finalidad de realizar los movimientos en determinada sucesión, guiándose por el encendido de las lamparitas. De este modo, en su aspecto puramente externo, en los dos casos el proceso de formación de los hábitos transcurrió de igual manera: objetivamente, una misma tarea, las mismas condiciones externas, los mismos movimientos, diferían en las distintas series sólo por su sucesión (por ejemplo, en una serie, el orden de las teclas era: 4ª, 6ª, 5ª, 2ª, 3ª, 1ª, etc., y en otra, 6ª, 3ª, 2ª, 4ª, 1ª, 5ª, 6ª, etc.). La diferencia entre ambas consistía sólo en el distinto lugar estructural que ocupaba en la actividad la sucesión de los movimientos que se formaba y se fijaba. En el primer caso, dicha sucesión constituía una simple condición para cumplir la acción, a la que ésta de hecho se adaptaba; en el segundo caso, en cambio, dicha sucesión se daba en un comienzo como aquello hacia lo cual estaba orientada en verdad la acción del investigado, o sea que para él estaba planteada como fin conciente y sólo después se transformaba en el modo de cumplir la exigencia íntegra de las instrucciones ejecutar la cadena de movimientos que se le indicaba de la manera más rápida, precisa y segura.

¹³⁵ Véase V. I. Asnin, “La particularidad de los hábitos motores en dependencia de las condiciones de su formación”. *Apuntes científicos del Instituto Pedagógico de Járkov*, 1936, t. I, págs. 37-65.

El principal resultado que se obtuvo en esta investigación es que cuando la operación se iba formando y fijando sólo “sobre la marcha”, a través del simple amoldamiento motor, los investigados no estaban en condiciones de informar, en la experiencia crítica, sobre la sucesión de las teclas (ó, correspondientemente, sobre la sucesión de sus movimientos) que de hecho ya dominaban por completo y que acababan de realizar en la acción. Y a la inversa, cuando la operación motriz exigida se estructuraba en forma de acción, y sólo luego se fijaba como hábito “automático” estable, la sucesión de las teclas y de los movimientos podía ser controlada concientemente, siempre y por todos los investigados.

En los experimentos que se realizaron, que fueron un tanto burdos pero en cambio muy claros por sus resultados, resaltaron también las particularidades *objetivas* de operaciones distintas por su génesis. Aquellas que no son susceptibles de ser concientemente controladas resultan, como es lógico, insuficientemente dirigidas, demasiado lentas, torpes. Otras, las que pueden ser controladas, se distinguen por los rasgos opuestos: son más plásticas y se las puede modificar fácilmente a voluntad.

Por consiguiente, la diferencia entre el contenido concientemente controlable (que resulta reconocido) y el contenido del que no se tiene conciencia en absoluto, lleva implícita una vez más la diferencia objetiva del lugar estructural que dicho contenido ocupa en la actividad del sujeto.

La relación de “lo que aparece como reconocido” y lo que no ha llegado a ser conciente, no hace más que reproducir la relación de las operaciones que nacen como acciones y aquéllas que son producto de una adaptación inconciente.

Aquello que puede “aparecer” en la conciencia y ser controlado, es el contenido que previamente correspondía a una acción, a un proceso conciente *par excellence* y de cuyo contenido se tenía con antelación verdadera conciencia. Hablando en términos neurológicos, las operaciones de este tipo son un resultado de la trasmisión posterior del proceso que inicialmente se ha estructurado en el nivel superior a los niveles inferiores; en cambio, las operaciones del segundo tipo se estructuran de entrada en estos niveles inferiores, “efectores”. Por ello sólo las primeras revelan un dinamismo interior particular, consistente en que se produce unas veces su “estiramiento” hacia los pisos más altos, otras veces un nuevo descenso a los niveles inferiores, que Bianchi denomina con el gráfico término de *retombement*.

Esta dinámica neurofisiológica es la que se manifiesta en el singular fenómeno que he intentado expresar convencionalmente como fenómeno que “aparece” en la conciencia en el curso de la verdadera toma de conciencia del objeto directo de la acción.

La dinámica que hemos descrito es el “mecanismo” auténtico de lo que se denomina *atención voluntaria secundaria* (Titchener). Empero, el descubrimiento de dicho mecanismo cambia sustancialmente nuestra interpretación de lo que habitualmente se entiende con este concepto. Lo principal es que permite encarar de una manera decididamente diferente la formación, la educación de este tipo de atención, que cumple la importantísima función de ser algo así como el “punto de control” de la conciencia. Es evidente que en este caso la tarea consiste no en hacer que el contenido –que antes carecía de interés y por eso exigía especial “esfuerzo de la atención”– se vuelva interesante, de modo que la atención hacia él, al tornarse voluntaria, al mismo tiempo ya no requiere “esfuerzo”; tampoco consiste en educar (¿cómo?) una nueva capacidad general de atención involuntaria que a la vez posea también algunos rasgos de voluntariedad. La verdadera tarea aquí es bastante más amplia y puede expresarse con mucha más precisión: para que uno u otro contenido pueda ser conscientemente controlable cuando es otro el contenido actual de la conciencia, se requiere que antes aquél haya ocupado el lugar estructural de fin inmediato de la acción. Si luego se incorpora en la actividad como una de las operaciones que la efectúan, “se prestará atención” a ese contenido en cierto modo involuntariamente, en cierto modo sólo como control, pero a la vez de ningún modo en virtud de las condiciones que gobiernan la atención involuntaria primaria, o sea las primitivas reacciones de orientación.

Tomemos el ejemplo más simple. Supongamos que al escribir, el alumno curva demasiado hacia atrás las “colas” de la *g* y de la *y*; hacerle una simple indicación puede no ser suficiente: cuando vuelva a escribir un dictado por ejemplo, “escapará a su atención” una vez más cómo hace las “colas” de dichas letras, no podrá darse cuenta de eso. Será distinto si hace una cantidad de ejercicios especiales, en los cuales el objeto de sus acciones y, por consiguiente, el objeto de su conciencia en ese momento será precisamente el trazado correcto de esas letras. Entonces, al incorporarse de nuevo a la estructura del proceso integral de la escritura, el trazado será controlable, gobernable. Como en este ejemplo tenemos el caso de la operación que se fija en un hábito, lo que se requiere es

justamente el *ejercicio*, es decir, la acción especial que debe repetirse tantas más veces cuanto más estable sea la fijación. En cambio en los casos en que la operación que se reestructura no está fijada, las repeticiones insistentes no son necesarias.

Las relaciones que hemos examinado, entre el contenido que es reconocido, el contenido que es sólo controlado, y aquél que, aunque es percibido no se incluye en el conjunto de lo conciente, permiten precisar una de las más importantes exigencias derivadas del principio del carácter conciente del aprendizaje. Me refiero a la exigencia de que el *resultado* del aprendizaje sea conciente.

Esta exigencia parece muy contradictoria si la encaramos sin profundizar antes en su aspecto psicológico. En efecto, una enorme cantidad de habilidades y conocimientos que el alumno adquiere en la escuela deben capacitarlo, serle útiles, pero en modo alguno tienen que permanecer siempre presentes en la conciencia, no deben recargar su conciencia. No en vano se dice que se debe considerar instruida no a la persona que pueda escribir correctamente, sino a quien no puede escribir de un modo incorrecto aunque no piense especialmente en ello. Sé una cantidad de reglas, pero cuando las aplico no ocupan mi conciencia, y en la práctica casi nunca las utilizo de manera *totalmente* conciente. Si no fuera así en general sería imposible escribir obras, resolver problemas difíciles, pilotear un avión e inclusive razonar con lógica, es decir, razonar guiándose por las reglas lógicas. Y pese a ello, tienen toda la razón quienes consideran que la exigencia de tener un carácter conciente debe extenderse al resultado de cualquier aprendizaje, incondicionalmente y sin ningún tipo de concesiones.

Lo contradictorio de esta exigencia no requiere en absoluto conclusiones eclécticas: hemos visto que se va resolviendo en aquellas relaciones dinámicas que vinculan lo actualmente conciente y lo concientemente controlable, es decir, sólo: "lo que aparece como reconocido".

Por ejemplo, hay que señalar la aritmética de tal modo que los conocimientos aritméticos sean ineludiblemente concientes, pero esto significa que esos conocimientos deben no simplemente llenar la conciencia, sino sólo ocupar en ella "en el momento adecuado el lugar adecuado". Y esto se refiere a todo lo que enseñamos al alumno en la escuela, desde los movimientos gimnásticos hasta las leyes de la física y de la lógica.

Ya hemos examinado el procedimiento que responde a esta exigencia en su generalización psicológica; por otra parte, la elaboración del método pedagógico concreto ya no es una tarea que corresponde a la psicología, sino a la didáctica.

7

Hemos analizado la toma de conciencia del material de estudio desde el ángulo de *qué* es asimilado por la conciencia, de qué es el objeto de la conciencia. Ahora se nos plantea una tarea mucho más importante: analizar la toma de conciencia desde el ángulo de *cómo* la conciencia capta el material de estudio, en qué se convierte ese material para la personalidad del niño.

Ya desde el comienzo se nos planteó esta cuestión como el aspecto verdaderamente central de todo el problema de lo consciente. Sin embargo, para enunciarlo sobre una base psicológica concreta hay que introducir algunos conceptos complementarios que deben ser previamente aclarados de un modo especial.

La necesidad de proceder así proviene de que, por lo común, la psicología científica tradicional no se dedicaba a investigar la conciencia como reflejo del mundo en dependencia de las verdaderas relaciones vitales del sujeto, de su existencia real. En otras palabras, para esa psicología, la conciencia se manifestaba como un singular derivado psicológico sólo de la actividad cognoscitiva del hombre, y no de toda su vida, es decir, se manifestaba en forma intelectualista, como *saber* y no como *relación*.

Pero, ¿qué significa desde el ángulo psicológico *la conciencia como relación*? El concepto de relación es demasiado general, y por eso en psicología el problema de la conciencia como relación, lo planteamos como el problema del sentido que adquiere para el hombre lo que éste comprende.

El concepto de sentido es precisamente ese concepto fundamental que debe ser previamente aclarado para darle una precisión absoluta y librarlo del velo idealista que lo envuelve. Por tal razón tendremos que apartarnos un poco del tema directo de este artículo, pues sin eso no podríamos resolver la tarea que nos proponemos.

En el uso común de las palabras se suele no diferenciar el concepto *sentido* del concepto *significado*. Por ejemplo, se habla del sentido de la palabra o de su significado, sobrentendiendo en ambos casos la misma cosa. Sin embargo, el concepto significado no expresa toda la riqueza del contenido psicológico que encontramos en la comprensión de los fenómenos de la realidad objetiva que “mencionamos”.

Significado es la generalización de la realidad que ha cristalizado, que se ha fijado en su vehículo sensorial, por lo general en una palabra o una combinación de palabras. Es la forma ideal, espiritual, en que cristaliza la experiencia social, la práctica social de la humanidad. El conjunto de nociones de una sociedad, su ciencia, su idioma, todo esto son sistemas de significados. Por consiguiente el significado pertenece en primer término al mundo de los fenómenos objetivo-históricos ideales. Este debe ser el punto de partida.

Pero el significado existe también como hecho de la conciencia individual. El hombre percibe, concibe, al mundo como ser socio-histórico, está pertrechado de nociones, conocimientos de su época, de su sociedad, y a la vez está limitado por ellos. La riqueza de su conciencia no se reduce en modo alguno a la riqueza de su experiencia personal. El hombre conoce el mundo no como un Robinson, que hace descubrimientos por su cuenta en una isla deshabitada. En el curso de su vida el hombre asimila la experiencia de la humanidad, la experiencia de las generaciones precedentes; esto ocurre precisamente a través de la asimilación por el hombre de los significados, y en la medida en que los asimila. Por consiguiente, significado es la forma en que cada hombre asimila la experiencia generalizada y reflejada por la humanidad.

El significado como hecho del estado individual no pierde, sin embargo, su contenido objetivo ni se transforma en una cosa meramente “psicológica”. Es obvio que lo que yo pienso, comprendo y sé sobre el triángulo puede no coincidir exactamente con el significado de “triángulo” aceptado en geometría. Pero esto no es una diferencia de principio. Los significados no tienen existencia más que en la conciencia de los hombres concretos. No hay un reino independiente de significados, ni existe el mundo platónico de las ideas. Por lo tanto, no se puede contraponer al significado “geométrico”, lógico, comúnmente objetivo, ese mismo significado en la conciencia del hombre como un significado “psicológico” especial; lo que aquí difiere no es lo lógico de lo psicológico, sino más bien, lo general de lo individual. ¿Acaso el concepto deja de ser concepto en cuanto se convierte en *mi*

concepto?, ¿acaso puede existir el “concepto de nadie”? Es una abstracción igual a la noción bíblica de la Palabra, que surge de la expresión: “*Al principio era el Verbo*”. Pero el problema psicológico fundamental del significado es: cuál es el lugar y el papel real del significado en la vida psíquica del hombre, qué es en su vida. En el significado se descubre al hombre la realidad, pero de un modo particular. El significado mediatiza la toma de conciencia del mundo por el hombre, dado que éste comprende el mundo como ser social, es decir, porque el reflejo del mundo por el hombre se funde en la práctica social y la incluye en sí.

Una hoja de papel se refleja en mi conciencia no sólo como algo rectangular, blanco, cubierto de líneas, y no sólo como una estructura, una forma acabada. Se refleja en mi conciencia justamente como una hoja de papel, como *papel*. Las impresiones sensoriales que yo recibo de la hoja de papel se refractan en mi conciencia de un modo definido debido a que yo poseo el significado correspondiente; de lo contrario, la hoja de papel seguiría siendo para mí solo algo blanco, rectangular, etc. Sin embargo, y esto es muy importante por principio, cuando percibo el papel percibo ese *papel real*, y no el significado “papel”. Introspectivamente el significado está ausente en mi conciencia: al refractar lo que se percibe o se piensa, eso mismo a la vez no se percibe ni se piensa. Este es un hecho psicológico fundamental.

Por ello, aunque por cierto se puede tener conciencia del significado, es sólo cuando el objeto de la conciencia es no lo que se designa, sino el propio significado, por ejemplo, cuando se estudia un idioma. Así, psicológicamente el significado es el reflejo generalizado de la realidad, elaborado por la humanidad y fijado como significado lingüístico, concepto, conocimiento o incluso como habilidad fijada, como “forma de acción” generalizada, como norma técnica, etcétera.

El significado es el reflejo de la realidad, independientemente de las relaciones individuales que con ella tiene cada hombre; el hombre encuentra un sistema de significados ya preparado, históricamente conformado, y lo va asimilando del mismo modo que va dominando un instrumento, ese portador material del significado. En rigor el hecho psicológico –hecho de mi vida– es el de que yo *voy dominando* un significado, el hecho de hasta qué punto lo domino y en qué llega a ser para mí, para mi personalidad. ¿De qué depende esto último? Ello depende de qué *sentido* tiene para mí ese significado.

En la psicología no soviética el concepto de sentido se fue elaborando según muy distintas orientaciones. Müller llamó sentido a una imagen embrionaria; Binet, lo llamó muy sagazmente, acción embrionaria; Van der Veldt trató de mostrar en forma experimental que el sentido se forma como resultado de que una señal de una acción antes indiferente para el investigado, adquiere el contenido condicionalmente vinculado con ella.

En cambio, la mayoría de los autores modernos siguen otra dirección, considerando el concepto de sentido sólo vinculado con la lengua. Potan define el sentido como el conjunto de todos los fenómenos psíquicos que la palabra provoca en la conciencia; Titchener, como un complejo significado contextual, y Bartlet es más preciso, como significado creado por la "integridad" de una situación; muchos otros autores lo definen como concreción del significado, como un resultado, un producto del proceso de "denominación".

Por lo tanto, estos puntos de vista psicológicos consideraban el sentido como lo que es creado en la conciencia individual por el significado. Pero el significado pertenece al conjunto de fenómenos ideales, de fenómenos de la conciencia social. Resulta, pues, que el sentido, al igual que el significado, es determinado por la propia conciencia, pero exclusivamente por la conciencia social. Por ello, el hecho de introducir el concepto de sentido en la psicología conduce en esa interpretación a que la conciencia individual del hombre queda separada de su vida real.

El concepto de sentido se revela de modo esencialmente distinto cuando se enfoca la conciencia partiendo del análisis de la vida misma, del análisis de las relaciones que caracterizan la interacción del sujeto real con el mundo real que lo rodea.

Con ese enfoque el sentido aparece en la conciencia del hombre como algo que refleja directamente, y lleva implícitas sus propias relaciones vitales.

El sentido conciente, psicológicamente concreto, es creado por la relación objetiva, que se refleja en la mente del hombre, de aquello que lo impulsa a actuar con aquello hacia lo cual está orientada su acción como resultado inmediato de ésta. En otras palabras, el sentido expresa la relación del motivo de la actividad con la finalidad inmediata de la acción. Sólo es preciso destacar que se debe comprender el motivo no como una vivencia de la necesidad en sí, sino como lo objetivo, en lo cual esa necesidad se encuentra a sí misma en las condiciones dadas, en lo que la hace

objetivada, y por ello orientadora de la actividad hacia un resultado *determinado*.

El sentido es siempre el sentido de algo. No existe el sentido “puro”. Por ello, subjetivamente, el sentido pertenece en cierto modo al propio contenido vivencial, parece formar parte del *significado*. Dicho sea de paso, fue esto lo que engendró en la psicología y en la lingüística psicologizante ese gran error que se expresó en una indiferenciación total de ambos conceptos, o bien en que el sentido era considerado como significado concretado, en dependencia del contexto o de la situación. Pero en verdad, aunque sentido y significado parecen introspectivamente fusionados en la conciencia, ambos tienen una raíz distinta, un origen distinto, y cambian de acuerdo con leyes diferentes.¹³⁶ Internamente están ligados, pero sólo por una relación inversa a la que hemos hecho referencia más arriba: es más bien el sentido el que se concreta en los significados (como el motivo en los fines), y no el significado en el sentido.

El sentido no está contenido en modo alguno potencialmente en el significado, ni puede surgir de éste en la conciencia. El sentido no es engendrado por el significado, sino por la vida.

En algunos casos la no coincidencia del sentido y el significado en la conciencia aparece con especial claridad. Por ejemplo, puedo comprender muy a fondo, amplia y perfectamente qué es la muerte, comprender que es inevitable para el hombre, estar del todo convencido de que para mí, personalmente, es inevitable; puedo, por último, conocer en detalle la naturaleza biológica de este proceso. Dicho de otro modo, puedo poseer ampliamente el conocimiento y el significado correspondientes. ¡Pero, sin embargo, qué distinto puede ser para mí ese significado! Con respecto a mí mismo comprender la inevitabilidad de la muerte puede, en cierto modo, no tener sentido: no entra en mi vida, en realidad no la modifica para nada, ni en un ápice, ni por un solo instante. Incluso al comienzo de su vida, el hombre, por lo general, se conduce verdaderamente como si su vida fuera a durar toda una eternidad. Pero de pronto algo cambia en su vida, o tal vez ésta se acerca a su fin, y ese mismo hombre calcula ahora los años, y hasta los meses que le quedan por vivir, se apresura a llevar hasta el fin el cumplimiento de algunos de sus propósitos y renuncia por entero a otros. Se puede decir que su conciencia de la muerte se ha tornado distinta.

¹³⁶ No me es posible analizar aquí más en detalle este importante problema: del mismo modo, tampoco abordó el problema del mecanismo propiamente fisiológico de la formación del sentido.

¿Pero ha cambiado o se ha incrementado su conocimiento, se ha vuelto diferente en su conciencia el propio concepto, el *significado* de la muerte? No. Lo que ha cambiado para el hombre es su *sentido*.

En este ejemplo se advierte claramente también la diferencia entre el sentido y el tinte emocional de la vivencia del significado, de su trasfondo subjetivo. Precisamente en el primer caso, la noción de la muerte puede por el contrario, no provocar vivencias emocionales de cierta intensidad.¹³⁷

Resulta particularmente importante para la psicología diferenciar con claridad sentido y significado, porque su relación no permanece invariable, sino que va cambiando en el curso del desarrollo histórico, constituyendo distintas formaciones de la conciencia y distintos tipos de su estructura.¹³⁸

La conciencia cómo relación con el mundo se revela psicológicamente para nosotros como un sistema de sentidos, y las particularidades de su estructura, como particularidades de la relación de sentidos y significados. El desarrollo de los sentidos es un producto del desarrollo de los motivos de la actividad; a su vez, el desarrollo de los propios motivos de la actividad está determinado por el desarrollo de las relaciones reales que el hombre tiene con el mundo, que dependen de las condiciones históricas objetivas de su vida. La conciencia como relación: este es precisamente el sentido que tiene para el hombre la realidad que se refleja en su conciencia. Por lo tanto, lo que distingue el carácter conciente de los conocimientos es, justamente, qué sentido adquieren éstos para el hombre.

8

Así, pues, *aquello* de lo que tomo conciencia en este momento, *cómo* lo hago, qué sentido tiene para mí esa toma de conciencia, lo determina el motivo de la actividad en la cual está incluida esa acción mía. Por eso, el problema del sentido es siempre el problema del motivo.

¹³⁷ No se puede dejar de señalar al respecto que la diferencia entre la conciencia de la esfera del sentido y la esfera de los significados es justificada también por los datos psicopatológicos actuales. Así, se puede considerar como comprobado que, en tanto que la lesión de los sistemas parietooccipitales de la corteza conduce a la disociación de los significados y de las operaciones intelectuales correspondientes, la lesión de los sistemas frontales está vinculada, en cierto modo, con el "vaciamiento" de sentido de la personalidad del paciente. Por ende, estas dos esferas diferentes están representadas por estructuras corticales completamente distintas.

¹³⁸ Véase A. N. Leóniev, *Ensayo sobre el desarrollo del psiquismo*. Moscú, 1946

Supongamos que estoy leyendo un manual de anatomía. ¿Está claro, se comprende lo que estoy haciendo? Sí y no. Se comprende el fin que persigo: naturalmente, leo un manual de anatomía para estudiar anatomía. Se comprende asimismo el significado de lo que estoy haciendo. Y pese a todo, mi acción puede ser incomprendida, incomprendida precisamente *en el plano psicológico*. Para comprenderla de verdad me preguntan: ¿qué sentido tiene para mí estudiar anatomía? Pero sólo se puede responder a la pregunta sobre el sentido indicando el motivo. Por eso digo: “Necesito hacerlo debido a mis investigaciones”. Con eso explico qué es esa acción para mí (o todo el sistema, toda la cadena de acciones), es decir, qué sentido tiene.

Pero quizás he dicho una mentira. Tal vez lo hago porque quiero volver a la profesión de médico, y *por eso* actualizo mis conocimientos de medicina; entonces mi acción tiene completamente otro sentido, en razón de ciertas circunstancias que oculto.

El sentido de la acción cambia a la vez que se modifica su motivo. Por su contenido objetivo la acción puede seguir siendo casi la misma, pero si ha adquirido un nuevo motivo, psicológicamente ya es otra. Trascurre de otro modo, se desarrolla de otro modo, conduce a consecuencias subjetivamente muy distintas, ocupa otro lugar en la vida de la personalidad.

A propósito, la denominada psicología práctica, o sea la psicología que “científicamente” utiliza un observador, un escritor o una persona cualquiera de quien se dice que “comprende bien a los hombres”, es ante todo la psicología del sentido, su método no conciente consiste precisamente en descubrir el sentido de las acciones humanas. Por eso es tan personal, tan concreta y tan *auténticamente* vital.

El análisis que conduce al verdadero descubrimiento del sentido no puede limitarse a la observación superficial. Es un análisis psicológico con todas las dificultades que le son inherentes. Ya la primera diferenciación imprescindible –la diferenciación entre acción y actividad– requiere penetrar en el contenido interno del procesó. ¿Acaso no se ve por el proceso mismo qué es este proceso: acción o actividad? Con frecuencia, para aclarar esto, hace falta realizar una investigación activa, la observación que fundamenta, la suposición, la verificación.

Aquello hacia lo cual está orientado este proceso puede parecer lo que lo impulsa, lo que constituye su motivo; si es así, entonces esa es una actividad, Pero ese mismo proceso puede ser impulsado por un motivo

enteramente distinto, que rio coincide en absoluto con aquello hacia lo cual está orientado como hacia un resultado suyo; entonces, es una acción. Y puede suceder que en el primer caso este proceso exprese el sentimiento más elevado, y en el segundo, perfidia.

Al concretar distintas relaciones, es decir, al integrar actividades de diversa motivación, una misma acción cambia psicológicamente: adquiere diferente sentido. Pero esto significa también que incluso el contenido objetivo del que tiene conciencia el sujeto de esa acción en el momento dado es asimilado por él de otro modo. Por ello, el único camino para la auténtica investigación psicológica concreta de la conciencia es el análisis del sentido, o sea el análisis de la motivación, en cuyo desarrollo es donde se expresa desde el ángulo subjetivo, el desarrollo de la vida psíquica del hombre.

A pesar de lo que pueda parecer desde un punto de vista superficial, este es el camino que afirma al máximo la objetividad de sus fundamentos, porque conduce a la comprensión de la conciencia del hombre a partir de la vida, de la existencia concreta, y no de las leyes de la conciencia en sí, no de la conciencia de los hombres que están en derredor, no del saber.

Tiene particular importancia destacar aquí lo dicho en último término. La cuestión es que la superación de las posiciones introspeccionistas todavía no nos sitúa, por cierto, fuera de la concepción hegeliana de la conciencia. Para ello no basta formular de un modo general incluso la simple antítesis de la concepción teórica de Hegel, ya que si aceptamos su tesis de que *nada puede existir para la conciencia sólo como saber*, lógicamente es imposible comprender de qué modo la conciencia puede “elevarse sobre sí misma”, es decir, es imposible, en un análisis concreto de la conciencia, trascender sus límites, es decir, pasar al ser, como lo exige el materialismo consecuente. Lo que sucede es que la conciencia como pensar es precisamente el *pensar* hegeliano *como sujeto*:

“sujeto absoluto que para otro no puede ser ni debe ser objeto; precisamente por eso, y a pesar de todos los esfuerzos, ese sujeto jamás encontrará el paso al objeto, al ser. Del mismo modo, la cabeza separada del tronco no puede pasar a dominar un objeto porque no tiene medios, no posee, órganos prensiles”.¹³⁹

¹³⁹ L. Feuerbach, *Obras filosóficas escogidas*. Moscú, 1955, t. I, pág. 200.

En la historia de la psicología la concepción fáctica de la conciencia como cognición se manifiesta con particular nitidez en el problema de las *emociones*. En rigor, ello es lo que hizo del problema de las emociones algo psicológicamente insoluble, reduciéndolo, en el fondo, a lo fisiológico, y dejando en la práctica para la psicología sólo la investigación descriptiva. Si prescindimos de los resultados totalmente inconsistentes de este tipo de investigación (“Yo preferiría –observa James– leer la descripción de las dimensiones de las rocas de New Hampshire”), la única teoría psicológica de las vivencias emocionales que queda en pie es la intelectualista, porque –como lo señala con todo acierto J. Dumas en su introducción a la traducción al francés del trabajo de James– en la así llamada concepción “periférica” se trata de contraponer a la explicación intelectualista la fisiológica, pero no la psicológica.¹⁴⁰ Pero lo cierto es que la explicación fisiológica es no *directamente* confrontable con la esencia de una u otra teoría psicológica. Por tal razón, ni James por un lado, ni Cannon y sus adeptos por el otro, están en condiciones de superar el intelectualismo en el plano del examen psicológico de este problema. El clásico “argumento del telegrama” (para que el telegrama pueda provocar alguna vivencia antes debe ser comprendido) conserva toda su fuerza en cualquier representación del mecanismo fisiológico de las emociones. Por consiguiente, cualquiera que sea la explicación que demos sobre el mecanismo de la vivencia emocional, de todos modos, desde el ángulo de la teoría tradicional sobre la conciencia, psicológicamente se seguiría definiendo la “conciencia como ciencia”.

En consecuencia, la tarea de superar esta proposición no puede consistir en modificar la noción psicológica sobre la naturaleza de las vivencias, que expresan la relación del sujeto con lo cognoscible; tampoco puede consistir en establecer el nexo interno que existe entre ellos, pues lo que ha estado desunido desde el comienzo no puede ser unido luego más que de un modo externo, en tanto que la mera declaración de que están unidos, como cualquier declaración en general, en la práctica por cierto nada modifica. La verdadera tarea reside aquí en comprender que la conciencia del hombre refleja su vida real, su existencia. Y para ello es necesario que al examinar la conciencia se deseche resueltamente la abstracción idealista de los procesos puramente cognoscitivos, abstracción que luego conduce en forma inevitable a un enfoque estéril del pensar.

¹⁴⁰ W. James, *La théorie de l'emotion*. Introduction. Paris, 1902.

Esa simple idea de que si la geometría se opusiera a nuestras pasiones y a nuestros intereses la discutiríamos y la derogaríamos a pesar de todas las pruebas de Euclides y de Arquímedes, contiene una verdad muy grande e irrefutable. Es esa verdad la que es preciso saber comprender psicológicamente a fondo.

Mientras tanto, sólo nos resta repetir una vez más: ese aspecto de la conciencia del individuo que es determinado por sus propias relaciones vitales, es el sentido. Con respecto a los procesos cognoscitivos el sentido es lo que hace que esos procesos sean no sólo orientados, sino también *parciales*, lo que de ordinario comunica al pensamiento un carácter psicológicamente rico, que distingue de un modo esencial los procesos que tienen lugar en la mente del hombre de aquellos procesos de cálculo, a veces muy complejos, que se hacen con computadoras.

Nos anticipamos a señalar que de lo precedente se deduce que el problema de la formación y desarrollo del pensamiento no puede ser reducido íntegramente al problema de dominar conocimientos, aptitudes y hábitos mentales. En efecto, la relación, el sentido, no se puede enseñar. Sólo se puede descubrir el sentido en el proceso del aprendizaje, encarnarlo en una idea claramente conciente, desarrollada, después de enriquecer al alumno con los correspondientes conocimientos y aptitudes.

El sentido no se enseña, se educa. La unidad de educación y aprendizaje es una unidad psicológicamente concreta de formación del sentido y los significados. Las medulosas relaciones internas que ligan la educación y el aprendizaje aparecen, desde el ángulo del proceso de formación de la conciencia, como las relaciones del sentido y el significado.

Al analizar estas relaciones, ellas se nos revelan como relaciones reales de la propia actividad del hombre. Es gracias a ello que su análisis puede ser para nosotros el método para la investigación psicológica de la conciencia.

9

Al investigar lo que se denomina pensamiento operativo-concreto de los niños pequeños, tropezamos en un comienzo con la dependencia que existe entre la comprensión y el sentido que sus actos tienen para el niño. Nos sorprendieron la diversidad de los datos recogidos en los experimentos y la evidente falta de coincidencia que con frecuencia se manifestaba entre ellos y las verdaderas posibilidades intelectuales del

niño. Así, por ejemplo, ciertas tareas muy simples, estructuradas sobre la base de las conocidas tareas de Keller, algunas veces no podían ser resucitas en absoluto por niños de 6 a 10 años, en tanto que para los más pequeños no presentaban dificultades de ninguna especie. Ello nos obligó a enfocar por separado el problema del método de investigación del intelecto y a hacerlo objeto de un estudio experimental especial.

El trabajo que siguiendo esta dirección emprendió V. I. Asnin¹⁴¹ mostró que lo que define el éxito en el proceso de resolver la tarea no es sólo el contenido objetivo, sino que en primer término depende del motivo que impulsa al niño a actuar o, dicho de otro modo, del sentido que tiene para él esa actividad suya.

Para esclarecer el motivo de la actividad del niño a quien se le propone resolver la tarea, el autor del trabajo en cuestión recurrió al método del experimento “en pareja” que se realizaba en una habitación especial de observación por medio de una pantalla ópticamente transparente desde un lado y una instalación de micrófonos que permitían al investigador asistir a la experiencia como si llevara el manto que hace invisible, es decir, ver y escuchar a los niños sin ser visto ni oído por ellos. El experimento “en pareja” consistía en que, en el momento necesario se hacía entrar a la habitación a otro niño que, con sus comentarios sobre los actos del investigado, lo obligaba a manifestar el motivo real de aquéllos.

Veamos uno de los hechos más simples obtenidos en esas experiencias. La investigada –una niña de edad escolar– no resuelve una tarea muy simple que se le plantea: alcanzar un objeto colocado en el centro de la mesa, a tal distancia de los bordes rodeados por una baranda no muy alta que hacía imposible alcanzarlo directamente con la mano; había que recurrir a un palito colocado allí mismo.

Entra en la habitación otra niña de cinco años. El experimentador se retira, después de recordar una vez más a la investigada que debe intentar alcanzar de algún modo el objeto colocado sobre la mesa. La niña insiste en sus intentos, pasando de uno a otro lado de la mesa, pero todo infructuosamente. La segunda niña comienza por observar en silencio y luego propone a la primera: “¿Por qué no pegas un salto?”.

¹⁴¹ Véase V. I. Asnin, “A propósito de las condiciones de confiabilidad en la investigación psicológica del intelecto”. *Tesis de los informes de una sesión científica del Instituto Pedagógico de Járkov*, 1938; del mismo autor, “Sobre las condiciones de confiabilidad en el experimento psicológico”. *Apuntes científicos del Instituto Pedagógico de Járkov*, 1941, pág. 125.

La investigada no presta la menor atención a un consejo tan manifiestamente desafortunado, y continúa actuando en silencio. Entonces la más pequeña le da otro consejo: alcanzar el objeto con el palito, y tomándolo intenta hacerlo ella misma. Pero la investigada le retira enseguida el palito, lo coloca en su lugar, y explica que no es difícil alcanzar el objeto con él, que “así cualquiera puede”.

En ese momento aparece el experimentador, a quien la investigada manifiesta que no puede alcanzar el objeto de la mesa. Es sintomático que en esta situación se condujeran de una manera análoga muchos investigados, a la vez que el hecho de incorporar a la tarea un fin atrayente (un compás, etc.) que podían guardarse si lo alcanzaban no cambiaba el cuadro, sólo que confería un tinte más emocional a la conducta de los investigados.

Es obvio que el verdadero motivo que impulsa a actuar al investigado no coincide aquí con el motivo que intenta crear para él el investigador al prometerle, a modo de recompensar el objeto que debe alcanzar. Aunque el investigado *acepta* esa condición, lo que en verdad lo impulsa es otro motivo, el de mostrar su habilidad, su ingenio, etc. Debido a eso la tarea que se le plantea es revalorada y la solución que objetivamente es la mejor y la más sencilla, carece de sentido para él (“así cualquiera puede”).

A pesar de toda su sencillez, este caso plantea algunos problemas esenciales que se presentan en el análisis psicológico de cualquier actividad intelectual conciente.

Se trata ante todo de un problema de principios muy importante: estamos en tales casos ante una falta de concordancia entre la tarea objetiva y su *comprensión* por el investigado o ante la particularidad del *sentido* que tiene para él. El problema no existe aquí para la psicología tradicional; su explicación reside, por supuesto, en la primera hipótesis, que apela a la comprensión de la tarea por el sujeto, que es, en apariencia, lo que determina para él su sentido. Sin embargo, esta explicación es errónea.

Para mostrarlo es suficiente cambiar un poco las condiciones del experimento, o sea que sin rebajar la significación objetiva que para la conciencia del investigado tiene el objeto que debe alcanzar, se le explica simplemente que puede actuar con el palito. Lógicamente, el investigado procede en este caso siguiendo las instrucciones, pero trata de rehuir el premio convenido. Esto se expresa en que procura rechazarlo o lo acepta de mala gana, luego “lo olvida” sobre la mesa del laboratorio, etc. Este

fenómeno suele manifestarse con extrema intensidad: para que eso ocurriera fue suficiente *diferenciar bien la tarea y el resultado*, es decir, hacer, por ejemplo, más importante el fin-recompensa sin complicar la tarea. En tales condiciones se puede crear en el niño (¿sólo en el niño?) una auténtica emoción.

¿Qué prueban estos hechos y otros similares? ¿De qué modo se crea en el niño la necesidad interior de justificar su derecho a recibir el premio con esfuerzos que podría fácilmente evitar? Hay algo que es muy evidente: no se trata aquí de comprender la tarea, y ni siquiera de comprender la situación en su conjunto. Una persona que no fuera psicóloga diría con toda sencillez: no es un problema de inteligencia, sino de conciencia moral. Y seguramente con ello amargaría al psicólogo científico, porque la psicología tradicional nada tiene que hacer con categorías como la conciencia moral; la psicología tradicional no maneja en general conceptos en los cuales pueden ser psicológicamente explicadas las categorías éticas (lo que, dicho sea de paso, ¡no le impide aspirar al esclarecimiento psicológico de los problemas de la educación!).

Toda la dificultad que estos sencillos hechos encierran para el análisis psicológico tradicional consiste en que caracterizan la conciencia del niño, no desde el ángulo de sus “funciones”, y que no están determinados por los *significados* que tienen para él el fin, las condiciones de la acción, las exigencias del experimentador, etc. Sin embargo, pueden ser explicados por sus *emociones*. La clave para su comprensión reside en las particularidades que presentan los motivos de la actividad, en la esfera de los motivos: los determina el *sentido* que tiene para el niño esa tarea, esa situación.

En psicología la imposibilidad de reducir el sentido al significado es tan indiscutible como la irreductibilidad de las categorías éticas a categorías aritméticas. En psicología tal reducción constituye la base teórica del intelectualismo; en ética es la base de la “moralidad fundada en la aritmética” (Herzen) que “inventaron para sí los burgueses”.

El segundo problema general que plantea análisis de los hechos citados a la investigación psicológica de la conciencia se refiere a la dependencia que existe entre los procesos intelectuales y la motivación de la actividad. Sin embargo, ambos problemas aparecen en los hechos citados todavía en su forma más simplificada y burda, como el problema de la aplicación o no aplicación del método que resulta adecuado para la solución de la

tarea. Para que este problema se manifieste con mayor contenido es necesario hacer más compleja la situación. Por eso sólo las investigaciones especiales posteriores, dedicadas al dominio de los significados, permitieron esclarecer más en detalle la dependencia real que aquí existe, por ejemplo, se logró mostrar que sólo a condición de que aparezcan motivos estrictamente cognoscitivos es posible llegar al dominio verdadero, y no sólo formal, de las operaciones del pensamiento teórico. En caso contrario, estas operaciones, así como los conocimientos teóricos con los cuales está vinculada su formación, siguen siendo asimiladas *de un modo formal*, contrariamente a lo que parece surgir de la habitual concepción simplista del formalismo en la enseñanza.¹⁴²

En este artículo no nos ocuparemos del problema del *intelecto*. Este es un problema especial. Para nuestros fines es suficiente formular una tesis psicológica general vinculada con la dependencia que hemos examinado: el nacimiento de nuevos motivos que forman nuevos sentidos descubre nuevas posibilidades también en la esfera del intelecto. Esta tesis está bien expresada en las siguientes palabras de L. Feuerbach: “Aquello para lo cual está abierto el corazón, no puede ser mi secreto para la razón”.

10

Desde su ángulo psicológico, el problema de lo conciente en el estudio se ha planteado para nosotros como el del sentido que adquieren para el niño los conocimientos que va asimilando. Por consiguiente, en qué se convierten esos conocimientos para el niño y cómo éste los va asimilando debe ser determinado por los motivos concretos que lo impulsan a estudiar. No es difícil comprender que eso es verdaderamente así.

Supongamos que el niño estudia la lección de historia porque hasta que no termine de preparar sus tareas no lo dejarán ir al cine; supongamos ahora que no lo hace por eso, sino porque quiere obtener la nota más alta; supongamos además que el contenido del manual lo atrae; por último, supongamos que ve en el estudio de la historia el camino para su futura profesión, y ello lo hace esforzarse en esa materia. ¿Serán iguales los resultados del estudio en todos estos casos? Es evidente que no. Las diferencias se centrarán no sólo en el éxito que se logra en la asimilación, sino también en su grado de *conciencia*, es decir, en qué significarán para

¹⁴² Véase L. I. Bozhóviech, “La naturaleza psicológica del formalismo de los conocimientos escolares”. *Pedagogía Soviética*, 1945, núm. 9.

el niño los conocimientos que ha asimilado, qué lugar ocuparán en la vida de su personalidad, qué sentido adquirirán para él.

Empecemos por examinar el primer problema, que es el más sencillo, el de la dependencia entre el *éxito del estudio* y el sentido que tiene para el niño lo que estudia.

Por lo común este problema se plantea como el del papel que desempeña el interés en el estudio. Cuanto más interesante es para el niño el material de estudio, más fácil le resulta asimilarlo y también memorizarlo. Por lo tanto, el problema del interés, como el de la atención, están entre los problemas psicológicos más importantes para la práctica pedagógica. Pero lo mismo que el problema de la atención, el del interés requiere un análisis posterior, dado que, igual que la atención, no es más que un fenómeno cuya esencia y fundamento todavía deben ser hallados. La tarea se plantea así: si el éxito depende del interés, ¿qué determina en este caso el propio interés?

A menudo se vinculan los intereses con las emociones, con las necesidades; a veces tratan de encontrar la dependencia entre los intereses y el pensamiento, pero lo más común es que se contenten con criticar teorías “unilaterales”, sin dar, empero, ninguna solución positiva al problema.¹⁴³ Por eso es natural que también la pedagogía del interés esté limitada por consejos insuficientemente analizados, cuyo acierto lo demuestra con facilidad la práctica de los expertos en el quehacer pedagógico, pero que son muy difíciles de transmitir a otros para que los utilicen. Esta circunstancia es demasiado conocida como para que sea necesario ilustrarla con ejemplos. La cuestión radica aquí en que quedan sin descubrir las relaciones que existen dentro de la actividad del niño, que están implícitas en el fenómeno del interés y que son las únicas que *realmente se pueden dirigir*.

Para ver estas relaciones fue necesario encontrar e investigar los modos de dirigir los intereses y, además, en condiciones en que se manifestaran con la máxima libertad posible. El trabajo con niños en los establecimientos extraescolares llena totalmente estos requisitos. En dos amplias investigaciones colectivas de tipo experimental que llevamos a cabo –una en el

¹⁴³ Es significativo que S. A. Ananin llegue a la conclusión, en su conocido trabajo, de que el “estado de interés como tal no existe en absoluto” (véase su libro *El interés en el estudio según la psicología y la pedagogía modernas*, Moscú, 1915). Por consiguiente, también en este aspecto el problema del interés comparte la suerte del problema de la atención que, o se convierte en el principio explicativo fundamental o se lo niega en forma terminante.

Palacio de Pioneros de Jarkov (1933-1934) y la otra en el Parque de Cultura y Descanso Gorki, de Moscú (1935)– nos planteamos el siguiente objetivo: partiendo del análisis teórico de la estructura de la actividad, efectuar la dirección práctica de la orientación de los niños hacia unos u otros fines en los cuales es donde objetivamente se expresa el interés.

Ante todo tuvimos oportunidad de convencernos una vez más de lo que ya fuera demostrado experimentalmente por Symonds y Chase ¹⁴⁴ en cuanto a que la sola conciencia de la importancia objetiva de un tema no basta para provocar el interés por él (en la interpretación psicológica de este término) y que, por el contrario, se crea fácilmente el interés modificando la estructura de la actividad, en particular modificando su motivo.

Exponemos algunos hechos de estas investigaciones.

Una deficiencia reconocida de la labor del círculo de aeromodelismo en el Palacio de Pioneros era que sus participantes más jóvenes, aunque trabajaban con gran entusiasmo en la preparación de modelos de aviones, no manifestaban suficiente interés por los datos teóricos imprescindibles para construirlos a conciencia. Resultó, en efecto, que, aunque cumplían con gusto y habilidad la meticulosa labor de cortar y pegar las costillas, etc, los grupos de aeromodelistas principiantes se interesaban muy poco por la teoría del vuelo; muchos no pudieron responder correctamente a la pregunta de por qué el avión se sostiene en el aire, o qué son la “resistencia frontal” y el “ángulo de ataque”, y por qué un modelo de avión puede caer antes de que cese el funcionamiento de su motor, etc. Ningún tipo de propaganda argumentando la necesidad de comprender el aspecto teórico del asunto tuvo éxito, e incluso cuando leían libros de divulgación sobre el tema, los niños reparaban casi exclusivamente en los datos técnicos de carácter práctico.

La tarea consistía en despertar en los jóvenes pioneros un interés activo por los principios físicos del vuelo. Después de algunos ensayos, el trabajo del grupo experimental fue reestructurado de la siguiente manera. En lugar de la tarea ordinaria de confeccionar el modelo lo mejor posible, se planteó a los niños otra tarea: “cubrir” lo antes posible con el modelo construido una distancia determinada en línea recta. Todos construían modelos (una parte de las piezas se entregaban prefabricadas, lo que ahorraba tiempo para las otras) y luego, en días prefijados, se concedía a todos la misma

¹⁴⁴ P. Symonds and D. Chase, “Practice versus Motivation”. *Journ. of Educ. Research*, 1929, núm. 1.

posibilidad de hacer lanzamientos de prueba, cuyos resultados se registraban sucesivamente en un pizarrón. De este modo, una vez que se habían reunido los modelos, se organizaba el primer lanzamiento, en el que, por cierto, los diversos jóvenes constructores obtenían diferentes resultados, lo que se podía juzgar por la distancia que había recorrido el modelo. Más tarde, después de cierto intervalo que se concedía para corregir y perfeccionar los modelos, se repetía varias veces el lanzamiento, y los resultados se sumaban a los primeros, hasta que algún modelo no “cubriera” la distancia total prefijada.

Es muy comprensible que esta reestructuración experimental de la actividad del grupo creara un enorme cambio en los intereses. Se sobrentiende que los niños encaraban la nueva tarea con el mismo gusto que la anterior; sin embargo, a diferencia de ésta, la segunda, como estimuladora de la actividad (es decir, como *motivo*) llevaba implícita la necesidad de plantearse fines que objetivamente eran ya teóricos, cognoscitivos. ¿Por qué el modelo sube haciendo una brusca vertical y luego cae en picada, sin haber volado siquiera dos metros? ¿Qué se debe modificar en él para el próximo lanzamiento? Había que resolver el problema. Lo que sucedía era que el ángulo de ataque debía ser menor. El instructor dibujaba en el pizarrón vectores hacia adelante, hacia arriba, hacia abajo: algunos se alargaban, otros se reducían; era evidente que en esas condiciones el avión caería sin remedio. Esto *es muy interesante*. Y luego, cuando la mano del joven constructor arqueaba un plano en el modelo, tenía presente en su mente la correlación de esos vectores.

En los materiales de la investigación realizada en la ciudad infantil del Parque se ve muy claramente qué notorio es el efecto que se logra al crear intereses modificando la estructura de la actividad. Como resultado de un cambio análogo al citado, en la labor del laboratorio de aviación se recogieron los siguientes datos: el promedio de niños que se incorporaron a diario al trabajo (durante un lapso promedio de 12 días) aumentó de 6,6 a 40,7.

Igualmente claros fueron los datos que recogió G. L. Rozengart en la Casa del Joven Técnico del Parque, a raíz de un experimento que realizó con muchos centenares de niños que concurrían al lugar. La tarea era doble: retener más tiempo el interés en la serie “Magnetismo” en el laboratorio electromecánico, y hacer que se interesaran por los carteles en los que se proporcionaban las explicaciones teóricas que, por lo general, los niños no leían en absoluto. Los resultados cuantitativos fueron los siguientes. Hasta

la reconstrucción del tipo de trabajo, el número de niños cuya atención se fijaba en los objetos de la serie menos de 3 minutos llegaba aproximadamente al 60 %; el 30 % la fijaba de 3 a 5 minutos, y el 10 % más de cinco minutos; con posterioridad a la reconstrucción (pero sin modificar los elementos) el número de niños cuya atención se fijó en la serie menos de 3 minutos fue de cero por ciento; de 5 % los que la fijaron de 3 a cinco minutos; 15 %, los de 5 a 10 minutos; 50 % los de 10 a 20 minutos, y 30 % los de más de 20 minutos. Es notable que entonces junto a los carteles ya se reunían verdaderos grupos de niños.

Estos datos son muy convincentes, porque con las condiciones que se crearon para el trabajo, quedó totalmente excluido el papel de cualquier tipo de factores adicionales; los niños entraban y salían con la misma libertad al pabellón en donde nada podía retenerlos, salvo el interés por las series expuestas. Esto es lo que explica un número tan grande (60 %) de visitas breves (con una estadía de menos de 3 minutos) de los niños al laboratorio antes de la reconstrucción experimental; por otro lado, resulta tanto más elocuente el marcado aumento de los índices temporales que se logró con la reconstrucción.

El balance teórico de estas investigaciones es tan claro como sus resultados prácticos. Al surgir el motivo, éste crea la disposición, a la acción: esto es comprensible. Empero, un tipo determinado de motivos, como por ejemplo, los cognoscitivos, presupone sistemas muy complejos de muchas acciones y, por lo tanto, la búsqueda y comprensión de muchos fines que, por supuesto, no se dan anticipadamente. Por eso, la orientación general que es creada por este tipo de motivos es bastante más amplia que la orientación de una acción, de un fin tomado en forma aislada. Este amplio conjunto de orientaciones es justamente el círculo de un interés dado. Por consiguiente, hacer que algo sea interesante significa: 1) hacer que un motivo dado sea actuante o volver a crearlo, y 2) hacer que se busquen también los fines correspondientes. Dicho de otro modo, para despertar el interés lo que se requiere no es señalar el fin y luego procurar justificar motivacionalmente la acción orientada hacia ese fin, sino, por el contrario, crear el motivo, y *luego* brindar la posibilidad de encontrar el fin (por lo general, todo un sistema de fines intermedios y “de rodeo”) en uno u otro contenido objetivo. De este modo, la actividad que genera interés es una actividad en la que el lugar de las acciones que la consuman directamente lo ocupa sólo la esfera más o menos delimitada de esas acciones.

Un tema de estudio interesante es precisamente aquel que se ha convertido en “esfera de los fines” del estudiante en virtud de algún motivo impulsor. Debido a ello, el lugar estructural de fin en la actividad de aprendizaje del que estudia lo ocupa justamente el contenido *esencial* de ese objeto; por lo tanto, la cognición de éste se hace verdaderamente asimilable para el que estudia, y se memoriza con facilidad (P. I. Zinchenko).

Pero es verdad que un tema de estudio puede interesar al alumno de diferente manera. Un contenido algo distinto del tema puede ser para él *lo esencial*, el objeto de conciencia actual, y eso depende del motivo que comunica sentido al estudio de ese tema. Por esta razón la investigación de los intereses no puede limitarse a descubrir las relaciones estructurales, formales, de la actividad, y exige inevitablemente que se penetre en la esfera motivacional que determina los intereses de un modo cualitativo, desde su ángulo interno, de sentido.

11

Por lo tanto, todo nos lleva a la misma idea, que es muy sencilla: la de la dependencia entre los contenidos cognoscitivos de la conciencia y la actitud hacia lo cognoscible. Es esta una vieja idea, que podríamos calificar de clásica, para la pedagogía. Y se sobrentiende que la tarea de la psicología no consiste en “fundamentarla”, sino en *dilucidarla* desde el ángulo psicológico concreto.

Lo que ya se ha encontrado nos permite encarar de un modo distinto esa idea en uno de sus puntos más importantes, el de las vías para la formación de lo conciente, de la conciencia como actitud.

La exigencia que emana del principio del aprendizaje conciente entraña la exigencia de que el niño comprenda claramente *por qué, para qué*, tiene que estudiar. Es preciso que el niño comprenda que debe estudiar a fin de llegar a ser un miembro valioso para la sociedad, un constructor digno de ésta, un defensor de su patria, etc.; que estudiar es un deber del niño. Esto es así sin duda alguna, categóricamente.

Empero, tal exigencia de ser conciente es todavía abstracta.

Es abstracta porque reduce todo el problema a que el niño comprenda, sepa, para qué tiene que estudiar. Pero, en realidad, la comprensión de esto es sólo una premisa, una condición del carácter conciente del estudio.

¿Es posible explicar al niño por qué hay que estudiar? Claro que sí. Y esto puede y debe hacerse de una manera suficientemente explícita, suficientemente minuciosa. Hasta el escolar más pequeño es capaz de comprenderlo, es capaz de hablar de eso en forma clara y convincente.

Sin embargo, la cuestión es que lo que caracteriza el carácter conciente, la conciencia como actitud, no es la comprensión ni el *conocimiento del significado* de lo que se estudia, sino el sentido que eso adquiere para el niño. La no diferenciación de una y otra cosa, la confusión de ambas, resulta no sólo falsa en el aspecto psicológico, sino que en la práctica engendra el formalismo “intelectualista”.

Los alumnos de primero y segundo grado saben para qué estudian, en general saben para qué hay que estudiar. ¿Pero acaso esto los obliga *verdaderamente* a escuchar con atención al maestro y a cumplir con celo sus tareas en el hogar? No, no es así. Lo que verdaderamente los impulsa a estudiar son otros motivos: es posible que deseen aprender a leer, escribir y contar; tal vez quieren obtener la nota más alta; tal vez quieren conservar su prestigio en la familia, en la clase, ante el maestro.

¿Qué es, pues, lo que determina el sentido que tiene para el niño lo que estudia, lo que sabe sobre la necesidad de estudiar o los verdaderos motivos de su estudio? De acuerdo con nuestra tesis general, la relación del objeto directo de la acción con el motivo de la actividad en la cual está inserto es precisamente lo que llamamos sentido. Quiere decir que el sentido que para el niño adquiere el objeto de sus actos de aprendizaje, el objeto de su estudio, lo determinan los motivos de su actividad de estudio. Es este sentido el que distingue el carácter conciente de la asimilación de los conocimientos. Quiere decir que no basta que el niño asimile el significado del tema dado, sea teórico o práctico: es preciso que se conduzca como corresponde con respecto a lo que estudia, es preciso educar en él la actitud requerida. Sólo así los conocimientos que va adquiriendo serán para él conocimientos vivos, llegarán a ser auténticos “órganos de su individualidad” y, a su vez, definirán su actitud hacia el mundo.

Si tomamos el problema de lo conciente en su forma más general, no hay que plantearlo, por ejemplo, del siguiente modo: ¿es el niño capaz de comprender qué es la patria?, sino al modo de Dobroliúbov: ¿puede el niño internalizar la patria? La diferencia exterior de las palabras entraña aquí una diferencia interna de conciencia. Internalizar no es lo mismo que

comprender. Porque, ¿qué es comprender, y en base a qué se juzga comúnmente la comprensión? Sobre la base de la aptitud del alumno de explicar, relatar o escribir una composición sobre un tema dado. Pero esa aptitud no es todavía una prueba de que lo que el alumno relata se ha hecho para él *internamente suyo*, se “ha identificado” con su personalidad.

Por eso Makarenko exigía con toda razón no contentarse con las palabras sin verificar qué llevan implícito.

“Un escolar dice que los guardias fronterizos deben ser valientes, y que él también quiere ser valiente, y considera que hay que ser valiente. ¿Ha verificado usted si ese niño es valiente o cobarde?”.¹⁴⁵

He utilizado a modo de ilustración el problema de qué pueden llegar a ser para el niño conceptos tales como patria y valor. Pero este problema está vinculado más bien con el ámbito de la educación; ¿quizá, aplicado a la enseñanza, a la adquisición de conocimientos (por ejemplo, de matemáticas, de física) el problema del sentido en general no se plantea, y haya que hablar sólo sobre el conocimiento, sobre el dominio de significados? Esta es una idea profundamente equivocada. Tanto en matemática como en física se pueden asimilar los conocimientos de modo tal que estén muertos y permanezcan muertos hasta que tal vez la propia vida los rescite, siempre que, por supuesto, al llegar ese momento, no se hayan borrado del todo de la memoria del alumno. En efecto, un alumno de séptimo grado (admitió que no se le había presentado ni una sola vez la “ocasión excepcional” que le permitieran utilizar los conocimientos de física que había adquirido!).¹⁴⁶

Por cierto que también para dominar los temas de estudio (así como para dominar cualquier conocimiento en general y para dominar la ciencia) lo que tiene una importancia decisiva es qué lugar ocupa el conocimiento en la vida del hombre, si es para él parte de su auténtica vida o sólo una condición externa de ésta, impuesta desde afuera. “La ciencia —escribió Herzen— hay que vivirla para no asimilarla formalmente”¹⁴⁷; también en el estudio, para no asimilar formalmente el material, se requiere no “cumplir” con el estudio, sino vivirlo, es necesario que el estudio se haga parte de la vida, que tenga para el alumno un sentido vital.

¹⁴⁵ *Apuntes científicos del Instituto Pedagógico de Járkov.*, 1941, t. VI, pág. 5.

¹⁴⁶ Véase L. I. Bozhóvich, “Acerca de la índole psicológica del formalismo de los conocimientos escolares”. *Pedagogía Soviética*, 1945, núm. 9.

¹⁴⁷ A. I. Herzen, *Obras escogidas* (en treinta tomos). Moscú, 1954, t. III, pág. 68.

Esto es así incluso en el aprendizaje de los hábitos, de los hábitos motores comunes. Ni siquiera los métodos de la lucha con bayonetas pueden dominarse como es debido si no se tiene hacia eso una actitud interna como motivo, y todo parece una simple técnica de “heridas profundas” y “heridas leves”, de “golpes hacia arriba” y “golpes hacia abajo”. Incluso en este caso es útil la vieja y clásica orden de “¡Enojarse!” que desde tiempos remotos exigían los comandantes al soldado raso.

La concesión intelectualista de lo conciente no sólo es abstracta, sino –como ya lo hemos dicho– también profundamente metafísica, ya que carece de la idea de desarrollo.

No crea ninguna perspectiva, no plantea con respecto a lo conciente ningún sistema de tareas concretamente educativas y consecuentes; en el fondo, las exigencias que emanan de esa concepción son las mismas si se trata de alumnos de primero o de décimo grado. Pero lo cierto es que el niño puede estudiar a conciencia en el primer grado, puede seguir siendo un alumno muy conciente también en los grados superiores y, por último, llegar a ser un estudiante igualmente conciente en los cursos universitarios; y, de todos modos, el carácter conciente de su estudio será diferente en todos esos niveles. Esto es evidente. Por lo tanto, también las tareas concretas de educar la actitud conciente hacia el estudio, hacia lo que se aprende, difieren en los distintos niveles del desarrollo, con respecto a los niños de cada edad. Brindar a la educación la perspectiva de tener un carácter conciente es descubrir esas tareas. Y esto requiere que estén expresadas en los términos del desarrollo y no en los del resultado final. Hoy sabemos que esas tareas se deben plantear como tareas del desarrollo, de la educación de los motivos del estudio. Sabemos también algo más: los motivos se van formando en la vida real del niño; la unidad de la esfera motivacional de la personalidad concuerda con la unidad de la vida, por ello los motivos no pueden desarrollarse siguiendo líneas aisladas, no vinculadas entre sí. Por consiguiente, de lo que se trata es de que las tareas de educar los motivos del estudio estén ligadas con el desarrollo de la vida, con el desarrollo del contenido de las verdaderas relaciones vitales del niño; sólo con esta condición los objetivos planteados serán suficientemente concretos y, lo que es fundamental, reales.

El aprendizaje, los conocimientos que se adquieren, educan, y esto no se debe subestimar. Pero para que los conocimientos eduquen es preciso educar la actitud hacia los conocimientos. Esa es la esencia del carácter conciente del estudio.

Grigori Vinski, un hombre ruso del siglo XVIII, que se destacó por su sagacidad psicológica y pasó muchos años de su desafortunada vida ejerciendo la profesión de maestro en casas particulares, observó con amargura que en la Rusia de su época “la enseñanza se toma casi en todas partes por educación”. Y más adelante, dijo:

“Vosotros, padres, madres y todos aquellos de quienes dependen los niños, haced una meticolosísima búsqueda de las diferencias entre la educación y la enseñanza; ocupaos de que vuestros hijos sean educados primero y luego enseñados”.

Y, por último, con la auténtica sagacidad que le era propia, escribió:

“La educación es sólo un atributo distintivo del hombre; en cambio, la enseñanza no es del todo ajena a otros seres”.¹⁴⁸

Estas palabras encierran un pensamiento muy importante y muy profundo.

¹⁴⁸ G. S. Vinski, *Mi época. Apuntes*. San Petersburgo, 1914, págs. 9 y 18-19.